

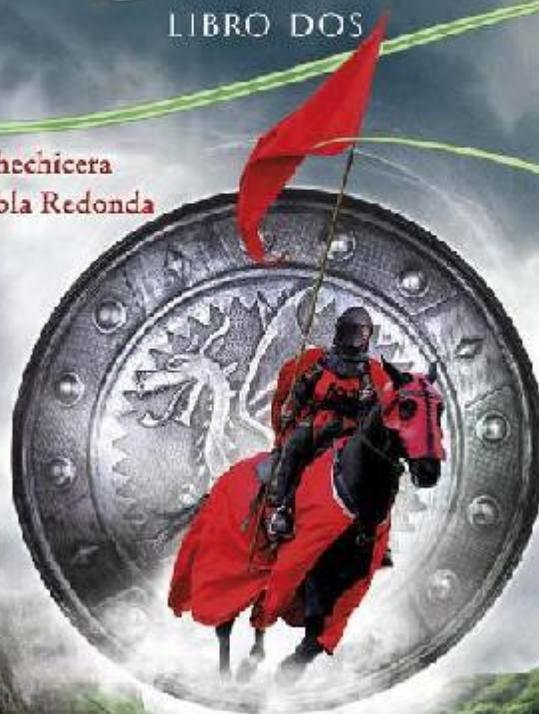


ANNA ALONSO & JAVIER PELEGRÍN

CAMELOT BRITANNIA

LIBRO DOS

La hechicera
y la Tabla Redonda



SUMA



ANA ALONSO & JAVIER PELEGRÍN

CAMELOT BRITANNIA

LIBRO DOS



SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

«La mejor manera de predecir el futuro es inventarlo».

ALAN KAY

«Vemos las cosas no como son, sino como somos nosotros mismos».

EL TALMUND

LIBRO I
La escritura del velo

Capítulo 1

Arturo apretó las palmas de las manos contra sus ojos cerrados en busca de alivio. El agudo escozor que sentía le había hecho perder la concentración. Tantas horas de escritura seguidas no podían ser buenas para la vista... ni tampoco para la mente. Necesitaba despejarse para volver más tarde al scriptorium con fuerzas renovadas.

Casi nunca salía al jardín de Camelot. Por eso, cada vez que lo pisaba lo encontraba cambiado. Más frondoso, más rico en matices de verdes diferentes y en aromas de plantas traídas de muy lejos. Gwenn era la que había diseñado los senderos blancos entre bosquecillos de árboles milenarios; y los arcos de las rosaledas, sobre los que crecían innumerables variedades de rosales trepadores; las escaleras de piedra que descendían hacia el estanque; las estatuas de mármol de las fuentes, al estilo de las que podían verse en los antiguos mosaicos de las ruinas de Aquae Sulis... Todo había sido idea suya. Conocía los efectos del velo a la perfección, y sabía cómo utilizarlos para realzar aquí la fragancia de una nueva variedad de magnolia, allí el rojo intenso de las hojas de un arce o la impresión de frescor al aproximarse a un estanque. El resultado era espléndido, había que reconocerlo. Lástima que nunca dispusiesen de un momento para disfrutarlo juntos. Dirigir los destinos de Britannia exigía una dedicación a tiempo completo.

Arturo tomó uno de los senderos blancos que conducían a las terrazas de piedra donde Gwenn había hecho plantar diversas especies exóticas de frutales. La lluvia de la mañana había limpiado la atmósfera, avivando los tonos dorados y cobrizos del otoño. Quizá parte de aquella pureza de los colores se debiese al influjo del velo de Britannia... En cualquier caso, suponía una delicia para los sentidos y un descanso para el alma.

Dejándose llevar por un impulso, Arturo abandonó la gravilla del sendero para adentrarse en el bosquecillo de hayas. La tierra oscura y esponjosa amortiguaba el sonido de sus pasos. La sombra rápida de un pájaro cruzó por debajo del tapiz de hojas de oro que se recortaban contra el cielo gris. Arturo la siguió con la mirada hasta que se perdió entre las ramas de otros árboles más lejanos. Escuchó una secuencia de trinos leves que procedía de aquel mismo punto. ¿Qué especie de ave sería aquella? No se había fijado. Ya nunca se fijaba en esa clase de cosas. Toda su atención permanecía volcada hacia dentro, hasta tal punto que había perdido la capacidad de observar.

Pensó en la despreocupación de otros tiempos, cuando no era más que un viajero desconocido que recorría las regiones del sur y el este del Imperio. Entonces no tenía que dar cuenta a nadie de sus pasos, ni siquiera a sí mismo. Podía dejarse llevar por la inspiración de un instante para cambiar el rumbo de su viaje, podía ir adonde lo llevase el viento. Esos tiempos, por desgracia, no volverían. Ahora que sus sueños se habían cumplido, debía esforzarse día y noche para que su frágil estructura no se derrumbase. La Britannia que él le había devuelto a su pueblo, la que había conseguido reiniciar con el poder de Excalibur, era más poderosa que la anterior, pero también más vulnerable.

Eso era lo que le impedía dormir por las noches. Todo lo que había construido se

podía venir abajo en cualquier momento.

Si hubiese sabido proteger mejor a Excalibur... Si no la hubiese perdido...

Un crujido de hojas secas a su espalda le hizo volver la cabeza, sobresaltado. Sus facciones se relajaron al reconocer a su mujer.

—Gwenn —dijo—. Qué susto me has dado... ¿Qué haces aquí?

—Te vi tomar este camino desde la ventana y decidí bajar para pasear un rato contigo. Es tan difícil encontrar un momento para que hablemos...

Arturo la enlazó por la cintura, y continuaron caminando juntos.

—Sabes cómo es esto de escribir en el lenguaje del velo —explicó Arturo—. Por algo los alquimistas lo llaman «código»... Traducir mis pensamientos a esa especie de idioma secreto me deja agotado. Exige una atención absoluta, no puedo distraerme. Y tengo que aprovechar cada minuto... Necesito aprender deprisa para estar preparado cuando Dyenu ataque.

—¿Qué te hace pensar que va a atacar?

—Lo hará antes o después. Lo extraño es que no lo haya hecho ya. Ahora que es libre y que Excalibur ha vuelto a sus manos, lo tiene muy fácil. Le bastaría con destruir la espada para acabar con el velo.

Por un instante solo se oyeron sus pisadas sobre la alfombra de hojas secas.

—A lo mejor ha cambiado de opinión —sugirió Gwenn pensativa—. Quizá le guste lo que hemos hecho con Britannia. Bueno, lo que tú has hecho.

—No fui yo solo. Fue el círculo que se creó alrededor de Excalibur cuando combatí contra Dyenu, y tú también formabas parte.

Gwenn sonrió.

—Sí. Lo hicimos entre todos. A veces todavía me cuesta hacerme a la idea de que Britannia haya podido cambiar tanto. Es una utopía hecha realidad. El velo al alcance de todo el mundo, sin depender de las gemas. Si me llegan a decir que algo así era posible hace dos años, me habría reído.

Arturo notó que la sonrisa de Gwenn buscaba su complicidad, pero no fue capaz de ofrecerle la suya.

—Nosotros no lo hemos hecho, Gwenn. Esta nueva versión del velo... Fueron Uther y Merlín. Nosotros solo la activamos al reiniciar Britannia, pero ni siquiera sabemos cómo funciona. ¿Por qué ya no hacen falta las gemas para conectarse? ¿Por qué ahora el velo llega a todo el mundo, sin diferencia de clase o condición social? Todavía no lo entendemos; y, mientras no lo comprendamos, no sabremos protegerlo.

—¿Y qué te hace pensar que Dyenu sí lo entiende? Él no es un alquimista. Y además, se supone que odia el velo. No creo que sepa cómo funciona.

Arturo meneó la cabeza, poco convencido.

—Yo creo que algo sabe. Si ha renunciado a destruir Excalibur para acabar con Britannia, es porque tiene un plan alternativo. Y esa idea tuya de que puede gustarle la nueva versión del velo..., no sé, no me convence. Él odia el velo, lo dejó bien claro. Y es evidente que también nos odia a nosotros.

Los ojos de Gwenn se alzaron del suelo y se clavaron en algún punto distante entre los árboles. Tenía las cejas levemente fruncidas.

—Todavía no puedo creer que mi madre le ayudase a escapar —murmuró—. No tiene sentido.

Arturo no dijo nada. No quería inquietar a Gwenn compartiendo con ella lo que su padre le había contado sobre el origen de Dyenu, porque tampoco estaba seguro de que

fuese cierto. Según sir Héctor, Dyenu era hijo legítimo de Uther y de Igraine. Eso explicaba que Igraine se hubiese arriesgado a robar Excalibur para él y a huir en su compañía.

Quizá su silencio se prolongó más de lo debido, porque Gwenn se detuvo en seco y se desprendió de su abrazo. Cuando se volvió a mirarla, se encontró con aquella expresión dolida que comenzaba a ser habitual en ella.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Ni siquiera me escuchas cuando te hablo. Siempre estás ausente. Pero Britannia también es responsabilidad mía, no solo tuya. Y las decisiones que haya que tomar las tomaremos los dos.

—Nunca he decidido nada sin contar contigo —se defendió Arturo—. Pero no tiene sentido que te cuente los problemas que tengo con el código. No soy un alquimista experto. No soy Uther, ni Merlín. Y necesito aprender lo que ellos sabían si queremos conservar el reino. No sé cómo no entiendes lo difícil que es esto para mí.

—Yo podría ayudarte. También puedo aprender el lenguaje de Britannia, si hace falta.

Arturo comenzó a caminar de nuevo para que Gwenn no tuviese la oportunidad de escrutar su rostro. No quería que notase su irritación. Estaba harto de aquella conversación, que se había repetido infinidad de veces.

—Te necesito al frente de Camelot —replicó con acento cansado—. Esto no funcionará si los dos nos encerramos a estudiar el lenguaje del velo. Gwenn, lo que tú haces es tan importante como lo que hago yo.

—Pues dediquémonos los dos a ambas cosas. Tú asumes una parte de los deberes de la monarquía y yo dedico unas horas del día a estudiar. Es lo justo. Y además, así los dos sabremos de todo, y podremos coordinarnos mejor.

—No —zanjó Arturo con impaciencia—. Tú tendrías que empezar desde cero, no sabes nada del código del velo. Sería una pérdida de tiempo que no nos podemos permitir.

Gwenn le dedicó una sonrisa extraña, amarga.

—La eficacia es lo único que importa, ¿no? —preguntó.

Una ironía casi agresiva empañaba su voz, habitualmente tan dulce.

—Estamos en vísperas de una guerra. La eficacia es importante, sí.

—Hemos firmado la paz con los sajones. Aellas y los suyos están encantados con el pacto que les hemos ofrecido. Disfrutan de la protección del velo como los britanos, y conservan sus propias leyes... ¿De qué guerra me estás hablando, Arturo?

—Te estoy hablando de Dyenu. De lo que puede hacer con Excalibur.

—Estás obsesionado con él —dijo Gwenn—. Dyenu es un hombre solo. No puede causar tanto daño.

—No sabemos si está solo o no. En cualquier momento podría encontrar aliados, armar un ejército contra nosotros. Tiene experiencia y habilidad más que suficiente para eso.

La mirada escéptica de Gwenn se volvió más distante aún al oír sus palabras. Arturo no soportaba aquella lejanía entre los dos. ¿Por qué le costaba tanto que ella entendiese?

Le cogió las manos y la atrajo hacia sí. Ella no se resistió, pero la notó rígida entre sus brazos, incómoda.

—Esta situación pasará, Gwenn. Hay que intentar encontrar el equilibrio. Necesitamos ser más fuertes, ahora que no tenemos a Excalibur. Y se me ha ocurrido una idea para conseguirlo.

—¿Qué idea? —preguntó ella, esperanzada.

Arturo le acarició con suavidad el cabello. Ella se relajó un poco entre sus brazos.

—Perceval —dijo Arturo en un susurro.

Gwenn lo miró con curiosidad.

—No es la primera vez que te oigo pronunciar ese nombre. ¿Quién es, un alquimista?

—No sé quién es, pero necesito averiguarlo. He convocado a todos nuestros consejeros para buscar la manera de dar con ese joven. Vamos a encontrarlo y vamos a traerlo a Camelot... Algo me dice que seremos más fuertes con él.

Capítulo 2

Arturo entró en la sala del Consejo cuando los demás habían ocupado ya sus sitios. Únicamente su trono de madera adornado con incrustaciones de marfil permanecía vacío junto al de Gwenn.

Después de saludar a los presentes con un vago gesto de la mano, se apresuró a ocupar su sitio. Gwenn, que llevaba un imponente vestido blanco bordado con hilo de seda rojo, ni siquiera le dirigió una mirada. Se la veía tensa y ansiosa por comenzar la reunión. En cuanto a los demás, respondieron a su saludo con sonrisas e inclinaciones de cabeza. Estaban todos: Gawain, Lance, Yvain y Laudine. Estos últimos se habían sentado juntos y mantenían una conversación privada a media voz, ajenos en apariencia a cuanto ocurría a su alrededor. Arturo los observó con una punzada de envidia. Estaban tan enamorados que no se daban cuenta de que cada uno de sus gestos dejaba traslucir lo que sentían el uno por el otro. Creía recordar que también se había sentido así con Gwenn, al principio... Aunque ellos nunca se habían podido permitir el lujo de ignorar lo que sucedía en torno suyo.

El rumor de las conversaciones se fue apagando poco a poco, hasta que todos los ojos quedaron fijos en él. Incluso Gwenn se giró imperceptiblemente en su trono y le clavó una mirada interrogante. Él había convocado al Consejo, y esperaban que tomase la palabra.

—Amigos —comenzó—. Os he reunido hoy porque tenemos decisiones urgentes que tomar. Hace casi diez meses que Gwenn y yo ocupamos el trono, y desde entonces muchas cosas han cambiado en Britannia. Pero para consolidar estas transformaciones, debemos afianzar nuestro poder. Y esto no lo conseguiremos si seguimos viviendo bajo la amenaza constante de un ataque de Dyenu.

Arturo se detuvo para observar las reacciones de sus compañeros. Lance había asentido levemente al oírle pronunciar el nombre del hijo de Uther. Los dedos de Gawain tamborileaban sobre el brazo de madera de roble de su sitio, como si estuviese ansioso por oír lo que vendría a continuación. Yvain miró de reojo a Laudine, que sonreía con cierto escepticismo.

En cuanto a Gwenn... No consiguió que sus ojos se encontrasen con los de ella. Estaban clavados en el suelo, lo que acentuaba la expresión ausente de su semblante.

—Todos sabéis que llevo meses dándole vueltas a lo que ocurrió con Dyenu durante el duelo del anillo de piedra. Allí logré vencerle y hacerme con el control de Excalibur, pero no lo hice solo. Todos vosotros me ayudasteis. Entre todos formamos un círculo que, de un modo que aún no he conseguido comprender, conectó con el lenguaje interno de Excalibur y logró despertar una nueva versión de Britannia.

—Nunca olvidaré ese momento —murmuró Laudine con expresión soñadora—. Algo dentro de mí oyó la voz del velo. Y tu voz, Arturo. Lo hicimos entre todos.

—Sí, así fue —contestó Arturo—. Y ahora necesito que volvamos a unirnos como lo hicimos entonces para enfrentarnos a la amenaza de Dyenu. Aunque juntos logramos

arrebatársela, la espada estaba destinada a obedecerle. Él es el hijo de Uther.

—Quizá ese destino cambió en el momento en que formamos el círculo para quitársela —reflexionó Gawain—. Quizá entre todos reprogramamos la espada. Es posible que ya no le obedezca.

—Incluso aunque no la controle ya, sigue teniendo el poder de destruirla —recordó Lance en tono apagado—. La amenaza es real.

—Lo es —coincidió Arturo—. Por eso estoy dedicando mis días y buena parte de mis noches a aprender el lenguaje de los alquimistas, para poder entender el corazón de Britannia y los motivos por los que ha cambiado. Pero eso no será suficiente cuando llegue el momento. El día en que vencimos juntos a Dyenu, nos ayudó otro caballero; su nombre era Perceval, es todo cuanto sé de él. El círculo no estará completo mientras él no se una a nosotros. Debemos encontrarlo.

—Perceval —repitió Gawain, pensativo—. ¿Es un caballero de Britannia? No me suena su nombre.

—Yo tampoco recuerdo haberlo oído nunca en la corte —dijo Gwenn—. Quizá sea extranjero.

—Perceval —murmuró Yvain, pensativo—. Yo he oído hablar de un Perceval; un hijo del primer matrimonio de Pelinor. Su madre enloqueció de dolor cuando perdió a sus dos hijos mayores en las guerras de Vortigern y se retiró a un valle del norte. El chico se fue con ella... Dicen que se ha criado como un campesino.

—Entonces no puede ser él —razonó Gawain—. ¿Cómo, siendo un campesino, podría haber ayudado a Arturo en el duelo de Dyenu? Es absurdo.

Gwenn lo miró.

—¿Por qué no puede un campesino tener las cualidades necesarias para derrotar al hijo de un rey? No fue solo un duelo de destreza con la espada, Gawain. Cada uno de nosotros aportamos todo lo que sabíamos, lo que éramos. Yo, por ejemplo, nunca he manejado un arma, pero también, al final, formé parte del círculo.

Arturo observó a su esposa de reojo. En alguna ocasión, Gwenn le había expresado sus dudas acerca de si realmente había llegado a formar parte del círculo que derrotó a Dyenu. Para él, en cambio, no existía la menor duda. Gwenn había cerrado el círculo. Y lo había hecho con su compasión, que en el último momento le había impedido matar al hijo de Uther.

—Podría ser ese Perceval —reflexionó Lance—. Solo lo sabremos si damos con él.

—Yo puedo intentarlo —se ofreció Yvain—. Creo que una hermana de mi padre trató a la madre de Perceval cuando aún vivía en Aquae Sulis. Quizá ella sepa cómo encontrarla.

—Yvain, si consigues traer a Perceval a Camelot te lo agradeceré siempre —dijo Arturo—. Te ruego que prepares el viaje para ir en su búsqueda y que partas tan pronto como sea posible. Si pudiera ser esta misma semana...

—No —le interrumpió Laudine con aspereza.

Todos se volvieron a mirar a la dama.

—Antes debe venir conmigo —explicó ella—. La fuente de Barenton nos necesita. Sea lo que sea lo que hemos hecho entre todos al activar una nueva versión de Britannia, es algo que ha alterado profundamente sus aguas. La fuente es memoria de la sabiduría antigua, en ella duermen secretos de aquel mundo perdido que en ningún otro lugar se conservan. Y ahora su fuerza parece haberse descontrolado; los alquimistas de Caleva me enviaron un mensaje alertándome de que por dos veces se han desatado violentas tormentas

en Broceliande que han arrasado hectáreas enteras de árboles centenarios. Debo volver allí. E Yvain ha jurado acompañarme y ayudarme a proteger la fuente.

Laudine miró al joven caballero como si estuviese desafiándole a desmentir sus palabras. El indomable Yvain enrojeció.

—Es cierto que lo he jurado —admitió de inmediato—. Y cumpliré mi juramento. Pero esto también es importante, mi señora. Yo os prometo concluir esta misión en el menor tiempo posible y reunirme con vos en Broceliande tan pronto como pueda.

Laudine arqueó las cejas, incrédula.

—¿En un mes?

Yvain sostuvo la mirada de Arturo.

—Es muy poco tiempo —contestó—. Si pudieseis concederme algo más...

Se interrumpió para coger al vuelo, en un acto reflejo, el anillo que Laudine acababa de arrojarle.

—Un mes —repitió la dama, inflexible—. Es todo lo que os concedo, y os entrego este anillo ante todos los presentes como prenda de este compromiso. Si os excedéis un día del plazo que os he marcado habréis perdido mi confianza, y yo sabré que nunca he contado con vuestra lealtad.

Yvain intentó cogerle la mano, pero ella lo rechazó.

—Pero mi señora —se quejó él—, eso es injusto...

—No es un capricho —dijo Laudine, paseando la mirada sobre todos los presentes con expresión retadora—. Conozco a la fuente, he sacrificado los mejores años de mi vida intentando leer en ella. No puedo abandonarla ahora. Y necesito a alguien que se haga cargo de la vigilancia del bosque mientras yo trato de comprender lo que le pasa.

—Hagamos una cosa —decidió Arturo—. Que Lance y Gawain acompañen a Yvain en esta misión. Yvain, en cuanto tengas la información que necesitamos sobre el paradero de Perceval, podrás ir a reunirme con Laudine en Broceliande. Gawain y Lance completarán la búsqueda.

—Yo no iré —dijo Lance sin levantar la voz.

Sus ojos se alzaron, pero no para buscar los de Arturo, sino los de Gwenn. Solo se miraron un instante.

—Encontrar a Perceval puede ser importante, no digo que no —prosiguió Lance rápidamente—. Pero también lo es localizar a Dyenu, y creo que yo puedo intentarlo. Se rumorea que se ha refugiado en la corte de Aellas, en Witancester. Si me dais un salvoconducto para ir a negociar con el rey sajón en vuestro nombre, puedo encontrar la manera de que me lo entregue.

—Eso es muy peligroso —dijo Gwenn—. Los sajones siguen siendo nuestros enemigos, aunque de momento estén respetando la paz que firmaron. No podemos fiarnos de ellos. Aellas sabe que eres uno de los caballeros de nuestra confianza; podría retenerte como rehén, y eso debilitaría nuestra posición.

—Que lo intente si quiere —replicó Lance sonriendo—. Conozco bien a los sajones, sé cómo tratar con ellos. Dejadme probar, al menos. No tenemos nada que perder.

Arturo asintió. Era una buena idea, a pesar de las objeciones de Gwenn... y del malestar que le había producido la actitud de Lance al negarse a acompañar a Yvain.

—Está bien —concedió—. Tendrás tu salvoconducto. Es decir, si la reina está de acuerdo...

Miró a Gwenn, que mantenía los ojos fijos en Lance.

—Firmaré el salvoconducto —afirmó ella con sequedad.

Un silencio incómodo acogió sus palabras. Quizá todos habían notado la tensión entre el rey y la reina. Pero Arturo estaba decidido a impedir que sus problemas conyugales interfiriesen en la reunión. Después de todo, sería la última que celebraría con sus consejeros en una larga temporada, y aún tenía algo importante que comunicarles.

—En cuanto a mí, he decidido trasladarme a Corinium para progresar más rápidamente en mi estudio del velo. Allí están los mejores alquimistas, ellos me ayudarán. La reina se quedará en Camelot para garantizar la estabilidad y el bienestar de Britannia. Esto es lo que hoy quería comunicaros...

—La reina no se quedará en Camelot —le contradijo Gwenn en tono sereno—. Irá con el rey a Corinium. Yo también quiero comprender los entresijos de Britannia, y no estoy dispuesta a quedarme al margen mientras todos actuáis.

—Pero ¿y Camelot? ¿Y la corte? —preguntó Gawain.

—La corte está donde están los reyes, y dondequiera que estemos seguiremos pendientes del bienestar de nuestro pueblo —repuso Gwenn, inflexible—. No me miréis así; soy Gwenn de Gorlois, reina de Britannia por derecho propio..., y nadie de los presentes en esta sala tiene derecho a imponerme sus decisiones; ni siquiera el rey.

Capítulo 3

En ninguno de sus viajes a lo largo y ancho del Imperio se había encontrado Arturo con una ciudad comparable a Corinium. Su red de canales, que se ramificaba entre las manzanas de casas como lo hacen las arterias dentro del organismo humano, se diferenciaba de las de otras ciudades por el color dorado de sus aguas, teñidas con los residuos de las minas de gemas. Estas minas eran, en realidad, fábricas subterráneas en las que los alquimistas ocultaban sus laboratorios y cadenas de montaje, pero con la llegada de la nueva versión de Britannia, en la que las gemas se habían vuelto inútiles, algunos propietarios habían abierto sus minas al público con la esperanza de ingresar algún dinero por esa vía.

Gwenn no había visitado nunca antes la ciudad, y Arturo no perdía ocasión de espiar sus reacciones ante la belleza decadente de sus calles y plazas. Gwenn era demasiado entusiasta como para guardarse su asombro ante la infinita variedad de edificios, estatuas y monumentos públicos. No se cansaba, por ejemplo, de alabar la sencillez de los palacios que alzaban sus envejecidas fachadas de mármoles verdes y blancos sobre los canales, reflejando en sus cúpulas doradas el sol mortecino del otoño. O el exotismo de los frisos de palmeras pintadas sobre atardeceres rosados en la parte superior de algunas casas... En algunos momentos, parecía olvidar que era la reina y volvía a comportarse como la chiquilla curiosa y sin experiencia que Arturo había conocido en Aquae Sulis.

Sin embargo, en cuanto Arturo intentaba compartir aquel entusiasmo con ella, Gwenn se instalaba en la misma rigidez hosca que había adoptado desde su salida de Camelot. Contestaba con gélida cortesía, asentía a sus explicaciones evitando que sus miradas se encontrasen, y parecía ansiosa por dar fin a la conversación.

El esfuerzo constante de Gwenn por mantener las distancias entre los dos acabó por agotar la paciencia de Arturo. Quizá él había tomado demasiadas decisiones sin consultarla, tal vez se había enfrascado tanto en sus estudios alquímicos que había descuidado su relación con ella; pero, aun así, la reacción de Gwenn le parecía desproporcionada e infantil. No se estaba comportando como una reina; el peligro que se cernía sobre Britannia le importaba menos que la supuesta falta de atención de su esposo. Arturo nunca se había imaginado que Gwenn pudiera exhibir tanta despreocupación por los asuntos de Estado. Se sentía decepcionado: se había casado con ella creyendo que se convertiría en su compañera de proyectos y de fatigas..., no en un obstáculo para atender sus obligaciones.

Así pues, cuando desembarcaron frente al palacio en el que iban a alojarse durante su estancia en la ciudad, Arturo estaba dispuesto a despedirse de su esposa con la misma frialdad que ella había desplegado a lo largo del viaje. Sin embargo, el incidente que se produjo en el muelle a su llegada le hizo cambiar de idea.

Gwenn acababa de descender de la barca alargada que los había transportado, y él estaba a punto de hacerlo cuando media docena de mercaderes ataviados con túnicas de abigarrados colores rodearon a la reina.

—Señora, esperamos que hayáis venido para poner fin a nuestra desgracia —dijo uno de ellos en tono desafiante.

—Desde que subisteis al trono, nuestro negocio ha caído en picado —prosiguió otro—. Estáis regalando a vuestros súbditos algo que no os pertenece. La protección del velo tiene un precio... y nosotros somos los encargados de cobrarlo.

—La protección de Britannia ha dejado de tener un precio —replicó Gwenn sin dejarse amedrentar—. Entiendo el perjuicio que ha supuesto para vosotros, pero debéis comprender que este no es un cambio transitorio, sino definitivo. El velo ahora ya no se vende; se regala.

Mientras Gwenn se defendía con aquellas palabras del acoso de los comerciantes, Arturo saltó al muelle.

—Creía haber dado órdenes para que se nos recibiera como nuestro rango exige —exclamó en un tono tan firme y autoritario que a él mismo le sorprendió.

Uno de los comerciantes, tocado con un birrete de terciopelo azul oscuro, se adelantó para ejecutar ante él una profunda reverencia.

—Señor..., Majestad..., todo está dispuesto tal y como vos ordenasteis. Encontraréis vuestras habitaciones preparadas, los fuegos encendidos y la comida dispuesta. Os aseguro que no tendréis queja del trato recibido en Corinium.

—¿Sois vos Hader Ellwey, el decano del Concilio de la ciudad? Veo que recibisteis mis cartas.

—Las recibimos, Majestad. Y, como os decía, no vais a tener queja de nosotros.

—¿Os atrevéis a decirme eso mientras vuestras gentes rodean a la reina y la asaltan con exigencias inaceptables?

Los comerciantes, mientras tanto, habían ido apartándose de Gwenn para prestar atención a lo que sucedía entre Arturo y el decano del Concilio.

—Perdonad nuestra osadía —se disculpó este inclinándose, a su vez, ante la reina—. Es la esperanza con la que os acogemos lo que nos ha hecho comportarnos de un modo, quizá, no excesivamente civilizado. Hemos sufrido mucho en estos meses de cambios y revoluciones. Esperábamos con verdadera ansiedad vuestra visita, porque necesitamos soluciones urgentes a nuestros problemas. El negocio de las gemas se ha hundido, como sabéis. Comprendemos que es una consecuencia de los nuevos tiempos. Pero la Corona debe entender también que aguardamos una compensación justa por nuestras pérdidas.

—Tendréis vuestra compensación... cuando os deis cuenta de que podéis vender algo mucho más valioso aún que las gemas —dijo Arturo, mirando con expresión risueña a Hader.

El decano del Concilio frunció el ceño.

—¿Qué podemos tener nosotros que valga más que las gemas? No poseemos tierras de cultivo, ni rebaños, ni barcos, ni oro, ni otros metales preciosos. Y sin las gemas...

—Las gemas han perdido su valor, pero el conocimiento para fabricarlas no. Sois los mejores alquimistas de Britannia. ¿Creéis que no se os pagará por vuestro saber?

Los comerciantes se miraron unos a otros, desconcertados.

—Ese saber... Nunca hemos pensado hacerlo público —dijo uno de ellos, vestido con una elegante túnica roja—. Es nuestra propiedad más preciada, lo que los nobles de Corinium dejan en herencia a sus hijos... ¿Por qué íbamos a compartirlo?

—Porque los tiempos han cambiado —contestó Gwenn, adelantándose a Arturo—. Ahora Britannia pertenece a todos, y no tiene sentido ocultar el lenguaje en el que está

escrita. Mucha gente querrá pagaros por vuestro saber.

—Sí. Y yo seré el primero —añadió Arturo, agradeciendo con una mirada el apoyo de su esposa—. Quiero que se presente ante mí el mejor de vuestros alquimistas, y que sea lo antes posible. Para eso hemos venido a Corinium: para aprender.

Los mercaderes se miraron unos a otros.

—Mallory sería el más indicado —dijo un anciano mirando a Hader—. Nadie fabricaba gemas como las tuyas. Trabajó para mí durante un tiempo. Es un hombre malhumorado y sin modales, pero sabe lo que hace.

—Enviad a buscarlo, y que nos avisen en cuanto llegue.

Hader entró con ellos en el vestíbulo del palacio que les habían asignado como residencia oficial durante su estancia en la ciudad. Una vez dentro, se despidió con una reverencia más, dejándolos a solas ante un ejército de criados que esperaba órdenes.

Fue Gwenn quien se encargó de encomendar a cada uno la tarea que debía realizar. A algunos los envió a mullir las almohadas y los colchones, a otros a avivar el fuego de cada chimenea, y otros recibieron el encargo de disponer la mesa para el almuerzo de mediodía.

Por último, preguntó a la que parecía su nueva doncella personal si había algún jardín o patio en el edificio.

—Hay un jardín en las terrazas superiores, mirando al canal —respondió ella tímidamente—. Si lo deseáis, puedo acompañaros, aunque supongo que preferiréis cambiaros antes...

—No, necesito un poco de aire fresco —contestó la reina, y con una mirada invitó a Arturo a acompañarla.

Subieron juntos la empinada escalera de caracol que conducía a aquel jardín colgado sobre la fachada de la ciudad. Cuando la doncella los dejó a solas, Arturo tomó de la mano a Gwenn.

—Son duros de pelar, ¿eh? —dijo, sonriendo.

Gwenn se encogió de hombros.

—Les hemos quitado su modo de vida. Es lógico que estén descontentos.

Por fin alzó los ojos hacia Arturo. Y él vio en aquellos iris claros moteados de luz la misma compasión que, justo después del combate con Dyenu, le había estremecido por dentro y le había llevado a perdonarle la vida.

—Me gusta cómo eres —dijo en voz baja.

Por primera vez en varios días, ella le sonrió casi con timidez.

—Y a mí me gusta cuando dejas de ser el rey y eres solo Arturo. Mi Arturo.

—Siempre soy tuyo —contestó él con absoluta seriedad.

Gwenn se echó a reír.

—No, Arturo. ¿Mío? Nunca has sido mío. A lo mejor es eso lo que me hace seguir esforzándome por llegar hasta ti, por entenderte.

—Tú puedes llegar a mí siempre, Gwenn. Si no pones barreras, si no te encierras en tu torre de marfil...

—Solo me encierro cuando necesito protegerme.

Arturo le pasó los brazos alrededor de los hombros y la acercó a él. Ella apoyó la cabeza en su pecho, y durante unos instantes permanecieron ambos en aquella posición, sin atreverse a hablar.

—No necesitas protegerte de mí —dijo por fin Arturo con voz ronca—. Yo estoy contigo. Estamos juntos en esto.

Gwenn separó la cabeza de su pecho para mirarle a los ojos.

—Lo sé —murmuró—. Perdóname si a veces lo olvido.

Apartándose de él, avanzó unos pasos por el camino de baldosas de mármol bordeado de altas matas de brezo. Él la siguió hasta un mirador que permitía contemplar los tejados rojos de la ciudad, apretados unos contra otros entre los canales dorados.

Estuvieron observando un buen rato el cielo y las calles de Corinium, hasta que Gwenn se volvió para mirarlo a la cara.

—He estado pensando en tus palabras del otro día, y creo que tienes razón —dijo—. No tiene sentido que yo empiece a estudiar el lenguaje del velo ahora, no hay tiempo para eso. Pero hay otra cosa que puedo hacer. Tú necesitas un profesor de alquimia, y yo puedo proporcionarte al mejor. Al menos, quiero intentarlo.

Arturo sonrió, intrigado.

—¿El mejor profesor de alquimia? ¿De quién me estás hablando?

—De Merlín —respondió Gwenn desplegando a su vez una sonrisa triunfal—.

Nadie sabe más que él sobre el lenguaje del velo. Si alguien puede enseñarte lo que necesitas, es Merlín.

El rostro de Arturo se oscureció.

—Gwenn, Merlín ya no es más que una sombra de lo que era. Sigue prisionero de Nimúe, mientras su avatar se esconde por ahí esperando una oportunidad. No hay nada que podamos hacer para recuperarlo.

—Yo pienso que sí. Nimúe lo tiene en su poder, y, si se lo pido de la forma adecuada, ella me lo entregará —aseguró Gwenn convencida.

Arturo la miró perplejo.

—Gwenn..., Nimúe intentó matarte. No puedes fiarte de ella. Y no pienso permitir que corras el riesgo de ponerte en sus manos una vez más.

La sonrisa de Gwenn se volvió desafiante.

—Tú no puedes prohibirme nada, Arturo. Soy reina por derecho propio. Voy a intentar esto por ti, y quiero que lo aceptes como prueba de mi confianza en lo que estás haciendo. Dijiste que necesitabas aprender deprisa... y yo te voy a traer al mejor maestro posible, al que más deprisa te puede enseñar.

Capítulo 4

Desde la orilla del lago, Gwenn escudriñaba la niebla en busca de la silueta oscura de la barca de Nimúe. Después de aguardar cinco días en una posada cercana, al fin había recibido un mensaje de su antigua mentora en respuesta a la petición que le había enviado. En él se comprometía a reunirse con ella, pero no en Ávalon, sino en algún lugar discreto de las inmediaciones. Nimúe no quería que Viviana se enterase de que iban a verse, y debía de tener buenas razones para ello.

Mientras intentaba vislumbrar entre la bruma la embarcación de la dama, Gwenn apenas era consciente del frío húmedo que le erizaba la piel. Estaba nerviosa, más de lo que había previsto. Enfrentarse a la mirada distante y tranquila de Nimúe ya nunca le resultaría fácil. No podía evitar estremecerse al recordar el cuchillo herrumbroso en su mano, aquella noche en que intentó matarla. Jamás comprendería cómo había sido capaz. Había cuidado a Gwenn desde la infancia, protegiéndola y educándola como una madre haría con su hija. Y después... ¿cómo había podido siquiera concebir la idea de asesinarla? Era tan monstruoso que dolía pensarlo.

La barca apareció de improviso entre la niebla, perfectamente nítida. Se impulsaba mediante una fuerza invisible y silenciosa: no llevaba vela, y nadie manejaba los remos. Nimúe, su única ocupante, observaba la orilla desde la proa.

La quilla de la embarcación se deslizó limpiamente hasta la orilla y se clavó con suavidad en la arena. El agua, agitada por la llegada de aquel cuerpo extraño, batía tímida contra la lisa madera del casco.

Nimúe saltó con un gesto grácil a tierra. En sus labios había una sonrisa superficial, en sus ojos la serenidad ausente de siempre.

—Querida muchacha —dijo, rozando con una caricia helada la mejilla de Gwenn—. La reina de Britannia... Estoy orgullosa de ti. Lo estás haciendo bien.

Gwenn sintió un cálido rubor en sus mejillas. ¿Por qué le complacía tanto el elogio de Nimúe? No quería que ella notase su emoción, de modo que concentró todos sus esfuerzos en contener las lágrimas. ¿Cómo era posible que, después de todo lo que ella le había hecho, aún le importase la opinión de la dama?

Balbuceó unas palabras de gratitud y dejó que Nimúe la condujese, charlando pausadamente, hacia un bosquecillo de fresnos que bordeaba la orilla.

—A pesar de nuestro aislamiento, nunca dejamos de estar al corriente de lo que pasa en el mundo. Tuvimos miedo al principio, después de la victoria de Arturo sobre Dyenu. No sabíamos si estaba preparado. Pero pronto nos demostró que sí. La primera decisión acertada que tomó fue la de casarse contigo. Juntos sois más fuertes que por separado.

—Lo dices como si la boda hubiese sido una decisión de Estado.

Nimúe rio brevemente.

—¿Acaso no lo fue? Eso no implica que no existan sentimientos entre vosotros,

Gwenn... Pero sobre los sentimientos no se sostiene un reino. Vosotros dos formáis algo sólido, algo que hace confiar a la gente. Y además, está lo que habéis hecho con Britannia. La habéis liberado de su lastre de injusticia, la habéis puesto al alcance de los más desfavorecidos... El pueblo no lo olvidará.

—No lo hemos hecho solos. Tenemos a nuestro alrededor un círculo de confianza. Mi primo Gawain, Yvain, y otros... Sin ellos, Arturo ni siquiera habría podido vencer a Dyenu.

Nimúe miró a Gwenn con curiosidad.

—Eso se rumorea, sí. Y confieso que no lo comprendo. Es algo que..., bueno, algo muy inusual en nuestra experiencia. Tendrás que explicármelo con más detenimiento.

—Tampoco nosotros entendemos del todo cómo funciona. Solo sabemos que ese círculo que formamos nos conecta de un modo especial a Britannia... y nos ha permitido influir en ella.

Un sol otoñal se filtró en ese instante entre las hojas de los fresnos, iluminando el rostro pálido y perfecto de Nimúe.

—Supongo que ese muchacho, Lance, también formará parte del círculo —añadió después de un breve silencio.

Gwenn se puso en guardia. A pesar de la impenetrable máscara de indiferencia que era el semblante de una dama de Ávalon, captó una secreta turbación en Nimúe, la misma que había notado otras veces en ella cuando hablaba de Lance.

—Es uno más dentro del círculo, sí —contestó, evasiva—. Pero a pesar de que juntos hemos podido hacer mucho por el reino, todavía somos vulnerables. Supongo que sabes que Dyenu escapó de las mazmorras de Tintagel con ayuda de mi madre. Ahora mismo ignoramos su paradero.

—¿Es por eso por lo que querías verme? No está con nosotras. Hace tiempo que Dyenu se enemistó con Ávalon.

—No es por eso por lo que he venido —replicó Gwenn con rapidez—. Es por Merlín.

Espió la reacción de Nimúe al oír el nombre del mago. Si le sorprendió oírlo, no lo demostró en absoluto.

—Sabía que antes o después vendrías a por él —murmuró—. No está listo todavía, Gwenn. Su mente quedó extrañamente perturbada después del asedio de Londres, no sabemos por qué. Durante meses, su avatar logró dominarlo casi por completo.

—Lo necesitamos. Él es el único que puede entender lo que realmente está pasando con Britannia. Y Arturo quiere que le ayude para poder comprenderlo también. Está en Corinium, estudiando el lenguaje del velo con los alquimistas. Pero ninguno de ellos sabe ni la mitad que Merlín... Tienes que liberarlo.

Nimúe caminó en silencio junto a Gwenn durante un rato, abstraída en sus pensamientos. Por fin, se detuvo y, girándose para mirarla, apoyó la espalda en el tronco de un árbol.

—¿No se te ha ocurrido pensar que podrías hacerlo sin mi ayuda? —preguntó—. Tú tienes poder. Un poder antiguo, que no se parece al de los alquimistas porque brota de una fuente más profunda, que está dentro de ti. Con ese poder, si quisieras, podrías liberar a Merlín.

Gwenn sintió una punzada de miedo en el pecho. El ritmo de su corazón se desbocó.

—No sé qué quieres decir —murmuró con voz apenas audible.

—Sí lo sabes —replicó Nimúe con suavidad—. Está en tu interior, igual que está en

tu madre, y en tu tía Morgause. Pero ninguna de las dos tiene el potencial que duerme dentro de ti. No te haces idea de lo poderosa que puedes llegar a ser, Gwenn. Y quizá sea mejor así.

—Creía que no debía utilizar ese poder —dijo Gwenn sin tratar de ocultar su perplejidad—. Tú me enseñaste a ocultarlo.

—Te enseñé a encauzarlo. A no dejarte dominar por él. No es exactamente lo mismo.

—Siempre me has dicho que debía ser muy cuidadosa con mi don para la magia. Incluso cuando me revelaste aquel conjuro para encontrarte y comunicarme contigo a través de la distancia, ¿lo recuerdas? El conjuro de la Mano Vacía.

—Lo recuerdo, claro. Pero nunca has intentado usarlo. Ni siquiera en esta ocasión. Podría haberte ahorrado el viaje hasta Ávalon.

—Tú me dijiste que era muy arriesgado; que podía perderme en la nada, enloquecer. Por eso no lo he utilizado.

Nimúe asintió.

—Y has hecho bien. Apruebo tu prudencia. Sin embargo, en el asunto de Merlín..., tendrás que recurrir a tus propios medios si quieres sacarlo de su prisión de cristal. Yo no puedo ayudarte; Viviana me mataría o me recluiría para el resto de mis días.

Gwenn la miró estupefacta.

—Pero ¿cómo? —preguntó—. Ni siquiera sé dónde se encuentra.

Nimúe la miró unos instantes en silencio, indecisa.

—Podría llevarte hasta él —dijo—. Pero el resto tendrás que hacerlo sola. No pongas esa cara, sabrás cómo actuar cuando llegue el momento. Vayamos ahora... Quizá no tenga otra oportunidad de reunirme contigo.

—¿Ahora? ¿Eso significa que la prisión de Merlín está cerca de aquí?

Nimúe desplegó una vez más su enigmática sonrisa.

—Los conceptos de «cerca» y «lejos» son relativos en las inmediaciones de Ávalon. Volvamos a la barca... Te llevaré hasta donde él está.

Regresaron sin apresurarse a la orilla, a pesar de que Gwenn habría querido correr, de la impaciencia que sentía por descubrir adónde conducía todo aquello.

Cuando llegaron a la barca, Nimúe le indicó a Gwenn que subiese primero y que se sentase en la popa. Después, la dama empujó la quilla con suavidad, devolviéndola al agua, y antes de que se alejase saltó a su interior.

Navegaron un buen rato en silencio, hasta que Gwenn notó que los párpados empezaban a pesarle. Se estaba adormeciendo, y no podía hacer nada para evitarlo. Miró a Nimúe, que asintió imperceptiblemente, como si fuese eso lo que esperaba de ella: que se dejase arrastrar por el sueño sin oponer resistencia...

Se despertó con la sensación de haber dormido durante horas. Tenía las piernas y los brazos entumecidos. El frío le traspasaba las ropas y se le clavaba en los huesos con sus húmedas agujas. Cuando abrió los ojos no vio a Nimúe. Se hallaba sola, acurrucada en el fondo de la barca..., que descansaba sobre la ribera tapizada de musgo de un río oscuro y profundo.

Moviéndose aún con torpeza, salió de la barca y empezó a recorrer la orilla boscosa mientras sus ojos buscaban la silueta inconfundible de Nimúe. Pero antes lo vio a él, a Merlín.

Parecía un espejismo, una imagen traída de otra parte e incrustada en el bosque mediante algún sortilegio de alquimia negra. Se trataba de una gema de tamaño imposible,

un diamante gigantesco en cuyo interior permanecía atrapado el mago. A pesar del grosor de las paredes de cristal, su transparencia era perfecta: se distinguían con toda claridad las arrugas del rostro de Merlín, los pliegues de su túnica negra... y la expresión de intenso horror que deformaba sus rasgos.

El primer impulso de Gwenn fue huir. No quería tener que contemplar aquello; era demasiado cruel, casi insoportable. Sin embargo, se obligó a quedarse frente al inmenso cristal y a mirar de frente aquella cara que, desprovista de su humanidad y de la chispa de inteligencia de sus ojos, parecía una máscara marchita.

Poco a poco, su respiración se fue serenando. Se concentró en lo que estaba viendo y dejó fluir sus pensamientos a un ritmo trepidante, sin retener ninguno. Desfilaron por su mente recuerdos de la infancia en los que aparecía Merlín, imágenes distantes del mago conversando con Uther mientras Igraine, su madre, los observaba con desconfianza; y también fogonazos de la noche en que Nimúe intentó matarla, justo antes de su partida de Londres.

Por alguna razón, aquel recuerdo despertó un eco lejano y apagado dentro de la gema. Gwenn se estremeció y dio un paso hacia ella. Apoyó las palmas de las manos en su pared transparente, sintió la superficie fría y lisa contra la piel... Pegó también la frente al cristal reteniendo en su mirada los ojos de Merlín, y dejó que la conexión creciera dentro de ella sin inmiscuirse, que siguiese buscando un eco en la mente prisionera del mago.

Estuvo a punto de abandonar cuando notó la deformación creciente en los rasgos de Merlín, que ahora parecían retorcidos por el dolor. Pero sabía que debía continuar, así que presionó el cristal con sus brazos y relajó aún más su mente, dejando que el hilo del recuerdo siguiese enredándose en el cerebro dormido de Merlín. A su memoria acudió el momento en que Nimúe se encerró en el conjuro de Broceliande y permitió que un bosque creado por ella misma la devorara; y de repente tuvo la visión de otro instante simétrico, más cercano en la línea del tiempo, al principio incomprensible: el instante en el que Merlín se dejaba abrazar por aquel bosque y soportaba un sufrimiento indescriptible para liberar a Nimúe.

Horrorizada, Gwenn dio un paso hacia atrás. Sus piernas temblorosas cedieron y se derrumbó en el suelo.

De modo que era eso lo que había pasado: Merlín había liberado a Nimúe del conjuro de Broceliande, y había pagado un alto precio por ello: el de la locura.

Cuando se incorporó, vio los ojos del mago fijos en ella a través del cristal. Tenían el fuego de antaño: el fuego de una mente despierta.

En el mismo momento, el diamante que lo aprisionaba estalló en mil pedazos que, en lugar de estrellarse violentamente contra el suelo, se disolvieron en el aire.

Iba a precipitarse a abrazar al anciano cuando se dio cuenta de que no podía moverse. El pánico se apoderó de ella. Aterrorizada, miró al mago, pero Merlín la observaba desorientado, como si no acabase de entender lo que estaba pasando.

En cuestión de segundos, los cristales que un momento antes se habían esfumado en el aire volvieron a aparecer. Se atraían unos a otros como imanes, volaban para unirse como piezas de un puzle a su alrededor.

Antes de que le diese tiempo a reaccionar, todo había concluido. Merlín era libre... Y Gwenn ocupaba su sitio en la prisión de cristal.

Capítulo 5

La sensación de asfixia que la atenazó al principio fue desapareciendo poco a poco. Dentro del cristal se podía respirar. Gwenn recordó el aspecto de Merlín cuando ocupaba su lugar: parecía congelado en mitad de un pensamiento, como si lo hubiesen transformado en piedra o en hielo. Ella, sin embargo, no se sentía así. Aunque disponía de poco espacio, podía moverse con normalidad, y su mente no había experimentado ninguna alteración.

Estos descubrimientos la aliviaron un poco: estaba metida en una jaula de cristal, pero seguía siendo dueña de su cuerpo y de sus pensamientos.

Al otro lado de las paredes transparentes de su prisión, el bosque conservaba su majestuosa serenidad. Merlín había huido..., quizá en busca de ayuda. Al menos, eso quería pensar Gwenn. Aunque aquella esperanza se fue diluyendo poco a poco a medida que transcurrían las horas sin que nadie acudiera a rescatarla.

Al menos, allí dentro no hacía ni frío ni calor. Había espacio suficiente para acurrucarse en el suelo y tratar de dormir. Gwenn se sentó con las rodillas recogidas y la espalda apoyada en el cristal de la gema, cerró los ojos y trató de no pensar. En cierto modo, casi le resultaba agradable saber que, en ese instante, ya nada dependía de ella. Lo único que podía hacer era esperar..., no necesitaba atormentarse decidiendo qué debía hacer a continuación.

Este pensamiento la tranquilizó hasta que se le ocurrió una posibilidad que hasta entonces no se había planteado: ¿y si sus poderes, los mismos que había utilizado para liberar a Merlín, pudiesen servirle ahora para escapar de su propia cárcel?

Desde el momento en que se le ocurrió la idea, ya no consiguió dejar de darle vueltas. Por un lado, deseaba intentarlo y comprobar de inmediato el alcance de su don, pero por otro, prefería retrasar la prueba, ya que mientras no fracasara podría mantener vivas sus esperanzas.

Cuando las sombras del crepúsculo se adueñaron del bosque la invadió el miedo. Había logrado controlarse hasta entonces, pero la oscuridad hizo que toda la angustia reprimida en aquellas horas se le viniese encima. Con desesperada intensidad, trató de concentrarse en el cristal en busca de sus puntos débiles para intentar romperlo. El esfuerzo resultó inútil, porque no detectó ni la más pequeña fisura en las paredes de su cárcel. Quizá estaba demasiado nerviosa para encontrarlas... o tal vez, sencillamente, no las hubiera.

Los rumores del bosque le llegaban lejanos y amortiguados por el grueso cristal de la gema. Pero en su interior era tan profundo el silencio, que, por contraste, aquellos ruidos de la naturaleza sonaban extrañamente nítidos. Eso le permitió detectar los pasos que se aproximaban cuando aún se hallaban muy distantes. Con el corazón lleno de agitación, escuchó cómo se iban acercando. Eran varias personas las que se dirigían a su encuentro. Parecía que, finalmente, Merlín había conseguido regresar con ayuda.

No, no era Merlín. Aquellos pasos rápidos y seguros, pero leves como si apenas rozasen la tierra, solo podían pertenecer a las damas.

La primera que apareció en el campo de visión de Gwenn fue Nimúe, pero ella sabía que venían más.

—Menos mal —exclamó, aunque no estaba segura de que la dama pudiera oírla—. Sácame de aquí, por favor. No sé qué ha pasado, algo ha salido mal. Nimúe...

Con su gesto impasible de siempre, Nimúe pegó la frente al cristal de la gema y la observó en silencio durante un buen rato. Gwenn se sintió como un simio enjaulado en una feria y exhibido como espectáculo. Las otras damas, mientras tanto, también fueron rodeando en silencio la prisión de cristal. Gwenn reconoció entre ellas a Viviana.

Estuvo a punto de rogar de nuevo que la sacasen de allí, pero la frialdad de aquellos rostros que la observaban le hizo contenerse. Quizá su silencio contribuyó a que Nimúe actuase... La dama se alejó unos cuantos pasos de la gema, alzó los dos brazos y pronunció unas palabras que Gwenn no llegó a oír. Bajo su influjo, el cristal de la prisión comenzó a reblandecerse como si fuese gelatina. En pocos segundos, se fundió en un líquido tan puro como el agua que se filtró en la tierra oscura del bosque.

—Gracias —dijo Gwenn con timidez—. Creí que iba a quedarme atrapada ahí dentro para siempre.

—Podrías haber quedado atrapada para siempre, Majestad —dijo Viviana, avanzando hacia ella—. Lo que habéis hecho ha sido extremadamente peligroso..., además de constituir una traición hacia la confianza que hace tiempo depositamos en vos. Habéis liberado a nuestro prisionero sin consultarnos. Por vuestra culpa, Merlín vaga de nuevo libre por Britannia, y eso supone un riesgo cuyas consecuencias ahora mismo no podemos calibrar. Nos habéis fallado, Gwenn de Gorlois. Y por ello vais a ser juzgada.

Mientras Viviana hablaba, Gwenn no podía apartar los ojos de Nimúe, que la observaba con plácida indiferencia. ¿Cómo podía haberse dejado engañar por ella una vez más? Nimúe la había traicionado. Primero la había animado a liberar a Merlín y luego había corrido a denunciarla ante Viviana y el resto de las damas de Ávalon. Solo quería perjudicarla. ¿Por qué?

Estuvo a punto de acusar a su antigua mentora en voz alta, pero un temblor de inquietud en los ojos claros de Nimúe le hizo contenerse. No, era mejor no denunciarla, al menos por el momento. Nimúe se estaba cubriendo las espaldas para que Viviana no sospechase de ella, pero no podía olvidar que la había ayudado a liberar a Merlín. Sin su ayuda, ella no habría sabido por dónde empezar.

Quizá la dama necesitaba someterse a aquella pantomima del juicio de Gwenn para que nadie la relacionase con lo ocurrido. Tal vez tuviese algo pensado para ayudarla, aunque no pudiese comunicárselo...

Dejándose llevar por aquella intuición, Gwenn decidió guardarse sus acusaciones.

—¿Dónde vais a juzgarme? —preguntó tan solo—. ¿En Ávalon?

—Esto es Ávalon —dijo Viviana—. ¿Para qué esperar? Te juzgaremos ahora mismo.

—No he hecho nada que os perjudique directamente —se defendió Gwenn—. Merlín es nuestro consejero, y vosotras no teníais derecho a retenerlo. Os recuerdo que, como reina de Britannia, tengo autoridad sobre todo el territorio del reino, y también sobre este lugar..., sobre vosotras.

Viviana sonrió con desdén.

—Querida, el poder hay que demostrarlo cada día, y lo que tú nos has brindado hoy ha sido más bien una exhibición de impotencia. Has quedado atrapada en ese cristal como una araña en su propia tela. Si no fuese tan risible, resultaría lamentable. Juegas con dones

que no alcanzas a comprender. Y debes dar gracias a Nimúe por haber detectado tu traición. Si ella no se hubiese dado cuenta, podrías haberte quedado atrapada en la gema durante siglos, consumiéndote hasta marchitarte como un cadáver en vida.

Gwenn se estremeció a su pesar. Miró a Nimúe.

—Gracias —dijo—. Y si creéis que debo disculparme por lo que he hecho, no tengo ningún problema en hacerlo. Quizá debería haberos pedido permiso antes; pero el tiempo apremiaba... Os ruego que me perdonéis y que me permitáis regresar a Camelot lo antes posible. Me comprometo a respetar vuestras costumbres de ahora en adelante y a no actuar en vuestro territorio sin vuestro permiso. Ahorrémonos esta pantomima del juicio, por favor.

—Gwenn —dijo Nimúe con suavidad—. No es ninguna pantomima. Has transgredido nuestras leyes, y las evidencias son claras. No podemos ignorarlas, ni podemos mirar para otro lado como si esto no hubiera sucedido.

Viviana observó a las damas que formaban un círculo a su alrededor y alzó la voz para que todas pudieran oírla.

—Habéis visto las pruebas, habéis comprobado con vuestros propios ojos la transgresión de la reina. Nuestras leyes son inflexibles en un caso como este, y es nuestro deber aplicarlas con igual rigor sea quien sea el acusado. Decidme ahora con vuestras manos alzadas: ¿quiénes de vosotras consideraréis que la reina es culpable?

Una a una, todas las damas fueron levantando la mano. También lo hizo Nimúe.

Viviana asintió gravemente.

—En casos como este, la pena impuesta al culpable está a la altura de su falta. Todas sabéis cuál es.

—Destierro.

—Destierro.

—Destierro.

Todas las mujeres de Ávalon repitieron aquella palabra a coro.

Gwenn miró a Nimúe, desconcertada.

—¿Me estáis desterrando de Ávalon? —preguntó—. ¿Para siempre?

Nimúe hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No tendría sentido que te desterrásemos de un lugar al que no perteneces —explicó Viviana.

Gwenn se volvió hacia ella.

—Entonces, me estáis desterrando de Britannia... ¿A mí, a vuestra reina? Arturo no lo permitirá. Además, ¿adónde ibais a enviarme? Hemos firmado alianzas con todos nuestros vecinos. Vosotras no podéis desterrarme de mi propio reino; ¡tendría que ser yo la que os desterrase a vosotras por vuestra insolencia! —Las risas contenidas de algunas damas le hicieron interrumpirse—. ¿Cómo os atrevéis? —preguntó, desafiante—. ¿Cómo os atrevéis a reíros?

Nimúe dio unos pasos hacia ella y enlazó sus manos con las suyas. En su rostro, por primera vez desde que la conocía, Gwenn creyó atisbar auténtica compasión.

—Se ríen de tu ingenuidad, querida —explicó, mirándola a los ojos—. No te estamos desterrando de Britannia, porque, como bien dices, eso es asunto de reyes y de gentes «del mundo». Digamos que... nuestro destierro abarca algo mucho más amplio: te estamos desterrando de la realidad.

Gwenn se estremeció de pies a cabeza, como si una caricia gélida se hubiese deslizado por su piel.

—No podéis desterrarme de la realidad —murmuró—. La realidad no es vuestra... Además, ¿adónde podríais enviarme? No hay nada fuera de la realidad.

—Te equivocas, Gwenn —contestó Nimúe con una sonrisa triste—. Más allá de la realidad, está el Otro Lado... Aparece a menudo en las viejas leyendas de tu pueblo: es el mundo de los desterrados de la Vida, el Sith.

Capítulo 6

—No lo entiendo, Mallory. —Arturo levantó la vista de las láminas de código y miró al alquimista con expresión perpleja—. La diferencia en el lenguaje es evidente, y no está solo aquí; si uno se fija bien, puede encontrar capas semejantes casi en cualquier fragmento de la programación de Britannia. Apuesto a que incluso se podría encontrar un algoritmo para localizar todos estos islotes en medio del mar de la programación del velo. ¿Cómo es posible que nadie lo haya visto antes?

Mallory se encogió de hombros. Su aspecto de guerrero, con los cabellos largos y la barba de varios días, casaba mal con su sedentaria ocupación, pero Arturo lo conocía ya lo suficiente como para saber que se encontraba ante el mejor maestro de código de Corinium.

—Supongo que nadie en Corinium se ha dedicado nunca a analizar el lenguaje del velo en profundidad —contestó—. Nosotros siempre hemos ido a lo práctico: cómo conectar las reacciones del córtex cerebral con la programación de Britannia a través de la nanotecnología de las gemas. Nunca nos ha importado quién inventó cada aspecto del velo o por qué lo hizo. Pero ahora que habéis reparado en ello, tengo que reconocer que no es la primera vez que me fijo. Y no soy el único: sé que muchos de mis compañeros reconocen esas capas de programación y las utilizan para no perderse en el laberinto de Britannia.

Arturo asintió, pensativo. Sus ojos volvieron a recorrer las líneas de código durante unos instantes, repasando las peculiaridades del fragmento que estaba estudiando.

—Siempre tienen que ver con aspectos básicos del funcionamiento del velo —murmuró, más para sí mismo que para Mallory—. Sensaciones primarias como placer o dolor, frío o calor, tristeza o alegría...

—¿Queréis saber mi opinión sobre esos islotes?

Arturo miró a Mallory con curiosidad.

—Por supuesto —dijo—. ¿Cuál es?

Mallory se dejó caer sin ninguna circunspección en el sitial colocado junto al de Arturo. Jamás se molestaba en observar el protocolo de la corte.

Atusándose el largo y deslucido cabello castaño, dejó que sus ojos vagasen sobre las láminas de código que estaba estudiando el rey.

—Son fragmentos heredados de los Antiguos; eso es lo que creo. Britannia no la crearon Uther y Merlín. Estaba ahí desde mucho tiempo atrás. Ellos la despertaron, la revitalizaron; pero buena parte de la programación del velo se la encontraron hecha. Ese islote que estáis estudiando, como vos lo llamáis, es un resto de aquella primera Britannia perdida. Y, como habéis visto, hay muchos más.

—Me pregunto si uniéndolos todos podríamos hacernos una idea de cómo era la primitiva Britannia —reflexionó Arturo—. Debemos intentarlo, a ver qué descubrimos...

Se interrumpió al oír dos tímidos golpes en la puerta de la torre.

—Adelante —exclamó de mala gana—. ¿Qué ocurre? He dado orden de que no se me moleste mientras estoy estudiando.

Su joven escudero Aldair apareció en el umbral de la puerta y se apresuró a ejecutar una torpe reverencia.

—Disculpadme, Majestad, pero pensé que esto era lo bastante importante como para informaros de inmediato.

Arturo se puso en pie, como movido por un resorte.

—¿Es la reina? ¿Ha llegado Gwenn?

Aldair lo miró asustado.

—No, Majestad; no es algo tan importante. Perdonadme...

—De acuerdo, Aldair, si no es eso, ¿de qué se trata? —preguntó Arturo con impaciencia.

—Es Merlín —contestó Aldair de inmediato—. Por lo visto llegó a Corinium esta mañana, pero hasta ahora no ha conseguido dar con el palacio. Solicita hablar con vos. Se le ve muy cansado, Majestad... Pensé que querríais saberlo.

—Pensaste bien. Hazle subir, rápido. —Arturo miró a Mallory—. Amigo, si no os importa dejaremos el análisis de esta lámina para mañana. Sed puntual.

Mallory inclinó levemente la cabeza en señal de despedida y abandonó el scriptorium. Arturo oyó sus recios pasos alejándose escaleras abajo, y unos segundos después, otros pasos mucho más débiles e irregulares que subían.

La puerta se abrió sin previo aviso, y en el umbral apareció Merlín.

Sin atreverse a entrar, el mago lo miró parpadeando, como si la luz que se filtraba a través de las vidrieras transparentes de los muros lo hubiese deslumbrado.

—No me dejaban verte —dijo, quejumbroso—. Me han tenido todo el día dando tumbos de un lado a otro. Ni siquiera habían oído mi nombre. Me refiero a los guardianes de la puerta del norte. No les sonaba el nombre de Merlín. La gente olvida con rapidez.

—A ti no te van a olvidar nunca, Merlín. Estarás en sus cantos y en sus leyendas hasta el fin de los tiempos —replicó Arturo con una sonrisa—. Me alegro de verte... ¡No sabes cuánto!

Al ver que el mago no se decidía a traspasar el umbral, fue hacia él y lo abrazó con calor. Después le ofreció su brazo derecho para que se apoyase en él y caminase a su lado.

Junto a la chimenea, en la que brillaban los rescoldos rojizos de un fuego moribundo, Arturo ofreció un asiento al viejo mago. Luego arrastró una silla desde el mostrador donde se hallaban desplegadas las láminas de código en las que estaba trabajando y se sentó a su lado.

Miró al anciano con una sonrisa impaciente.

—¿Y Gwenn? —preguntó—. ¿Por qué no ha llegado contigo?

Merlín le clavó unos ojos brumosos, abstraídos en sus propios pensamientos.

—¿Gwenn? No lo sé. No la he visto. ¿No está aquí, contigo?

La sonrisa se borró del rostro de Arturo.

—Gwenn fue a Ávalon para obtener tu liberación. ¿No estás aquí por ella?

Arturo hizo un gesto ambiguo con la cabeza.

—Ahora que lo dices..., no sé, es posible. Los recuerdos de los primeros momentos son muy confusos, pero es posible que ella estuviera allí. Sí, creo que la vi. Tu hermosa princesa...

—Es la reina, ahora —dijo Arturo con voz ronca—. ¿No lo sabías?

Merlín asintió.

—Lo he oído en mi viaje, sí. Parece que han ocurrido muchas cosas durante mi encierro; algunas increíbles. El renacimiento de Britannia, por ejemplo... ¡Lo conseguiste,

hijo! Si Uther estuviese vivo..., si pudiese ver todo esto... En el fondo de mi corazón siempre supe que lo lograrías, aunque a veces te diese la impresión de que dudaba.

—No lo he conseguido solo. Lo hemos hecho entre Gwenn y yo... Y otros muchos nos han ayudado.

Merlín lo miró con aquella vieja sonrisa de diversión que Arturo recordaba tan bien.

—Es curioso, no recordaba que la modestia fuese una de tus cualidades —dijo.

Cuando se animaba volvía a hablar con el tono seguro y ligeramente burlón de antaño. Resultaba reconfortante escuchar su voz de siempre, tan diferente a la que Arturo le había oído en su última entrevista, cuando el mago le entregó Excalibur. Se sintió infinitamente agradecido a Gwenn por haberle devuelto a Merlín. Aunque el mago no recordase su intervención, estaba seguro de que se encontraba libre gracias a ella.

Lo extraño era que no le hubiese acompañado..., extraño y preocupante.

—Intenta hacer memoria —pidió, inclinándose hacia su visitante—. Cuando te liberaron... ¿Dónde estabas? Tienes que haberla visto. Ella partió de aquí para ir a buscarte.

—A Gwenn, dices... Sí, estoy bastante seguro de haberla visto. Pero no recuerdo bien lo que pasó al principio. Sé que desperté y podía moverme. La sensación de libertad, de volver a ser yo mismo... No te imaginas lo que sentí, muchacho. Perdona, no debería llamarte así. Ahora eres el rey.

—Puedes dirigirte a mí como quieras, pero, por favor, sigue —le apremió Arturo—. Te sentiste libre; podías moverte... ¿Qué más?

—Empecé a caminar por el bosque. Al principio no dominaba el movimiento de mis piernas. Caí al suelo dos veces. Estaba oscureciendo. Tuve miedo... ¡Imagínate, yo asustado! Nunca he sido un hombre cobarde, tú lo sabes, pero tanto tiempo enjaulado, congelado en un sueño del que no podía salir...

—¿Recuerdas quién te metió en la prisión de cristal? ¿Cómo sucedió todo?

Merlín clavó la vista en las brasas de la chimenea mientras intentaba ordenar sus pensamientos.

—Nimúe —dijo, y Arturo notó que se estremecía—. Me engañó. Esa mujer... Ni siquiera debería llamarla así. Nimúe... Quizá estaba allí también, en el bosque; no lo sé con seguridad.

—Pero ¿la viste?

—No lo sé —repitió el mago, y cerró los ojos como si el esfuerzo de memoria lo hubiese dejado exhausto—. Creo que sí, que la vi. Pensé que iba a perderme, la oscuridad... Y entonces vi la barca en la orilla. Había ropa en ella, provisiones, incluso una de esas agujas de hierro que sirven para orientarse cuando las nubes ocultan las estrellas... Todo lo que un viajero puede necesitar. Y lo mejor: no tuve que usar los remos. Era una de sus barcas; una de esas que utilizan las damas.

—Entonces, ¿estabas en Ávalon?

—No lo sé, quizá. Pero luego, en la barca, me dormí, y cuando me desperté había llegado a una aldea de la costa con canales bien cuidados y casas con los tejados de paja fresca. Solo había una posada... Y allí me tenían reservadas dos mulas, provisiones, incluso una bolsa con dinero para el viaje. Me estaban esperando. Alguien lo había dejado todo preparado para mí.

—Gwenn —musitó Arturo—. Tiene que haber sido ella. No entiendo por qué no ha venido contigo. ¿Cuántos días han pasado desde tu liberación?

—Déjame pensar... Una semana, quizá ocho días. ¿Dices que ella me liberó? ¿Lo sabían las damas de Ávalon?

—No lo sé. Supongo que Nimúe tendría algo que ver con tu liberación, puesto que fue ella la que te encerró en la prisión de cristal. Y dices que la viste...

—Quizá las otras damas no estuviesen de acuerdo. Viviana y Nimúe no se llevan bien. La propia Nimúe me lo contó en los tiempos en los que yo confiaba en ella... y ella en mí.

Los ojos de Merlín se empañaron de nostalgia. Arturo no se atrevió a preguntarle el porqué.

—Tu avatar —dijo en cambio—. ¿Ha vuelto? Nimúe contó que te había encerrado para protegerte de él.

Merlín arqueó las cejas, sorprendido.

—¿Eso dijo? No, no ha vuelto... De hecho, es como si hubiese desaparecido de Britannia. Parece que, cuando reiniciaste el velo con la ayuda de Excalibur, uno de los fragmentos del viejo mundo que desapareció fue mi antigua máscara.

—Son tantas las cosas que no entiendo todavía de todo este proceso... Tienes que ayudarme a comprenderlas, Merlín —dijo Arturo—. Para eso fue a buscarte Gwenn: para que me ayudes, para que me enseñes a leer el código del velo. Quiero saber tanto como sabía Uther; o más, si es posible... Quiero entender Britannia de verdad.

Capítulo 7

Mallory y Merlín: no podían existir dos maestros más diferentes, aunque la materia que enseñasen fuese la misma. Arturo estudiaba con el primero por las tardes y con el segundo por las mañanas. Con Mallory todo eran avances: aprendía nuevas instrucciones de código cada día, sutiles variaciones sobre las funciones que ya conocía, y repasaba ejemplos extraídos de Britannia que le ayudaban a fijar aquellos detalles en su memoria. Con Merlín, en cambio, se trataba más bien de navegar por el código del velo sin buscar nada en particular, dejándose llevar hasta que una línea de programación o una instrucción en particular atraía su curiosidad. En apariencia, el sistema de Mallory resultaba más rápido y eficaz; sin embargo, los descubrimientos más interesantes venían siempre de la mano de Merlín. El mago parecía tener un don para detectar la originalidad en medio del mar de signos y letras que constituía el corazón de Britannia. Captaba cualquier anomalía en la escritura del velo, por insignificante que fuese, y era capaz de pasarse horas analizándola y haciéndose preguntas sobre ella. Su manera de buscar respuestas, apuntando todas las ideas que le venían a la cabeza sin descartar ninguna en un primer momento, se convirtió muy pronto en el método de Arturo. Casi siempre, después de una larga jornada de análisis, quedaban más preguntas sin contestar que respuestas fiables, pero esa era también una forma de entender mejor el velo: adentrarse más en sus misterios, sus puntos oscuros... Ir confeccionando un mapa mental con ellos para abordarlos de nuevo cuando surgiesen explicaciones en otro lado.

Arturo sentía que estaba progresando. Pero también sabía que podría haber avanzado más rápido si una parte de su mente no hubiese estado preocupada continuamente con el paradero de Gwenn. Merlín, que siempre había sido un buen observador de la naturaleza humana, no tardó en averiguar la causa de las frecuentes distracciones del rey.

—No la ayudas en nada dispersando tu atención —le dijo un día—. No necesitas inquietarte; si algo malo le hubiese sucedido en el camino, ya lo sabríamos.

—Excepto si le ha sucedido en Ávalon. Las damas son herméticas en lo que se refiere a su isla, no hay manera de saber lo que pasa allí.

Merlín sonrió confiado.

—Ni siquiera ellas se atreverían a hacerle daño a la reina de Britannia. Quizá esté estudiando con Nimúe como tú conmigo, ¿no se te ha ocurrido pensarlo? Gwenn tiene dones especiales heredados del linaje de su madre, dones cuyo alcance no conocemos muy bien..., pero que, en mi opinión, tienen una relación lejana con Ávalon.

—Si fuese como dices, Gwenn me habría escrito. He enviado dos veces cartas a Ávalon dirigidas a ella, y ninguna ha recibido respuesta. Gwenn no dejaría mis cartas sin responder... Solo puede haber una explicación: que no se las hayan entregado.

Merlín se encogió levemente de hombros y no añadió nada más. Pero a la mañana siguiente, después de analizar con Arturo una secuencia en la que se duplicaban las instrucciones del velo sin ningún motivo aparente, volvió a abordar el tema.

—No estás centrado, Arturo —le recriminó al rey—. Normalmente eres rápido encontrando patrones en el tejido del velo, pero hoy no lo estás intentando. ¿Otra vez es por Gwenn?

Arturo sostuvo unos segundos la mirada del mago.

—No puedo quitármela de la cabeza. Debería haber actuado ya. He dejado pasar demasiado tiempo. Estoy pensando qué hacer, cómo hacerlo.

Merlín suspiró ruidosamente.

—No iba a decírtelo hasta que terminásemos la sesión de estudio de hoy, pero, puesto que no estamos avanzando nada, no importa mucho que te lo cuente ahora... Tu amigo Lance ha llegado esta mañana y aguarda impaciente a que lo recibas.

—¿Lance? ¿Por qué no me ha avisado nadie? —Arturo se levantó de su asiento, dispuesto a abandonar la biblioteca de inmediato.

—Yo les dije que no te molestasen hasta que terminases el estudio. No creo que traiga ningún mensaje urgente, de lo contrario lo habría mencionado. Y además, parecía agotado... Estas horas de descanso le habrán venido bien.

—¿Hablaste con él?

Merlín asintió.

—Brevemente. Di órdenes de que lo instalaran en uno de los aposentos libres del ala norte, y a él le dije que le avisarían cuando el rey quisiese verlo. Pensé que era lo mejor.

—Te tomas demasiadas libertades, Merlín —observó Arturo irritado—. Lance ha arriesgado su vida yendo en mi nombre a la corte de Aellas, no se merece que lo haga esperar. Te ruego que vayas en su busca, o que envíes a alguien a avisarle... No habrá más estudio del velo por hoy.

A Arturo no le pasó inadvertido el descontento de Merlín al retirarse; pero en ese momento no le importaba el estado de ánimo del viejo mago. Apenas podía contener su impaciencia por ver a Lance. Que él hubiera vuelto le daba la sensación de que algo, al menos, se movía. Estaba harto de aquel estancamiento en el que lo había sumido la espera de Gwenn. Necesitaba pasar a la acción; y ahora, con Lance...

En cuanto oyó sus pasos en los peldaños de madera de la escalera de caracol, corrió a la puerta. Casi se dio de bruces con su caballero.

Sin ocultar su alegría, lo abrazó. Lance, quizá sorprendido por el gesto del rey, respondió con una tibia palmada en el brazo de Arturo y se apartó con rapidez.

—Entra, amigo —le invitó Arturo—. Siento haber interrumpido tu descanso, pero quería verte lo antes posible. Si Merlín me hubiese dicho que estabas aquí... Nadie me avisó. Siento no haber bajado a recibirte.

Lance se inclinó ligeramente en respuesta a sus palabras.

—Sois el rey —dijo—. No se espera de vos que bajéis a recibir a cada caballero que acuda a visitaros.

—Tú no eres un caballero cualquiera, eres uno de mis consejeros. Y no emplees el trato de cortesía, sabes que, en nuestro círculo, a Gwenn y a mí nos gusta que se nos trate como iguales.

—Gwenn... Tampoco la he visto a ella.

A Arturo le pareció que Lance vacilaba antes de formular aquella observación. Era como si estuviese deseando pronunciar el nombre de la reina y, al mismo tiempo, lo temiera.

—Cuéntame cómo te ha ido en Witancester —dijo—. ¿Te recibió el rey Aellas? ¿Le entregaste mi salvoconducto?

—Se lo entregué y me recibió brevemente, pero ni siquiera pude hablar con él a solas. Dyenu está en su corte, eso lo sé con seguridad. Aunque es posible que no permanezca mucho tiempo con los sajones. Se rumorea que está intentando forjar una alianza entre los sajones y los pictos. Aellas podría enviarlo a Alba en cualquier momento. Quizá deberíamos actuar para impedirlo. Una alianza entre pictos y sajones podría ser muy peligrosa para nosotros.

—¿Y qué interés podrían tener los pictos en unirse a los sajones? No son aliados fiables, incluso ellos deberían saberlo.

—Los pictos llevan décadas tratando de asaltar el muro Antonino. Quieren instalarse al otro lado..., dentro de Britannia —explicó Lance.

—O sea, que quieren la protección del velo. Como todos.

—Es posible —admitió Lance—. Pero permitirles cruzar el muro pondría en peligro a los britanos que habitan al otro lado. No podemos ceder en ese terreno.

—Lo sé, tenemos que pensar bien lo que hacemos. Si los pictos son un problema, antes o después nos veremos obligados a hacerles frente. Y quizá sea conveniente dar ese paso antes de que tengan tiempo de aliarse con los sajones. Pero no quisiera hacer nada sin hablarlo previamente con Gwenn. Al fin y al cabo, Alba no es solo el hogar de los pictos, también está allí el feudo de su tía Morgause. Es otro factor que tendremos que considerar en cuanto Gwenn llegue.

—¿En cuanto Gwenn llegue? —repitió Lance extrañado—. ¿No está aquí en Corinium?

Arturo se forzó a sostener la mirada inquisitiva de Lance.

—Hace más de mes y medio que partió rumbo a Ávalon para liberar a Merlín. Y lo consiguió, ya lo has visto. Merlín lleva aquí varias semanas. Pero Gwenn no ha llegado... Es posible que permanezca en Ávalon, pero no responde a mis cartas.

El rostro de Lance palideció.

—No puedo creer que la dejases ir sola a Ávalon —dijo con mal disimulada cólera—. Las damas la odian. Pueden haberle hecho cualquier cosa.

—No sé por qué dices eso. Las damas no la odian. Nos ayudaron a llegar al trono; no tenemos por qué verlas como enemigas.

Lance meneó la cabeza repetidamente, mientras una sonrisa incrédula transformaba su semblante.

—No entiendo que seas tan ingenuo. ¿De verdad crees que puedes confiar en Viviana y compañía? Son más peligrosas para Britannia que los sajones y los pictos juntos. Y Gwenn..., no quiero ni pensar lo que pueden haberle hecho. Si liberó a Merlín sin su permiso, se lo harán pagar caro.

—Gwenn no habría podido liberar a Merlín sin la ayuda de alguna de las damas, probablemente de Nimúe. Iba a Ávalon a convencerlas, no a engañarlas.

—No importan las intenciones que tuviese al llegar; tendríamos que saber lo que pasó allí. Quizá Nimúe la ayudó a espaldas de Viviana y las sorprendieron. Lo único seguro es que, si la tienen con ellas, está en peligro. Déjame partir de inmediato para Ávalon. Tengo buena relación con Viviana: si alguien puede negociar un rescate con ella, soy yo.

—No. Tú no irás.

La firmeza de la negativa sorprendió al propio Arturo. Ni siquiera él mismo comprendía por qué le desagradaba tanto la idea de dejar la salvación de Gwenn en manos de Lance. Más aún teniendo en cuenta que lo que el caballero decía era cierto: si había alguien a quien las damas de Ávalon escuchaban con respeto, era a él... Y Lance, a su vez,

habría dado la vida por Gwenn; de eso estaba seguro.

Quizá era eso lo que le molestaba, lo que no podía soportar.

—No hace falta que vayas en su busca, porque pienso ir yo —añadió, suavizando su tono—. Es mi esposa, y yo soy el rey. Si tiene problemas, soy el más indicado para ayudarla.

En realidad la idea de ir a Ávalon en busca de Gwenn no era más que un vago proyecto hasta aquel momento; pero mientras pronunciaba su respuesta, Arturo tomó la decisión de ponerlo en práctica de inmediato. Después de todo, no tenía que dar cuentas a nadie de sus decisiones.

Lance lo observó unos segundos con expresión retadora.

—¿Y cuál es tu plan? —preguntó—. Una vez que llegues a Ávalon, ¿qué vas a hacer?

—Lo primero, informarme —contestó Arturo, improvisando sobre la marcha—. He pensado en ir a ver a Laudine de camino hacia Ávalon. Ella conoce bien a las damas, quizá pueda decirme algo sobre el paradero de Gwenn. Entre los dos decidiremos cuál es la estrategia más segura.

—Déjame ir contigo, al menos. —El tono de Lance se volvió casi implorante—. No sabemos lo que nos podemos encontrar. Si tenemos que liberarla por la fuerza...

—Con las damas no es nunca una cuestión de fuerza —replicó Arturo rápidamente—. Su poder es de otra clase. No puedes venir, Lance, sería una pérdida de tiempo. Necesito que vuelvas a entrevistarte con Aellas y que le ofrezcas un nuevo tratado en mi nombre. Lo dejaré redactado antes de partir.

—¿Qué vas a ofrecerle?

—Voy a ofrecerle el velo; una versión mejor, la nuestra.

—¿La que renació de Excalibur el día del combate con Dyenu? —La pregunta de Lance sonó escéptica—. ¿Puedes ofrecerle eso? ¿Sabes cómo dárselo? Hasta ahora solo abarca Camelot y las comarcas más cercanas... ¿Has encontrado la manera de extender su alcance?

—Aún no —reconoció Arturo sin ningún pudor—. Pero pronto la encontraré. Estoy progresando mucho en mis estudios de alquimia. De momento, tú consígueme la firma de Aellas en ese tratado; ya me encargaré yo después de hacer honor a mi palabra.

Los ojos claros y melancólicos de Lance se clavaron largamente en los suyos.

—Está bien —murmuró—. Haré lo que me ordenas. Pero desde Witancester iré directamente a Ávalon para reunirme con vosotros.

Arturo desvió su mirada hacia la ventana del scriptorium, a través de la cual se veían los canales dorados y los tejados rojos de Corinium.

—No será necesario —dijo en tono áspero—. Para cuando tú termines de negociar con Aellas, yo ya estaré de vuelta aquí, con Gwenn.

Capítulo 8

—Todavía no sé por qué te he hecho caso —rezongó Merlín mientras miraba con aprensión a las dos arqueras que los escoltaban a través del bosque—. Soy un viejo, he sufrido mucho; tengo derecho a un descanso. Yo no debería estar aquí, a merced de estas damas tan peligrosas.

Las mujeres, vestidas con sencillas túnicas cortas de estameña, ignoraron sus palabras. Arturo se echó a reír.

—Laudine es amiga, solo nos están llevando hasta ella —dijo—. Te aseguro que no corremos ningún peligro. Lamento que el viaje haya resultado incómodo para ti, pero llegado el momento es posible que te necesite... Y además, así podemos seguir con tus lecciones de alquimia. Mira ahí delante, entre los árboles. ¡Yo creo que es ella!

—¿Esa es la dama de la fuente de Barenton? —preguntó Merlín asombrado—. Pues parece una pordiosera.

Laudine, mientras ellos hablaban, había avanzado a su encuentro lo suficiente como para oír las últimas palabras del mago. Un peto de cuero claveteado cubría su pecho, y por debajo de él se ceñía a su cuerpo una túnica tan áspera y desteñida como la de sus arqueras.

—Cuando estoy en la corte intento mostrar mi mejor aspecto —dijo risueña en respuesta a Merlín—. Pero en mi bosque no necesito esforzarme tanto. Bienvenido, Arturo... Bienvenidos los dos. Todo está dispuesto para que podáis descansar y refrescaros un rato. Pero antes... Arturo, dime si has sabido algo de él. De Yvain.

Con un gesto brusco, la dama se echó hacia atrás los largos cabellos oscuros mientras una viva ansiedad ensombrecía sus delicadas facciones.

—No sé nada de él, ni de Gawain —contestó Arturo, e intentó suavizar su decepcionante respuesta con una sonrisa—. Me figuro que aún no habrán podido localizar el paradero de Perceval. Te recuerdo que están cumpliendo una misión que yo les encomendé. Yvain solo obedeció mis órdenes.

—Le di un plazo —murmuró Laudine con apasionada frustración—. Le dije que tenía un mes para reunirse conmigo. Y no lo ha cumplido; yo creía que sus palabras eran sinceras, creía que me quería. Le ofrecí mi amor, y solo le pedí esto a cambio. Pero no es un caballero digno de confianza.

—Laudine... —Arturo cogió la áspera mano de la dama entre las suyas—. Si no ha venido aún habrá sido porque algo se lo ha impedido. Estoy seguro de que no hay nada que Yvain desee más en el mundo que estar contigo.

Laudine sonrió con amargura.

—Claro que hay algo que desea más: el honor, la victoria. La sensación de euforia que se siente durante el combate. ¿Crees que no sé de lo que estoy hablando? Soy una guerrera, yo también lo he experimentado. Pero que entienda sus motivos no significa que no me duelan. Nos hicimos promesas. Nos dijimos cosas... Él ha roto su palabra. He enviado a Lunete, una de mis guerreras, a que le reclame mi anillo. No quiero volver a verle

nunca más.

—¡Estás siendo muy dura con él! —exclamó Arturo—. Si le quitas ese anillo le romperás el corazón. Ten paciencia, Laudine, por favor. Espera un poco más.

—No puedo esperar más, ¿no lo entiendes? Merlín, estoy segura de que tú sí sabes a qué me refiero. Habrás notado la perturbación hace rato.

El mago asintió con gravedad.

—Hay algo distinto en el bosque, sí —confirmó, pensativo—. Pero no sabría decir qué es.

Mientras hablaban, habían llegado a un claro de la espesura en el que las guerreras de Laudine habían dispuesto una tosca mesa de madera con cuencos de manzanas, queso y nueces. Laudine invitó al rey y a su acompañante a tomar asiento, y ella se situó en la silla de enfrente.

—Siento no poder ofreceros nada más que esto —se disculpó—. No es una mesa digna de un rey... Pero es todo lo que tenemos ahora mismo. Las cosas se han puesto muy difíciles por aquí. Debería haber regresado de Camelot mucho antes. Cuando llegué, me encontré la fuente casi seca... ¿Podéis creerlo? La fuente sagrada de Barenton, que ni en verano ni en invierno deja de manar, según las crónicas.

Merlín, que ya había empezado a morder un pedazo de queso, alzó los ojos hacia Laudine, sorprendido.

—Esa fuente siempre ha sido un quebradero de cabeza para todos —observó—. Ni Uther ni yo llegamos a entenderla jamás.

—Ninguno de los dos llegasteis a estudiarla en profundidad —replicó Laudine en tono incisivo—. La fuente requiere tiempo. Yo se lo he dedicado, y puedo decir que la conozco mejor que nadie.

—¿De dónde viene su poder? —preguntó Arturo.

—De algunas capas muy antiguas de programación, anteriores a Britannia. Ruinas de una civilización perdida, podríamos decir. Por eso es tan peligroso perturbarlas. Pero ellos, naturalmente, no lo tuvieron en cuenta. Son unos patanes, eso es lo que son. Creen que saben algo de alquimia porque durante años se han estado haciendo ricos con la venta de esas chucherías a las que llaman «gemas». En realidad, no saben casi nada.

—Te refieres a los comerciantes de Corinium —dedujo Arturo—. ¿Por qué? ¿Qué tienen ellos que ver?

Laudine alzó un instante la mirada hacia el cielo para subrayar su impaciencia.

—Veo que voy a tener que explicároslo todo. Ellos son los culpables de las perturbaciones de la fuente. Intentaron cegarla. ¡Ilusos! Creían que así recuperarían su poder.

—¿Por qué lo creían? —preguntó Merlín, perplejo—. ¿Qué les hizo relacionar la fuente de Barenton con la nueva versión de Britannia?

—No se trata de la fuente de Barenton. Se trata de todas las fuentes —precisó Laudine—. Los de Corinium son ignorantes, pero no tanto como para no haberse dado cuenta de que el influjo de la nueva Britannia se extiende a través del agua.

Arturo y Merlín se miraron, confundidos.

—¿No lo sabíais? —preguntó Laudine con un brillo de diversión en la mirada—. Por favor... No es tan difícil de adivinar. ¿Cómo si no creíais que las herramientas nanotecnológicas, que antes estaban en las gemas, llegan a los organismos? No me miréis así, sé que con vosotros no necesito utilizar las metáforas del velo. Estamos entre alquimistas, ¿no?

—Yo aspiro a serlo —dijo Arturo pensativo—. Claro, eso tiene sentido. Merlín..., ¿tú lo habías pensado?

—No he tenido tiempo de planteármelo —se defendió el mago con el ceño fruncido—. Apenas llevo libre un par de meses, y tú te las has arreglado para enclaustrarme en una especie de prisión nueva, con tu empeño de estudiar el velo.

Laudine observó a Arturo con expresión aprobadora.

—Eso está bien —dijo—. Está bien que un rey quiera comprender los resortes ocultos del territorio que gobierna. Gwenn también debería aprender. Ella tiene un don muy particular para la magia de Britannia, yo misma fui testigo de ello en este bosque. Debería conocerse mejor a sí misma para llegar a dominarlo cuando llegue el momento.

—¿Tú podrías ayudarla? —preguntó Arturo.

—Me temo que no. Su don es algo que está dentro de ella, no se puede aprender como se aprende a descifrar o a escribir código. Es otra cosa, pero no sabría decirte exactamente en qué consiste.

—Precisamente es por Gwenn por quien he venido a buscarte —explicó Arturo—. Fue ella quien convenció a las damas de Ávalon de que liberasen a Merlín de la prisión de cristal en la que le habían confinado. Pero desde que lo hizo no hemos sabido nada de su paradero. Estoy preocupado. Temo que las damas hayan tomado represalias contra la reina.

—No sabemos exactamente qué pasó antes de mi liberación —añadió Merlín—. Quizá Gwenn utilizó a Nimúe para sacarme de esa jaula... Y es posible que las otras damas hayan decidido tomar represalias al enterarse.

Laudine asintió.

—Sí. Es muy posible. Desde que regresó del encantamiento de Broceliande, Nimúe no ha sido la misma. Tiene problemas con Viviana. Lo he oído decir.

—Laudine, quiero que vengas con nosotros a Ávalon. Tú conoces a las damas; ayúdame a encontrar la mejor estrategia para que liberen a Gwenn... o para que me digan dónde está.

—Que las conozca no significa que sean mis amigas —observó Laudine con una sonrisa de desdén—. Ellas aborrecen todo lo que yo represento. Además, no puedo abandonar la fuente en este momento. El intento de esos idiotas de Corinium por cegarla ha removido viejas capas de programación y ha liberado a algunos avatares del Mundo Antiguo en el bosque. No estaré tranquila hasta que los haya devuelto a todos a su lugar. Son un peligro para Britannia, porque no se someten a nuestros protocolos... Resultan impredecibles.

—Pero tienes que ayudarme —murmuró Arturo en tono casi de súplica—. Yo no sé cómo abordar esto. Tengo miedo de cometer un error que empeore las cosas. Si al menos supiera exactamente qué es lo que ha pasado y por qué retienen a Gwenn...

—En eso es posible que pueda ayudarte. Los alquimistas de Caleva han pasado mucho tiempo defendiéndose de las damas de Ávalon, y algunos encontraron la manera de espiar en su isla utilizando viejos artilugios rescatados del Mundo Antiguo. Hay un objeto muy útil, un «espejo de memoria»... Sirve para extraer una copia de los archivos de las damas, o al menos de algunos fragmentos. No sabemos exactamente cómo funciona, pero funciona, aunque solo lo consultamos cuando es imprescindible, porque tememos que las damas lo detecten. Lo usaré para lanzar una búsqueda sobre Gwenn... a ver qué averiguo.

—Si la tienen prisionera, soy capaz de lanzar a todo mi ejército sobre Ávalon —dijo Arturo, y la ferocidad de su tono era la de alguien capaz de cumplir su amenaza—. Es la reina de Britannia. No saben con quién se enfrentan.

—El que no lo sabe eres tú, Arturo. —Laudine lo miró con una sonrisa de compasión—. Las damas no son mujeres normales y corrientes. Han vivido más de lo que pueden recordar, y poseen dones que han olvidado cómo usar, pero aun así son tremendamente poderosas. Ellas no pertenecen a nuestro mundo. Vienen de otra era, y se sienten atrapadas en Britannia. El día que descubran cómo destruirnos sin destruirse a sí mismas... se convertirán en nuestro mayor problema, ya lo verás.

Capítulo 9

Arturo se despezó en el lecho de heno que Laudine había hecho preparar para él y clavó la mirada en la lona escarlata de la tienda de campaña. La débil claridad del amanecer se filtraba a través de la tela, tomando su color. Hacía frío... Arturo se calzó las botas, se envolvió en su capa de lana y salió al bosque.

Merlín venía a su encuentro, renqueante. A juzgar por el rictus de sus labios, no parecía muy contento.

—Esa mujer me ha despertado sin miramientos y me ha pedido que venga a buscarte —refunfuñó—. No sé por qué no podía venir ella directamente.

—Buenos días, Merlín —saludó Arturo—. ¿Ha habido alguna novedad?

—Por lo visto, sí. El espejo de memoria del que nos habló Laudine ha enviado algo relacionado con Gwenn. Espera..., ¿adónde vas?

Arturo ya se había lanzado como una flecha hacia el claro del bosque en el que estaba la cabaña de Laudine. Gruñendo por el esfuerzo, Merlín lo siguió.

Encontraron a la guardiana de la fuente organizando los turnos de vigilancia del bosque con diez de sus mejores guerreras. Arturo tuvo que esperar a que terminaran de ponerse de acuerdo para aproximarse a ella, mientras las otras mujeres se alejaban.

—Estás muy pálido —observó la dama—. ¿Has dormido bien?

—Sí, muy bien. Pero quiero saber lo que ha pasado... ¿Tienes noticias de Ávalon? Laudine asintió.

—El espejo de memoria nos ha enviado algunos fragmentos de grabaciones de las últimas semanas. En un par de ellos se menciona a Gwenn. Los he escuchado varias veces para asegurarme de que no se me escapa ningún detalle.

—Entonces, la tienen ellas. ¿Está en la isla?

Laudine miró indecisa a Arturo, y después a Merlín.

—Venid conmigo, sentémonos en esas piedras de ahí —sugirió—. Los alquimistas de Caleva solían usarlas para celebrar sus consejos. Desde que han vuelto a su ciudad, los echo de menos..., me han ayudado mucho con los problemas de la fuente.

Arturo se sentó en una piedra lisa y plana de escasa altura, mientras Merlín lo hacía en otra más prominente. Laudine ocupó una tercera situada frente a ellos.

—Te preguntaba si la tienen prisionera, como suponíamos —insistió Arturo—. ¿Está en Ávalon?

—No sé dónde se encuentra. No es su prisionera —contestó la dama—. Estuvo atrapada en la prisión de cristal por un tiempo después de liberar a Merlín, pero las damas acudieron a sacarla. Después, la sometieron a juicio por haber rescatado a Merlín de su cárcel.

—¿Así que fue Gwenn? —Merlín meneó la cabeza, impresionado—. Vaya con la muchacha. Voy a estar en deuda con ella para el resto de mi vida.

—Pero Gwenn no pudo hacerlo sola. —Arturo alzó hacia Laudine unos ojos en los

que se mezclaban la angustia y la confusión—. Gwenn no es una hechicera.

—O sí —replicó Merlín, pensativo—. El linaje de su madre siempre ha dado mucho que hablar. Hay algo en las mujeres de esa familia. A veces se manifiesta con más intensidad, a veces pasa casi desapercibido, como en Igraine..., pero tienen algo.

—Gwenn no me dijo que fuese a intentarlo sola —murmuró Arturo—. Debería haberla acompañado. ¿Y dices que hubo un juicio?

—Sí. Se celebró allí mismo, en el bosquecillo donde se halla la prisión de cristal. No podría decirte cuál es su ubicación exacta, porque eso no figura en los archivos que ha copiado el espejo de memoria. Yo supongo que no se encuentra muy lejos de Ávalon... Incluso es posible que esté en la misma isla.

—La juzgaron, entonces —resumió Arturo—. Y me imagino que la condenarían.

—En efecto. —Laudine hizo una pausa, como si necesitase coger fuerzas para decir lo que venía a continuación—. La condenaron al destierro.

Sus ojos buscaron los de Merlín, que la miraba petrificado.

—Pero ¿cómo al destierro? —preguntó Arturo sin comprender—. ¿La han desterrado de Ávalon? En ese caso habría llegado ya a Corinium, o a Camelot.

—No, no la han desterrado de Ávalon, Arturo —respondió Laudine—. Es... un poco difícil de explicar.

—No pueden haberla desterrado de nuestro reino. No tienen ningún derecho a hacer eso. —Los ojos de Arturo chispeaban de furia—. No saben lo que están haciendo. Las voy a borrar del mapa. Las voy a destruir.

—Tampoco la han desterrado de Britannia —dijo Merlín con voz ronca—. Eso sería fácil. Eso sería humano. Pero ellas no saben lo que es la humanidad.

Arturo se volvió hacia el mago con el corazón acelerado. Las mejillas le ardían de cólera..., quizá también de miedo.

—Habla claro —exigió—. ¿Adónde la han enviado?

Merlín miró a Arturo sin decir nada, y finalmente fue Laudine la que contestó en su lugar.

—Ellas lo llaman el Sith —explicó—. No sabemos dónde está, ni qué es exactamente. Algunos lo conocen como el «Más Allá»; otros, como «el Otro Lado». Lo único que puedo decirte sobre el Sith es que no forma parte de nuestro mundo... y que solo las damas de Ávalon saben llegar hasta sus puertas, aunque no las cruzan jamás.

Una sonrisa incrédula afloró a los labios resecaos de Arturo.

—Espera... Me estás diciendo que esas mujeres han enviado a mi esposa al Otro Lado, al Más Allá... ¿Significa eso... que está muerta?

—No, Arturo —dijo Merlín con voz ronca—. El castigo es verse desterrado a ese mundo estando viva.

—Porque es el reino de los Muertos —dijo el rey.

—Tal vez. O tal vez no —contestó el mago—. No lo sabemos. Solo sabemos que está separado de nuestra realidad por una barrera infranqueable. Nadie puede entrar libremente en el Sith, y menos aún salir de él.

—Según algunas leyendas antiguas, las puertas del Sith se abren durante la noche de Samhain —recordó Laudine—. Ese sería el único día del año en el que alguien perteneciente al mundo de los vivos podría entrar allí. Pero tal vez no sean más que leyendas. Nunca he conocido a nadie que haya visitado el Sith o que crea que es posible hacerlo.

—Samhain. Faltan solo dos semanas —calculó Arturo—. Si me doy prisa puedo

armar un ejército y desplazarlo a Ávalon para esa fecha. Obligaré a esas mujeres a abrir las puertas del Sith, aunque sea por la fuerza. Y si es preciso entraré con todo mi ejército hasta dar con Gwenn. Después, arrasaré Ávalon.

Merlín y Laudine se miraron alarmados.

—Arturo..., destruir a las damas no es la solución —explicó Laudine con suavidad—. Si lo haces, tal vez estés destruyendo la única posibilidad de recuperar a Gwenn. Esta batalla no la vas a ganar mediante la fuerza, créeme.

—Entonces, ¿qué hago? —preguntó Arturo desesperado—. No voy a dejar que Gwenn se pudra en esa especie de infierno al que la han desterrado. No voy a consentirlo. Hay leyendas antiguas de esposos que fueron a buscar a sus esposas al otro lado de la muerte... Yo haré lo mismo. Iré a buscarla adonde sea.

—Para eso, antes tendrías que encontrar la entrada del Sith —dijo pensativa Laudine—. Puedo investigar, aunque ya te adelanto que en el espejo de memoria no he encontrado ninguna pista. Supongo que es el secreto mejor guardado de las damas. Quizá si indagamos en las viejas leyendas de los pictos sobre los primeros tiempos de Alba... Hay quien dice que estas damas vivían en Alba antes de trasladarse a Ávalon.

—Si es así, iré al país de los pictos. Forjaré una alianza con ellos —dijo Arturo con decisión—. Pensaba hacerlo de todas formas. Si saben algo sobre esa puerta, lo averiguaré. Merlín, tú vendrás conmigo.

—Iré si lo deseas, pero sería una equivocación —contestó el mago con gravedad—. En mi opinión, no debes buscar la puerta del Sith en viejas leyendas. En ellas solo encontrarás versiones deformadas de la verdad. Si quieres hallar esa puerta y abrirla para Gwenn, mira en el código. Busca en la escritura oculta de Britannia, en esas capas antiguas que apenas comprendemos, en cada línea de programación. Quizá el Sith no sea más que otra Britannia separada de la nuestra. Quizá el portal no sea un lugar físico, sino una pasarela entre la programación de nuestra simulación y la otra.

—La versión beta de Britannia —recordó Arturo, pensativo—. Sí, podría ser lo que las damas de Ávalon llaman el Sith. Allí estaban los avatares de mucha gente que ya ha muerto. Eso explicaría que, en las leyendas, el Sith figure como el reino de los Muertos. Tiene sentido.

—Yo no sé si el Sith es esa versión beta que repite en un bucle continuo la noche de la fiesta de presentación de Britannia en la torre de Gorlois —dijo Merlín—. Probablemente sea algo diferente, pero de la misma índole.

—Entonces, tú crees que no hay que buscarlo en ningún bosque ni cueva... Ningún lugar real —concluyó Laudine.

—Eso creo. Si tenemos alguna oportunidad de entrar en el Sith, será a través del velo; o más bien, a través de su lenguaje oculto —afirmó el mago—. Yo te ayudaré, Arturo. Es un reto intelectual de los que a mí me gustan.

Los ojos intensos y oscuros de Arturo se clavaron en el mago.

—Me estás diciendo que, para recuperar a Gwenn, lo que tengo que hacer es volver a Corinium y seguir con mis estudios como si nada hubiera pasado...

—No. Te estoy diciendo que debemos volver a Corinium y proseguir con tu formación; pero de ahora en adelante todo será distinto, porque tenemos un objetivo bien claro. Sabemos lo que estamos buscando, y, si está en Britannia, te doy mi palabra de que lo vamos a encontrar.

LIBRO II
El Otro Lado

Capítulo 10

Al principio, Gwenn pensó que iba a morir. Después de todo la habían exiliado al Sith, y el Sith era el Otro Lado, el reino de los Muertos.

Las piernas le temblaban tanto cuando la obligaron a subirse a la barca, que apenas podía sostenerse en pie. Se dejó caer sobre los cojines de terciopelo situados en la popa, y la embarcación comenzó a adentrarse suavemente en el lago. Desde la orilla, las damas de Ávalon la contemplaban con sus rostros bellos y plácidos. Como si no estuviesen destruyendo su vida, como si aquello no fuese más que una excursión de placer.

Mientras alcanzó a verla, Gwenn no apartó los ojos de Nimúe. No podía creer que su antigua mentora la hubiese utilizado una vez más. Las lágrimas le ardían en los ojos cada vez que recordaba cómo había insistido en que fuese ella quien liberase a Merlín. Después, la había denunciado... ¿Por qué? ¿Por qué la odiaba tanto?

Se lo había preguntado una y otra vez, hasta agotarse. Nimúe la escuchaba con su sonrisa distante y no respondía nada. Todo esto bajo la atenta mirada de Viviana, que trataba de adivinar observándolas a las dos, lo que realmente había ocurrido entre ambas.

Las brumas terminaron velando las siluetas de las damas de Ávalon hasta hacerlas desaparecer. Gwenn miró a su alrededor. Solo había agua, agua oscura y profunda. El lago se extendía en todas las direcciones hasta donde alcanzaba la vista o hasta donde la niebla permitía distinguirlo. ¿Dónde estaría la frontera del Sith?

Quizá no fuese más que una frontera simbólica, la línea entre la vida y la muerte. Quizá «el destierro al Sith» al que Gwenn había sido sentenciada fuese en realidad una condena a muerte. Sola en la barca, sin alimentos, Gwenn podía navegar a la deriva hasta consumirse. Tal vez fuera ese el destino que las damas de Ávalon le habían reservado.

Cuando las aguas comenzaron a cambiar a su alrededor, a encrespase y a tornarse grises, la invadió un terror irracional. Pensó que había llegado al fin del mundo, y se imaginó monstruos surgiendo de las aguas y devorando la embarcación, como en los relieves desgastados de algunos templos antiguos.

Sin embargo, ningún monstruo brotó del mar. Y cuando las brumas se abrieron, lo que vio fue un panorama que la dejó sin aliento: edificios altísimos de cristal se alzaban sobre la costa desafiando las leyes de la gravedad, como si quisiesen alcanzar el cielo.

Recordó aquella ciudad fantasma que había visto durante la travesía a Tintagel con Arturo. La escena que tenía ante sí se asemejaba a aquella, pero a una escala mucho mayor. El bosque de palacios de cristal se prolongaba tierra adentro hasta perderse en la lejanía. Parecía no tener fin.

En algún momento, la barca tocó tierra. Gwenn saltó al muelle y comenzó a caminar entre los edificios gigantes, mirando asombrada a derecha e izquierda. Se dio cuenta de que el panorama a su alrededor cambiaba muy rápido. En algunos momentos, los colores se difuminaban hasta convertirse en una gama de infinitos grises. Los edificios se transformaban vertiginosamente, y también las personas..., porque había personas que

transitaban por aquellas calles anchas y perfectas. Hombres con extraños sombreros, mujeres con ropajes extravagantes que se ceñían al cuerpo... El día y la noche se sucedían a un ritmo imposible.

Y luego estaba aquel rugido interminable..., venía de los millares de carruajes sin caballos que circulaban mágicamente por el centro de las calzadas.

De modo que eso era el Sith. Estaba en el mundo de los Antiguos. Era tal y como lo describían las viejas leyendas. El río de luces doradas de los carruajes mágicos, los paneles de imágenes en las fachadas, los islotes de árboles en mitad de la ciudad... ¿Era así de verdad el reino de los Muertos?

Mareada, Gwenn se sentó en el suelo y observó el sorprendente calzado de los hombres y mujeres que pasaban junto a ella. A veces tenía que apartarse para que no la pisaran. Era como si no la viesan. Quizá no la veían. Tal vez ella era solo un fantasma en aquel laberinto de gente apresurada que parecía tener muy claro adónde iba.

Después, sin transición alguna, todo cambió. La superficie en la que estaba sentada se volvió más rugosa, y se dio cuenta de que estaba formada por baldosas de piedra. Se puso en pie y comenzó a andar de nuevo. Transitaba por una calle estrecha, con casas altas de madera a ambos lados. La gente que la rodeaba llevaba túnicas de distintos colores y sandalias hechas con correas de cuero. Al fondo de la calle, Gwenn distinguió un majestuoso edificio de mármol con columnas semejantes a las de los templos de Aquae Sulis. Una gran cúpula de bronce lo coronaba.

Un instante después, también aquella escena había desaparecido. En su lugar se erguía un templo de arcos apuntados y amplios vitrales. Sus dos torres gemelas, rematadas por elegantes agujas de piedra blanca, destacaban sobre los tejados de las casas circundantes. Por la calle empedrada circulaban carruajes tirados por caballos, y entre ellos, la gente —en su mayoría hombres vestidos de negro y tocados con sombreros de copa alta— se abría paso como podía.

Gwenn avanzó unos pasos, desorientada. Sabía que en cualquier momento la escena podía disolverse como se habían disuelto las anteriores, de modo que daba lo mismo hacia dónde se dirigiese. Le extrañó comprobar que algunos de los transeúntes la miraban con una mezcla de curiosidad y desconfianza. De modo que sí la veían...

Una mujer ataviada con un vestido de falda muy amplia y ajustado a la cintura se detuvo a hablar con un joven de barba oscura.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué suenan así las campanas?

—¿No lo sabe? —respondió el joven—. Es por el entierro de lord Tennyson.

Gwenn cerró los ojos. Quizá podría parar aquella locura si se negaba a mirar lo que sucedía a su alrededor. Necesitaba comprender lo que le estaba pasando. ¿Adónde había ido a parar?

Conocía la respuesta: estaba en el Sith. Solo que el Sith no era como ella se lo había imaginado. En realidad, no sabía cómo era. Cambiaba sin cesar, le mostraba distintas caras, distintas ciudades, gentes que vestían de maneras diversas..., que existían, quizá, en planos diferentes, en distintos lugares y épocas. Se estremeció. Quizá el Sith era el tiempo. Y ella estaba atrapada en él. Condenada a vagar por el tiempo sin detenerse jamás en una época determinada.

No podía imaginarse un destino peor.

Quería detener el viaje. Quería volver atrás, encontrar la salida y regresar a Camelot con Arturo. Pensó en los poderes que le habían permitido liberar a Merlín. Estaban dentro de ella, y eran dones que ni siquiera las damas de Ávalon comprendían. ¿Y si intentaba

utilizarlos para encontrar el camino de vuelta? Haría lo mismo que había hecho con Merlín: dejar la mente libre y luego, poco a poco, concentrarse en Arturo, en Lance, en sus consejeros, los que habían ayudado a Arturo a controlar Excalibur y a vencer a Dyenu. Arturo había logrado invocar su poder cuando más lo necesitaba..., tal vez ella también lo consiguiese.

Sobre todo, debía resistir la tentación de abrir los ojos. No quería distraerse con la nueva escena que se encontraría. Centró todos sus esfuerzos en recordar Camelot. Allí era adonde quería volver. Pensó en las distintas fases de la construcción, en la impaciencia con la que Arturo y ella inspeccionaban las obras casi a diario cuando el castillo aún no estaba concluido. Desde aquel recuerdo, su mente voló de forma natural hacia su primo Gawain, hacia Laudine e Yvain, que se habían enamorado en Camelot... Se detuvo en Lance. Una emoción que creía haber olvidado le humedeció los ojos. Lance, su primer amor. ¿Por qué lo había perdido? Él se había alejado sin que Gwenn llegase jamás a comprender por qué. Necesitaba regresar para preguntárselo. Lo necesitaba desesperadamente.

Sin darse cuenta, abrió los ojos. Ya no estaba en una calle, sino en el interior de una casa, en una habitación con vigas de madera en el techo y una chimenea encendida. Junto a la chimenea dormitaba un perro negro de gran tamaño, y enfrente, ante una mesa cubierta de pergaminos y tinteros, había un hombre canoso, con el rostro afeitado y una túnica de color azul pálido bastante deslucida.

En el preciso instante en que Gwenn lo miró, él la miró a ella. Su semblante reflejó angustia, pero no sorpresa.

—Ginebra —dijo en voz baja—. Mis demonios me asaltan en el crepúsculo de mis días. Te habría reconocido en cualquier parte. Muchos deben de ser mis pecados para que el Señor me castigue con tu presencia.

—Mi nombre no es Ginebra, sino Gwenn —contestó ella, y dio un paso hacia la mesa—. Lamento haber irrumpido en la soledad de vuestro estudio sin haber sido invitada..., pero quizá haya una buena razón para todo esto. Tal vez mi mente me haya traído aquí por algo. Si tuvieseis la bondad de decirme quién sois...

El hombre sonrió de un modo extraño.

—¿No lo sabéis, Majestad? Soy Chrétien, poeta de Arturo y sus caballeros, inventor de hermosas y tristes historias como la vuestra: *El caballero de la carreta*. Una historia que jamás debería haber escrito... ¿Me preguntáis quién soy? Soy el trovador de vuestras desdichas, soy vuestro creador.

Capítulo 11

El anciano ofreció asiento a Gwenn junto al fuego. Luego salió de la estancia, y regresó al cabo de unos minutos con una jarra de barro y un par de cuencos. Con pulso tembloroso, vertió en cada cuenco un chorro humeante de líquido de color pajizo que olía a manzanas ácidas.

—Sidra caliente y especiada. Uno de esos pequeños lujos que podemos permitirnos en la corte. —Le tendió a Gwenn uno de los cuencos, y él bebió del otro cerrando los ojos con expresión de deleite—. Espléndida cosecha. Apuesto a que ni en la corte de Arturo se encuentra una sidra igual.

Gwenn sonrió acobardada. El anciano no estaba en sus cabales, era evidente. Se había presentado como «su creador»... ¿Se creía un dios?

Solo interrogándole lo averiguaría.

—Tenéis muchos libros aquí —dijo, señalando los gruesos manuscritos que se apilaban en el suelo—. ¿Sois un erudito?

—No, querida. Soy un poeta. Yo no copio los libros de otros, como hacían mis antiguos compañeros del monasterio. Yo escribo libros nuevos. Mis historias gustan mucho en la corte. ¿Sabéis por qué?

Perpleja, Gwenn hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Porque no las entienden —dijo Chrétien con una sonrisa triunfal—. ¡Por eso les gustan!

Se echó a reír de su propio chiste, pero su carcajada terminó en un acceso de tos que se prolongó durante un buen rato.

—Perdonad, Ginebra. Los viejos no podemos permitirnos ningún lujo, ni siquiera el de reír. En realidad he sido injusto. No es que los cortesanos no entiendan mis historias. Es que nunca, hasta ahora, se habían planteado que tales historias fuesen posibles. Y no me refiero a la magia, a los extraños poderes, a los sucesos inexplicables. Hablo de los sentimientos. El amor... El amor como aventura del alma, como búsqueda misteriosa... Ellos escuchan mis historias y quieren sentirlo. Quieren ser vos, Ginebra. Quieren ser Lancelot. Nunca ha existido una historia de amor como la vuestra. Trágica, sí..., pero ¡tan hermosa!

Gwenn notó que las mejillas le ardían. ¿Por qué las palabras de aquel anciano loco la perturbaban de tal manera? Hablaba como si supiese quién era, como si estuviese al corriente de sus sentimientos más íntimos, de secretos que jamás había contado a nadie... Pero, por otro lado, confundía su nombre con el de otra mujer.

Chrétien la observaba con curiosidad, espiando sus reacciones.

—Tal vez no debí escribir jamás *El caballero de la carreta* —admitió—. No debe de ser fácil estar en vuestra piel.

—No entiendo a qué os referís, anciano. Yo soy Gwenn, reina de Britannia, esposa del rey Arturo. No conozco a ninguna Ginebra.

El poeta la miraba con ojos enfebrecidos, sonriendo para sí como si solo estuviese escuchando a medias sus palabras.

—Ahora lo entiendo —dijo—. Es el Grial el que te ha traído hasta aquí. Un premio a mis desvelos por protegerlo de los que quieren convertirlo en un símbolo vacío, en un emblema de la pureza absoluta. La pureza absoluta es inhumana. El Grial no lo es. El Grial engendra mundos a partir de la imaginación. Hay muchos que no quieren entenderlo. Por eso no les gusta Perceval; no desean que sea él quien encuentre el Grial. Les parece demasiado humano... Pero es que así tiene que ser.

—Perceval... —Al oír aquel nombre, Gwenn sintió nacer en ella una nueva esperanza—. Nosotros lo estamos buscando. Arturo dice que lo necesita para completar el círculo. ¿Vos lo conocéis?

Chrétien asintió y frunció el ceño con preocupación.

—Debéis ser comprensivos con él cuando lo encontréis —sugirió—. Si me diera tiempo, si el Señor quisiera concederme aún algunos meses... Es todo lo que necesito para terminar el cuento del Grial. Pero mucho me temo que no me lo permitirá. Supongo que es el castigo que merezco por mis pecados. Si Perceval no encuentra el Grial, nada de lo que he escrito tendrá sentido. Debéis ayudarlo, Arturo y vos. Es joven e inexperto. Lancelot podría ser su salvación, si su pasión por vos no lo cegara de tal forma.

—Amigo, os recuerdo que estáis conversando con la esposa de Arturo —replicó Gwenn con dignidad—. Me habláis de sentimientos que no conozco ni comprendo. Si un día los comprendí..., fue hace mucho tiempo, antes de mi boda.

Chrétien la miró con expresión interrogante.

—Sois un misterio para mí, lo reconozco. De todos los personajes sobre los que he escrito, vos sois la que menos habría esperado encontrarme entre estas humildes paredes. ¿Cómo habéis llegado hasta aquí?

—Las damas de Ávalon me desterraron al Sith. Vagué a la deriva durante algún tiempo... No sabría decirlos cuánto. Y luego, concentré todo mi pensamiento y mis poderes en mi hogar. Quiero regresar a mi casa.

—Y vuestros poderes os trajeron hasta aquí —concluyó Chrétien, perplejo—. ¿Tenéis, entonces, poderes mágicos?

—Parece ser que tengo ciertos dones heredados de mi linaje materno, pero no podría decirlos con certeza en qué consisten.

Los ojos oscuros del poeta reflejaron una profunda inquietud.

—Quizá me he equivocado. No sois Ginebra, sino Morgana. Ahora lo veo con claridad. Sois ella, tal y como se aparecía en mis pesadillas durante todos estos años. Nunca he querido escribir sobre ella, ¿sabéis? Soy un hombre de fe, desconfío de la magia. O, mejor dicho, creo tan solo en la magia de los sentimientos. Sobre eso tratan mis libros, hechicera. Morgana... Mi dios o los vuestros me castigan enviándoos en esta hora, cuando ya veo la muerte tan cercana.

Gwenn miró al anciano a los ojos mientras su mente trataba de ordenar sus inconexas palabras. Sentía que había un fondo de verdad en su locura que se le escapaba, que no lograba desentrañar.

—Cuando era pequeña, algunos me llamaban Morwen, que significa «nacida del mar» y también «doncella oscura» —explicó con lentitud, pensando a medida que hablaba—. Hay gente del pueblo que me sigue llamando así. Morgana es una de las formas despectivas que toma ese nombre. Porque solo me llaman así los que me temen, los que me desprecian.

—Entonces, no eres Morgana —concluyó Chrétien—. Pero afirmas que tampoco eres Ginebra. Sin embargo, eres la esposa de Arturo, como Ginebra. Y tienes poderes mágicos, como Morgana.

Gwenn se encogió de hombros.

—Quizá los personajes de tus leyendas sean un reflejo de gentes de una época olvidada. Tal vez una de esas personas sea yo. En las leyendas no siempre se hace un fiel retrato de los reyes y las reinas. No sé por qué me asocias con las historias que has escrito, ni sé por qué el viaje a través del Sith me ha traído hasta ti. Pero, seas quien seas y sepas lo que sepas acerca de mi vida, creo que he venido a parar a tu casa por una buena razón. Seguro que tú puedes ayudarme a regresar. Quiero volver con Arturo. Dime cómo.

Chrétien sonrió con amargura.

—Yo no sé cómo, muchacha. Solo soy un poeta que escucha las leyendas del pueblo y las transforma en historias dignas de la corte. No quiero saber nada de magia ni de hechizos. Bien sé que seguramente no eres más que una visión que el Señor me envía para probarme. Pero si hay algo de humano en ti, aparte de la apariencia, te pido que me ayudes a conducir a Perceval hasta el Grial antes de mi muerte. Lo perdió por no reconocer su ignorancia, por no atreverse a preguntar. No volverá a ocurrirle lo mismo. Dime que le ayudarás.

—Para eso, antes necesitaría volver a casa —contestó Gwenn con decisión—. ¿Tú sabes cómo puedo hacerlo? Si hay alguna pista que pueda seguir, por insignificante que te parezca...

—Hay una mujer, una mujer joven. Ella también escucha las leyendas del pueblo al otro lado del mar. Son leyendas de bárbaros, tan antiguas que su origen se pierde en la noche de los tiempos. Y ella es joven. No como yo, que lo he olvidado todo y no puedo ayudarte. Se llama Marie, pertenece al linaje de los reyes de Francia. Pero se casó con un caballero inglés y ahora vive en la isla; más cerca que yo del reino de Logres, más cerca en edad y en espíritu. Si es cierto que vuestros pensamientos tienen poder y que os trajeron hasta mí, tratad de que os guíen hasta ella. Quizá Marie pueda ofreceros las respuestas que habéis venido a buscar.

Capítulo 12

Gwenn abrió la puerta de los aposentos de Chrétien y miró al exterior. Había una escalera amplia de madera que descendía al vestíbulo de la casa y dos corredores que partían de ella. Gwenn dejó que el recuerdo de la conversación con Chrétien fluyese en su cerebro, evocando imágenes al azar. Cuando surgió el nombre de Marie, permitió que su sonido la guiara. Comenzó a avanzar por el pasillo de la izquierda, y notó que todo a su alrededor se tornaba inestable y se transformaba a ojos vistas. El artesonado de madera del techo, con adornos en rojo y dorado, parecía de pronto fluido, se modificaba en otros mil artesonados diferentes, con distintas estructuras y patrones en la distribución de la madera y los relieves de las decoraciones. Y mientras aquellas imágenes se deslizaban sobre su cabeza, Gwenn trataba de mantenerse tranquila para no detener el flujo de su pensamiento.

Se dijo a sí misma que todo eran espejismos, visiones que el Sith le provocaba. No encontraría un sentido en ellas si no lo hallaba antes dentro de sí misma. Y, si así lo hacía, tal vez encontrase también el camino de regreso a casa. A Camelot.

Aunque también cabía la posibilidad de que todo aquello fuese real. Más real, incluso, que la vida que ella conocía. Como si en el Sith confluyesen todas las realidades posibles, las de todos los seres humanos en todos los lugares y épocas...

No. Se estaba complicando la vida, y lo peor era que, si permitía que su pensamiento se enredase, no llegaría hasta la mujer que buscaba. Marie. Era sencillo. Solo tenía que buscar a una mujer como ella, con sus orgullos y sus virtudes, con sus rarezas y sus miedos. Una mujer que conocía el nombre de Arturo, que había soñado con su corte. Marie...

El instinto la llevó a abrir una de las puertas que tenía a la derecha. En cuanto lo hizo, supo que había encontrado su destino.

La joven que bordaba junto a la ventana tenía los cabellos de un rubio casi blanco, y los llevaba peinados en un sofisticado arreglo de trenzas recogidas sobre la nuca. Su vestido de lana verde no parecía nuevo, aunque sí de primera calidad, a juzgar los ribetes de hilo de plata de las mangas.

Marie levantó la vista de su labor al oír el crujido de la puerta. Sus ojos de color azul pálido se clavaron en los de Gwenn.

—¿Quién sois? —preguntó—. ¿A qué debo el honor de vuestra visita?

—Me llamo Gwenn. Vengo de la corte de Arturo. Soy su esposa. Quizá os suene a locura, pero os estaba buscando. Me dijeron..., Chrétien me dijo que vos me escucharíais.

Marie se puso en pie bruscamente, dejando caer su bastidor al suelo. Miraba a Gwenn con las pupilas contraídas y los labios apretados. Parecía furiosa.

—¿Quién os envía a burlaros de mí y de mi inocente pasatiempo? —preguntó con un temblor de indignación en la voz—. No me avergüenzo de entretener mis horas escribiendo sobre la corte de Arturo. ¡Hay peores formas de pasar el tiempo! Tramando bromas pesadas contra una mujer sola y extranjera en vuestra corte, por ejemplo.

La reacción de la mujer puso a Gwenn un nudo en la garganta. Después de hablar con el anciano había creído que estaba avanzando, que se encontraba un poco más cerca de casa. Pero no. Estaba tan lejos como al principio. Aquella dama no se tomaba en serio su historia, ¿y quién podía culparla por ello? Había irrumpido en sus aposentos sin ser invitada, era una desconocida que se presentaba como la esposa de un rey... Solo un loco como Chrétien podía aceptar tales explicaciones sin pensar que era víctima de una burla.

Aun así, debía intentar que Marie la escuchara. Sobre todo porque, si aquel camino fallaba, no tenía ni idea de por dónde seguir.

—Señora —suplicó—. Sé que no me conocéis y que mi historia suena extraña, pero miradme a los ojos y decidme si veis a una mujer que se esté divirtiendo a vuestra costa.

Marie la observó un momento en silencio. Sus rasgos parecieron relajarse un tanto.

—No, no os estáis divirtiendo. Estáis sufriendo —contestó, suavizando su tono—. Habladme con sinceridad, querida. ¿Quién sois?

—Os lo he dicho..., Gwenn, esposa de Arturo.

Marie la contempló con la cabeza ladeada.

—Dicen que las historias de ficción pueden trastornar el juicio de las personas. Quizá es eso lo que os ha pasado. En tal caso, me siento responsable, por haber escrito historias de las que pueden arrebatarle a una mujer la cordura. Y decís que os llamáis Gwenn...

—Ese es mi nombre, sí.

—Y que estáis casada con el rey Arturo. Pero la esposa de Arturo es Ginebra, según las leyendas que se cuentan por aquí. ¿Os creéis que sois Ginebra, por ventura?

—Tal vez me conozcan por ese nombre, pero no es el mío —explicó Gwenn—. En todo caso, agradecería tanto que me escucharais...

Marie observó a Gwenn con expresión indecisa. Finalmente, con un leve gesto, invitó a su visitante a que la siguiera. Salieron por la misma puerta por la que Gwenn había entrado, pero ahora no había un corredor al otro lado, sino un huerto rodeado de altas tapias de ladrillo. Por encima de los manzanos cargados de frutos, el cielo, de un intenso color gris, parecía a punto de descargar sobre ellas toda la lluvia del otoño.

Un frío húmedo se coló por las costuras del vestido de Gwenn. Se cruzó los brazos sobre el pecho para protegerse de él. En el fondo, casi lo agradecía. El frío, al menos, era real. No había que interpretarlo ni tratar de adivinar su significado.

Caminó un rato junto a Marie en medio de un profundo silencio.

—Ginebra —dijo Marie finalmente—. La reina adúltera. Si realmente fuerais quien decís ser, ni siquiera debería hablar con vos.

Gwenn sintió una vez más el rubor en sus mejillas.

—Os he dicho ya que mi nombre no es Ginebra, sino Gwenn, y no soy una adúltera —replicó indignada—. Nunca he traicionado a mi esposo. Miradme a la cara si creéis que miento. En mis ojos leeréis la verdad.

Marie se volvió hacia ella y escrutó su rostro con semblante grave.

—Es una locura. Todo es una locura —murmuró—. Y quizá yo sea la más loca de las dos, pero hay algo en vos... No sé. Es como si mi alma os reconociera. Creo que decís la verdad. Que sois realmente la esposa de Arturo. Y que no habéis traicionado al rey... Todavía.

—¿Cómo podéis decirme eso? ¿Por qué me habláis de esa manera, como si conocieseis mi futuro, como si estuviese escrito en alguna parte? ¿Acaso sois hechicera, tenéis poderes como las damas de Ávalon?

Una pálida sonrisa afloró a los labios de Marie.

—Soy una buena cristiana, y no creo en el destino, sino en la Providencia. Tenéis razón, nada sé de vos en realidad, sino lo que mi fantasía y mi corazón me dicen. Malos guías tal vez para una dama... Que el Señor os juzgue, no seré yo quien lo haga.

Gwenn se obligó a sostener la mirada curiosa de su interlocutora.

—He venido a veros porque necesito vuestra ayuda. Tengo que encontrar las puertas para regresar a mi mundo, a Britannia.

—Este lugar en el que estamos es Britannia —suspiró Marie, reanudando la marcha bajo los frutales—. Mi esposo es de aquí, y hace tiempo que estas tierras me acogieron, pero aún echo de menos mi Francia natal.

—Quizá haya muchas Britannias. La que yo busco no es esta —replicó Gwenn con seguridad.

—Buscáis el reino de Arturo —dijo Marie pensativa—. El reino en el que él y sus caballeros son reales. Si es que la realidad no es un espejismo, tanto en mi Britannia como en la vuestra... Sí, ahora que lo pienso, he oído hablar de vuestro mundo. Conozco a alguien que dice haber estado en él. Es una dama amiga mía, o lo era...; se llama Beatrice.

El corazón de Gwenn se aceleró sin que pudiera hacer nada por impedirlo.

—Llévame con ella —rogó—. Podría ser mi única esperanza.

Marie miró a Gwenn dubitativa.

—Podemos intentarlo —dijo—. Aunque no sé si ella querrá hablar con vos. Ha cambiado. Ya nunca cuenta nada de ese lugar. Supongo que es debido a su nuevo estado... Pero la echo de menos. Vamos, el convento no está muy lejos de mi casa.

La dama entró en sus aposentos y regresó con una gruesa capa de lana oscura que se echó sobre los hombros. Cuando se puso la capucha, su rostro quedó sumido en sombras.

—Acompañadme —rogó—. Llegaremos enseguida.

Gwenn salió con Marie a un callejón embarrado. A lo lejos se oía el ladrido lastimero de un perro. Las nubes se habían oscurecido tras la puesta del sol.

Caminaron a buen paso por un laberinto de casas de piedra, hasta llegar a lo que parecía un templo con abigarradas escenas de ángeles y demonios labradas en la piedra de los arcos.

Marie le pidió a Gwenn que aguardase fuera y penetró en el edificio a través de una puertecilla lateral. Mientras esperaba a que la dama regresara, una fina llovizna comenzó a abatirse contra el empedrado de la plaza desierta. Gwenn trató de protegerse de la humedad bajo el alero de un tejadillo lateral del templo.

Allí la encontró Marie cuando salió por fin para buscarla.

—Acércate. Beatrice nos recibirá.

Gwenn siguió a Marie a través de un sencillo claustro de piedra hasta una sala abovedada y desnuda de muebles.

Allí las esperaba una mujer que llevaba una ancha túnica de estameña y los cabellos recogidos bajo una toca blanca. Marie hizo una breve reverencia al entrar, y Gwenn la imitó.

La mujer inclinó levemente la cabeza y miró a Gwenn con una sonrisa llena de luz. La tosquedad de sus ropajes no hacía sino acentuar la belleza casi sobrenatural de sus facciones.

—Os presento a la madre Beatrice, monja desde que tomó los votos hace tres años en este convento de benedictinas —dijo Marie—. Beatrice fue mi mejor amiga en los tiempos de mi llegada a Britannia. Teníamos total confianza la una en la otra. Luego... ella

decidió entregar su vida al Señor. Pero antes de eso, me contó algunas historias. Historias de Britannia, de vuestra Britannia... , la que estáis buscando.

Mientras Marie hablaba, Beatrice no había dejado de mirar a Gwenn a los ojos.

—Sí... Hablaré con ella, Marie —dijo, sonriente—. Hay verdad en su mirada. Pero tendrá que ser en tu ausencia, querida. ¿Puedes dejarnos a solas?

Gwenn creyó que Marie iba a protestar, pero no lo hizo. En lugar de eso, esbozó una nueva reverencia.

—Os espero en el claustro —dijo, dirigiéndose a Gwenn.

—No será necesario, Marie. Yo me ocupo de ella a partir de ahora —contestó con suavidad Beatrice.

Marie se retiró con pasos breves y presurosos. Solo entonces se atrevió Gwenn a devolverle la sonrisa a Beatrice.

—Vos no me habéis insultado —dijo—. No me habéis llamado adúltera.

Beatrice asintió.

—Cuando Marie os habla como si os conociese, tenéis que pensar que os está confundiendo con alguien que solo existe, tal vez, en su imaginación. Marie no entiende los caminos de los sueños. Cree que la realidad solo está en un lado, y que todo en la otra orilla son fantasías y quimeras. Pero yo he estado muchas veces en el Otro Lado, y sé que entre mi mundo y el vuestro existe una perfecta simetría. Lo que es mágico para mí es común para vosotros, y a la inversa: lo que es moneda corriente para mí, es una fantasía para vosotros. Se trata de una verdad que muy pocos pueden comprender, porque solo está al alcance de quienes lo han arriesgado todo para cruzar de un lado al otro por amor.

—¿Vos sois una de ellas?

Beatrice sonrió.

—Lo soy, y aunque podrían condenarme a la hoguera o tacharme de bruja, no me avergüenzo de ello. Me refugié en este convento porque no quería que me obligasen a renunciar a mi amor lejano para honrar un matrimonio que no deseaba. Marie nunca lo ha podido entender. No comprende que, cuando se ha conocido un amor como el que yo he vivido, conformarse con menos resulta imposible. Yo hice unos votos al entrar aquí, pero antes había hecho otro juramento que me une de manera inquebrantable al hombre que amo. Y ese hombre no está en este mundo, sino en el vuestro.

Gwenn miró a Beatrice con los ojos muy abiertos.

—¿Lo conozco? —preguntó.

—Aún no, aunque él habla a menudo de vos y de vuestro esposo Arturo. Os admira a los dos profundamente. Se llama Lanval, y es un caballero de Britannia. Lo visito cada noche, Gwenn. Cada noche desde hace seis años. Para él yo soy un hada, una criatura encantada. Y él es un sueño cumplido para mí.

—Si sabéis pasar al Otro Lado, llevadme con vos —rogó Gwenn, y dejó que las lágrimas se agolpasen en sus ojos—. Tengo que regresar a mi mundo, y nadie más parece conocer el camino.

—El único camino es el del amor, y nadie puede recorrerlo en vuestro nombre —contestó Beatrice con semblante grave—. Os lo he dicho, solo el amor abre la puerta entre los dos reinos. Si quien es objeto de vuestra pasión os ama también, si os está buscando, esa puerta se abrirá antes o después.

A Gwenn le vino la imagen de Arturo a la mente. Sintió una profunda angustia. ¿Por qué tenía la intuición de que Arturo no la estaba buscando?

—Tiene que haber otra forma de regresar —murmuró—. No puede depender de lo

que los demás sientan por mí.

—Nunca es solo lo que los demás sienten. Es lo que sentís vos... La verdad de vuestro corazón —dijo Beatrice—. Hagamos una cosa: esta noche descansaréis en mi celda mientras yo me reúno con mi amado. Le preguntaré a él. Le pediré que busque a vuestro caballero, y, si lo encuentra, entre los dos hallaremos la forma de que podáis estar juntos otra vez.

Capítulo 13

Lance llegó a Witancester a la hora del crepúsculo, cuando los carros de los campesinos que habían estado vendiendo sus frutas y hortalizas en el mercado salían ya por la puerta de Londres de regreso a las aldeas. El ajetreo de la ciudad hacía que la gente no se fijase demasiado en el recién llegado. Los que se detenían a mirarlo se interesaban más por su briosa yegua parda que por él.

Tras el aroma a madera quemada y a incienso que impregnaba la ciudad y que formaba parte del velo de Britannia, Lance distinguió el hedor de los desperdicios que se habían acumulado en la plaza del mercado y del estiércol de los animales de carga. La conexión al velo de los sajones de Witancester no tenía el mismo alcance que la de los habitantes de Camelot. Tendría que explicárselo con detalle a Arturo cuando lo viera.

Arturo. Pensó en lo que había ocurrido en su última entrevista, en la negativa del rey cuando él se ofreció a ir en busca de Gwenn. Todavía no entendía por qué le había obedecido. Si se había quedado en Camelot después de la coronación, si había aceptado formar parte del círculo de consejeros de los nuevos soberanos, había sido únicamente por Gwenn. Era ella quien le importaba. Debería haberse ido a Ávalon a buscarla, dijese lo que dijese Arturo.

En todo caso, ya no tenía remedio. Se encontraba en misión oficial, y lo único que deseaba era exponer su embajada lo antes posible ante Aellas. No estaba muy seguro de que el viejo rey sajón lo recibiese bien, porque su anterior visita aún se hallaba demasiado reciente, y no había transcurrido en los mejores términos.

Lance detuvo su montura ante la primera posada que se encontró en su camino, y que ostentaba el conciliador nombre de Los dos dragones, en referencia a los emblemas de sajones y britanos. Allí pagó sus habitaciones al posadero por adelantado y dejó su caballo al cuidado de un mozo de establo. Después, se fue directamente al palacio en ruinas donde Aellas había establecido su cuartel general y pidió que lo recibiese el rey en persona.

Le hicieron pasar a una sala rectangular con columnas de estilo antiguo alrededor de lo que parecía una piscina o un estanque vacío. En el fondo, un mosaico polvoriento de criaturas marinas parecía aguardar el lavado de cara de la lluvia. El guardia que lo acompañaba le indicó un escaño de piedra en el que sentarse y le rogó que esperase en aquel lugar.

A través de las ventanas, Lance espía la rápida llegada de la noche. Entraron en la sala algunas personas más, un anciano y una mujer pobremente vestida con su hijo pequeño en brazos. Como a él, les indicaron que aguardasen allí hasta que el rey pudiese recibirles.

Aunque habían llegado después, Aellas recibió a aquellas gentes antes que a él. Se trataba de un desaire calculado para irritar al embajador de Arturo, pero Lance se sentía tan ajeno a los usos y costumbres de la corte que no podía enfadarse por aquella ingenua provocación. En realidad, no le importaba esperar un rato más en la sala de las columnas. Se sentía agotado después de una larga jornada a caballo, y agradecía la oportunidad de

quedarse a solas consigo mismo en un sitio tranquilo donde podía pensar y soñar a sus anchas.

Así pues, dejó vagar su mente hasta Ávalon y trató de imaginarse cómo serían las condiciones del cautiverio de Gwenn entre las mujeres mágicas. En cuanto terminase su misión en Witancester, tenía intención de viajar hasta la isla para solicitar una entrevista con Viviana. La dama del Lago siempre se había mostrado benevolente con él; le había proporcionado una vida nueva en Britannia y la posibilidad de dar la espalda a su pasado de mercenario al servicio de los sajones porque creía en sus posibilidades. Alguna vez había llegado a llamarlo «el Elegido»... Lance nunca había entendido del todo a qué se refería Viviana con aquella expresión, pero daba igual. Lo importante era que podía llegar al corazón de la dama, podía conmovérla. Usaría ese poder para conseguir la liberación de Gwenn. Estaba seguro de que Viviana le haría más caso a él que a Arturo.

—Su Majestad os espera —anunció un paje adolescente con una voz insegura que no era ya de niño pero tampoco de hombre—. Os ruego que me acompañéis.

Lance siguió al muchacho a lo largo de un corredor iluminado por antorchas que desembocaba en un ruinoso patio invadido de plantas trepadoras. Al otro lado del patio, subieron unas escaleras de mármol desgastadas por siglos de uso hasta llegar a una habitación de proporciones modestas cuyas paredes estaban forradas de madera de roble.

Allí, sentado frente a la chimenea y rodeado de media docena de perros adormilados, se encontraba Aellas. Lance lo saludó con una rígida reverencia que hizo sonreír al rey.

—Te pediría que te sentaras si hubiese un lugar donde hacerlo —dijo—. Me maravilla tu insolencia, muchacho. Es la segunda vez que te atreves a presentarte en mi corte. Después de haber desertado, después de haber abandonado la causa por la que se te recompensó en tantas ocasiones.

—Se me recompensó alimentándome y manteniéndome con vida hasta la siguiente batalla, sí. Y creo que yo pagué con creces el gasto que eso pudiera suponer. No estoy en deuda con vos ni con Dyenu, Majestad. Ahora mi vida es otra, y bien sabéis que los motivos por los que he venido a veros no tienen nada que ver con mi pasado.

Aellas soltó una risotada que se superpuso a las últimas palabras del caballero.

—¡Vaya labia! Ahora te expresas como un cortesano. Me pregunto qué diría tu rey si supiera que fuiste mercenario mío. No se lo has contado, ¿verdad?

—Ni yo mismo lo recuerdo apenas —replicó Lance con frialdad—. Es como si le hubiese ocurrido a otra persona, y no a mí.

Aellas lo miró de arriba abajo con sus ojos oscuros. En sus labios carnosos flotaba aún una sonrisa de diversión.

—Tienes agallas, lo reconozco —dijo—. Te arriesgas mucho. Veamos qué mensaje me traes de tu rey. ¿Qué se le ha ocurrido a Arturo esta vez para perturbar mi paz?

Lance desenganchó de su cinturón el estuche cilíndrico que contenía el tratado redactado por Arturo, lo extrajo y se lo tendió a Aellas.

Sin mirar el pergamino lacrado, Aellas se lo devolvió a Lance.

—Sabes perfectamente que nunca he aprendido a leer —dijo en tono áspero—. ¿Qué pone ahí?

—Su Majestad el rey Arturo os ofrece una conexión al velo de Britannia tan perfecta como la que disfrutaban los habitantes de Camelot. A cambio, os ruega que le entreguéis al fugitivo Dyenu. Los términos de la paz que ambos firmasteis se mantendrán sin cambios.

Aellas se atusó la mal rasurada mejilla mientras reflexionaba.

—Una conexión mejor al velo. No niego que podría interesarnos. Pero no al precio de entregar a Dyenu. Ese joven es una garantía para nosotros de que Arturo no romperá el tratado que firmamos. Si un día decide reclamar el trono de Britannia..., pensad en todo lo que cuenta a su favor: es el hijo de Uther, ha recuperado esa espada que tanto veneran los britanos... y nos tiene a nosotros para respaldar sus intereses con las armas, si llegase el caso.

—Os equivocáis si creéis que en Dyenu tendríais un aliado más fiable que Arturo —dijo Lance sin ocultar su desdén por el personaje—. Que os haya servido en el pasado no quiere decir que vaya a seros leal en el futuro. Dyenu solo estará a vuestro lado mientras pueda utilizaros. En cambio, Arturo ya ha demostrado que sabe respetar un tratado. Hasta ahora lo ha hecho.

—Hasta ahora. No me fío de él, ni de los britanos en general —admitió Aellas torciendo el gesto—. De momento nos toleran, pero siguen viéndonos como usurpadores. Antes o después volverán a declararnos la guerra. No, no voy a renunciar a Dyenu... Tengo la intuición de que puede sernos muy útil en el futuro. El interés de Arturo por él lo demuestra.

La respuesta de Aellas no sorprendió a Lance, que ya se la esperaba. Incluso tenía preparada una segunda oferta, para exponerla en caso de que el rey sajón rechazase la primera.

—Si no me queréis entregar a Dyenu, obligadle al menos a entregar la espada. Devolverle Excalibur a Arturo será interpretado como un gesto de buena voluntad. Además, el peligro de que Dyenu tenga Excalibur también afecta a los sajones. Ya una vez intentó destruirla y consiguió que el velo de Britannia dejase de protegernos. Si vuelve a hacerlo, todos los que queremos vivir bajo la protección del velo saldremos perdiendo.

—Dyenu no va a destruir la espada. Me ha asegurado que piensa utilizarla para conquistar el trono que por derecho le pertenece. Mientras duren las condiciones del tratado con Arturo no contará con mi apoyo, pero tampoco voy a ir contra él. Has perdido el tiempo volviendo a Witancester, muchacho. Regresa por donde has venido y dile a Arturo que no me interesa su trato. Y la próxima vez, sugiérole que nos envíe a un mensajero que no haya desertado de nuestras filas.

Aellas señaló con gesto lánguido la puerta de la estancia, dando a entender que la entrevista había terminado.

Lance se planteó por un momento si debía insistir o intentar alguna nueva estrategia. Decidió que no. Lo que había hecho era suficiente para poder afirmar delante de Arturo que había cumplido su misión. No necesitaba alargar una negociación que probablemente no conduciría a ninguna parte. Había terminado su tarea en Witancester, y eso le dejaba libre para irse a Ávalon y tratar de encontrar a Gwenn o de negociar su rescate con Viviana.

Con una reverencia tan breve y formal como la que había ejecutado a su llegada, se despidió de Aellas. El mismo paje que lo había conducido hasta el salón privado del rey sajón lo acompañó hasta una de las puertas de servicio del palacio. Una nueva humillación intencionada dirigida al representante del rey de Britannia... Lance sonrió con indiferencia. Ni siquiera pensaba contárselo a Arturo cuando le relatase la entrevista.

Salió al callejón tenuemente iluminado por las antorchas colgadas del muro del palacio. Recordaba vagamente la dirección en la que tenía que ir para llegar hasta la posada Los dos dragones, así que caminó por la ciudad desierta en dirección a la muralla norte, fijándose en las plazas y cruces que se encontraba de camino para asegurarse de que, a la

ida, había pasado por allí.

Casi desde el principio oyó pasos detrás de él, a cierta distancia. Al principio no les prestó atención, pero cuando llevaba ya un rato caminando empezó a sospechar que lo seguían. Miró hacia atrás un par de veces y distinguió la figura de un hombre encapuchado que no varió el ritmo de su caminar al notar que lo observaban. La segunda vez que miró, Lance se dio cuenta de que el individuo avanzaba ahora mucho más cerca.

Cuando se detuvo por tercera vez, lo hizo a la vuelta de una esquina. Oculto tras ella, observó que su perseguidor apretaba el paso para no perderle de vista. Decidió quedarse a esperarlo, y cuando el hombre llegó a su altura, alargó el brazo y lo aferró por el cuello.

Lejos de asustarse, el tipo comenzó a forcejear con él. Al agarrarlo por los brazos, Lance comprobó que sus músculos parecían de hierro. Un instante después, el hombre logró desasirse, pero en lugar de salir corriendo se quedó mirándolo con expresión hosca.

—Sígueme. Te están esperando —le susurró.

—¿Quién? —preguntó Lance, perplejo.

—Dyenu. Quiere verte. Me ordenó que viniera a buscarte... y me dijo que no se me ocurriera volver sin ti.

Capítulo 14

La guarida de Dyenu se hallaba al otro lado de la muralla, en un antiguo molino de agua que sus hombres habían reparado para convertirlo en su cuartel general. Cuatro individuos montaban guardia en el exterior mientras los demás dormían distribuidos en graneros y almacenes. Dyenu ocupaba lo que antaño había sido la vivienda del molinero, una construcción recia de piedra con techumbre de paja cuya estancia principal era la cocina. Allí fue donde Lance lo encontró, esperándolo en pie delante de un fuego casi tan alto como él.

Las llamas, única fuente de luz en aquella estancia, arrancaban reflejos de los utensilios de cobre que colgaban de las paredes ennegrecidas por el humo. También proyectaban sobre el rostro de Dyenu un cambiante dibujo de sombras.

Dyenu saludó a Lance con semblante grave, y despidió a su acompañante con un gesto mínimo de la mano. Sin la cicatriz que solía desfigurarle el rostro, podía pasar por un hombre apuesto, aunque la arrogancia de su expresión no resultaba atractiva.

—Me alegro de verte, Lance —saludó—. Pese a todo lo que ha pasado entre nosotros.

Lance aceptó la observación con una leve inclinación de cabeza. No podía corresponder a aquellas palabras con otras semejantes, porque reencontrarse con Dyenu solo le provocaba desasosiego.

—Tengo entendido que has venido a Witancester para ver a Aellas. ¿Ha ido bien la entrevista?

—A decir verdad, no —contestó Lance sosteniendo la mirada del hijo de Uther—. Venía de parte de Arturo para pedirle que te entregase, pero se ha negado.

Dyenu sonrió sin entusiasmo.

—El bueno de Aellas. ¿Qué le ofreciste a cambio? No debió de ser lo suficientemente tentador.

—Una conexión a Britannia semejante a la que disfrutamos en Camelot.

Dyenu arqueó las cejas.

—Como si Arturo estuviese en condiciones de ofrecer eso. ¡Qué farsante! Ni siquiera el ingenuo de Aellas se dejaría engañar por una mentira así.

—No subestimes a Arturo —dijo Lance, sonriendo—. Aprende muy rápido, y tiene buenos maestros.

—Sí, ya me han contado. Se ha obsesionado con la alquimia y con el lenguaje del velo. Tanto, que ni siquiera tiene tiempo de ir a buscar a su mujer.

Lance sintió que los latidos de su corazón se volvían más rápidos y desordenados.

—¿Qué sabes de eso? —preguntó con voz ronca.

—Más que tú. Más que él, incluso —contestó Dyenu con una sonrisa triste—. Claro que eso no es difícil, teniendo en cuenta lo poco que se ha esforzado por encontrar respuestas.

La indignación tiñó las mejillas de Lance de un intenso rubor.

—Me prometió que iría a buscarla —murmuró—. Solo por eso accedí a venir a Witancester.

—Pues por lo visto cambió de opinión. Ha vuelto a Camelot. No ha hecho nada por recuperar a mi hermana. ¿Qué ocurre, por qué me miras así? ¿No conocías nuestro parentesco? Sospecho que ni la propia Gwenn lo sabe. Aunque, si lo piensas, es lo único que tiene sentido. Igraine me ayudó a escapar... ¿Tú crees que lo habría hecho si yo no fuese su hijo?

Lance tardó un momento en responder.

—Claro, no hay otra explicación —dijo finalmente, más para sí mismo que para Dyenu—. Me pregunto si Gwenn lo habrá sospechado alguna vez. Pobre Gwenn.

—¿Pobre... , por tener un hermano como yo? —Dyenu se echó a reír—. Quizá no sea tan malo para ella como te imaginas. De momento, estoy haciendo más por rescatarla que su querido esposo.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Lance, irónico.

—Esto. Estoy contándotelo a ti. Lo que ocurre es que no me dejas avanzar en mi relato. Ni siquiera he podido decirte todavía lo que le ha ocurrido a mi hermanita.

—La tienen las damas de Ávalon, ¿no?

Dyenu desplegó una sonrisa ambigua.

—La tuvieron —dijo—. Ya no.

—Entonces, ¿dónde está? ¿Ha logrado escapar? —preguntó Lance sin tratar de ocultar su angustia—. ¿Por qué no ha vuelto a la corte? Dyenu..., no será cosa tuya...

—No, no lo es. Las damas la sometieron a juicio por haber liberado a Merlín y la condenaron al que, para ellas, es el castigo más duro que existe: el destierro... Han desterrado a Gwenn al Sith.

Lance meneó la cabeza, incrédulo.

—No. Eso son cuentos para asustar a los niños. El Sith no existe; y, si existiera, nadie podría entrar en él, pues es el reino de los Muertos.

Dyenu lo miró con interés.

—Entonces, tú también prefieres ignorar la realidad —observó—. Como Arturo.

—Que dude de tus palabras no significa que no esté dispuesto a enfrentarme a cualquier cosa para ayudar a Gwenn —contestó Lance.

Tenía los ojos fijos en Dyenu, y los puños tan apretados que los nudillos se le habían puesto blancos.

—Me pregunto qué pensaría Arturo si te oyese hablar así —comentó Dyenu en tono burlón.

—Ya me ha oído hablar así. ¿Crees que me da vergüenza admitir que estoy dispuesto a arriesgarlo todo por mi reina? Lo haría delante de quien fuera, y eso incluye al rey.

Dyenu asintió. Había dejado de sonreír, y miraba a Lance casi con admiración.

—Intuía que me dirías algo así —dijo—. Desde que te conocí, tu capacidad para el sacrificio siempre me ha impresionado. Por eso sentí tanto perderte..., aunque sé que no te habrías ido con los britanos si no hubiese sido por los tejemanejes de las damas.

Prácticamente no te dejaron otra opción. No creas que no lo entiendo.

—¿Cómo puedes saber eso? —preguntó Lance asombrado—. Nunca se lo he confesado a nadie. Jamás.

—Quizá Viviana sí lo contó. ¿No te has parado a pensarlo? En todo caso, el pasado

es pasado, y no seré yo quien te pida que desandes el camino y vuelvas a empezar. Aun así, yo sabía que antes o después, en un bando o en otro, volveríamos a encontrarnos. Por eso quería verte, Lance... Porque nunca he dejado de creer en ti.

Lance sostuvo la mirada de Dyenu sin decir nada. Lo conocía lo bastante bien como para saber que no debía fiarse de él. Con todo, le pareció captar en sus palabras un fondo de sinceridad.

—Dime qué quieres —dijo con aspereza.

—Que vayas a buscarla. Que recuperes a Gwenn. A mi hermana.

Lance sonrió con desconfianza.

—Si tanto te importa, ¿por qué no vas a buscarla tú?

—Porque yo no estoy enamorado de ella. Tú sí.

Lance sintió de nuevo el rubor en sus mejillas. Quería desmentir la afirmación de Dyenu, asegurar que era falsa, pero no fue capaz.

—No sé mucho del Sith —continuó Dyenu—. Nadie sabe gran cosa, ni siquiera las damas de Ávalon. Lo único que se puede decir con certeza de ese lugar es que nadie regresa vivo de él. Y, sin embargo..., yo he oído historias, y creo que puede haber algo de cierto detrás. Si es así, aún habría esperanzas de recuperarla. Pero tendrías que ser tú.

—Historias..., ¿qué historias?

—Historias de enamorados que son capaces de cruzar las puertas del Sith en un sentido o en otro para reunirse. Las puertas solo se abren por amor. Eso, al menos, es lo que dicen las leyendas. Si fuera así...

—Si fuera así, yo sacaría a Gwenn de ese lugar —afirmó Lance, terminando la frase—. Pero me cuesta creer que detrás de esas leyendas haya algo de cierto.

—Yo tampoco puedo asegurarte que sea así. Pero, si lo hay..., nada se perdería con intentarlo. Y si tú quieres, conozco a alguien que nos puede ayudar. Hace tiempo que oí hablar de él, y la verdad es que en un primer momento no le presté mucha atención. Pero después llegaron a mis manos unos poemas que había escrito, y me di cuenta de que todo lo que se decía sobre él era mentira. No es un loco, aunque muchos lo crean. Es un hombre enamorado, y, por la forma en la que habla del amor, yo diría que la mujer a la que quiere es muy real.

—¿De quién estáis hablando?

—Se llama Lanval. Es un caballero que combatió en la batalla del monte Badón junto a Pelinor. Ahora vive en Aquae Sulis. Cuando Arturo estableció su corte en Camelot, él se negó a seguir a los demás. No quería alejarse de su casa porque eso, según él, significaba perder a su amada.

—¿Y quién es su amada? —preguntó Lance.

—Justamente ahí está el misterio: que nadie la ha visto jamás. Lanval afirma que es un hada y que se reúne con ella cada noche en otro mundo. En el mundo en el que ella vive.

—En el Sith.

Lance y Dyenu se estudiaron mutuamente unos instantes.

—En el Sith, es posible, sí —admitió Dyenu finalmente—. A lo mejor piensas que soy un iluso por creer en esos cuentos de niños, pero hay algo en los poemas de Lanval que suena profundamente verdadero. Si quieres ayudar a Gwenn, vete a Aquae Sulis y busca a ese caballero, Lance. Yo sé que tu amor por ella no es menor que el de Lanval por su hada. No intentes negarlo. A los demás quizá puedas engañarlos, pero a mí no.

—No voy a negarlo —murmuró Lance—. Aunque no entiendo cómo has podido averiguarlo. Ni siquiera yo mismo, a veces, sé lo que siento.

—Es más fácil ver desde fuera, cuando se trata de sentimientos tan indomables como los tuyos. Además, no olvides que, durante unos instantes, en el duelo del círculo de piedra, yo estuve unido a vosotros. Me vencisteis entre todos, es cierto. Pero antes, justo antes..., pude intuir cómo habría sido si me hubieseis elegido a mí en lugar de a Arturo. Vi dentro de cada uno de vosotros... como vosotros visteis dentro de mí.

Capítulo 15

Mientras cabalgaba hacia el palacio de Pelinor por las calles semidesiertas de Aquae Sulis, Lance sintió que le atenazaba una profunda melancolía. Muchas casas se veían abandonadas, y la plaza del mercado se había convertido en un lodazal impracticable. Resultaba difícil creer que, apenas un año antes, aquella hubiera sido una de las ciudades más prósperas del reino. Era como si la debilidad de Pelinor, que nunca se había recuperado de las heridas de la batalla del monte Badón, se hubiese contagiado a sus conciudadanos. Todos los que aún conservaban algo de ambición e iniciativa se habían trasladado a Camelot, y los que se habían quedado parecían conformarse con subsistir y no crearse problemas. Aquel desánimo generalizado parecía afectar incluso a la forma en que el velo se manifestaba en la ciudad. Era como si envolviese la realidad de manera más leve, dejando al descubierto buena parte de sus imperfecciones. Arturo había mencionado en alguna ocasión la posibilidad de que eso ocurriera en la versión de Britannia que Excalibur había activado. En aquella nueva modalidad, los ciudadanos podían interactuar de un modo mucho más efectivo con el velo..., para bien o para mal.

En cada recodo del trayecto, Lance recordaba su primera visita a Aquae Sulis como escolta de Gwenn. Allí la había perdido. En realidad había sido antes, en el mismo instante en que abandonaron el bosque de Broceliande, donde, por una noche, él creyó que todo era posible. Después, con los primeros rayos del sol, la ilusión se disolvió, y Lance llegó a pensar que podría vivir como antes, como si aquello nunca hubiera sucedido. No había sido así. Sus esfuerzos por olvidar a Gwenn solo habían servido para que se fuese obsesionando cada vez más con ella.

Ahora, después de tanto tiempo, el destino le brindaba una ocasión para recuperarla. No albergaba grandes esperanzas; sabía que Gwenn se había convertido en la esposa de Arturo por decisión propia. Pero si era él quien la sacaba del Sith..., eso crearía entre los dos unos lazos que nadie podría romper. Arturo, con su inacción, le había dejado aquella puerta abierta, y no pensaba desaprovecharla. Aunque para eso debía evitar distraerse con ensoñaciones vanas acerca de lo que haría si tuviese a Gwenn a su lado. Tenía que concentrar todos sus esfuerzos en el presente. Había ido a Aquae Sulis para encontrar a Lanval, así que lo mejor era comenzar a indagar cuanto antes.

Encontró el palacio de Pelinor tan deteriorado que costaba trabajo reconocerlo. Que él supiera, nadie había asaltado el refugio del dux, pero la muralla ennegrecida indicaba que se había producido un incendio, y al entrar en el patio de armas comprobó que la torre sur y gran parte de los establos habían sido pasto de las llamas.

Se asomó a echar un vistazo en los barracones de la guardia, pero los halló vacíos, y tampoco vio a nadie en las cocinas, tan llenas de vida y de gente en otra época. Empezaba a pensar que Pelinor y su familia se habían mudado a otro lugar cuando descubrió a un anciano que llevaba un barreño de agua en los brazos.

—Necesito ver al dux —le dijo—. ¿Podéis llevarme hasta él?

—El dux no recibe visitas, pero si queréis intentarlo, preguntad a su sobrina Elaine. Está en el salón de la torre norte.

—¿No me acompañáis? —se extrañó Lance.

—No tengo tiempo —gruñó el individuo—. Aquí hay poca gente y mucho que hacer. Buscad vos mismo el camino.

Con un nudo en la garganta, Lance siguió el consejo de aquel hombre. Al atravesar el patio que conducía a la entrada de la torre norte, se dio cuenta de que la capilla que albergaba el Grial también había sido devorada por el fuego. Quizá fuera esa la causa de toda aquella destrucción que lo rodeaba. Le vino a la memoria el final de la batalla del monte Badón, cuando Pelinor confesó que había usado el poder del Grial. Ya entonces, el dux dio a entender que el precio por haber cometido aquella temeridad sería alto. Pero ninguno de ellos había imaginado que el desastre podría alcanzar una magnitud semejante.

Unas anchas escaleras de roble conducían a la sala donde, según el criado, debía de encontrarse Elaine. La estancia no tenía puertas, pero sí numerosas ventanas enrejadas. Elaine estaba mirando distraídamente por una de las que daban a la ciudad. Una labor de aguja yacía abandonada en el suelo, junto al sillón que la dama había dejado vacío. En la chimenea quedaba solo un rescoldo insignificante bajo las cenizas, insuficiente, a todas luces, para caldear la habitación.

Elaine se volvió lentamente cuando oyó pasos detrás de ella. Al reconocer a Lance, una sonrisa afloró a su rostro demacrado.

—¡Habéis vuelto! —exclamó—. Ya empezaba a perder la esperanza. Ha pasado tanto tiempo...

Lance hizo una profunda reverencia. No sabía qué decir.

—Esperaba poder ver a vuestro tío —explicó con torpeza—. ¿Puede recibir visitas? Elaineladeó la cabeza, y su sonrisa se volvió casi coqueta.

—La vuestra, siempre. Se alegrará mucho de veros. Ni él ni yo hemos olvidado que vos... teníais un destino unido al nuestro, un destino que cumplir. Por culpa de la locura que hizo mi tío, todo eso ahora parece inalcanzable. Pero nuestra familia sigue ligada al Grial, y así continuará mientras alguien de este linaje quede con vida. Además, ocurren cosas. Cosas que me hacen conservar la esperanza. Venid conmigo. Mi tío no puede moverse de la cama, así que tendré que guiaros hasta sus aposentos.

Lance salió de la estancia tras Elaine y la siguió escaleras arriba, hasta el segundo piso de la torre. Allí, en una cámara más pequeña que el salón donde había encontrado a la muchacha, yacía acostado Pelinor en medio de una oscuridad que se quebraba alrededor de las velas del candelabro de plata situado a los pies de la cama.

Elaine se acercó al lecho con pasos silenciosos.

—Tío —susurró, y estrechó con suavidad la mano del anciano—. Ha venido alguien a verte. ¿Recuerdas a Lance? El caballero que consiguió entrar en la capilla del Grial antes de que... Bueno, el caso es que ha regresado. Está aquí.

—Lance... —Pelinor entreabrió los ojos y escudriñó la penumbra hasta distinguir la silueta del caballero—. Es un gran consuelo teneros aquí, un gran consuelo. Vos... Quién sabe. Podríais ser nuestra última esperanza. ¿Os quedaréis a cenar, verdad? Elaine, ve a avisar de que tendremos un invitado hoy. ¡Un invitado, como en los viejos tiempos!

Elaine sonrió con tristeza y, procurando no hacer ruido, abandonó la habitación. Lance se obligó a vencer el rechazo que le producía la figura postrada del otrora poderoso dux y se acercó a la cabecera de la cama.

—Decidme..., ¿habéis venido por vuestra propia iniciativa, u os envía Arturo?

—preguntó Pelinor con voz temblorosa—. Sea cual sea la respuesta, me alegra mucho comprobar que no os habéis olvidado de este anciano.

—He venido por mi propia iniciativa —contestó Lance con prontitud—. Para veros... y, sobre todo, para encontrar a un caballero al que ando buscando. Su nombre es Lanval... ¿Lo conocéis?

—Lanval. Pobre muchacho. Solía venir mucho por aquí en los buenos tiempos. Sus padres eran gente de alto linaje, poseían uno de los palacios más lujosos de Aquae Sulis. Supongo que Lanval lo conservará..., aunque hace años que no lo veo.

—¿Sabéis si sigue viviendo en Aquae Sulis?

—No lo sé —contestó Pelinor con acento cansado—. ¿Para qué queréis verlo? Me han llegado rumores de que perdió la cabeza. Un asunto de faldas... No conozco los detalles.

—Me han dicho que ese caballero puede darme información que me interesa mucho. Preferiría, si no os importa, no revelar más.

Pelinor encogió sus escuálidos hombros sobre la almohada.

—Como queráis. Mirad, ya regresa Elaine.

La sobrina de Pelinor acababa de entrar acompañada de un par de sirvientes que transportaban una pequeña mesa ovalada con incrustaciones de maderas nobles. Los hombres la depositaron a la derecha de la cama y se fueron. Regresaron al momento con un par de sillas de madera dorada, que en algunos lugares aparecía carcomida por la humedad.

Elaine invitó a Lance a ocupar una de las sillas, y ella se sentó en la otra. De inmediato empezaron a desfilar por la estancia sucesivos criados que fueron colocando los manteles, la vajilla, la cubertería y las copas. La porcelana de los platos, el oro de los cubiertos..., todo era tan lujoso como antaño, aunque a los criados se los veía desaliñados, casi harapientos.

La cena consistía en carne fría de cerdo con compota de manzana y una selección de frutos otoñales. A Pelinor le sirvieron su ración en una bandeja de plata. El anciano, a pesar de su aspecto débil y vulnerable, comió con más apetito que los dos jóvenes.

Durante la cena la conversación fue deslavazada y pobre. Pelinor hacía observaciones sobre los banquetes de antaño, y su sobrina recordaba alguna anécdota sucedida en aquellos días. Lance procuraba reír cuando el relato era humorístico y mostrar curiosidad cuando se trataba de algún chismorreo relacionado con gentes de la corte. Pero, como no conocía a casi ninguna de las personas mencionadas, era muy poco lo que podía aportar a la conversación, que terminaba disolviéndose en un silencio nostálgico.

Hacía ya un rato que habían terminado el postre, cuando la puerta de la habitación se abrió de nuevo y entró una joven a la que Lance no había visto antes. Su vestimenta le llamó de inmediato la atención, porque llevaba pantalones al estilo de los de los campesinos, en lugar de ropas femeninas. Sus cabellos, recogidos en una trenza que descendía por el centro de su espalda, brillaban como hilos de cobre.

Detrás de ella, dos hombres ataviados de manera similar atravesaron la habitación sosteniendo entre los dos una larga bandeja. La llevaban por encima de sus cabezas, y se movían con muchísimo cuidado, como si lo que transportaran fuese muy valioso.

Lance miró a Elaine en busca de una explicación, pero ella se llevó un dedo a los labios, indicándole que debía guardar silencio.

La muchacha y los dos hombres cruzaron la estancia de un extremo al otro, y desaparecieron tras una puerta que se abría al fondo de la habitación, justo en la diagonal de la entrada principal. Lance tardó unos instantes en atreverse a romper el silencio que había

provocado la aparición de aquella extraña comitiva.

—¿Quiénes son? —preguntó—. ¿Adónde van?

La mirada que cruzaron Elaine y su tío no le pasó inadvertida.

—Tenías razón —dijo Pelinor con su voz ronca e insegura, de enfermo—. Es él. Es el Elegido.

Lance interrogó a Elaine con los ojos.

—Lo dice porque habéis visto la procesión —aclaró ella—. Se supone que no puede verla nadie que no pertenezca a nuestra familia.

—¿La procesión? No entiendo —dijo Lance.

—¿Qué habéis visto? —preguntó Pelinor con repentina brusquedad—. Sobre la bandeja... ¿qué había?

—Nada —contestó Lance, perplejo—. ¿No lo habéis visto vos?

Pelinor suspiró, visiblemente defraudado.

—No, yo tampoco los veo. Ni Elaine. Antes los veíamos. Esa bandeja transporta los tres objetos que componen el Grial: La lanza, la copa y el plato. Antes de la batalla del monte Badón, solía ser así. Ahora... el Grial ya no está. Pero no sabemos por qué seguimos viendo la procesión.

—Mi tío cree que el Grial sigue ahí, pero que nosotros ya no podemos verlo por la falta que él cometió.

—Sin embargo, en ese caso, yo sí lo vería —dijo Lance—. No pertenezco a vuestra familia.

—Quizá tú también hayas cometido una falta irreparable. O estés destinado a cometerla —deslizó Pelinor con manifiesta hostilidad—. No es el Elegido, Elaine. No lo ha visto.

—Porque ya no está ahí, tío —replicó la joven—. Porque lo hemos perdido.

—¿Y no podéis preguntarles a ellos, a la mujer y los hombres que acaban de pasar?

Elaine miró a Lance con una tristeza que parecía no tener fondo.

—Son solo una visión, un retazo de un mundo perdido —murmuró—. No pueden contestarnos, porque solo son sombras. No oyen, no ven... Se limitan a pasar como fantasmas cada noche. Ajenos a todo, ignorándonos... Como si nosotros no estuviésemos aquí.

Capítulo 16

Las emociones provocadas por el paso de la procesión del Grial consumieron las escasas fuerzas que le quedaban a Pelinor. Mientras, por orden de Elaine, un criado servía pastelillos y vino dulce, el anciano se sumió en un sueño inquieto, que a veces le hacía manotear en el aire o proferir quejas incomprensibles sin llegar a recuperar la consciencia. Elaine observaba aquellas reacciones de su tío sin inquietud, ajena a la incomodidad de Lance, que aguardaba con impaciencia el momento de retirarse a sus aposentos.

Cuando juzgó que podía hacerlo sin parecer descortés, se levantó de su asiento y saludó a Elaine con una profunda reverencia.

—No sé cómo agradeceros la hospitalidad que me habéis brindado hoy —dijo—. Ha sido una velada muy agradable, gracias a vuestros esfuerzos.

Esperaba que Elaine respondiera con una sonrisa y una despedida cortés, pero no fue eso lo que ocurrió.

—Si queréis pagar nuestra hospitalidad, llevadme con vos a Camelot —pidió la muchacha en un tono casi desafiante—. Habéis visto en qué situación está mi tío. Su salud se deteriora al mismo tiempo que la arquitectura del palacio, y que la seguridad de Aquae Sulis. Este lugar necesita protección, aunque solo sea por el Grial. Necesito explicárselo a Arturo para que nos envíe refuerzos.

Lance alzó las cejas, sorprendido.

—Creía que habíais dicho que el Grial no estaba aquí.

—Quizá no esté aquí ahora, pero aquí es adonde debe regresar cuando lo encontremos. Y todo, todo tiene que estar dispuesto para acogerlo, porque, de lo contrario, no lo recuperaremos nunca. ¿Entendéis ahora por qué es tan importante devolverle la vida a esta ciudad?

—Lo entiendo, y me comprometo a exponer vuestro caso ante el rey en cuanto regrese a Camelot —contestó Lance—. Estoy seguro de que él me escuchará.

Elaine meneó una y otra vez la cabeza, impaciente.

—No, no, no me habéis comprendido. Quiero ser yo la que exponga la situación de mi tío ante Arturo. Solo os pido que me dejéis hacer el camino hasta Camelot a vuestro lado.

—Es que yo no me dirijo a Camelot ahora —replicó Lance después de un corto silencio—. Tardaré quizá semanas, quizá meses en volver a la corte.

Elaine lo observó con curiosidad.

—¿No vais a regresar a Camelot? Entonces, ¿adónde pensáis ir?

Lance dudó un momento, pero finalmente se decidió a contestar la verdad.

—Me dirijo a Ávalon, a liberar a la reina.

Pensó que Elaine le avasallaría a preguntas, pero la sobrina de Pelinor se limitó a contemplarle en silencio durante unos segundos. La intensidad de su mirada resultaba casi turbadora.

—De modo que vais a salvar a la reina —concluyó finalmente—. ¿No debería ser Arturo quien se ocupase de eso?

Lance sostuvo la mirada retadora de la muchacha.

—Como caballero de Camelot, estoy obligado a luchar por mis reyes en todas las circunstancias, sean cuales sean —se limitó a contestar.

Una sonrisa levemente burlona afloró a los labios de Elaine. Con gesto grácil, la muchacha se inclinó sobre la mesa y llenó la copa de Lance con un último chorro de vino dulce, que vertió de una jarra dorada. Ella se sirvió también en otra copa de cristal. Le tendió la primera a su huésped y alzó la suya para brindar.

—Por el éxito de vuestra misión —dijo—. En todo caso, espero que a vuestro regreso os acordéis de pasar por aquí. Si es posible, me uniré a vuestra comitiva para ir a Camelot.

—Así lo haremos. Gracias, Elaine. —Lance aceptó el brindis con una inclinación de cabeza, sonrió y apuró de un trago el contenido de la copa.

Con el regusto dulzón del vino aún en el paladar, se retiró por fin a sus aposentos. La estancia que le habían asignado estaba ricamente amueblada, y no se apreciaban en ella los signos de decadencia visibles por doquier en el resto del palacio. En la chimenea el fuego lamía los troncos de roble con tanta alegría que caldeaba en exceso la habitación.

Lance rechazó la ayuda del escudero que le había acompañado hasta sus habitaciones y se desvistió solo. Aunque por lo general el vino no le provocaba ningún efecto, se sentía agradablemente achispado. La fatiga de sus agotados músculos se transformó en un bienestar casi doloroso cuando se metió en la cama. Las sábanas, frescas y crujientes, olían a manzanas verdes de las que se introducían en los arcones de madera para perfumar la ropa. Cerró los ojos y dejó que la deriva de los recuerdos inconexos del día lo arrastrase hacia el sueño sin oponer resistencia.

Como otras veces, soñó con Gwenn. En el territorio de las visiones nocturnas ella le pertenecía, y podía demostrarle su amor sin vergüenza ni miedo. La vio como solía verla siempre, en la penumbra lunar del bosque de Broceliande, con sus ojos grandes y aterciopelados fijos en los de él y su sonrisa de abandono, de completa confianza. Y sintió el beso: un contacto leve como el roce de las alas de una mariposa en sus labios, mínimo, pero suficiente para trastornar su cuerpo y su alma hasta hacerle perder el dominio de sí mismo. Nunca había sentido de esa manera el contacto de Gwenn mientras la soñaba. Se estremeció. Era dolorosamente real; tanto, que lo despertó.

Pero al despertar los párpados, los iris dorados y azules de Gwenn seguían allí, mirándole. Gwenn estaba acostada frente a él, sus piernas enredadas con las suyas, su rostro descansando pensativo sobre la misma almohada.

Recordó lo que le había dicho Dyenu acerca del Sith y del poder del amor para abrir sus puertas. Quizá lo había conseguido, de tanto amar a Gwenn. Había entrado en el Sith y estaba con ella.

Las pupilas de Gwenn se dilataron cuando él la abrazó. La apretó contra su cuerpo, se dejó embriagar por la calidez de su piel desnuda. No tenía caricias suficientes para expresar cómo la deseaba. Había esperado tanto, tanto...

Intentó explicarle con su cuerpo la sed, el dolor de estar separado de ella, la desesperación cuando la veía cerca de Arturo, la urgencia por poseerla. Se entregó por completo, deslumbrado ante la belleza secreta de sus pequeños gestos, tembloroso de gratitud cuando ella le regalaba sus gemidos, su respiración entrecortada, su placer.

Así transcurrió la noche, ajena a los tiempos que los relojes y las campanas son

capaces de marcar, estirándose hasta volverse antigua como el universo, eterna. Lance ni siquiera notó en qué momento comenzaba a deslizarse de nuevo hacia la inconsciencia del sueño. El agotamiento le impedía pensar: lo único que cabía en su mente era el asombro maravillado ante el milagro que estaba viviendo.

Cuando se despertó, la luz pálida e invernal del amanecer de *Aquae Sulis* bañaba su lecho. Antes de abrir los ojos sintió una vez más las piernas largas y esbeltas de Gwenn enredadas en las suyas, el peso de su brazo derecho descansando sobre la fina cintura de la muchacha.

Pero, al despegar los párpados, la mirada que encontró fija en su rostro era honda y negra.

Se estremeció. En un movimiento instintivo, se apartó de la mujer a la que había abrazado durante toda la noche.

Era Elaine.

Lance cerró los ojos para no seguir viéndola. No entendía por qué le había hecho aquello. Ni siquiera le importaba. Lo único en lo que podía pensar era en el horror del engaño, en que todo lo que había creído vivir aquella noche era falso.

No había tenido a Gwenn. No la había amado. No había abierto las puertas del Sith para ella, para que pudiera escapar.

Le importaban poco las razones de Elaine para haberse metido en su lecho, o la clase de magia que había empleado para que él la confundiera con la única mujer a la que deseaba. Recordó en un fogonazo aquella última copa de vino dulce en las habitaciones de Pelinor. La poción que había confundido sus sentidos debía de encontrarse mezclada con el vino. Pero ya daba igual, no tenía remedio.

Elaine, sin embargo, parecía desesperada por darle explicaciones.

—Perdóname —suplicó, ahogando un sollozo—. Lo habría hecho de otra manera si hubiese sido posible. Pero tú solo la quieres a ella, y yo necesitaba que me amases esta noche.

Lance se obligó a vencer su repugnancia para mirarla a la cara. Era una mujer muy hermosa, pero lo único que deseaba era apartarse de ella y olvidar su existencia.

—¿Por qué querías que te amase así, en contra de mi voluntad? —consiguió preguntar.

Las lágrimas resbalaban por las mejillas de Elaine. Se las limpió con el dorso de la mano.

—Si hubiesen sido solo mis sentimientos..., si solo se tratase de mí..., créeme, yo jamás te habría engañado. Pero hay otras cosas en juego, Lance. Jamás habría llegado a entenderlas si ella no me las hubiese explicado.

—Ella..., ¿quién es ella? —preguntó Lance sin comprender.

Elaine miró a su alrededor y bajó la voz, como si se sintiese espiada.

—Viviana, la dama del Lago —susurró—. Ella me entregó el licor mágico, me explicó cómo usarlo. Está escrito en alguna parte, tenía que ocurrir. Yo creía que tú eras el Elegido para encontrar el Grial, pero no se trata de eso.

—¿De qué se trata, entonces? —Lance tuvo que hacer un gran esfuerzo para no lanzar a gritos su pregunta. La ira contraía su semblante, deformaba sus delicados rasgos. Elaine lo miraba asustada.

—Eres el Elegido, sí..., pero no para encontrar el Grial, sino para engendrar a aquel que deberá hallarlo. Eso es lo que ha ocurrido esta noche, Lance. Has engendrado un hijo. Era lo que Viviana quería..., y el resto no dependerá ni de ti ni de mí.

Capítulo 17

Hacía tiempo que Lance había olvidado la sensación de estar huyendo siempre, pero aquella mañana, mientras caminaba sin rumbo por las calles de Aquae Sulis, sintió que una vez más estaba intentando escapar de su destino. Caminaba con los ojos fijos en el empedrado desigual de las calles y la imagen de Elaine se le aparecía una y otra vez en el pensamiento. La veía distante y llorosa, como cuando le había suplicado que la acompañase a Camelot; pero, a continuación, su rostro delicado se deformaba y empezaba a sonreír malignamente; se estaba burlando de él.

No podía imaginar una trampa más cruel que la que le había tendido Viviana. Debía de haberse dado cuenta de lo que sentía por Gwenn cuando estuvieron juntos en Ávalon, y había decidido utilizarlo para lanzarlo en los brazos de otra mujer. ¿Y todo para qué? Para que se cumpliera el destino que la dama del Lago le había reservado. Desde el principio, desde el día en que decidió salvarlo en el campo de batalla y otorgarle una vida nueva dentro de Britannia, tenía pensado manejarlo como un títere. Por alguna razón, Viviana quería involucrarlo en la búsqueda del Grial. Y Gwenn le estorbaba en sus planes. Por eso la había desterrado al Sith. Y después había utilizado su imagen para obligar a Lance a engendrar un hijo destinado a convertirse en el último heredero del Rey Pescador: la familia de los guardianes del Grial, el linaje de Elaine.

Un hijo. Un hijo nacido del engaño, de un espejismo del deseo. ¿Y ese, según Elaine, era el Elegido para encontrar el Grial? Compadecía a aquel niño no nacido todavía y condenado desde antes de llegar al mundo a seguir el camino que Viviana le había trazado. Nunca conocería la libertad; lo moldearían desde el principio para que no cometiese errores, para que no se apartase de la senda que le habían marcado.

Al llegar a la puerta de Witancester, Lance cayó en la cuenta de que debía de llevar horas caminando sin mirar por dónde iba. Le dolía la mandíbula de tanto apretar los dientes, y un sabor a hierro le llenaba la boca, como cuando en el combate obligaba al corazón a latir con una fuerza desacostumbrada durante demasiado tiempo. Extenuado, se sentó en una antigua columna derribada junto a las ruinas de un templo y miró a su alrededor. Nunca las gentes de una ciudad le habían parecido tan lejanas, tan incapaces de comprenderle o de brindarle ayuda. Allí sentado en la columna, jadeante, vio pasar a los mercaderes de frutas y hortalizas que se dirigían al mercado, a los aprendices que iban a los talleres para comenzar su jornada de trabajo, a algunas mujeres con cántaros para coger agua. Lo miraban con ojos distraídos y seguían sus caminos ajenos a su dolor, a la rabia que le impedía respirar.

Estaba solo. No podía pedirle ayuda a nadie, porque no podía contarle a nadie lo que le pasaba. No podía confesar que se había enamorado de la reina, y que estaba dispuesto a hacer lo que fuera para encontrarla, aunque eso supusiese enfrentarse a Arturo o a las damas de Ávalon.

Por una absurda asociación de ideas, le vino a la mente la imagen de Dyenu.

Él también sabía lo que sentía por Gwenn. Y le había ofrecido ayuda para arrancarla del Sith. Le había hablado de Lanval.

Quizá fuese otra trampa. Conocía lo suficiente a Dyenu como para saber que no debía fiarse de su palabra. Pero, en su situación, no podía permitirse el lujo de dejar ningún camino sin explorar. Había ido a Aquae Sulis para encontrar a aquel caballero, y no se iría sin hablar con él.

Preguntó primero en una taberna que se encontraba en las ruinas de un antiguo torreón, y después en la plaza del mercado. Nadie parecía haber oído hablar del hombre que buscaba. Sin embargo, en su tercer intento tuvo más suerte. Se acercó a unas sirvientas que guardaban cola junto a una fuente para llenar sus cántaros y mencionó el nombre de Lanval. Una de ellas resultó ser sobrina de uno de los sirvientes de su casa. A cambio de un par de monedas de plata, se ofreció a acompañarle al palacio del caballero.

El edificio no se hallaba en peor estado que las construcciones vecinas. La fachada, con ventanas de tres arcos orlados de relieves vegetales, brillaba con el esplendor algo excesivo del mármol filtrado por el velo de Britannia. Lance tenía la suficiente experiencia con la simulación como para advertir las grietas transformadas en negras vetas minerales, y la hiedra salvaje de los muros convertida en un fragante rosal trepador. En conjunto, la casa no debía de conservarse mal, más allá de los artificios del velo. Habría que ver en qué estado se encontraba por dentro...

Lance golpeó la puerta dos veces con el llamador en forma de garra de dragón y aguardó a que le abrieran. Después de lo que le había dicho Pelinor, no sabía qué esperar. Se había imaginado a Lanval viviendo solo en el caserón familiar, desaliñado y ajeno a lo que sucedía a su alrededor, sumido en su locura. Sin embargo, el mayordomo que acudió a abrirle iba mejor vestido que los propios criados de Pelinor, y sus modales resultaron ser impecables.

Cuando Lance solicitó ser recibido por Lanval, el hombre le preguntó educadamente a quién debía anunciar. Después, lo dejó esperando en un salón de techo abovedado y paredes decoradas con mosaicos de tonos verdes y rojizos que representaban escenas de caza. Antes de que Lance tuviese tiempo de analizar con detalle las inscripciones de aquellas escenas, apareció en el umbral un joven rubio, de ojos claros y risueños. Vestía calzas negras y un jubón azul algo deslucido por el uso pero escrupulosamente limpio.

—Sir Lance de Armor, el caballero del rey Arturo —dijo, después de saludar con una breve inclinación—. Es una gran alegría para mí recibirlos en mi casa. Vuestra fama os precede... Espero que aceptéis mi hospitalidad, y que me hagáis el honor de cruzar vuestras armas con las mías en un duelo amistoso. Intentaré estar a la altura de las circunstancias y resistir al menos hasta el segundo asalto.

Lance sonrió. La amabilidad del caballero era tan sincera que resultaba contagiosa. Aceptó el asiento de madera que le ofreció junto a la chimenea, iluminada por los rescoldos de un fuego moribundo. Lanval permaneció en pie de espaldas al fuego.

—Puedo ofrecerles sidra o hidromiel —dijo—. Me temo que en mis bodegas no queda vino del otro lado del mar. Hay mercancías que ya no se consiguen en Aquae Sulis con la facilidad de antaño.

—No os preocupéis, sir Lanval. No deseo nada. Pero os agradezco mucho vuestra hospitalidad... y el hecho de que hayáis querido recibirme, a pesar de lo inesperado de mi visita. Os aseguro que no me ha resultado fácil encontrarlos.

Lanval rio con ganas.

—Lo imagino. Vivo algo apartado del mundo últimamente, aunque no tanto como

para ignorar los rumores que corren sobre mí. ¿Os han dicho que estoy hechizado? ¿Que me posee un espíritu demoníaco?

—Me han dicho muchas cosas —admitió Lance—, pero ya veo que ninguna de ellas es cierta.

La sonrisa se desdibujó en el rostro del caballero.

—A menudo los infundios contienen un germen de verdad —reconoció gravemente—. Es difícil explicarle a la gente la diferencia entre lo que ellos creen ver y lo que realmente pasa. Sobre todo, cuando lo que pasa les da miedo. Lo extraño, lo desconocido... Prefieren atribuirlo a la locura que enfrentarse a la posibilidad de que sea real.

—Entonces, algo hay de cierto. Me alegro, porque de no ser así mi visita habría sido en vano.

Lanval lo miró con curiosidad.

—No os entiendo —confesó—. ¿A qué os referís?

Lance tardó un momento en contestar. Debía elegir con cuidado las palabras que iba a emplear para no ofender al caballero.

—Me refiero a vuestra amada, sir Lanval. Sé que no es de este lugar. Y, según me han dicho, el reino al que pertenece... es el mismo en el que se encuentra exiliada la mujer a la que amo. Quiero suplicaros que me ayudéis a cruzar esa puerta que vos atravesáis a menudo para encontraros con vuestra amada.

Lanval lo contempló en silencio unos instantes.

—La puerta del Sith —dijo por fin en voz baja.

—Sí. La puerta del Sith.

Lanval tomó un tronco de roble del cesto que había junto a la chimenea y lo arrojó al fuego. Durante unos segundos concentró toda su atención en remover las brasas hasta hacer que prendiera la corteza del nuevo leño.

—El Sith no es como la gente se lo imagina —dijo, abstraído—. Ni siquiera las damas de Ávalon lo conocen realmente.

—¿Vos sí lo conocéis? —preguntó Lance.

Lanval lo miró pensativo.

—Conozco a la mujer que quiero. Y a través de ella puedo entrever algo de su mundo. No es tan distinto del nuestro. Solo más viejo. Más desgastado por el olvido y el tiempo. Al menos, así lo veo yo.

—¿Me llevaréis allí? ¿Me ayudaréis a cruzar el umbral?

—Yo no puedo hacer eso, sir Lance. Solo vuestros sentimientos pueden hacerlos cruzar esa puerta. Decís que amáis a una mujer que está exiliada allí. ¿Cómo es eso posible? ¿Cómo fue a parar al Sith?

Lance vaciló antes de contestar. Quizá, después de todo, sí existía alguien a quien podía confesarle la verdad. Tal vez se trataba del hombre que tenía delante.

—Las damas de Ávalon la exiliaron al Sith —confesó, mirando a los ojos al caballero—. Se trata de la reina.

Los ojos claros de Lanval reflejaron por un instante su sorpresa. Pero enseguida supo reaccionar.

—Buscáis a Su Majestad, la reina Gwenn —dijo, en un tono que tenía más de compasivo que de acusador—. Es por ella por quien queréis entrar en el Sith. Y me habéis dicho...

—Que la amo. Sí.

Lanval asintió.

—Si es como decís, tal vez logréis encontrarla. Yo os ayudaré en lo que pueda. Alojaos esta noche en mi casa. Yo me reuniré con mi amada y le pediré que busque en su mundo a la reina Gwenn.

Capítulo 18

—Sir Lance, despertaos... Tenéis que venir conmigo. Ahora.

Lance se incorporó en la penumbra lunar de su cuarto y distinguió a contraluz la silueta de Lanval. Era la primera noche que se alojaba en su casa. No esperaba acontecimientos tan pronto.

—¿Estáis seguro? —preguntó—. ¿Habéis hablado con vuestra amada?

—He hablado con ella. No os lo vais a creer, pero todo se ha conjurado a vuestro favor. La reina está con Beatrice. De algún modo descubrió nuestra historia de amor, como vos desde aquí. Os está esperando, Lance. El resto dependerá de vuestros sentimientos... y de los suyos. Si son sinceros, la puerta del Sith se abrirá para permitir os entrar.

Mientras Lanval hablaba, Lance se vistió apresuradamente.

—Estoy listo. Vamos —dijo con decisión.

En el patio trasero de la mansión los esperaba un escudero con dos caballos ensillados. Lanval le ofreció a su huésped el más alto, que era blanco. Él montó el otro, un purasangre de crines rojizas.

Cabalaron al paso por las calles empedradas de Aquae Sulis, que a esa hora de la madrugada se hallaban desiertas. Salieron de la ciudad por la estrecha puerta del noroeste. Los dos guardias soñolientos que la custodiaban se apartaron en silencio al reconocer a Lanval, que les arrojó desde el caballo una bolsa de tela tintineante. Debían de estar acostumbrados a sus salidas nocturnas y a las recompensas que las acompañaban.

Al otro lado de la muralla, descendieron por un sendero polvoriento que no tardó en internarse en el bosque. La luna arrancaba reflejos de plata a las ramas desnudas de las zarzas que flanqueaban el camino. Más allá, los robles aún no se habían desprendido de sus hojas secas, que recortaban sus sombras marchitas contra el azul profundo del cielo.

La noche otoñal, vacía de insectos y de otros sonidos animales, parecía un territorio congelado en el sueño. Solo la brisa arrancaba de cuando en cuando un lamento de crujidos que se arrastraba por el robledal hasta deshacerse en la distancia. El camino torció a la derecha y comenzó a ascender por una pendiente musgosa hacia una sierra de peñas desnudas iluminadas por el fulgor de la luna. Pero antes de que les diese tiempo a subir demasiado, Lanval se salió del camino y se internó en una senda apenas marcada entre los árboles. Lance lo siguió, y unos minutos después llegaron a la boca alta y estrecha de una gruta.

Lanval hizo girar a su caballo para mirar a Lance.

—¿Es aquí? —preguntó este.

—Aquí empieza. Pero antes de entrar... Sois consciente de lo que vais a hacer, ¿no? Atravesar las puertas del Sith es alejarse del resto de los seres humanos. Nunca podréis contarlo, y, si lo hacéis, no os creerán. Pasaréis por loco, por iluminado... ¿Estáis dispuesto a pagar el precio?

—No me importa lo que crean. No me importa nada.

Lanval asintió, pensativo.

—Hay otro riesgo todavía mayor —añadió—. El de que nunca podáis regresar. Las puertas podrían cerrarse detrás de vos y dejaros atrapado para siempre en el Sith.

—Mientras esté con ella, no me importa quedarme en el Sith o en el infierno mismo —replicó Lance en voz baja.

Sus propias palabras le sonaron a desafío, y un temor supersticioso heredado de la infancia le hizo arrepentirse de haberlas pronunciado. Pero ya estaban dichas; y Lanval, lejos de escandalizarse al oírlas, había sonreído.

Dejaron los caballos amarrados a sendos robles cercanos a la entrada de la cueva, y Lance penetró en ella detrás de Lanval.

En la oscura galería no se distinguía nada al principio. No llevaban antorchas, pero el túnel excavado en la roca por el agua se prolongaba en línea recta con una leve inclinación hacia abajo, y bastaba ir poniendo un pie delante del otro para avanzar sin problemas. A pesar de que el aire cargado de humedad era más cálido que el del exterior, estaba impregnado de vapores sulfurosos que dificultaban la respiración.

En un momento dado llegaron a una sala con el techo cubierto de estalactitas y una laguna en el centro que parecía emitir luz.

—Tendréis que ir solo a partir de aquí —le informó Lanval—. Beatrice, mi dama, os está esperando.

Lance siguió la dirección de su mirada y distinguió, más allá del agua, la silueta de una mujer esbelta.

Sin pensárselo dos veces se metió en la laguna. La corriente helada se arremolinó alrededor de sus botas, estorbando su avance, pero él no dejó de caminar hacia la orilla opuesta. Con cada paso que daba distinguía mejor los contornos del Otro Lado. La cueva allí se disolvía en un bosque frondoso, de hojas tan verdes y frescas como en los mejores días de junio. De los árboles, hayas quizá, colgaban delicados encajes de hiedra que reflejaban el resplandor amarillento de la luna.

Enmarcada por aquel paisaje de ensueño, la dama que aguardaba sonreía con una luz en el rostro que resultaba estremecedora por su belleza.

—Lo habéis logrado —dijo—. Habéis franqueado el umbral.

Su voz, grave y dulce al mismo tiempo, le pareció a Lance la más extraña que hubiese oído nunca.

—¿Estoy en el Sith? —preguntó.

—Así lo llamáis vosotros —confirmó la dama—. ¿Sabéis? Creo que ella, en el fondo, nunca ha tenido ninguna duda. Sabía que vendrías a buscarla.

—Gwenn... ¿Habéis hablado con ella? ¿Dónde está?

La dama le tomó de la mano.

—Seguidme —sugirió en voz baja.

Caminaron juntos entre los árboles, escuchando el canto lejano de los grillos y un rumor de agua que venía de las profundidades del bosque. Pero, aunque el paisaje era tan nítido y real como en las mejores versiones del velo de Britannia, a veces se quebraba y permitía vislumbrar un lugar diferente. Lance se veía entonces en un corredor con el techo de recias vigas de madera, o, un instante después, ante unas escaleras de piedra desgastada. El bosque se recomponía al momento sobre aquel breve espejismo... y, sin embargo, Lance tenía la sensación de que aquellas escenas no eran meras visiones, sino imágenes de un sitio que también, de un modo inexplicable, estaba allí.

Fue en una de esas escenas cuando la vio: estaba dormida en un alto lecho de

madera labrada, y en sus cabellos se reflejaban las llamas rojizas del fuego que ardía en la chimenea. En un instante captó todos los detalles de la habitación: los cortinajes rojos de la entrada, recogidos por un cordón de seda dorada, la silla de madera en la que reposaba un vestido de lana gris, la alfombra de motivos orientales que cubría las tablas del suelo, los vidrios emplomados de la ventana... Sin transición, el bosque volvió a invadir su campo visual. Allí estaban una vez más los árboles, el cielo nocturno bañado por la luna, la hiedra oscilando en la brisa. Beatrice seguía aferrando su mano. Se volvió a mirarla.

—¿Hemos llegado? —preguntó.

Ella lo miró seria, casi con tristeza.

—La habéis visto. Entonces sí, hemos llegado. A partir de aquí ya no me necesitaréis. Un último consejo, Lance. Sean cuales sean vuestros sentimientos, no mintáis. Sed fiel a vuestro corazón. Es la única lealtad posible.

La dama soltó su mano y le indicó, con un gesto, que avanzara. Lance se despidió de ella con la mirada. Después, se giró para seguir adelante, y se dio cuenta de que estaba en el cuarto donde, un momento antes, había hallado a Gwenn.

Ella seguía dormida, ajena a su presencia. A su alrededor, lo que poco antes parecía un espejismo a punto de desdibujarse había adquirido la solidez de lo real. Lance acarició distraído los paneles de madera labrada de la pared que tenía a su derecha. Se quedó un momento contemplando a Gwenn, sus ojos cerrados, su respiración apacible sobre la almohada blanca.

Después, avanzó hacia ella procurando no hacer ruido con sus pasos. No quería despertarla. Solo deseaba acariciar su pelo, deslizar muy despacio sus dedos entre el cabello dorado rozándolo apenas, de manera que ella ni siquiera lo notase.

Eso era todo lo que quería, al principio.

Pero luego, ella abrió los ojos. Lo miró. Lo miró como aquella primera vez, en el bosque de Broceliande. Sin miedo, sin apenas sorpresa. Como si encontrarlo allí fuese lo que esperaba, como si aquel fuese el lugar en el que debía estar. A su lado.

Y era cierto. Los ojos de Gwenn tenían razón. Había encontrado su lugar en el mundo.

Le daba igual que se hallase en el Sith o en el infierno. Donde estuviera Gwenn estaría su casa. Siempre.

El miedo y la culpa se disolvieron mientras la abrazaba. Iba a amarla de todas las maneras posibles. Como nadie la había amado nunca. Como nadie la amaría jamás.

Durante toda la noche no se dijeron nada. Los ojos, los brazos, los cuerpos que se buscaban sin descanso hicieron innecesarias las palabras. Incluso el pensamiento se vació de todo lo que no fuera Gwenn.

Cuando ella, al amanecer, se quedó dormida, Lance luchó para no dejarse arrastrar por el sueño. Quería seguir contemplándola, aguardar a que descansase un poco para despertarla de nuevo y volver a poseerla.

Pero el sueño terminó vencéndolo también a él. Muchas veces, después, lamentó no haber luchado más, no haberse resistido. Quizá así habría podido retenerla más tiempo. Quizá las puertas habrían permanecido cerradas.

Cuando la luz del amanecer lo despertó, Gwenn seguía dormida en sus brazos, pero ya no se encontraban en la cálida habitación donde se habían amado toda la noche. La luz fría del alba bañaba unos arbustos cuajados de pequeñas flores blancas, y, más allá, los robles exhibían el frondoso verdor de la primavera. Yacían sobre el suelo de piedra desnuda, junto a una pared de roca en la que se abría una hendidura en la que Lance

reconoció la entrada de la cueva a la que le había conducido Lanval.

Estrechó a Gwenn con más fuerza entre sus brazos, y ella gimió suavemente en sueños. Lance dejó que las lágrimas se le agolpasen en los ojos, que una de ellas resbalase por su mejilla helada.

Había cumplido su misión. Había sacado a la reina del Sith.

Ahora, tendría que escoltarla de regreso a Camelot para devolvérsela a Arturo.

LIBRO III
El hijo de Pelinor

Capítulo 19

La liebre atravesó el camino de tierra como un relámpago de pelo gris y blanco. Con la misma rapidez, Perceval se echó el arco al hombro, colocó la flecha y disparó. El animal pegó un brinco en el aire y cayó pesadamente sobre la hierba de la cuneta, ensangrentado. Sin apresurarse, Perceval bajó el arco y caminó hacia el animal moribundo. Le encantaba dar en el blanco, pero siempre, al recoger la presa, le invadía aquel vago malestar que le avergonzaba. La naturaleza era injusta: premiaba al fuerte, castigaba al pequeño y al débil. «Así ha hecho Dios el mundo», solía decir su madre cuando él se ponía a reflexionar en voz alta sobre aquel desequilibrio fundamental de la creación que le inquietaba desde pequeño. A ella no le gustaba que hablase de tales cosas. Decía que eran preocupaciones de monjes o de filósofos, y que él no era ni lo uno ni lo otro. También decía que solo a los pecadores se les ocurría cuestionar las leyes de Dios.

Pensativo, Perceval se agachó junto al animal moribundo. Delicadamente, posó la mano sobre su cabeza. Sintió el rápido jadeo de la liebre, su pelaje suave bajo las yemas de los dedos. Su ojo, negro y aterciopelado, se movía de cuando en cuando, buscando quizá una nitidez que ya no era capaz de encontrar.

Quería pensar que su mano tranquilizaba a la pobre criatura; que, lejos de asustarla, le daba la seguridad que necesitaba en medio de su agonía. La liebre no sabía que aquella mano era la misma que había acabado con su vida. Había tenido mala suerte. Con lo grande que era el bosque, ¿por qué había tenido que cruzarse con el mejor arquero de la comarca?

Cuando el animal dejó de respirar, Perceval lo agarró sin ceremonias por las orejas, y, con la destreza de años de experiencia, se lo amarró al cinturón.

Había dejado el caballo pastando en un claro entre los robles. Regresó despacio al lugar, escuchando, por costumbre, cada sonido cercano o lejano del bosque. Estaba habituado a mantenerse al acecho, como buen cazador. Y a un cazador, los silencios le decían tanto como los ruidos. Por eso le extrañó no oír el canto familiar de los reyezuelos, que eran los pájaros más habituales en aquellos contornos. ¿Por qué callaban?

No era por él, estaba seguro. Sabía moverse por el bosque sin ruido, y además, su presencia solo habría ahuyentado a las aves más cercanas, no a las otras. Pero el silencio se extendía más allá del camino, hasta las lindes de las granjas. Algo había asustado a los pájaros.

Se detuvo y escuchó para averiguar de qué se trataba. Caballos. Caballos y hombres armados. No intentaban pasar desapercibidos. Aunque se hallaban bastante lejos, si se prestaba atención podía oírse con claridad el tintineo de sus armas mezclado con el rumor de su conversación.

Hombres armados. Caballeros. Tenía que verlos, a pesar de todas las advertencias de su madre.

¿Qué los habría llevado hasta una región tan remota? Quizá fueran sajones desertores que trataban de huir hacia la costa. Pero no, en ese caso se habrían movido con

mayor sigilo. Y los recaudadores de impuestos no llevaban caballos tan buenos. A pesar de la distancia, estaba seguro de que aquellos hombres montaban corceles de primera. ¿Se habrían perdido en el bosque? Por allí no pasaba ningún camino importante, ni había castillos o casas nobles dignas de mención en muchas leguas a la redonda.

Para llegar antes hasta el lugar de donde procedían los ruidos, decidió dejar el caballo donde estaba y cruzar en diagonal a través de los árboles. Según sus cálculos, los caballeros se habían detenido junto al arroyo en dirección oeste. Corriendo como un gamo, fue descendiendo por el suave declive que conducía al valle. El rumor de las voces de los caballeros le llegaba cada vez con mayor claridad. Si hubiese hecho un alto para escuchar, habría captado lo que decían. Pero no quería detenerse. Deseaba llegar hasta ellos cuanto antes.

Por fin los vio. Los vivos colores de las gualdrapas de los caballos le aceleraron el corazón. Y el resplandor de las armaduras, que reflejaban los colores cobrizos de las hojas de los robles... No recordaba haber contemplado nada más hermoso en su vida.

Había en total seis hombres a caballo, aunque Perceval estaba seguro de que acababan de montar, después de descansar un momento junto al riachuelo. Los jinetes que iban delante portaban estandartes con bordados de seda y oro. Perceval observó fascinado los delicados dibujos que componían los dos emblemas. Los que los llevaban debían de ser escuderos, y los dos hombres que iban detrás, a juzgar por su porte y por la riqueza de sus armaduras, eran sus señores. Cerraban la marcha otros dos hombres armados con arcos y lanzas, pero sin armaduras. En conjunto, los seis formaban una comitiva deslumbrante.

Uno de los escuderos lo vio antes de que él se decidiera a descender hasta ellos. Inmediatamente se puso en guardia.

—Sir Gawain, ahí hay un muchacho espiándonos.

Todos los rostros se volvieron a mirar a Perceval. Él, lejos de acobardarse, sonrió.

—Buenos caballos —dijo—. ¿Son del otro lado del mar?

Los hombres se miraron unos a otros. Uno de los caballeros, de largos cabellos rubios, sonrió a su vez con aire divertido.

—¿Te gustan, chico? Sí, has acertado —contestó—. ¿Eres de por aquí?

Alentado por el tono amable de la pregunta, Perceval descendió hasta el camino.

Quería tocar con sus propias manos la tela de la gualdrapa verde y dorada que protegía al corcel del caballero.

—Esta tela... ¿para qué sirve? —dijo—. ¿Es para que el caballo no tenga frío?

El segundo caballero, que estaba justo detrás del que le había hablado, se llevó una mano a la espada.

—¿Cómo te atreves? —preguntó—. Retírate, ¿quién te has creído que eres?

Perceval lo miró. A pesar de la forma en que le había hablado aquel hombre, su cara le gustaba. Había fiereza en ella, algo indomable que le recordaba la forma de mirar de los lobos hambrientos.

—Mi madre me llama «hijo querido», mis criados «amo», mi hermana «muchacho». Ese soy yo. ¿Podrías enseñarme vuestra espada?

El caballero desenvainó la espada con brusquedad, como si pretendiera asustar al joven.

—Aquí la tienes —dijo, mostrándosela—. Y si vuelves a provocarme con tu falta de respeto, además de verla la probarás.

—Yo no sé usar la espada. Mi madre no me ha dejado aprender. Dice que aquí no nos hace falta. Una vez, de pequeño, cogí la espada de mi padre que colgaba encima de la

chimenea y escapé con ella al bosque. Me encontraron batiéndome contra el tocón de un árbol. Nunca he visto llorar a mi madre como aquel día. Me tuvo más de un mes encerrado en casa, sin dejarme salir ni a los establos. Y la espada desapareció: no he vuelto a verla nunca más.

—¿Tu padre es un caballero? —preguntó el joven rubio con interés.

Perceval se encogió de hombros.

—Creo que sí. Yo no le he visto nunca. Mi madre dice que está muerto, pero una vez oí chismorrear a sus doncellas sobre él. Decían que era un gran general y que servía a la reina... Y hablaban de él como si estuviera vivo.

Los dos caballeros cruzaron una mirada.

—Entonces..., tú debes de ser Perceval —dijo el que tenía cara de lobo joven.

Pronunció el nombre con una suavidad de la que el muchacho no le habría creído capaz un momento antes.

—Ese es mi nombre, sí —contestó, asombrado—. ¿Cómo es posible que lo sepáis?

—Porque estamos aquí por ti —replicó el otro caballero—. Hemos venido a buscarte en nombre del rey.

Capítulo 20

«En nombre del rey». Perceval no podía quitarse de la cabeza aquellas palabras, que habían sonado mágicas en sus oídos. Intentaba encontrarles un sentido.

No era tan ignorante como para no haber oído hablar del rey Arturo, pero su nombre le sonaba tan lejano como el de los antiguos guerreros de las leyendas que las mujeres contaban por las noches alrededor del fuego. Y ahora venían aquellos hombres vestidos de príncipes y le decían que el rey Arturo requería su presencia. ¿Por qué? ¿Por qué un rey tan poderoso iba a querer buscar a un muchacho del campo sin habilidades ni educación? ¿Cómo era posible que supiese que existía?

Lo que más deseaba era formular aquellas preguntas en voz alta, pero todo su atrevimiento se había desvanecido al oír su nombre en los labios de uno de los caballeros desconocidos. Solo quería observar, fijarse en todo lo que hacían y decían y hablar lo menos posible para no meter la pata. Su madre siempre le decía que quien mucho habla, mucho yerra. Y él se había dejado llevar por su entusiasmo al ver las armas y los caballos de los recién llegados. Había hecho demasiadas preguntas. No le había pasado inadvertida la mirada entre dos de los escuderos mientras lo escuchaban. Se estaban riendo de él.

Los hombres insistieron en que les condujera a la casa de su madre, porque querían exponerle a ella el motivo de su visita. Mientras cabalgaba delante de la comitiva para guiarlos, Perceval intentaba imaginar la cara que pondría su madre cuando se enterase de que aquellos caballeros pretendían llevárselo a la corte. No le dejaría partir, estaba seguro. Y él la odiaría por ello. Se pasaba la vida soñando con abandonar la granja y con ver mundo. Jamás se había detenido a pensar adónde iría si alguna vez reunía el valor suficiente para escapar, pero estaba seguro de que un día cumpliría su sueño. Lo que no imaginaba era que ese día pudiese llegar tan pronto. Y ahora que había llegado, no tenía ni idea de lo que debía hacer.

La llegada a la granja de los visitantes armados desencadenó un gran revuelo. Carl, el capataz, se inclinó para saludar a los recién llegados y les dijo que eran bienvenidos. Acto seguido, ordenó a un mozo del establo que se hiciese cargo de los caballos, y mandó a un chiquillo a las cocinas para avisar de que tenían invitados. Después, se volvió hacia Perceval.

—Debes ser tú quien avise a tu madre de lo que pasa, muchacho —le sugirió—. Pero explícaselo con delicadeza. Su corazón está débil, hay que evitarle sobresaltos.

Perceval dejó a los caballeros al cuidado de Carl, pasó por las cocinas para entregar la liebre que había cazado en el bosque y, después de bromear un momento con la anciana cocinera, subió por fin a la habitación de su madre. La encontró hilando en la rueca, con los ojos fijos en la madeja que giraba al ritmo de su pie sobre el pedal y los dedos moviéndose delicadamente sobre la hebra.

Al ver a su hijo, una sonrisa afloró a los labios de la mujer. Cuando sonreía parecía más joven, y las ruinas de su antigua belleza resplandecían como iluminadas por la luz del

crepúsculo.

—Qué bien que hayas regresado tan pronto —le saludó—. ¿Has cazado algo?

—Han llegado unos caballeros de la corte de Arturo —contestó él con cierta precipitación—. Sir Gawain y sir Yvain he oído que se llaman. ¿Os suenan los nombres?

El rostro de su madre perdió el color.

—Gawain, el heredero de Lothian... e Yvain de Gor. Dos hijos de reyes —dijo en voz baja—. ¿Qué han venido a hacer aquí?

Perceval no se atrevió a confesar la verdad.

—No lo sé —contestó—. Dicen que quieren hablar con vos. Carl ha dado orden de que les preparen habitaciones, y ha avisado a la cocina para que preparen una comida especial.

Los ojos grises de la mujer se clavaron en los de su hijo.

—Supongo que no nos queda más remedio que acogerlos como huéspedes —suspiró—. Cámbiate de camisa, ponte la que te bordé el año pasado por Navidad. No quiero que esos presuntuosos de la corte piensen que están entre salvajes.

Perceval corrió a su cuarto, ansioso por alejarse de su madre y rehuir sus preguntas. Se cambió de camisa y aguardó, incómodo por la rigidez de la prenda nueva, a escuchar los ladridos de los perros en el vestíbulo que hacía las veces de salón de la casa. En cuanto los oyó, se dispuso a bajar. Aquellos ladridos indicaban que estaba a punto de empezar la comida.

Cuando entró en el vestíbulo, los invitados ya estaban sentados a la mesa, y su madre, con los cabellos recogidos bajo una toca blanca, ocupaba la cabecera.

Ella lo miró con el ceño fruncido, reprochándole en silencio su tardanza. Sir Gawain y sir Yvain, en cambio, sonrieron al verlo.

Todos aguardaron a que la señora de la casa hiciese servir el asado de cordero y las rebanadas de pan caliente que en los ambientes campesinos solían utilizarse en lugar de platos. Después empezaron a comer. Gawain alabó la calidad de las carnes y la delicadeza de las especias utilizadas en el aderezo.

—En otros tiempos, la mesa de lady Silvia fue famosa en Aquae Sulis por la exquisitez de sus platos —comentó Yvain mirando a su anfitriona—. Todavía hoy se os recuerda en la ciudad, mi señora.

La dama clavó la mirada en uno de los perros que aguardaban las sobras de la comida a sus pies.

—No sé cómo puede quedar alguien en Aquae Sulis que recuerde eso —murmuró—. Ocurrió hace siglos.

—Mi tía Lynn, la hermana de mi padre, lo recuerda —afirmó Yvain—. Todavía habla a menudo de vos.

—Hace mucho tiempo que dejé atrás esa vida —dijo lady Silvia alzando los ojos por fin hacia Yvain—. Y no tengo ningún interés en recordarla.

—Entonces, no os hablaré más de aquellos años —replicó Yvain con gravedad—. Si los he mencionado ha sido para explicar nuestra presencia aquí hoy. Fue por vuestra antigua amistad con mi tía por lo que yo conocía ya de oídas el nombre de Perceval. Cuando el rey lo mencionó...

—¿Qué rey? —interrumpió ella—. ¿Os referís a Arturo?

—Si estamos aquí, es por orden de Su Majestad —intervino Gawain—. Lleva algún tiempo intentando encontrar a Perceval. Nos encargó que diésemos con él y que lo llevásemos a Camelot, donde está ahora la corte.

—¿Por qué? —Lady Silvia deslizó la mirada de Yvain a Gawain—. Es cosa de Pelinor, ¿verdad? Dicen que no se ha recuperado de la herida que recibió en la batalla del monte Badón. Por eso se acuerda ahora de su hijo, ¿no es cierto?

—Mi señora, sir Pelinor no tiene nada que ver en esto —contestó Yvain—. Ni siquiera sabe que hemos venido a buscar a Perceval.

El muchacho, mientras tanto, no dejaba de observar a su madre.

—¿Soy hijo de sir Pelinor, el héroe de la batalla del monte Badón? —preguntó, perplejo—. ¿Por qué nunca me lo habíais dicho?

Lady Silvia cerró los ojos un instante. Parecía agotada.

—Porque no quería perderte —respondió en tono apagado—. Ya perdí a dos hijos por culpa de la locura de ese hombre. Le entregué mi juventud, mi vida. Pero él estaba obsesionado con esa copa herrumbrosa que su familia ha custodiado durante siglos. La copa, el plato, la lanza... Una de las tres cosas es lo que llaman el Grial. Muchos años tuve que soportar el peso de esa herencia fantasma. Porque el Grial no existe, Perceval. Solo es un sueño, un viejo cuento que el linaje de tu padre ha dado por bueno desde hace siglos. Y por ese sueño, por esa historia absurda, Pelinor estaba dispuesto a sacrificarlo todo. Quería demostrar que era «digno». Siempre el primero en la batalla, siempre el que más se distinguía. Participó en todas las guerras de Uther, y arrastró a mis hijos. Murieron los dos. Perceval, eras un niño, aún podía salvarte. Fue cuando decidí huir contigo. Él me repudió. Tomó otra esposa. Era su amante ya, le había dado un hijo. Lamorak, tu hermanastro. Ya está... Ahora ya lo sabes todo, Perceval. Te traje aquí porque no quería que las locuras de esa familia enferma te arrastrasen a ti también. Y si tienes un poco de sesera, no escucharás las promesas de estos hombres. Dicen que quieren llevarte a la corte de Arturo. Pero tú no eres un caballero ni lo serás nunca. Te has educado como un muchacho de campo, no has tenido una espada en las manos ni una sola vez en tu vida.

—Eso no es cierto —murmuró Perceval—. La tuve en las manos... una vez.

Su madre sonrió con amargura.

—Una vez. Sí, es cierto. Cogiste de la pared la espada de tu padre. Él me la dio para ti cuando abandonamos Aquae Sulis. Pero le juré que nunca aprenderías a usarla. Y he cumplido mi juramento.

—El chico es muy joven; no es tarde para que aprenda —dijo Gawain en tono decidido—. Sé que no queréis que abandone esta casa, lady Silvia, pero, si reflexionáis un poco, veréis que es lo mejor para él. El rey Arturo tuvo una visión de vuestro hijo durante el combate del círculo de piedra. No sé si os han llegado noticias de él.

—Sí. El combate en el que derrotó al hijo de Uther —contestó la mujer—. Justo antes de que lo hicieran rey y de que se casase con la hija de Igraine. A pesar de la soledad de estos parajes, me las arreglo para estar informada. Pero no es posible que Arturo viese a Perceval. No lo conoce, jamás ha pisado Aquae Sulis desde que tenía cuatro años.

—Sin duda recordaréis el poder del velo de Britannia —intervino Yvain—. Su protección no llega hasta aquí, y por eso tal vez ignoréis que en el momento en que Arturo obtuvo el dominio de la espada Excalibur, Britannia se transformó. Ahora cubre a todo el que se acerca a sus dominios sin necesidad de libaciones rituales ni de gemas compradas en Corinium.

—¿Y eso qué tiene que ver con mi hijo?

—Para recuperar Excalibur y reiniciar Britannia, Arturo conectó a través del velo con algunos de nosotros —explicó Gawain—. Pero también conectó con Perceval. En la distancia, vuestro hijo fue decisivo para derrotar a Dyenu. Es uno de nosotros, lady Silvia.

Por eso debe venir a Camelot. El rey nos necesita. A todos.

Lady Silvia miró a su hijo con expresión retadora.

—Diles que no quieres ir —le exigió.

Perceval tragó saliva. Odiaba tener que enfrentarse a su madre. Habría dado lo que fuera por evitarlo. Pero ella no le iba a dejar otra salida.

—Quiero ir —afirmó, casi en un susurro—. Es lo que más quiero del mundo.

Lady Silvia sonrió despectivamente.

—Esto solo es el capricho de un hombre poderoso, una idea que se le ha metido en la cabeza —dijo—. Cuando el rey se dé cuenta de que no sabes combatir, perderá el interés por ti. En la corte hacen falta caballeros, hijo, no campesinos.

—Me convertiré en un caballero.

La mujer hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No, Perceval, ya es tarde para eso. Para ser caballero no basta con ser hábil con las armas o rápido de reflejos; hay que saber dominarse, y tú no sabes. Eres impulsivo y terco, no tienes paciencia, lo quieres todo en el momento, pero eres demasiado indolente para esforzarte. Eso no se cambia con unas semanas de adiestramiento.

—Tampoco es imposible. Si yo quiero, cambiaré —dijo Perceval, desafiándola con la mirada.

Lady Silvia sonrió tristemente.

—Eres un niño —dijo—. Hablas como un niño, no como un hombre.

—Hablará como un hombre cuando le dejen comportarse como tal —replicó Gawain con el ceño fruncido—. Perceval va a venir con nosotros, mi señora.

—¿Aunque yo se lo prohíba?

—No se puede prohibir a un rosal que florezca, ni a un león que cace —dijo Yvain—. Vuestro hijo quiere ser caballero, y nosotros, en nombre del rey, le ayudaremos... Os guste o no.

Capítulo 21

Más allá del valle, los bosques no eran tan espesos como en los alrededores de la granja. Perceval vio por primera vez las crestas peladas de las montañas, las aldeas colgadas de sus laderas como nidos de águilas. En una de ellas, sus acompañantes decidieron quedarse durante varios días para empezar con los entrenamientos. Tomaron habitaciones en una venta cercana al camino, y la misma noche de su llegada Gawain le entregó su primera espada.

Perceval la colocó con cuidado a su costado, en la cama, y estuvo mirándola a la luz de la luna hasta que le venció el sueño. Durmió de un tirón, como en casa. Ya en la madrugada soñó que estaba cazando en el bosque y que mataba un venado. Cuando iba a cobrar la presa, el animal se transformaba en un anciano guerrero que lo miraba con tristeza. Entonces se despertó. La luz del amanecer inundaba el pequeño cuarto, que por su sencillez parecía la celda de un monje. La espada reflejaba los primeros rayos del sol. De día le pareció aún más hermosa que de noche.

El posadero le trajo sopas de pan con sidra para el desayuno.

—Me han dicho que os deis prisa, que os esperan en el patio —le advirtió.

Perceval se apresuró a dejar vacío el cuenco. Después, se puso el peto de cuero sobre la camisa de hilo crudo y las calzas nuevas que su madre le había entregado antes de partir. Así equipado y con la espada en la mano, salió al patio de piedra, donde Gawain lo aguardaba sentado en el brocal del pozo. A escasos pasos de él, alguien había colocado un muñeco de madera que se sostenía sobre un poste.

—Los caballos están ensillados —le saludó Gawain—. Ese títere que ves ahí se llama rolando, y sirve para entrenarse. Lo que tienes que hacer es intentar tocar el cuerpo del rolando desde el caballo sin perder el equilibrio. Fíjate en cómo lo hago yo.

Gawain puso un pie en el estribo y se encaramó a su corcel blanco. Perceval hizo lo propio con la yegua gris que su madre le había regalado antes de abandonar la granja. No era un animal extraordinario, pero tenía el brío suficiente para no quedarse a la zaga de los otros de la comitiva cuando cabalgaban juntos.

Perceval se fijó en todos los gestos de Gawain al cargar contra el títere de madera. Observó su postura sobre el caballo, inclinado hacia delante y con la cabeza sobre las crines del animal, el gesto del brazo derecho al alzar la espada, la trayectoria del arma antes de caer sobre el muñeco. Se había pasado muchas horas de su vida cazando en el bosque, y estaba acostumbrado a no dejar escapar ningún detalle.

—Ahora tú —dijo Gawain jadeante después de derribar al rolando del primer golpe—. Intenta hacer lo mismo.

Perceval cargó contra el rolando y repitió uno por uno los gestos de su maestro. No tenía buena memoria para las palabras y las historias, pero su cuerpo recordaba lo que había visto. El golpe que descargó sobre el muñeco fue tan certero como el de Gawain, pero más violento. El torso de madera del pelele se partió en dos.

—¡Menos mal que solo es una espada de entrenamiento! —rio Gawain—. Si llega a tener filo... Vamos a ver ahora cómo te las arreglas con un ataque en diagonal.

Gawain cargó contra el rolando desde el lado izquierdo y lo derribó. Perceval hizo exactamente lo mismo. Ensayaron diferentes tipos de ataques, con obstáculos y retrocesos en la trayectoria del caballo. Algunos lances requerían mucha precisión, además de fuerza. Pero a Perceval no se le resistía ninguno.

Yvain, que había salido a ver cómo se desenvolvía el muchacho, aplaudía encantado después de cada prueba. Los éxitos de Perceval parecían llenarle de regocijo.

Al cabo de un rato Gawain decidió hacer una pausa para descansar y reponer fuerzas. Se le veía congestionado por el esfuerzo, pero satisfecho de los resultados.

Yvain se acercó a ofrecerle a Perceval un trago de hidromiel.

—Tienes un talento especial para esto —reconoció sonriendo—. Es como si el instinto te dijese lo que tienes que hacer y en qué momento. Y eso que aquí todavía no contamos con la ayuda del velo de Britannia.

—El instinto no me dice nada. No soy un animal —replicó Perceval, ofendido—. Lo que hago es fijarme y aprender. Me gusta aprender.

Gawain e Yvain cruzaron una mirada. Ambos sonreían.

—De todas formas, una cosa es batirse con un títere de madera y otra muy distinta enfrentarse a un hombre de verdad —bromeó Yvain—. Apuesto a que en un duelo de hombre contra hombre no eres tan bueno.

—¿Y por qué no voy a serlo? Un hombre no es tan distinto de un muñeco.

—Vamos a ver cómo te las apañas —dijo Yvain—. Sin caballos. Un duelo cuerpo a cuerpo. Gawain, dame una de esas espadas sin filo.

Su compañero le arrojó una de las espadas de entrenamiento, que Yvain recogió al vuelo. Perceval ya tenía en la mano la suya.

Yvain dejó que fuese él quien atacase primero. Con un gesto casi desganado, desvió el golpe. Al segundo, rechazó al muchacho con más fuerza, haciéndole perder el equilibrio por un momento. Aprovechó entonces para lanzar su primera estocada, que tocó a Perceval justo a la altura del corazón.

—Si yo fuera de verdad tu enemigo, ahora estarías muerto —dijo, apartando el arma y mirando a su alumno con una sonrisa burlona—. Vas a tener que esforzarte un poco más.

Antes de que terminara de pronunciar la frase, Perceval ya se había lanzado contra él, gruñendo como un lobo. Yvain, que no esperaba un ataque tan rápido, reaccionó por instinto como lo habría hecho en un duelo real, repeliendo la estocada con medio giro exacto y un ataque que envió al suelo al muchacho.

Desde su posición, apoyado en el pozo, Gawain se echó a reír.

—No digas que no te avisamos —le gritó a Perceval mientras este se ponía en pie de un salto y se sacudía el polvo—. Un hombre no es lo mismo que un muñeco.

Furioso, Perceval acometió a Yvain una vez más. No le gustaba que se burlasen de él. En su comarca no había ningún cazador que lo superase. Era el mejor arquero. Era rápido, y fuerte. Tenía mucha resistencia. El capataz de su madre siempre se lo decía.

El problema era que Yvain no reaccionaba nunca como él esperaba. Cambiaba el peso de su cuerpo de un pie a otro, avanzaba y retrocedía, saltaba a un lado mientras atacaba con un golpe cruzado... ¿Qué clase de guerrero era aquel, que se movía como un bailarín?

En el siguiente lance, el caballero lo rechazó con tanta violencia que la espada de Perceval resbaló entre sus manos y se estrelló contra el suelo. Ciego de rabia, Perceval se

abalanzó sobre Yvain y comenzó a golpearle con los puños. Con los ojos cerrados, buscaba los puntos débiles de su adversario y golpeaba. Una y otra vez. Hasta que alguien lo levantó en vilo por la cintura y lo apartó del caballero.

—¿Te has vuelto loco? —le gritó Gawain, encarándose con él—. ¿Por qué te comportas como un salvaje?

Seguía agarrándolo, ahora por los hombros, como si temiese dejarlo suelto. Yvain, encogido por el dolor que le había provocado alguno de los puñetazos, trataba de recuperar el aliento.

—Antes dijiste... que no eras un animal —recordó, jadeante—. Tienes una forma extraña de demostrarlo.

Perceval notó el fuego del rubor en sus mejillas. Le quemaban tanto como la vergüenza que sentía.

—Yo lucho como sé —se defendió—. Cada uno hace lo que puede.

—Tú no sabes luchar —dijo Gawain, soltándolo por fin—. Te resulta fácil cuando tienes enfrente a un muñeco sin vida, pero cuando se trata de un contrincante real, te pierde el miedo.

—Yo no tengo miedo —replicó Perceval indignado.

Gawain le puso una mano sobre el hombro.

—Sí lo tienes. Tienes miedo de perder.

Perceval se apartó del caballero con brusquedad.

—No quiero perder. Pero eso no es miedo.

—Nadie quiere perder —dijo Yvain—. Pero no hay ningún deshonor en batirse y salir vencido. Pierdas o ganes, tienes que aprender a mantener la dignidad.

—Es mejor perder que ganar a puñetazos —añadió Gawain—. La caballería tiene sus reglas.

—Eso ya lo sé —murmuró Perceval—. Pero yo no soy un caballero todavía. Y además..., no sabía cómo defenderme. No sé todos esos trucos que sabe él.

—Tu madre tenía razón: eres demasiado impulsivo —reflexionó Yvain—. Y si te dejas llevar por los impulsos, no aprenderás nunca a dominarte.

—La primera lección que debe aprender un caballero es esta, Perceval: tu peor enemigo siempre eres tú mismo —añadió Gawain—. Si no te vences a ti mismo, ¿cómo vas a vencer a los demás?

—Entonces, tengo que entrenarme luchando contra mí mismo —dijo el muchacho pensativo—. Pero si me enfrento a mí mismo, ¿cómo voy a ganar?

Gawain e Yvain se miraron. Ninguno de los dos sonrió esta vez.

—Esa es una buena pregunta —contestó Yvain—. Ganarás algunas veces, perderás otras. Pero hasta el día que mueras tendrás que seguir en guardia. Y repetir el duelo cada jornada. Es una guerra que no ha hecho más que empezar.

Capítulo 22

Al atardecer del octavo día de viaje, el grupo alcanzó al fin los confines del velo. A Perceval nadie lo había preparado para la transformación que de improviso se operó en el paisaje. Él iba cabalgando, sin más, cuando se dio cuenta de que los colores otoñales de los árboles se habían vuelto más intensos. Resplandecían contra el cielo azul profundo, al tiempo que la sensación de frío y humedad que le había acompañado durante toda la jornada se esfumaba como por arte de magia. Nunca el aroma de la tierra mojada después de llover le había parecido tan embriagador... De pronto, se sentía tan bien que no podía dejar de sonreír.

—La primera vez que uno siente el poder del velo... debe de ser increíble —dijo Yvain con cierta envidia.

—Yo aún recuerdo los días en que Uther puso en marcha la primera versión —reflexionó Gawain desde su caballo—. Era muy pequeño, pero no se me olvidará nunca la sensación que tuve de estar entrando en un mundo de leyenda.

—Yo era demasiado joven, no recuerdo nada —dijo Yvain con tristeza—. Pero tú, Perceval, podrás conservar para siempre este momento en la memoria. Piensa que nunca se repetirá.

Perceval asintió, impresionado.

—Entonces, ¿esto es Britannia? ¿Estos colores, el olor de la tierra, la sensación de que ha desaparecido el frío?

—Es eso y mucho más —explicó Gawain—. Es un tejido mágico que cubre la realidad embelleciéndola y haciéndola más llevadera. Y además, cuando uno se entrena, aprende a ver cosas que sin el velo no vería. Eso se llama «leer Britannia». Por ejemplo, con un poco de práctica puedes analizar en un instante la rapidez y la trayectoria del ataque de tu adversario y reaccionar. Antes había gemas de conexión especiales para guerreros que te daban toda esa información sin que tuvieras que esforzarte. Ahora, solo los que tenemos experiencia en el arte de la guerra «vemos» esa parte del velo.

—Britannia se ha convertido en un dominio donde ves más o mejor dependiendo de tus méritos —añadió Yvain—. Es así desde que Arturo reinició el velo con el poder de Excalibur. A algunos no les gusta, preferían comprar las ventajas de Britannia a tener que ganárselas.

—Cuando Arturo reinició el velo... fue cuando se enfrentó a Dyenu en el círculo de piedra, ¿verdad? Lo comentasteis con mi madre la noche de la despedida.

—Así es —confirmó Gawain—. Y en ese duelo tú, aunque no lo recuerdes, ayudaste al rey Arturo. Por eso envió a buscarte.

—Recuerdo un sueño —dijo Perceval, y entrecerró los ojos para hacer memoria—. Vi a un hombre peleando a espada contra otro. Y vi que le iban a derrotar. Él me miró a los ojos y yo le grité algo. No quería que perdiera; sabía que, si le derrotaban, se abatiría sobre la tierra un mal terrible. Después me desperté.

—Fue más que un sueño, Perceval —concluyó Yvain—. Fue el momento en el que entraste en conexión con Arturo a través del poder de Excalibur.

—Lo que no entiendo es cómo pudo ocurrir —dijo Gawain pensativo—. La granja de lady Silvia ni siquiera se encuentra bajo la protección del velo.

Uno de los escuderos interrumpió la conversación. Se había adelantado para buscar alojamiento en la aldea más cercana, y acababa de regresar.

—Tenemos camas y establos para los caballos en una granja que está dispuesta a acogernos —anunció—. Pero en el pueblo me he encontrado con una sorpresa un tanto desagradable, mi señor —añadió dirigiéndose a Yvain—. ¿Os acordáis de Lunete, la compañera de Laudine? Por lo visto lleva semanas buscándoos. De algún modo se ha enterado de que viajábamos por la antigua carretera de Londres y nos estaba aguardando. Me ha reconocido y ha empezado a hacerme preguntas. Yo, como no quería meter la pata, la he dejado con la palabra en la boca y me he largado, pero no me extrañaría que me hubiese seguido.

—¿La compañera de Laudine? ¿Y la has dejado sola, en lugar de guiarla hasta mí con toda la consideración que merece? —preguntó Yvain, irritado—. Eres un bruto, Conrad. Seguro que me trae noticias de mi dama.

—Mirad, debe de ser la amazona que monta ese caballo —observó Gawain—. No debería galopar tan deprisa por un terreno tan accidentado.

Los hombres se quedaron observando a Lunete mientras ella se aproximaba cabalgando a toda velocidad y envuelta en una nube de polvo.

En cuanto llegó a su altura saltó del caballo con una agilidad sorprendente. El purasangre de Yvain se encabritó, asustado. Él tiró de las riendas para dominarlo.

—Amiga mía, ¡me alegro tanto de veros! —saludó—. ¿Me traéis noticias de mi amada?

—Si os referís a Laudine, no os traigo nada de ella —contestó la muchacha—. Al contrario, he venido a buscar algo que vos tenéis y que le pertenece. Dejadme ver...

Con un descaro que cogió desprevenido al caballero, Lunete le agarró la mano derecha y le arrancó el anillo que llevaba puesto en el anular.

—Esto era —dijo con una sonrisa triunfal—. Mi señora Laudine os lo dio a cambio de vuestra promesa de que regresaríais a Broceliande para ayudarla. Dijisteis que regresaríais en un mes. Han pasado casi tres. Laudine me ha encargado que os advierta de que no quiere volver a veros nunca más.

Perceval vio brillar un instante el diminuto aro de oro y rubíes entre los dedos de Lunete. Después, la muchacha se guardó la joya en una bolsa de piel que colgaba de su cintura y se encaramó de nuevo al caballo con asombrosa destreza.

—Esperad, por favor —suplicó Yvain, dirigiendo el caballo hacia ella—. Todo esto es un malentendido. Devolvedme el anillo. Lunete...

La joven lo miró y se encogió de hombros, risueña. Después, hizo dar media vuelta al caballo y se lanzó al galope por la carretera de Londres, que en realidad era tan solo un camino lleno de lodo y medio borrado por la lluvia.

Yvain, después de una leve vacilación, se lanzó a perseguir a la muchacha mientras los demás lo contemplaban en medio de un tenso silencio. Lo vieron perderse en la distancia en pos de Lunete... y, algunos minutos después, regresar con el caballo al paso, cabizbajo y hundido.

—¿Por qué os ha robado esa doncella? —preguntó Perceval cuando el caballero se incorporó a la comitiva—. ¿Y por qué sonreía?

—No sé por qué sonreía —murmuró Yvain—. Quizá porque sabía que me estaba arrancando el corazón.

Perceval se echó a reír.

—¿A ese anillo le llamáis vuestro corazón? Sí que debía de gustaros. ¿Era muy valioso?

—Perceval, tienes que aprender a callarte cuando no sabes de lo que estás hablando —le reconvino Gawain—. Hacer preguntas inoportunas es impropio de un caballero.

Un poco dolido, Perceval se sumió en un hosco silencio del que no salió durante el resto de la jornada. Él solo había intentado entender lo que ocurría porque le caía bien Yvain. No podía comprender cómo un caballero semejante se había dejado ganar la partida por aquella muchacha que le había robado el anillo. Si Yvain hubiera querido, podrían haberse lanzado todos tras ella y haberle arrebatado la joya sin demasiado esfuerzo. Era absurdo que la dejase escapar, si tanto le importaba aquella sortija. Y estaba claro que le importaba mucho, porque su rostro reflejaba un profundo sufrimiento.

En la granja, Yvain se retiró a sus habitaciones sin probar bocado. Gawain tampoco parecía de humor para charlar, así que, mientras compartían un asado de venado con cerveza oscura junto al fuego del hogar, Perceval se dedicó a disfrutar de los mil detalles agradables que le ofrecía el velo de Britannia: los reflejos de cobre de las sartenes y cazos que colgaban de las paredes eran más vivos que los de los utensilios de su granja; la cerámica de las copas, más delicada...; y el sabor de la comida, tan delicioso como si la hubiese preparado el mismísimo cocinero del rey.

Hasta el sueño era mejor en Britannia. Perceval no recordaba almohadas tan mullidas ni un colchón tan agradable como el de aquella humilde granja en los confines del reino. Se durmió contemplando un magnífico tapiz que colgaba de la pared frente a la cama. Sus hilos de seda presentaban una variedad interminable de colores. ¿Cómo sería el tapiz sin la transformación del velo? En realidad, no importaba.

Se despertó bien entrada la mañana, y cuando salió al patio de la granja se encontró con los caballos ya ensillados. Sus compañeros habían desayunado temprano y estaban terminando los preparativos para continuar su camino.

A pesar de la belleza del paisaje por el que cabalgaban, fue una jornada triste, sin entrenamientos ni conversaciones. Yvain seguía hundido en un mutismo del que nada parecía capaz de sacarle, y Gawain, empeñado en no importunar a su compañero, apenas cruzó una palabra con Perceval en todo el camino. El muchacho tuvo que entretenerse como solía hacerlo cuando recorría solo los bosques que rodeaban la casa de su madre. Se distraía distinguiendo los cantos de los distintos pájaros, o fijándose en las formas de los arbustos desnudos que flanqueaban la estrecha carretera. Las sensaciones de Britannia eran tan nuevas para él que había mucho en que observar. El rumor del agua de los ríos, por ejemplo..., ¿se trataba de una figuración suya, o sonaba más armonioso que el de los arroyos que él había conocido? Y el brillo del sol sobre las bayas rojas de los rosales silvestres. ¿Era tan deslumbrante en su tierra? Creía recordar que no.

A media tarde vieron aparecer en un recodo de la carretera un pequeño castillo que se alzaba sobre un promontorio rodeado por el brazo de un río.

Yvain detuvo su caballo para esperar a Gawain.

—¿Sabes a quién pertenece? —preguntó.

Era la primera vez que despegaba los labios en todo el día.

—Ni idea —respondió su compañero—. Esto está muy lejos todavía del corazón de Britannia.

—Podríamos pedir hospitalidad para esta noche —sugirió Yvain—. Si Lunete ha seguido esta ruta, que es lo más probable, no me extrañaría que se hubiese detenido a descansar aquí.

A Gawain le pareció buena idea, y toda la comitiva tomó el desvío estrecho y empinado que ascendía por la parte de atrás del promontorio, la única que no estaba rodeada por el río.

Los caballos llegaron arriba sudorosos y exhaustos. Por fortuna, el puente levadizo se hallaba tendido y las puertas de la muralla abiertas. No había nadie vigilando la entrada.

Los escuderos de Gawain e Yvain entraron delante para avisar de su llegada y acordar los preparativos del recibimiento con las gentes del castillo. Conrad no tardó en salir a buscar a los demás con una sonrisa de alivio en la cara.

—Hemos tenido suerte —dijo—. La señora del castillo es una joven llamada Blanca que perdió a su padre el año pasado. Aquí no reciben muchas visitas. Pero por la forma en que nos han recibido, yo diría que es gente distinguida y bien educada. Lo están disponiendo todo para alojaros como lo merecen dos caballeros de Arturo.

—Tres —le corrigió Perceval, orgulloso.

—Dos y medio —dijo Gawain sonriendo—. Tú no has sido armado caballero todavía.

A pesar del tamaño reducido de la fortaleza, el interior le pareció a Perceval digno de un rey. Quizá fuese debido al efecto del velo... En todo caso, jamás había contemplado muebles tan ricos, ni alfombras tan suaves y delicadas, ni relieves tan primorosamente esculpidos como los que decoraban las paredes de los corredores.

Cuando por fin se vio solo en el cuarto que le habían asignado, abrió el hatillo en el que llevaba sus escasas pertenencias. Solo le quedaba una camisa limpia, y era tan tosca como la de un campesino. Se la puso, y dedicó el resto del tiempo a ceñirse con cuidado el cinturón de cuero con ribetes de oro que Gawain le había regalado para llevar la espada. Antes de envainar el arma, la contempló unos instantes con una sonrisa radiante en la cara. La empuñadura parecía de oro gracias a la influencia de Britannia, y nadie habría dicho que se trataba de un arma sin filo, diseñada únicamente para entrenar.

Un criado vino a buscarlo para anunciarle que la señora del castillo lo esperaba. Perceval lo siguió alegremente por una estrecha escalera de caracol. Después de atravesar un corredor de madera, llegaron a un salón con vigas oscuras en el techo y paredes de estuco rojizo.

A su encuentro acudió una joven de su edad que le sonreía amigablemente. Llevaba los cabellos rubios recogidos en trenzas que se entrelazaban sobre su cabeza, y en su delicado rostro resplandecían dos ojos del color de las esmeraldas.

—Sois Perceval, ¿verdad? —saludó la muchacha—. Mi nombre es Blanca de Monfort. Os doy la bienvenida a mi casa.

La sonrisa alegre de Blanca hizo que a Perceval se le iluminase la cara. Ella alzó la mano, como si se la estuviese ofreciendo. En su dedo anular llevaba un anillo de oro y piedras rojas que a Perceval le recordó al que le habían arrebatado a Yvain.

Sin pensárselo dos veces, agarró la fina mano de Blanca y le sacó el anillo del dedo. Ella le observó perpleja.

—¿Qué hacéis? —dijo—. Ese anillo era de mi madre.

Intentó arrebatárselo, pero él, que era mucho más alto, lo sostuvo por encima de su cabeza, de manera que la joven no pudiera alcanzarlo.

—Os lo compro —propuso—. Es para un amigo que ha perdido uno muy parecido.

¿Cuánto queréis por él? No tengo dinero que ofreceros, pero debe de haber algo que pueda daros a cambio. ¿Queréis que cace un corzo para vos, o un venado? Soy buen cazador.

—No quiero nada de eso —replicó la muchacha con suavidad—. Devolvedme el anillo. Ya habéis llevado la broma demasiado lejos.

El forcejeo con la muchacha hizo que Perceval pudiese contemplarla de cerca. Las mejillas se le habían arrebolado en su esfuerzo por recuperar la sortija, y su fina cintura se estrechaba todavía más cuando se empinaba para intentar alcanzar la joya. Perceval sintió el impulso irrefrenable de abrazar aquella cintura. Había visto muchas veces a las campesinas de su madre jugando así con sus novios. Pero ninguna de ellas era, ni de lejos, tan hermosa como Blanca.

Sabía cómo debían terminar aquellos juegos, así que enlazó la cintura de la muchacha y, olvidándose del anillo, le sujetó la cabeza por detrás y la besó en los labios.

Ella trató de apartarse, pero Perceval no podía dejar de besarla. No quería...

Hasta que dos manos que parecían de hierro le agarraron por los brazos y, con una violencia brutal, lo separaron de Blanca.

Capítulo 23

—¿Te has vuelto loco? ¿En qué diablos estabas pensando? —le preguntó Gawain. Era él quien lo había apartado por la fuerza de Blanca, que observaba la escena con expresión perpleja.

—Solo quería alegrar a Yvain —se defendió Perceval. Las mejillas le ardían de humillación—. Este anillo es casi igual que el que le quitó la chica del camino. Pensé que le gustaría.

—¿Sí? ¿Pensaste que era buena idea robárselo por la fuerza a la dama que te ha ofrecido hospitalidad en su casa? Gran idea, Perceval. No sé qué clase de educación te ha dado tu madre, pero está claro que no es la más adecuada para un caballero.

Perceval miró a Blanca, que seguía observándolo con aire entre asustado y divertido.

—Yo no quería quitároslo —se defendió—. Quería comprarlo. Pagar lo que hiciera falta.

—¿Con qué dinero? —preguntó Gawain, tan irritado que cada vez levantaba más la voz—. No tienes más que unas pocas monedas que te dio tu madre, insuficientes para pagar una joya como esa. Y además, aun si querías comprarla..., ¿no te das cuenta de que tendrías que haber preguntado, en lugar de cogerla sin más? Es una mujer, por el amor de Dios. ¿No te han enseñado que a las mujeres hay que tratarlas con delicadeza, que son más débiles que nosotros y jamás hay que emplear la fuerza con ellas ni hacerles daño?

—Yo no le he hecho daño. No la he golpeado, la he tratado con delicadeza. La he besado.

Blanca dejó escapar una sonora carcajada.

—Lo estás empeorando —dijo Gawain—. Devuélvele el anillo, enseguida. De rodillas. Pídele perdón... A ver si esto te sirve para aprender a tratar a una dama.

De mala gana, Perceval se arrodilló delante de la joven y le entregó el anillo, que ella se deslizó rápidamente en el dedo.

—Os pido perdón si os he lastimado —gruñó el muchacho—. Yo solo quería darle la sortija a mi amigo..., bueno, y también besaros. Pensé que os gustaría. A las chicas de la granja les gusta.

Blanca estaba haciendo verdaderos esfuerzos para contener la risa, y Perceval se dio cuenta.

—No hace falta que os burléis de mí —dijo—. Ya sé que me he comportado como un tonto, pero no volveré a hacerlo.

—Y no volverás a presentarte delante de una dama hasta que hayas aprendido a comportarte —añadió Gawain—. Levántate y retírate a tu habitación. No saldrás de ella hasta que abandonemos el castillo, y mi propio escudero te acompañará para asegurarse de cerrar la puerta con llave por fuera.

—Sir Gawain, no es necesario —dijo tímidamente Blanca—. Estoy segura de que

nuestro amigo no volverá a equivocarse.

—Sois muy generosa, lady Blanca, pero es mi responsabilidad garantizar que este cretino no vuelva a comportarse como un salvaje delante de vos, y no pienso correr ningún riesgo. Conrad, vete con él.

Perceval siguió al escudero con los ojos ciegos de rabia. No distinguía por dónde iba, y un sabor a hierro le llenaba la boca, como si la tuviera llena de sangre. Jamás le perdonaría a Gawain la forma en que le había tratado delante de la dama del castillo. Ella se había reído de él. Y lo peor..., lo peor era que todos tenían razón, porque se había comportado como un patán estúpido.

En la granja las cosas eran más sencillas. Los campesinos iban a buscar a sus mujeres al caer la tarde y se escondían en los graneros para que nadie interrumpiese sus juegos. Perceval sabía que no debía hablar de tales cosas delante de su madre, porque era vieja y recordaba con amargura los placeres de la juventud. Pero nadie, aparte de ella, parecía juzgar con dureza a los amantes. Y además él solo había besado a la muchacha. ¿Qué tenía un beso de malo?

Conrad cumplió la orden que había recibido de Gawain y lo dejó encerrado en sus aposentos de invitado. Lo que poco antes le había parecido un cuarto suntuoso y digno de un rey se volvió de pronto una prisión de la que tan solo deseaba escapar. Forcejeó con la cerradura y, en un momento dado, creyó que estaba a punto de romperla. Pero lo único que consiguió fue desencajar levemente el cerrojo de su marco de madera. La puerta, por lo demás, seguía anclada en su sitio. Estaba atrapado. Iba a seguir encarcelado allí hasta que Gawain entrase en razón y lo liberara.

Se acostó en la cama encogido, y solo entonces, con la mejilla sobre la almohada, dejó que las lágrimas le llenasen los ojos. Por primera vez desde el comienzo del viaje, echó de menos a su madre. Ella jamás le habría tratado así. Si se equivocaba, se lo decía; pero con amabilidad, sin humillarle. Excepto el día de la partida. Ese día sí le había dicho cosas que le habían avergonzado. Que nunca sería un caballero. Que no sabía controlar sus impulsos. Cosas que le habían hecho mucho daño.

Ella tenía razón: no sabía dominarse. Aquella noche lo había demostrado. ¿Qué locura se había apoderado de él para ponerse a juguetear con una dama de la nobleza? Era un ignorante, un idiota. Siempre hablaba cuando no tenía que hablar y hacía lo que no debía hacer. Lo único que se le daba bien era corretear por el bosque disparando flechas a todo lo que se movía. No servía para nada más.

Se le hacía un nudo en la garganta al pensar en la decepción que se llevaría Arturo cuando descubriese la clase de inútil que había enviado a buscar. Le bastaría oírle hablar un momento para darse cuenta de que él no era el Perceval que se había imaginado. Habría otro en algún lugar con el mismo nombre, otro digno realmente de servir como caballero a las órdenes de Arturo. Alguien capaz de controlarse, de manejar la espada con destreza aunque fuese perdiendo sin liarse a puñetazos..., alguien capaz de comportarse delante de las damas como Gawain.

Se quedó dormido pensando en volver a casa. No quería hacerlo, pero quizá, después de su error con Blanca, Gawain e Yvain decidiesen que su lugar no estaba en Camelot. Su madre se alegraría cuando le viese regresar. Le diría: «Ya te lo advertí. No eres un caballero ni lo serás nunca».

Lo despertó un resplandor intenso en la cara. Abrió los ojos, deslumbrado. Alrededor de la luz había oscuridad. No se trataba del sol, sino de una vela.

Solo cuando sus pupilas se habituaron a aquella claridad repentina distinguió, en pie

junto a su lecho, la silueta de Blanca.

Se incorporó asustado.

—Perdonadme —balbuceó—. Ya sé que he sido un idiota. Si habéis venido a decírmelo...

—No he venido a eso —susurró la joven.

Se sentó en el lecho, se inclinó sobre él y lo besó largamente.

Perceval sintió que el pulso se le aceleraba. Rodeó la cintura de la muchacha con ambos brazos, la estrechó contra su cuerpo. Blanca rodó sobre él y quedó tendida de lado sobre la cama, a su costado.

Continuaron besándose. Y él descubrió que sabía ser suave con aquella muchacha delgada y frágil, y que además quería serlo. Acarició su piel despacio, rozándola apenas con la punta de los dedos. Recorrió su espalda, sus hombros. Deshizo con cuidado los lazos que ceñían su vestido. Y siguió acariciándola con delicadeza, hasta que ella comenzó a jadear dulcemente.

No era la primera vez que poseía a una mujer. Pero nunca se había detenido así en el cuerpo de ninguna, ni había buscado su mirada con la urgencia de un animal sediento que baja al arroyo a beber. Nunca se había olvidado de su propio placer para buscar el de ella, ni había perdido la noción del tiempo como aquella noche.

Al amanecer, mientras contemplaba sonriendo el rostro dormido de Blanca, se le ocurrió pensar que se había enamorado.

—Te amo. —Fue lo primero que le dijo cuando ella se despertó—. Quiero quedarme para siempre aquí contigo.

Blanca lo miró con sus hipnóticos ojos verdes.

—Nos hemos enamorado —murmuró, y sonrió levemente—. Pero no puedes quedarte.

Perceval se sentó en la cama para observarla mejor.

—¿Por qué no? —preguntó—. ¿No quieres que me quede?

—Quiero que vayas a la corte y te conviertas en caballero. Es lo que tú quieres también. No puedo retenerte aquí. No sería justo.

Él frunció el ceño, contrariado por su respuesta.

—¿Por qué has venido a mi lecho esta noche? —le preguntó—. Yo creía que lo que había hecho estaba mal. Gawain se puso furioso conmigo.

—Besar a una dama sin su permiso no es buena idea en general, y no te recomiendo que vayas haciéndolo por ahí. Pero en mi caso..., me gustó tu naturalidad. Cuando me besaste ni siquiera se te pasó por la cabeza que eso pudiera tener algo de malo. Me intrigó. Ninguno de los caballeros que he conocido era así. Ninguno se ha atrevido jamás a tocarme.

—¿Por qué? Eres muy hermosa.

—Porque se supone que una dama debe rechazar el placer y huir del deseo. Es lo que se espera de ella. Solo que yo no soy así. Yo soy como tú. Si algo es bello y dulce como lo ha sido nuestro placer esta noche, ¿por qué hay que rehuirlo? No tiene ningún sentido.

Perceval sonrió.

—Iré a hacerme caballero, y después vendré a buscarte y te haré mi esposa.

Blanca alargó una mano para acariciarle el cabello.

—Y yo te esperaré —dijo—. Pero no te haré promesas que no sé si voy a poder cumplir.

Perceval asintió.

—Lo entiendo —aceptó—. Yo tampoco haré promesas, entonces.

Tomó la mano que le estaba acariciando entre las suyas, se la llevó a los labios y la besó. Blanca se estremeció ligeramente.

—Perceval, cuando conozcas más el mundo te darás cuenta de que esto que he hecho hoy no está bien visto. Lo que se espera de una dama es que rechace el placer y evite a los hombres antes del matrimonio. Pero no ha sido así siempre, ¿sabes? En la biblioteca de mi padre hay libros de los tiempos antiguos. Entonces las mujeres se atrevían a amar como los hombres, y no eran juzgadas por ello.

—Entonces, los tiempos antiguos eran mejores que los nuestros —murmuró Perceval.

—Así lo creo yo. Pero, aunque en nuestros tiempos atreverse a amar con libertad sea una rareza, yo no quiero renunciar a ello. En ti he encontrado al hombre con el que puedo ser yo misma sin tener que fingir. Y quiero que vuelvas, Perceval. Aunque sea sin promesas y sin condiciones, quiero que vuelvas algún día, cuando puedas. ¿Lo intentarás?

—Sí. Volveré, porque esto que he sentido contigo esta noche no se puede olvidar. Va a quedarse grabado a fuego en mi memoria. Y en la tuya también. Aunque quieras, tú tampoco podrás olvidarme a mí.

Capítulo 24

—¿Yvain se ha ido sin despedirse? —Perceval miró a Gawain asombrado mientras intentaba digerir la información—. No lo entiendo... ¿Por qué?

—La aparición de Lunete lo dejó muy trastornado —respondió Gawain mientras observaba de reojo los preparativos de los mozos de cuadra, que estaban ensillando sus caballos—. Supongo que se habrá ido en busca de Laudine, para aclarar las cosas con ella.

—Pero ¿no ha dejado una nota? ¿Ninguna explicación?

—Ni siquiera ha avisado a sus hombres. Su escudero y su criado han partido hace un rato para tratar de alcanzarlo, pero sospecho que Yvain los rechazará cuando lo encuentren. En todo caso, él ya ha cumplido su parte de la misión, que era dar contigo. Yo puedo encargarme del resto.

—El resto consiste en llevarme a Camelot, ¿no?

—Sí... y en convertirte en un caballero por el camino. Pensando en eso, he decidido que antes de ir a Camelot deberíamos pasar por Aquae Sulis. Allí, como sabes, vive tu padre, sir Pelinor. Nos detendremos en su casa y él te armará caballero. Es lo correcto, y creo que a los dos os vendrá bien.

Perceval se encogió de hombros, dando a entender que le daba igual. Sus ojos estaban fijos en una de las ventanas de la torre sur del castillo. Gawain se dio cuenta.

—¿Qué miras?

—Nada. Esperaba que Blanca..., que lady Blanca bajase a despedirse de nosotros.

Gawain frunció el ceño, aunque daba la sensación de que al mismo tiempo estaba intentando reprimir una sonrisa.

—Después de cómo te comportaste ayer en su presencia, no esperarás que acuda a decirte adiós. De mí ya se ha despedido, y me dio recuerdos para ti.

Perceval no preguntó nada más. Antes de separarse de él, Blanca le había dicho que no le gustaban las despedidas. Aun así, había albergado hasta el último momento la esperanza de volver a verla. Ahora sabía que debía abandonarla.

Durante las tres jornadas de viaje que siguieron no habló mucho. Prefería cabalgar a su aire, recordando la noche que había pasado con Blanca. Una y otra vez le venían a la memoria detalles de su mirada, del tacto de su piel, de su delgada cintura, de sus piernas blancas y esbeltas. No quería dejar de pensar en ella ni un momento. Además, tenía bien grabados en la memoria los reproches que le había dirigido Gawain en varias ocasiones: según él, debía hablar poco y hacer menos preguntas. Pues bien: pondría en práctica sus consejos. Quería hacer todo cuanto estuviera en su mano para convertirse en un caballero de verdad lo antes posible. Solo entonces podría regresar al castillo de Blanca y pedirle que no se apartase nunca de él. Blanca quería que aprendiese, y, aunque solo fuera por ella, estaba decidido a lograrlo.

El distanciamiento con Gawain habría continuado de no haber sido por la extraña aventura que les sucedió en la cuarta jornada de viaje. Era casi mediodía, y estaban

atravesando un espeso bosque de hayas otoñales cuando oyeron el trote de un caballo entre los árboles. Unos instantes después, surgió de la espesura un corcel de gran alzada montado por un guerrero gigantesco. El jinete se dirigió a su encuentro, y Perceval se quedó maravillado al comprobar que su piel y sus cabellos eran de color verde, al igual que el pelo de su caballo, el metal de sus armas y el cuero de su silla de montar.

—¿Sabéis quién soy yo? —preguntó el hombre con una sonrisa casi amable y los ojos fijos en Gawain.

—Salud, caballero —contestó Gawain con su habitual cortesía—. Perdonadme, no conozco vuestro nombre.

—Pues yo sí conozco el vuestro. Sois Gawain, hijo del traidor rey Lot y de la peligrosa Morgause, que ahora vive retirada en tierras de Alba. Al parecer ahora se lleva bien con esos demonios azules de los pictos. ¿Me equivoco?

—Soy Gawain, en efecto, pero las palabras que habéis pronunciado acerca de mis padres son inapropiadas y ofensivas.

El caballero miró un instante a Perceval con aire burlón.

—No por ello menos ciertas —afirmó—. ¿Y este quién es, vuestro paje? No tiene porte de caballero.

—Es Perceval, hijo de Pelinor, y pronto será armado caballero. ¿Vais a decirnos vuestro nombre, señor?

El hombre sonrió, enseñando por un instante sus blancos dientes.

—Mi nombre no importa. Podéis llamarme, por razones obvias, el Caballero Verde.

—¿Y habéis sido verde desde vuestro nacimiento, o sucedió después? —preguntó Perceval, incapaz de refrenar su curiosidad.

El caballero emitió una sonora risotada.

—¡Vaya, alguien que se atreve a preguntar lo que todos quieren saber! —exclamó—. Puesto que pareces tan interesado, te diré que no siempre he tenido la piel y el pelo de este color. Pero esa es una larga historia que solo comparto con mis amigos, y a vosotros no os considero tales. Además, hace tiempo hice una apuesta conmigo mismo que este encuentro me va a permitir cumplir: me prometí que desafiaría a duelo al primer caballero de Arturo que me saliese al paso. Y habéis sido vos, Gawain... Mala suerte.

—Mala suerte para vos, querréis decir —replicó Gawain con tranquilidad.

El caballero hizo avanzar unos pasos a su caballo para observar a Gawain más de cerca.

—Había oído que erais valiente. Bien, no esperaba menos. Me gustan los adversarios valientes, y por eso quiero proponeros unas condiciones para este duelo que os resulten ventajosas. Será un desafío de dos lances tan solo. Vos atacaréis primero, y, si salgo vivo, yo os atacaré después. Solo el que golpee irá armado. Ya veis que no os lo pongo difícil.

—Esas condiciones son disparatadas —dijo Gawain con desagrado—. No me gustan las bromas, señor. Las armas son mi oficio y mi pasión, y no tolero burlas con ellas.

—No me estoy burlando —aclaró el caballero con repentina gravedad—. Sé que todo esto puede pareceros pintoresco, pero creedme..., hay razones. Razones que quizá algún día os explicaré. Por el momento, solo necesito de vos que os comportéis como el valiente caballero que dicen que sois.

—¿El duelo será a muerte? —preguntó Perceval.

El Caballero Verde se volvió hacia él.

—A muerte, sí. Así tiene que ser.

—Pues en ese caso, mal vais a poder explicarle a sir Gawain vuestras razones, porque uno o el otro morirá en este combate —dedujo el muchacho—. Y si lo he entendido bien, seréis vos el que muera. ¿No habéis dicho que las condiciones de este duelo os obligan a recibir el primer golpe desarmado?

—Sí, lo he dicho.

Perceval y Gawain intercambiaron una mirada.

—No pienso aceptar este despropósito —concluyó Gawain—. Es absurdo.

—¿Os parece absurdo que un hombre quiera elegir la forma de morir? Sois un caballero, sir Gawain. Estáis obligado a combatir si os retan a hacerlo. Y aceptaréis mis condiciones por nobleza. Una última cosa: los dos ataques se realizarán con mi hacha.

El caballero le lanzó a Gawain un hacha de gran tamaño con la hoja de metal verdoso y un mango recubierto por terciopelo verde bordado con plata y esmeraldas.

Gawain atrapó el arma al vuelo con la mano derecha y la giró instintivamente varias veces.

—Es una buena arma, aunque no suelo combatir con hacha —dijo.

—¿Demasiado brutal para vos? Vamos, Gawain, no retrasemos más el momento. Tenéis el hacha. Yo no levantaré mi espada contra vos. Atacadme.

Gawain cruzó una última mirada con Perceval, indeciso. Luego cerró los ojos. Cuando volvió a abrirlos, se concentró en el Caballero Verde, inclinó el cuerpo hacia delante, levantó el hacha y, con un rugido, se lanzó al galope contra su adversario.

El hacha silbó en el aire cuando Gawain la descargó con todas sus fuerzas sobre el cuello del Caballero Verde. Estaba tan afilada, que atravesó la piel, los músculos y la espina dorsal de un tajo limpio y preciso.

La cabeza de largos cabellos verdes cayó al suelo, rebotó en el lecho de hojas secas y fue a parar a los pies del caballo de Perceval, que retrocedió asustado.

El muchacho contempló con asombro el cuerpo del Caballero Verde, que aún se erguía sobre su caballo. Esperaba que se derrumbase de un momento a otro. Gawain también lo observaba con una mezcla de impaciencia y piedad.

Pareció, efectivamente, que el torso del caballero resbalaba hacia un lado y que iba a caer como un peso muerto. Pero, en lugar de eso, el jinete movió las piernas en el aire y aterrizó de pie en el suelo.

Gawain ahogó un grito.

Tambaleándose, el cuerpo sin cabeza del caballero avanzó unos pasos y se inclinó sobre la cabeza, que mantenía abiertos los ojos de color esmeralda. Con un gesto rápido y preciso, las dos manos del hombre aferraron la cabeza, la levantaron y se la encajaron sobre los hombros.

El Caballero Verde giró el cuello a un lado y a otro, como si quisiera comprobar que la unión entre el tronco y la cabeza seguía funcionando.

Después, sus ojos claros se clavaron en Gawain.

—Ahora me toca a mí —dijo en tono sereno.

—¿No, Gawain! —exclamó Perceval—. No es un hombre, es una criatura del otro mundo, un ser endemoniado. ¿No has visto lo que ha hecho?

—He dado mi palabra —contestó Gawain en tono apagado.

Desde lo alto de su caballo, le lanzó el hacha a su adversario sin demasiada fuerza, para que pudiera agarrarla con facilidad.

El Caballero Verde lo miró con gratitud.

—No mentían quienes afirmaban que sois valiente —dijo—. Os debo un golpe,

Gawain, pero no os atacaré ahora. Tenéis hasta las fiestas de Samhain del año próximo para prepararos. Si, como parece, sois hombre de honor, ese día daréis conmigo dondequiera que esté y me brindaréis la posibilidad de terminar este desafío.

—Tendréis entonces que decirme dónde podré encontraros.

El Caballero Verde lo miró de un modo enigmático.

—No —contestó—. No puedo. Eso sería poneros las cosas demasiado fáciles...

Seréis vos quien venga a buscarme, y lo haréis porque sois Gawain de Lothian, caballero de Arturo. Estoy seguro de que al menos intentaréis cumplir vuestra palabra... Hasta pronto, Gawain. Confío en vos.

Capítulo 25

Tras el encuentro con el Caballero Verde, Gawain no volvió a ser el mismo en todo el viaje. Hablaba poco, y cada vez que despegaba los labios era para acordar con sus escuderos la mejor ruta hacia Aquae Sulis con el fin de ahorrar tiempo. En las posadas en las que hacían alto se limitaba a comer y dormir, y apenas hacía caso a Perceval. Parecía haber olvidado su compromiso de entrenarle con la espada.

—Estáis preocupado —se atrevió a decirle Perceval una mañana, mientras ensillaban los caballos—. ¿Puedo preguntaros por qué?

Gawain, sin mirarle, trató de ajustar la brida de su caballo.

—El incidente del otro día —contestó—. El Caballero Verde. No hago más que darle vueltas a lo que puede significar.

—No tenéis por qué ir a buscarlo si no queréis. Ese duelo es una locura, y además está la magia de ese hombre... A mí me dio miedo. Creedme, si yo fuera vos, trataría de olvidar lo que pasó y de seguir con mi vida.

—No, no lo harías. Y yo no puedo hacerlo tampoco. He dado mi palabra y tengo que cumplirla. Pero no es eso lo que me preocupa; es la anomalía. ¿No te das cuenta? La cabeza que cayó al suelo, el gesto del caballero al recogerla y ponérsela en su sitio... Eso no pudo ocurrir de verdad. Tuvo que ser una ilusión óptica, un espejismo creado por el poder del velo de Britannia.

—¿No fue magia real? Bueno, pues mejor —dijo Perceval sonriendo aliviado—. Así estaréis en igualdad de condiciones.

—No fue magia, pero fue una violación de las leyes de Britannia. Nada que no ocurra en la vida real debería ocurrir en la simulación. Ahí se quebraron los principios del velo, y eso me preocupa mucho. La gente ama Britannia porque no miente. Nos sentimos seguros en ella porque sabemos que, aunque embellece y facilita las cosas, no altera la realidad. Pero si ese principio deja de cumplirse, entonces nadie podrá fiarse de sus sentidos. Es muy grave. Deberíamos avisar a Arturo cuanto antes, y es lo que haremos en cuanto seáis armado caballero en Aquae Sulis. Nos queda ya muy poco, llegaremos esta noche.

Gawain se subió al caballo, y Perceval puso el pie en el estribo del suyo, pero antes de montar miró una vez más a su compañero.

—¿Y si el dux Pelinor se niega a armarme caballero? —preguntó.

—No se negará —contestó Gawain con convicción—. Es tu padre, se alegrará de verte. Otra cosa sería contraria a la naturaleza. Tú intenta únicamente comportarte como es debido. Ya verás como todo sale bien.

Durante el resto de la jornada hablaron poco. Cada cual iba sumido en sus pensamientos. Los de Perceval volvían una y otra vez al castillo de Blanca y a la noche que había pasado con ella. Cuando se desviaban hacia su padre y hacia lo que podía encontrarse en Aquae Sulis, trataba de distraerse observando el paisaje o preguntándoles algo a los

escuderos. No quería pensar en Pelinor, ni en lo que diría cuando lo viese aparecer.

Llegaron a Aquae Sulis a media tarde, cuando todavía reinaba el bullicio en la puerta norte, que era una de las principales de la ciudad. Gawain saludó a los soldados de la puerta como si los conociese de toda la vida, y adelantándose a los que esperaban su turno para entrar, pasó bajo el arco de la muralla, seguido por Perceval y los escuderos.

A Perceval, Aquae Sulis le pareció un lugar de ensueño. Era la ciudad más grande que había visto hasta entonces, y la majestuosidad de sus plazas y edificios lo dejó deslumbrado.

—¿Y mi padre es el dux de esta ciudad? Eso es casi como ser un rey —le dijo a Gawain.

—Fue más poderoso que un rey, en sus tiempos —contestó el caballero—. Pero después de la batalla del monte Badón quedó muy tocado, según dicen. Espero que al menos conserve la cordura suficiente como para reconocerte. Y la ciudad tampoco es lo que era... Se ha deteriorado bastante desde la última vez que estuve aquí.

De camino a la fortaleza, Perceval iba parándose a cada momento para contemplar las ruinas de un templo, un puesto de buñuelos o la animada discusión de dos comerciantes. Cualquier excusa le parecía buena para detenerse a mirar.

—¿Qué pasa, te da miedo enfrentarte con Pelinor? —le dijo Gawain, medio en serio medio en broma—. No te servirá de nada retrasar el momento. Esta misma noche nos sentaremos a su mesa.

A partir de ese instante, el muchacho se esforzó todo lo que pudo por seguir el ritmo de sus compañeros sin distraerse. Quería demostrarle a Gawain que no le asustaba la perspectiva de conocer a su padre, aunque secretamente se sentía aterrado.

La fortaleza del dux le impresionó aún más que el resto de la ciudad. Nunca había imaginado que existiesen torres tan altas, ni muros tan sólidos, ni que hubiese canteros tan hábiles como para tallar todas aquellas figuras en las piedras de los arcos. Se preguntó qué parte de aquel esplendor se debería a la influencia del velo. Parecía imposible que alguien hubiese labrado de verdad las rocas hasta transformarlas en ramas entrelazadas con monstruos y animales, o en rostros de mujeres y hombres que daban la impresión de estar vivos.

Tan abstraído estaba en la contemplación de aquellas maravillas, que no oyó las palabras que cruzó Gawain con los criados que acudieron a recibirlos en el patio de armas. Solo cuando una joven de largos cabellos negros se dirigió a él llamándolo por su nombre empezó a prestar atención.

—Perceval —repitió la joven—. No puedo creerlo. ¿De verdad es cierto lo que decís, sir Gawain? ¿De verdad es mi primo?

—Así es —confirmó Gawain sonriendo—. ¿Creéis que la noticia de nuestra llegada alegrará a vuestro tío?

—¡Más que ninguna otra cosa en el mundo! Primo... Yo soy Elaine. Y me siento muy feliz de recibirte hoy en Aquae Sulis.

La muchacha abrazó a Perceval para subrayar sus palabras, y en un instante logró contagiarle su emoción. ¡Tenía una prima a la que no conocía! Gawain ni siquiera le había hablado de ella, aunque recordaba las palabras llenas de rencor que su madre había pronunciado la víspera de su despedida acerca de la otra familia del dux.

Lleno de entusiasmo, la levantó en brazos y la hizo girar en volandas. Era muy esbelta y pesaba poco, pero el gesto la sobresaltó, y le pidió que la bajase al suelo de inmediato. Él lo hizo, un poco asustado.

—Espero no haberte hecho daño —se disculpó—. Me he dejado llevar.

Elaine le sonrió.

—No te preocupes. Si no fuese por..., por un malestar que estoy sufriendo estos días, no me habría quejado.

—¿Creéis que vuestro tío podrá recibirnos esta noche? —preguntó Gawain—. Sé que no está bien, y si es necesario esperar a que se haga a la idea de nuestra visita, aguardaremos. Pero, si fuera posible, yo desearía hablar con él hoy mismo. La idea es que Pelinor arme caballero a Perceval cuanto antes. Si pudiésemos empezar a organizar ya la ceremonia... Tengo cierta prisa por regresar a Camelot.

—¿Y eso por qué? —preguntó Elaine—. ¿El rey os reclama?

—El rey fue quien me envió, junto con Yvain, a buscar a Perceval. Hemos hecho un alto aquí por deferencia a vuestra familia, pero mi deber es llevar a Perceval ante Arturo tan pronto como sea posible.

Elaine asintió, comprensiva.

—No os preocupéis. Mi tío tiene días buenos y días malos. Afortunadamente, hoy no es uno de los peores. Lo prepararé convenientemente para que la noticia de vuestra llegada no lo trastorne demasiado. Durante la cena podréis hablar con él y exponerle vuestros planes.

Perceval dejó que su prima en persona lo condujese a los aposentos que iba a ocupar durante su estancia en Aquae Sulis. Cuando entró, le parecieron tan suntuosos que no podía creerse que estuviesen destinados solo a descansar.

—¿Y esto para qué es? —le preguntó a Elaine señalando las pinturas al fresco de la bóveda, que representaban deidades marinas de la época del Imperio.

—Es una decoración —contestó su prima—. Nada más.

—Pues quizá deberías darme una habitación más sencilla. Porque si me quedo aquí me voy a pasar toda la noche mirando las figuras del techo y no voy a poder pegar ojo.

Elaine se echó a reír. A Perceval le dio la impresión de que no lo hacía a menudo, porque en sus ojos había una tristeza que las carcajadas no lograban disolver.

—Verás como, esta noche, estarás tan cansado por las emociones del día que te dormirás enseguida. De momento haré que te traigan agua caliente para que puedas lavarte y cambiarte de ropa, y después te presentaré a tu padre.

Cuando la muchacha se fue, Perceval se tumbó sobre la cama y se dedicó a admirar los frescos del techo con una sonrisa ausente en el semblante. No se detuvo a pensar que su capa llena de polvo del camino mancharía el lujoso cobertor de damasco escarlata... Hasta que vio las manchas ennegrecidas que había dejado sobre la tela.

Un criado acudió al cabo de un rato con una jarra de agua caliente y una muda de ropa que, según explicó, sir Gawain le enviaba con la orden de que se la pusiese para la cena. Perceval se desnudó en cuanto el hombre se fue y se quedó mirando la jarra humeante. Por fin se decidió a meter en el agua la punta de los dedos. A continuación, los deslizó por su pecho y sus brazos con una mueca de repugnancia.

Después de aquel brevísimo ritual higiénico, se puso las ropas que Gawain le había regalado y se miró en un espejo de cobre redondo que colgaba a un lado de la cama. Con aquel jubón verde y las calzas doradas se veía disfrazado y no se sentía él mismo. Eran ropas más propias de una mujer que de un hombre, pensó.

Por fin vinieron a buscarle para acompañarlo a la habitación de Pelinor, donde iba a celebrarse la cena, ya que el anciano no podía moverse de sus aposentos. Incómodo con sus nuevas ropas, Perceval siguió al criado hasta la torre donde, desde hacía meses, vivía

confinado su padre.

Al entrar en la habitación, los ojos del muchacho tardaron un momento en acostumbrarse a la penumbra. Tan solo algunas velas distribuidas en dos candelabros de plata alumbraban la estancia. Acostumbrado a la luz que parecía bañar todos los interiores desde que había llegado a Britannia, a Perceval le extrañó aquella oscuridad.

Elaine se acercó a darle la bienvenida. Tomándolo de las manos, le guió con suavidad hacia el lecho donde descansaba Pelinor.

—Ven —dijo en voz baja—. Se ha emocionado mucho al saber que has venido a verlo. Te está esperando.

Perceval se aproximó cohibido a la cama del anciano. Lo primero que distinguió fueron sus ojos, que parecían brasas negras y ardientes.

—Hijo —murmuró con una voz ronca que se quebró al final en un sollozo—. No creí que volvería a verte antes de morir.

—Sir Pelinor —contestó él—. Es un honor.

—¿Sir Pelinor? No, Perceval. Padre. Es como debes llamarme. Tu madre intentó apartarte de mí y de la vida que te ha sido destinada, pero ya ves cómo, al final, no ha podido. El linaje del Rey Pescador es poderoso, y los caprichos de una mujer asustadiza no pueden torcer su rumbo. ¿Gawain, eres tú?

El caballero, que acababa de hacer su entrada, se arrimó al lecho de Pelinor para saludarle.

—Estáis mejor de lo que me habían dicho —observó en tono de broma.

Pelinor sonrió con tristeza.

—Siempre dispuesto a reírse de todo. Nunca dejarás de ser bien recibido en esta casa, Gawain, a pesar de lo que me hizo tu padre. Yo sé..., pero no es momento de hablar de eso ahora. Te estoy muy agradecido por haberme traído a Perceval.

—Mi intención es que seáis vos quien lo arméis caballero, sir Pelinor. Si fuese posible preparar la ceremonia cuanto antes...

—Nada me gustaría más, pero ya ves cómo me encuentro. Veremos lo que se puede hacer. De momento, tomad asiento. Lamento que tengáis que cenar aquí, renunciando a las comodidades de una mesa como es debido. Mi estado me impide acompañaros abajo, y mi egoísmo hace que no quiera renunciar a vuestra compañía en esta primera noche. Enseguida nos servirán.

Perceval y Gawain se sentaron a la mesa que habían dispuesto a la derecha del lecho de Pelinor, y Elaine se situó a los pies de la cama. A una señal de la joven, comenzaron a entrar criados con bandejas de cordero asado y jarras de hidromiel. Perceval comió con avidez. La carne le pareció la más deliciosa que había probado nunca, y los quesos y dulces que se sirvieron de postre aún le gustaron más.

Estaba bebiéndose el tercer vaso de hidromiel, cuando un resplandor procedente de la puerta le hizo apartar la bebida y levantar los ojos. Entonces vio a una muchacha de cabellos rojizos que entraba con pasos lentos y ceremoniosos en la estancia. Le sorprendió la ropa tan pobre que llevaba: un jubón negro pegado al cuerpo y una especie de calzas masculinas confeccionadas en una tela azul que se veía desgastada por el uso. La joven sostenía en las manos una lanza oxidada, y, con los ojos fijos en el suelo, comenzó a atravesar la habitación.

Tras ella entraron dos hombres ataviados de la misma manera que sostenían una gran bandeja. Sobre ella se veían una sencilla copa de peltre y un plato del mismo material.

Iba a preguntar quiénes eran aquellas gentes y qué hacían, cuando se dio cuenta de

que Gawain no había dejado de hablar por la entrada de la extraña procesión. Estaba contando una anécdota sobre el velo y los cortesanos de Camelot, y no varió el tono ni el ritmo de su narración en ningún momento. Daba la sensación de que no podía ver a los recién llegados ni era consciente de su paso.

Elaine y Pelinor, en cambio, sí los veían. De eso, Perceval estaba seguro. Se fijó, no obstante, en que ambos trataban de seguir la conversación con Gawain como si nada hubiese pasado.

Cuando la sorprendente comitiva desapareció por la puerta que había al otro lado de la cama de Pelinor, Perceval miró a su prima con expresión interrogante.

Elaine asintió imperceptiblemente.

—Si no os importa, tío, me gustaría enseñarle a Perceval el cuarto en el que solía dormir cuando era pequeño. Cuando te fuiste, primo, tu padre dio órdenes de que nadie lo volviese a usar. ¿Quieres verlo?

Perceval dijo que sí, y los dos se levantaron para ausentarse, ante la mirada desconcertada de Gawain.

Cuando salieron de la estancia de Pelinor, Elaine aferró a Perceval por la muñeca, incapaz de esperar.

—¿Has visto la procesión, verdad? —preguntó en un susurro.

Perceval sintió que la urgencia de la pregunta le llenaba de una incomprensible desazón.

—La he visto, sí —murmuró—. La procesión del Grial.

Capítulo 26

Elaine condujo a Perceval hasta las escaleras de la torre. Desde allí podían divisarse algunas calles de Aquae Sulis sumergidas en el resplandor nacarado que el velo proporcionaba a las ciudades por la noche. Una antorcha fijada por una argolla sobre el muro de piedra hacía danzar sus destellos rojizos sobre el rostro de la sobrina de Pelinor.

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó la muchacha, después de asegurarse de que se hallaban completamente a solas—. ¿Cómo has sabido que era la procesión del Grial?

Perceval se quedó pensando.

—No lo sé —contestó—. Lo sé, sin más.

—¿Alguien te había contado la historia del Grial? ¿Tu madre, tal vez?

—No. Mi madre nunca hablaba de eso. Gawain me ha hablado de él alguna vez. Y eso es lo que quería preguntarte... ¿por qué él no ha visto nada?

—¿Te has dado cuenta? —Elaine lo miró pensativa—. No sé el porqué, Perceval. Lo único que sé es que el Grial elige quién puede ver la procesión y quién no. Tu padre también ha debido de notar que tú lo veías. Y así debe ser. Después de todo, perteneces al linaje del Rey Pescador, que es el encargado de custodiar el Grial desde los tiempos antiguos.

—Pero, si Gawain no lo veía..., ¿qué significa eso? ¿Que la doncella y los hombres que lo transportaban no estaban allí?

Elaine lo miró con extrañeza.

—Se trata de una visión. Pero ¿qué has visto tú exactamente? Cuando dices que la doncella y los hombres lo transportaban... ¿a qué te refieres?

—Pues... a lo que llevaban, al Grial. La lanza, la copa y el plato. Son las tres cosas, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes? —En la voz de Elaine Perceval percibió un temblor de emoción, quizá de miedo—. ¿Cómo sabes que llevaban una lanza, una copa y un plato?

—Porque los vi —replicó Perceval perplejo—. ¿Tú no?

Elaine lo miró con los ojos muy abiertos. Parecía incapaz de pronunciar palabra.

—¿Qué pasa? —preguntó Perceval—. ¿Qué he dicho?

Su prima le aferró las muñecas. Sus brazos temblaban, convulsos.

—Yo no lo veo —murmuró—. Y tu padre tampoco. Nadie lo ha visto desde la batalla del monte Badón. El Grial desapareció de la capilla en la que lo custodiábamos. Tu padre lo llevó a la batalla. Lo utilizó para derrotar a los sajones. Jamás debió hacerlo.

Perceval se quedó mirándola con la boca entreabierta.

—Pero estaban ahí —insistió, asombrado—. ¿Cómo se explica que solo los haya visto yo?

—No estaban, primo. Ha sido una visión que el Grial nos envía. A nosotros, incompleta. A ti, entera. Está muy claro lo que significa. Tú eres el Elegido, el que debe ir a buscar el Grial. Viviana estaba equivocada. Me obligó a..., ella me obligó a hacer algo de

lo que me arrepiento. Supongo que, secretamente, pensaba que él llegaría a amarme.

—¿Él? ¿Quién? No sé de qué me estás hablando.

Elaine soltó las manos de Perceval y se acodó sobre una de las almenas. Con expresión ausente, se quedó unos segundos en silencio mientras contemplaba la ciudad.

—Te estoy hablando de otro caballero al que las damas de Ávalon querían confiar la búsqueda del Grial —dijo por fin—. Él también estuvo aquí, pero no lo vio. La procesión sí, pero no los tres objetos. Viviana cree que eso tiene una explicación. El Elegido no sería él, sino su hijo.

—¿Tiene un hijo? —preguntó Perceval.

Elaine le clavó una mirada en la que se leía una extraña desesperación.

—Lo tendrá —dijo—. Pero ahora me doy cuenta de que no tiene por qué ser él. Faltan muchos años para que pueda ir en busca del Grial. Y en cambio, tú... lo has visto esta noche. Tienes que ser tú, Perceval. Tienes que ir a buscarlo. Es lo único que puede salvar a tu padre, y a nuestro linaje. A mí..., a todos.

—Pero buscarlo... ¿dónde? —Perceval la miraba sin comprender—. ¿Alguien lo sabe?

—No, no creo que nadie lo sepa. Pero tu instinto te guiará. Sabías que era el Grial nada más verlo, sin que nadie te lo hubiese descrito. Está claro que, en cierto modo, el Grial ya te está buscando a ti.

—Esa visión —dijo el muchacho, y se giró un poco para contemplar la ciudad, de forma que los reflejos cambiantes de la antorcha bañaron su rostro—. Tiene que ser un desajuste del velo, ¿no? Según me ha explicado Gawain, Britannia no permite que aparezcan en la simulación cosas que realmente no están. Pero en este caso la regla no se cumple.

—Sí, es cierto —afirmó Elaine, sin entender adónde quería ir a parar—. Lo que hemos visto quebranta todas las leyes del velo.

—Entonces, el Grial está alterando el velo —dedujo Perceval pensativo—. Quizá por eso están ocurriendo cosas que no deberían suceder, como lo del caballero que atacó a Gawain de camino aquí. No debería hablar de eso...

—Entonces, no hables —le cortó su prima con impaciencia—. Lo importante no es la visión, sino el Grial mismo. Esos tres objetos son los que tienes que ir a buscar.

—Ya. Pero ¿no crees que la visión puede ser una pista de cómo funciona el Grial? Quizá tendríamos que contarle todo esto a algún alquimista de Corinium. ¿No son ellos los que entienden cómo funciona el velo? A lo mejor pueden explicarnos por qué vemos la procesión, y lo que significa.

—No, no puedes contarle esto a nadie —advirtió Elaine, alarmada—. Esto es cosa de nuestra familia, Perceval. Nadie más puede saberlo. El Grial lo vas a encontrar tú. Tú solo, ¿entiendes? Si de algo estoy segura, es de que ningún alquimista te va a allanar el camino. Tienes que estar preparado para una larga búsqueda.

—¿Cómo de larga? —preguntó el muchacho con desconfianza.

Su prima sonrió con tristeza.

—No lo sé. Años, probablemente. No debes desfallecer. Yo te ayudaré a hacer los preparativos. Te proporcionaré todo lo que necesitas llevar. Dinero, armas... Buscaremos alguien que te enseñe a usarlas. Aunque no creo que eso sea lo más importante.

—¿Y el rey Arturo? Antes tengo que ir a su corte.

—No, Perceval. El rey puede esperar. El Grial es más importante.

—Pero, para buscar el Grial, ¿no necesito ser un caballero? —preguntó Perceval,

tratando de comprender lo que Elaine le quería decir.

—No lo creo —contestó su prima—. Necesitas ser tú. No tengas miedo. Tu padre y yo te ayudaremos en todo lo que podamos.

—No tengo miedo —replicó Perceval, molesto—. Quizá deberíamos bajar otra vez a la habitación de sir Pelinor.

Elaine asintió.

—Yo iré a ver cómo está. Y en cuanto Gawain se retire, le contaré la buena noticia. Tú vete a descansar. Mañana empezaremos con los preparativos. Debes estar agradecido, Perceval. El Grial te ha elegido a ti.

Perceval se ruborizó.

—Dale las buenas noches a sir Pelinor de mi parte. —Fue todo lo que pudo contestar.

Elaine le ayudó a guiarse en el laberinto de corredores y escaleras de la fortaleza para llegar hasta su habitación. Una vez dentro, el muchacho escuchó cómo se alejaban los pasos de su prima. Después, con gestos rápidos, aunque algo torpes, se quitó el jubón que llevaba y las calzas doradas.

La precipitación le hizo equivocarse un par de veces al ponerse la ropa polvorienta del viaje. Pronunció una maldición en voz baja. Estaba demasiado nervioso.

Mientras se ajustaba el cinturón con la espada de entrenamiento que Gawain le había regalado, pensó una vez más en la enigmática procesión del Grial. No podía entender por qué había visto él aquellos objetos que los demás no veían. Ojalá no se lo hubiese dicho a Elaine... Pero ya era demasiado tarde para arrepentirse.

Quizá su prima tuviese razón: quizá el Grial lo hubiese elegido a él. Pero él no había elegido el Grial, eso lo tenía claro.

Con los dientes apretados, terminó de ajustarse las botas y se asomó sigilosamente al corredor. No había nadie. Con la misma cautela con la que solía moverse cuando acechaba a sus presas en el bosque, se deslizó hasta las escaleras del fondo del pasillo y descendió por ellas.

Una vez en el patio de armas vino lo más difícil. No podía abandonar la fortaleza por el portón; los guardias lo verían. Tenía que escalar la muralla. Se había fijado bien cuando estaba en lo alto de la torre con Elaine. La opción más fácil consistía en trepar por el muro sur. Las piedras no estaban unidas con argamasa, sino que se apilaban unas sobre otras dejando sobresalir sus filos pizarrosos. Por allí sería relativamente fácil encontrar asideros a los que agarrarse durante la subida.

La primera vez que lo intentó, uno de sus pies resbaló al tratar de encajarse en el muro, y cayó al suelo. La segunda vez llegó hasta arriba del todo. Del otro lado había una caída muy alta. Cerró los ojos, flexionó las rodillas y saltó. Cayó desequilibrado y se golpeó de costado contra el suelo, pero enseguida se incorporó.

«Está hecho», se dijo sonriendo en la oscuridad.

No iba a quedarse allí para que su padre y su prima, a los que ni siquiera conocía unas horas antes, lo enviasen a una misión que no quería realizar. No había abandonado a su madre para cumplir el sueño de aquellas gentes.

Él tenía sus propios sueños. Convertirse en un caballero. Regresar a buscar a Blanca.

El Grial no le impediría ser la persona que quería ser.

Capítulo 27

Durante algunas leguas, Perceval siguió el curso del río en dirección sureste, evitando los caminos. Era una noche sin luna, y más allá de los muros de Aquae Sulis el velo de Britannia no perturbaba la oscuridad para no interferir con los ciclos naturales de animales y plantas.

Allí donde se abría un claro entre los fresnos de la ribera, Perceval podía contemplar el cielo cuajado de estrellas. El silencio distante de los astros parecía dirigirle un mudo reproche. No debería haber huido de la casa de su padre en plena noche, como un ladrón. Pero ¿qué otra cosa podía hacer? Si se hubiera quedado, Elaine y Pelinor le habrían enredado para partir en busca del Grial, y él no habría sabido decirles que no. Quizá lo que había hecho no fuese demasiado honorable; un caballero habría aguardado a que amaneciera y habría explicado sus razones para irse ante quien quisiera oír las.

De todas formas, él no era todavía un caballero. Gawain se encargaba de recordárselo constantemente.

Después de caminar durante más de cuatro horas sin detenerse, decidió hacer un alto a la orilla del río y descansar. El cielo comenzaba a tornarse violeta por oriente: pronto amanecería. Debía pensar bien lo que iba a hacer. Quería ir a Camelot, eso lo sabía con seguridad. Y según las conversaciones que había oído entre Gawain e Yvain durante el viaje, Camelot se hallaba al este de Aquae Sulis. Así pues, tenía que dirigirse hacia el amanecer. Más adelante, cuando se hubiese alejado lo suficiente de Aquae Sulis, buscaría un camino y preguntaría.

Reanudó la marcha y avanzó sin parar hasta bien entrada la mañana, cuando se dio cuenta de que tenía mucha hambre. Debería haber pensado en coger provisiones de la fortaleza de Pelinor, pero todo había sido tan precipitado que ni siquiera se le ocurrió. Además, se habría sentido como un ladrón si lo hubiese hecho.

Lamentó que Gawain no le hubiese dejado llevarse con él el arco que solía usar para cazar. En esos momentos le habría venido muy bien. Con la espada, en cambio, no lo iba a tener fácil para cobrar una presa. La única salida que le quedaba era buscar un camino y comprar comida en la primera granja que encontrase.

Se sentó en una piedra de la orilla y se dedicó a escuchar en silencio los ruidos del bosque. Más allá del rumor del agua, solo se oía ocasionalmente el canto de algún pájaro o el silbido de una ráfaga de viento entre los árboles. Tuvo que esperar más de una hora hasta captar, en medio de aquellos sonidos de la naturaleza, el eco distante de unas voces. Campesinos, seguramente...

Sin pensárselo dos veces se puso a caminar hacia aquella única señal de presencia humana en los alrededores. Para ello tuvo que dejar el curso del río y ascender una suave pendiente que lo condujo hasta la parte alta del bosque, donde los árboles se encontraban más separados unos de otros. Hacía un día frío y soleado de otoño, y aunque la mayor parte de las copas de las hayas habían perdido sus hojas, algunas conservaban aún restos de las

galas doradas y cobrizas que habían vestido al principio de la estación.

Al cabo de un rato de marcha volvió a oír las voces, y poco después los ladridos de un perro. Se trataba de pastores. Los vio al salir de la espesura a un reborde rocoso de la sierra, desde donde se divisaba un valle amplio y cubierto de hierba descolorida en el que pastaba un rebaño de ovejas. Parecía que el velo de Britannia no llegaba hasta allí, porque los colores tenían la misma indefinición que en los alrededores de su granja.

Los pastores eran un par de hombres jóvenes que se protegían del sol con sombreros de paja de ala ancha. Uno de ellos estaba tumbado en la hierba, con el sombrero sobre la cara. El otro, sentado con la espalda apoyada en una roca, tallaba un pedazo de madera con una navaja.

Los perros empezaron a ladrar en cuanto detectaron al recién llegado. Los pastores volvieron la cabeza para ver de quién se trataba.

Al descubrir a Perceval, el que estaba tumbado se incorporó y extrajo de su cinturón un cuchillo. En pie, lo esperó con aire amenazante.

—¿Qué se te ha perdido aquí, muchacho? —preguntó en tono agrio—. Si has venido a pedir caridad, más vale que la busques en otro sitio. Nosotros somos pobres y no nos sobra de nada.

—No he venido a mendigar, sino a comprar —aclaró Perceval con aire digno—. ¿Me vais a decir que no tenéis leche, queso y carne para venderme, con todas estas ovejas que estoy viendo?

—No son todas nuestras —contestó el otro pastor, que tenía el cabello pelirrojo y un rostro pecoso y afable—. ¿Te crees que somos ricos? Pero si pagas por la comida, algo podremos darte.

Perceval escudriñó el interior de su bolsa. No llevaba mucho dinero, pero sí lo suficiente como para comprar comida durante algunas jornadas.

Extrajo dos monedas de cobre y se las entregó al pastor.

—Por esto me darás, al menos, algo de pan y queso.

—El pan está bastante duro, pero algo nos queda. Si queréis sidra tendréis que poner una moneda más.

De mala gana, Perceval sacó otra pieza de cobre de la bolsa y se la entregó al joven. Este se fue a rebuscar en uno de los hatillos que yacían en el suelo, mientras su compañero lo observaba con expresión de fastidio.

Perceval se sentó a comer a cierta distancia de los pastores. No quería parecer un entrometido. Pero después de un rato, el pelirrojo se le acercó y se sentó a su lado.

—¿De dónde eres? —le preguntó—. Tu acento no es de Aquae Sulis.

—Soy de un valle que se encuentra más allá de las montañas occidentales —contestó Perceval—. ¿Está muy lejos el castillo de Camelot?

El pastor lo miró con expresión burlona.

—¿Por qué, es que eres amigo del rey?

—Aún no, pero me está esperando. Mandó que me buscaran.

El pastor se echó a reír, creyendo que se trataba de una broma. El otro, atraído por las carcajadas, se aproximó también.

—Este dice que el rey lo está esperando —contó el pelirrojo—. Será para que le cuide los puercos.

—No, es para que sea su caballero —le contradijo Perceval, enrojando de irritación—. Envió a sir Yvain y a sir Gawain a buscarme... ¿qué os parece?

El pelirrojo volvió a estallar en carcajadas, pero el otro lo miró con curiosidad.

—¿Y dónde están ahora esos caballeros? —preguntó—. ¿Por qué no te acompañan?
—Yvain tuvo que dejarnos porque lo esperaban en el bosque de Broceliande. Y Gawain..., supongo que en estos momentos seguirá en Aquae Sulis con sir Pelinor. ¿Habéis oído hablar de sir Pelinor? Es mi padre.

Los pastores lo observaban como si hubiese perdido el juicio.

—¿Tu padre? —repitió el pelirrojo—. O sea, que tú eres sir Lamorak.

—No. Yo soy Perceval, hijo de lady Silvia. Me crié lejos de la corte, al oeste, como os he contado. Y ahora, el rey Arturo quiere que me una a sus caballeros. Dice que me necesita —explicó con orgullo—. Y yo lo que quiero es llegar a Camelot cuanto antes.

—¿Por eso decidiste adelantarte a sir Gawain? —preguntó el pastor que le había hablado con aspereza al principio.

Perceval reflexionó un momento. No estaba dispuesto a decir nada sobre el Grial. Esa parte debía mantenerla en secreto.

—Sí. Me desperté por la noche y pensé que sería mejor ganar tiempo y salir cuanto antes hacia Camelot —replicó sin poder ocultar del todo su nerviosismo—. Estoy deseando llegar.

Los dos pastores se miraron.

—¿Sabes lo que creo? —dijo el pelirrojo—. Creo que deberías quedarte con nosotros esta noche y dormir al calor del fuego. Se nota que no has pegado ojo en muchas horas, y necesitas descanso.

—No es mala idea —admitió Perceval—. Y si me vendéis algo más para la cena a buen precio...

—Puedo conseguirte carne en salazón, nueces y hasta una hogaza de pan fresco si puedes pagarla. Tú solo espera aquí con mi compañero, mientras yo bajo a la aldea.

Perceval lo miró un momento indeciso. Finalmente, tiró de los cordones de su bolsa y rebuscó dentro hasta dar con una moneda de plata.

—¿Esto será suficiente? —preguntó, ofreciéndosela al pastor pelirrojo.

—Haremos que lo sea —contestó este—. Espérame aquí.

El joven se alejó brincando entre las peñas que salpicaban la pradera. Su compañero lo contempló mientras se distanciaba. Después, se volvió hacia Perceval y le sonrió, mostrando sus ennegrecidos dientes.

—Duerme un poco, muchacho —le dijo—. Se ve que te lo pide el cuerpo. Ven junto al fuego. Te dejaré una manta.

Perceval aceptó el ofrecimiento y siguió al pastor hacia el lugar donde él y su compañero habían instalado su campamento. Agradecido, cogió la manta de lana mugrienta que el hombre le tendió, se acostó en el suelo y se cubrió con ella. Se quedó dormido antes de que le diese tiempo a pensar en Blanca.

Unos violentos ladridos lo despertaron. Abrió los ojos sin recordar muy bien dónde se encontraba, y descubrió el cielo rosado sobre su cabeza. ¿Estaba amaneciendo? No, debía de ser el crepúsculo...

La sombra alargada de un hombre se proyectó sobre su rostro. Protegiéndose los ojos con una mano a modo de visera, miró hacia arriba.

El que le estaba mirando era Gawain. Un poco más lejos, su caballo pastaba tranquilamente en la hierba rala del valle.

—¿Qué se supone que estás haciendo? —le preguntó el caballero.

Con un gesto de la mano, alejó a los pastores, que estaban contemplando la escena.

—¿Cómo me has encontrado? —preguntó Perceval, perplejo.

—Salí en tu busca de buena mañana. Yo a caballo y tú a pie... Era cuestión de tiempo que te alcanzase. Te habría encontrado incluso sin la ayuda de ese pastor, aunque habría tardado algo más.

—¿Fue a buscarte?

—Estaba aguardando en el camino real a que pasase, sí. Y ahora explícame: ¿por qué te has largado? Sé que anoche pasó algo entre Elaine y tú. ¿Discutisteis? Ella no podía dejar de llorar esta mañana. Decía que te habías ido por su culpa, y que todo estaba perdido.

—¿Y no os contó lo que pasó durante la cena? ¿No os habló de la procesión del Grial?

Gawain lo miró con desconfianza.

—¿De qué procesión me hablas?

—Mientras cenábamos, atravesaron la habitación de Pelinor una mujer y dos hombres. Sé que vos no los visteis, pero Elaine y Pelinor sí. Yo también los vi; y, por lo visto, vi también algo que los demás no vieron. El Grial. Una lanza, una copa y un plato. Elaine se dio cuenta y me dijo que eso significaba que yo era el Elegido. Me dijo que debía partir en busca del Grial, y que ella y nuestro padre me ayudarían.

Gawain se sentó en el suelo junto a Perceval y contempló distraído cómo los perros ayudaban a los pastores a reunir a las ovejas.

—Por eso te fuiste, entonces —concluyó.

—Sí. Elaine me dijo que esa búsqueda me llevaría años. Y yo no quiero ir a por el Grial. Yo quiero ir a Camelot y convertirme en un caballero. Es lo que más deseo en el mundo.

Gawain clavó en él sus brillantes ojos claros.

—Perceval, sabes que Yvain y yo fuimos a buscarte en nombre del rey. Arturo piensa que eres una pieza clave para preservar Britannia y recuperar Excalibur. Pero piensa eso porque hay algo que te hace diferente. Y lo que te hace diferente es, sin duda, tu relación con el Grial.

—¿Qué quieres decir?

—Que, si el Grial te llama, debes acudir a la llamada, muchacho. Es lo que el rey te diría si estuviera aquí.

Capítulo 28

Atravesaron la puerta sur de la muralla de Aquae Sulis a media tarde del día siguiente. Perceval había estado muy callado todo el camino, a pesar de los intentos de Gawain por trabar conversación. No tenía ganas de hablar. Se sentía como aquellos pájaros a los que de niño solía cazar tendiendo redes en el bosque. Si intentaban volar, lo único que conseguían era romperse las alas luchando contra la malla en la que habían quedado atrapados. Así se veía él, prisionero en una trampa invisible de la que no podía escapar. Todos parecían haberse confabulado para obligarle a ir detrás de aquellos tres objetos que había visto en la extraña procesión del cuarto de Pelinor. No sabían nada sobre su paradero, ni tampoco para qué servían o qué clase de poder tenían exactamente; pero no le dejarían en paz hasta que los recuperase. Y si intentaba huir, le harían sentir culpable e indigno por no cumplir la misión que le habían asignado. Gawain le había dicho que la principal virtud de un caballero consistía en estar siempre dispuesto a servir. Si se rebelaba contra lo que esperaban de él, le dirían que su madre tenía razón, que no estaba listo para ser un caballero, que no lo estaría nunca.

Mientras recorrían las calles que ascendían hacia la fortaleza de Pelinor, Perceval no dejaba de imaginarse cómo habrían sido las cosas si él no le hubiese contado a Elaine lo del Grial. Le habrían dejado seguir su camino, y en pocos días habría llegado a Camelot con Gawain. Antes, su padre le habría armado caballero. Le habrían regalado una armadura y una espada. Se habría presentado ante el rey como sir Perceval, y Arturo lo habría acogido con alegría, porque lo esperaba desde hacía mucho tiempo.

Si se hubiese callado... Si no le hubiese seguido la corriente a Elaine...

Pero ya era tarde. Pelinor y Elaine sabían que había visto el Grial y estaban convencidos de que eso era un signo. Intentaría razonar con ellos, rogarles que le permitiesen ir a Camelot antes de emprender la búsqueda de los misteriosos objetos, pero ellos probablemente le dirían que su misión no podía esperar.

En la puerta del castillo encontraron a los mismos guardias que habían visto en su anterior visita. Estos los reconocieron y se apartaron con una reverencia para dejarles pasar.

Todo estaba como lo habían dejado. En las cuadras, un par de mozos se hicieron cargo de sus caballos, mientras un sirviente ya entrado en años corría a avisar a Elaine de su llegada.

Las cosas comenzaron a volverse extrañas cuando el hombre regresó rascándose la cabeza, perplejo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Gawain.

—Mi señora Elaine no abre la puerta de su cuarto. Sus doncellas dicen que no ha querido abrir en toda la mañana. Están preocupadas.

—¿No estará en el cuarto de sir Pelinor? —sugirió Perceval.

—Iré a ver —dijo el sirviente.

Gawain y Perceval aguardaron impacientes en el patio de armas. Pasados unos

minutos, oyeron voces de mujer procedentes de la torre en la que se alojaban el dux y su sobrina.

El criado reapareció en el umbral de la escalera de la torre, muy pálido.

—Quizá deberíais venir conmigo —dijo—. Algo raro sucede. La puerta de sir Pelinor está cerrada con llave, y no contesta a nuestras llamadas.

Gawain y Perceval siguieron al sirviente por las escaleras que conducían al dormitorio de Pelinor. En la puerta se encontraron a otros dos criados y a tres de las doncellas de Elaine llamando a voces a su señor y golpeando la madera con los nudillos.

—Traed un hierro que pueda usarse como palanca —ordenó Gawain—. ¿La habitación de Elaine también está cerrada con llave?

—Sí, mi señor —contestó una de las mujeres.

—No hace falta que vayan a por el hierro —dijo Perceval—. Usaremos mi espada.

Desenvainó su espada de entrenamiento y, con destreza, la introdujo en el quicio de la puerta a la altura de los goznes superiores. A continuación, presionó la empuñadura contra su cuerpo, haciéndolos saltar.

Repitió la operación con los goznes de abajo. Entre Gawain y los criados sostuvieron la recia puerta, que, al desprenderse del marco, cayó hacia delante.

Después de depositarla en el suelo, pasaron sobre ella para entrar en la habitación.

Todo estaba más o menos como la noche en que habían cenado allí, excepto las velas de los candelabros, que se hallaban apagadas. En la cama no había nadie. El cobertor había sido apartado y en las sábanas se podía apreciar todavía la huella del cuerpo enjuto del dux.

—No ha podido ir muy lejos —dedujo uno de los criados—. Él solo no puede moverse, y no ha llamado a su ayuda de cámara en toda la noche... ni a nadie.

Por la escalera les llegó un rumor de voces femeninas cada vez más cercano. Perceval se asomó a ver qué ocurría. Eran un par de sirvientas acompañadas de uno de los mozos de las cocinas.

—Merianne recordó que la cocinera tenía una llave del cuarto de mi señora —explicó el mozo—. Hemos abierto... Lady Elaine no está. Se ha llevado el arcón pequeño y algunos vestidos.

—Eso es imposible —murmuró Gawain—. Ayer, cuando me despedí de ellos, no tenían intención de irse a ninguna parte. Además, ¿adónde habrían podido ir ellos dos solos? Un anciano tullido y una muchacha sin ninguna experiencia...

—Una muchacha encinta —precisó la más anciana de las sirvientas con suavidad. Gawain la miró asombrado.

—¿Lady Elaine espera un hijo? ¿Estáis segura? Esa es una acusación muy grave. La mujer se encogió de hombros.

—Yo sé lo que sé. Se despertaba con náuseas todas las mañanas. Había dejado de manchar una vez al mes. Lady Elaine espera un hijo.

—¿De quién? —preguntó Perceval.

—Eso no lo sé con seguridad —replicó la sirvienta—. Tal vez de un caballero que se alojó aquí hace cosa de dos meses y que iba en busca de la reina. Ella no volvió a ser la misma desde que ese hombre estuvo aquí.

—¿No recordáis su nombre? —insistió Gawain.

La anciana meneó la cabeza vigorosamente.

—No, el nombre no. Me parece que le oí decir a alguien que venía del otro lado del mar.

—Quizá Lance —murmuró Gawain—. Pero él nunca habría hecho daño a una mujer. En cuanto lleguemos a Camelot le pediré explicaciones.

—¿Y mi padre? ¿Y Elaine? —preguntó Perceval—. ¿No vamos a buscarlos? Gawain le puso una mano sobre el hombro.

—Todo apunta a que se han ido por voluntad propia —dijo—. Elaine se ha llevado sus ropas. Quizá quieran refugiarse en un lugar tranquilo hasta que dé a luz..., si es cierto lo que dice esta mujer.

—No se han ido por eso —murmuró Perceval, mirando con ojos vacíos la puerta por la que había visto desaparecer la procesión del Grial—. Ha sido por mí.

Sin ninguna esperanza, se dirigió hacia aquella puerta y la abrió. Al otro lado no había más que una exigua capilla abovedada y llena de telarañas.

Mientras él observaba pensativo aquel lugar en el que había visto entrar a los portadores del Grial, oyó que Gawain mandaba a los criados que se retiraran. El alboroto de comentarios y exclamaciones se alejó escaleras abajo.

Cuando salió de la capilla abandonada, Gawain estaba solo ante la cama de Pelinor.

—Si esta noche nos quedásemos aquí a cenar, no veríamos la procesión del Grial —dijo Perceval.

—Yo ni siquiera la vi la primera vez —contestó Gawain, encogiéndose de hombros—. De todas formas, podemos quedarnos y probar.

—No. No vale la pena. Del Grial ya no queda nada aquí.

Gawain alzó las cejas, perplejo.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

Perceval no contestó de inmediato. No tenía ganas de hacerlo. Se sentía mortalmente cansado, y no precisamente por la larga jornada a caballo o por el agotamiento de su huida a pie la noche anterior.

—Lo sé porque lo sé —dijo por fin—. Porque hay algo en mí que está conectado al Grial. Y quiere que lo busque: de grado o por fuerza. Por eso han desaparecido ellos. Para obligarme a buscar.

Con un esfuerzo, logró que las lágrimas que amenazaban con llenarle los ojos no llegasen a caer. Gawain lo abrazó.

—Camelot tendrá que esperar —murmuró—. Si necesitas ayuda...

—No. Tengo que hacerlo solo. —Perceval miró a Gawain con una sonrisa cansada. Por primera vez, Gawain lo vio como un hombre, y no como un muchacho—. Volveremos a encontrarnos, amigo. Y ¿quién sabe? Cuando todo esto acabe quizá pueda ir a Camelot, como desea el rey.

LIBRO IV
La Tabla Redonda

Capítulo 29

—¡Caballos! ¿Cómo los has conseguido? —preguntó Gwenn sonriendo con admiración.

Lance montaba una yegua parda, y llevaba de las riendas un purasangre blanco que no habría desmerecido en los establos del rey. Antes de que pudiera ofrecerle a Gwenn ayuda para subirse a su nuevo corcel, ella puso el pie en el estribo y saltó ágilmente sobre la silla.

—Tengo mis recursos, no te preocupes —contestó Lance, sonriendo a su vez—. Hablando en serio, ha sido Lanval... Él ha mediado con todo. También me ha conseguido algunas provisiones. Nos durarán al menos tres jornadas de viaje. Pero no hace falta que partamos ahora...

El rostro de Gwenn se ensombreció.

—¿Para qué retrasarlo? —dijo—. Es mejor ponerse en marcha cuanto antes.

Cabalaron uno junto al otro por la carretera de Witancester. La idea de Lance era llegar hasta la encrucijada de los Mirlos y allí tomar un desvío que conducía hacia Camelot bordeando el bosque de Broceliande.

Gwenn no le había preguntado en ningún momento adónde se dirigían ni por qué habían elegido aquella ruta y no otra. Pero antes o después, tendrían que hablarlo.

Necesitaban hablar de muchas cosas.

Aquae Sulis había quedado atrás, y por la carretera solo vieron un carro de bueyes cargado de sacos de harina y un par de comerciantes que guiaban una recua de mulas con las alforjas bien repletas. Ni al campesino del carro ni a los mercaderes pareció llamarles la atención ver pasar a un hombre y a una mujer a caballo. Ni el uno ni los otros reconocieron en Gwenn a la reina de Britannia.

A los lados de la calzada, el campo desplegaba toda la magnificencia de la primavera en su plenitud. Los trigales estaban cuajados de amapolas, y más allá de los cultivos, las distintas especies de árboles mezclaban los diferentes tonos de verde de sus copas, añadiendo variedad al paisaje.

—¿Cuánto tiempo he estado en el Sith? —preguntó Gwenn—. Cuando las damas me desterraron era el comienzo del otoño.

—Ayer, cuando entré a buscarte, era otoño también —le contó Lance—. Es como si lo que para nosotros ha durado una noche, aquí hubiese durado medio año.

—Ojalá hubiese sido al revés —murmuró Gwenn en un tono casi inaudible.

No se dijeron nada más hasta que hicieron un alto a la entrada de un puente sobre el que pasaba la carretera. Descendieron con los caballos hasta la orilla del río y allí les dieron descanso mientras ellos se sentaban en unas piedras para comer algunas ciruelas secas, queso y carne en salazón.

Cuando terminaron de almorzar, Gwenn fue hacia Lance y se sentó en la hierba, a sus pies. Reclinó la cabeza contra sus rodillas y cerró los ojos.

Lance sintió que todo su cuerpo se estremecía al contacto de su compañera. Intentó resistir la tentación de tocarla, pero no pudo. Lentamente, comenzó a acariciar sus largos cabellos rubios, deslizando los dedos entre ellos con toda la delicadeza posible.

Una sonrisa de placer iluminaba el rostro de la reina. Lance nunca la había encontrado tan bella como en aquel momento.

Cuando sus dedos se deslizaron hasta su nuca y el principio de su espalda, notó la piel de Gwenn erizada.

Sin saber muy bien por qué, retiró la mano. Ella abrió los ojos.

—¿Por qué no sigues? —preguntó con suavidad—. Era muy agradable.

Alzó la mirada y se encontró con la de Lance, que la estaba contemplando con absoluta concentración.

—No tenemos que ir allí, si no quieres —dijo él.

Gwenn desvió la mirada hacia las aguas del río.

—¿Y adónde iríamos? —preguntó.

—No lo sé. A cualquier parte. Podríamos cruzar el mar y establecernos en algún rincón del continente. O viajar por el Imperio. Yo me encargaría de todo. Cuidaría de ti; no tendrías que preocuparte de nada.

Una sonrisa melancólica afloró a los labios de Gwenn.

—Soy la reina, Lance. No puedo desaparecer sin más —dijo.

—Has desaparecido durante meses y Britannia no se ha hundido —replicó Lance con aspereza—. Créeme, sabrán seguir adelante sin ti.

—Hay una cosa que necesito saber, Lance. ¿Por qué no me ha buscado Arturo? ¿Por qué todo sigue igual en Britannia, como si a mí no me hubiese ocurrido nada?

—No puedo contestarte a esa pregunta. No sé lo que pasa por la cabeza de Arturo. Lo que sí puedo decirte con seguridad es que en Britannia no todo sigue igual. Parece que han cambiado muchas cosas desde el otoño pasado. Lanval me lo contó cuando fui a Aquae Sulis a buscar los caballos.

—No lo entiendo. ¿Por qué para él el tiempo no pasa cuando se interna en el Sith y para nosotros sí?

—Yo también se lo pregunté, pero no tiene una respuesta. Cree que quizá es su dama la que lo protege de esos cambios en el ritmo del tiempo. A nosotros nadie nos protegió.

Gwenn apartó la cabeza de las rodillas de Lance. Distraída, arrancó un ranúnculo de entre la hierba. La brillante flor amarilla contrastaba con la blancura de sus dedos. Siguiendo un impulso, Lance se la arrebató con suavidad y se la colocó en el pelo, sujetándola por detrás de su oreja derecha. Ella le sonrió.

—Entonces, Lanval te ha contado que las cosas ahora son diferentes —dijo—. ¿Qué cosas?

—Britannia, por lo visto, se ha vuelto más poderosa. Llega a más lugares, su poder se extiende a través de las aguas. Cada vez hay más gente conectada. Witancester, por ejemplo. Los sajones de Aellas tienen ahora una conexión al velo tan perfecta como la nuestra.

—¿Y eso ha ocurrido por casualidad, o ha sido obra de Arturo?

—El pueblo cree que ha sido obra de Arturo, pero, según me contó Lanval, las gentes más instruidas lo ponen en duda. El caso es que no todos los britanos ven con buenos ojos que se les haya regalado a los sajones la protección del velo. Aunque puede que sea la mejor forma de tenerlos controlados. Y quizá explique por qué Dyenu los ha

abandonado.

—¿Dyenu ya no está con los sajones?

—No. Al parecer se ha ido al norte, al país de Alba, donde ha establecido una alianza con los pictos para atacar Britannia.

—Eso es una locura, y ellos deberían saberlo —dijo Gwenn con convicción—. El muro Antonino nos protege, no pueden atacarnos.

—Una cosa son los pictos, con sus primitivas técnicas de guerra, y otra muy distinta los pictos liderados por Dyenu. Él nos conoce bien. Sabe cuáles son nuestros puntos fuertes y nuestras debilidades. Si yo fuera Arturo, no estaría tranquilo.

—Y si fueras Gwenn, tampoco. Te recuerdo que sigo siendo la reina de este país. Porque me imagino que eso no ha cambiado, ¿no?

Lance sonrió con tristeza.

—No, no ha cambiado —dijo—. Aunque me gustaría poder darte otra respuesta.

Gwenn lo miró con la cabeza ladeada.

—¿Te gustaría que no fuese la reina?

Sus ojos se encontraron de nuevo.

—Sí —contestó Lance sin vacilar—. Me gustaría que fueras tú, igual en todo a como eres, pero sin esa corona que pesa como un yugo.

—Ese yugo lo he elegido yo. Y el anillo que llevo en el dedo también.

Lance frunció el ceño con gesto de dolor, como si lo hubiesen abofeteado.

—Deberíamos seguir un rato —sugirió, poniéndose en pie—. Ya hemos perdido demasiado tiempo.

Sin ayudar a Gwenn, fue en busca de su caballo y se subió a él. Dirigió al animal hacia la suave pendiente por la que se ascendía hacia la carretera.

Ella lo siguió casi de inmediato. Cabalgaron en silencio hasta la encrucijada de los Mirlos, y allí tomaron la carretera empedrada que Arturo había hecho arreglar el verano anterior, y que llegaba hasta Camelot.

Durante más de una hora, avanzaron sin cruzar palabra, cada cual sumido en sus pensamientos. Lance procuraba distraerse contemplando las humildes granjas con tejado de paja, las aldeas colgadas de las faldas de las colinas o las masas boscosas que, cada vez con mayor frecuencia, invadían el paisaje.

—Esto son ya las estribaciones de Broceliande —dijo.

Gwenn asintió con la cabeza, y Lance no se atrevió a añadir nada más. Como cabalgaban en paralelo, de vez en cuando la miraba de reojo para espiar su expresión. Desde el momento en que empezaron a bordear el bosque, esta se volvió más intensa y concentrada. Era como si Gwenn estuviese escuchando algo que él no podía oír.

—¿Qué pasa? —se atrevió a preguntar finalmente.

—No lo sé —contestó Gwenn en voz baja—. Hay algo que no está bien. No, algo no... Alguien.

—¿Alguien? ¿Cómo lo sabes?

Gwenn lo miró de un modo extraño.

—Soy una hechicera, ¿recuerdas? Las damas de Ávalon me abandonaron en el Sith porque conseguí liberar a Merlín con mis poderes.

—Eso no tiene sentido. Tú no eres una hechicera.

—La magia tiene muchos nombres. Considéralo un don, o una habilidad. Arturo y sus alquimistas dirían que tengo un protocolo de conexión especial con el velo, o alguna locura por el estilo.

Lance iba a replicarle cuando advirtió que ella volvía a ponerse tensa, escuchando.
—Vamos a ir a buscarlo —dijo—. No está lejos, solo hay que internarse un poco más en el bosque.

—¿Sabes quién es? ¿Puedes llegar hasta él?

—No sé quién es, y sí, puedo llegar hasta él. Dejemos los caballos atados por aquí cerca y adentrémonos entre los árboles. Yo, al menos, voy a hacerlo. Si quieres venir conmigo...

—No pienso dejarte sola.

Abandonaron la carretera y amarraron los caballos a unos robles, lo bastante lejos de la calzada como para que nadie que pasase por ella pudiera verlos. Después, Gwenn comenzó a caminar con lentitud, como eligiendo el rumbo a cada paso.

Lance, sin decir ni una palabra, la siguió.

Anduvieron un buen rato bajo los frondosos robles, cambiando cada cierto tiempo de dirección. Vadearon un arroyo, ascendieron una suave pendiente y continuaron por un sendero medio borrado bajo el manto de hojas secas del otoño pasado.

Finalmente lo vieron. Era un hombre completamente desnudo, tendido sobre un retazo de suelo musgoso. Parecía dormido. Su respiración agitada e irregular indicaba que sus sueños no eran apacibles.

Se acercaron a observarle, pero Gwenn se detuvo de repente y se aferró al brazo de Lance.

—¿Qué ocurre? —susurró él.

—Mira...

Acostado a la sombra de una roca, muy cerca del individuo, había un león. El animal se puso en pie al oír a los recién llegados, los miró con sus ojos de color ámbar y gruñó.

Aquel sonido despertó al individuo. Lo vieron removerse en el suelo, incorporarse y darse la vuelta para mirarlos.

Lance contuvo una exclamación. Acababa de reconocer al hombre desnudo... Era Yvain.

Capítulo 30

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó Yvain, mirando a los recién llegados como se mira a una visita inesperada y desagradable—. Si os envía Arturo, podéis volveros por donde habéis venido. No pienso regresar a Camelot.

Sacudió hacia atrás sus cabellos largos y enmarañados y se quedó observando a Lance con aire retador. El león se acercó a Gwenn y comenzó a husmear su vestido. Lance se llevó la mano al puño de la espada, pero Gwenn, con los ojos, le advirtió que no debía sacarla.

—Yo llevo seis meses sin pisar Camelot —respondió ella, mirando a Yvain sin dar muestras de nerviosismo por los gestos del animal—. He estado prisionera, prisionera de las damas de Ávalon. Lance me rescató. Pasábamos por Broceliande de camino a Camelot, y te hemos encontrado por casualidad.

—No te creo. La casualidad, en estos casos, no existe —replicó Yvain con desconfianza.

Un brillo alucinado animaba sus ojos claros, dándole un aspecto entre enloquecido y amenazador.

—No ha sido pura casualidad, es cierto —admitió Gwenn sin perder la calma—. Yo te detecté, digámoslo así. No sabía que eras tú, pero sabía que..., que aquí había algo extraño. Una anomalía.

Involuntariamente, sus ojos se posaron en el león. El animal sacudió la cabeza y le enseñó los dientes con un suave rugido. Esta vez, Lance no se lo pensó dos veces y desenvainó la espada.

—Guárdala —le dijo Gwenn con suavidad—. Es inofensivo.

—No lo es —aseguró Yvain—. Dependiendo de a quién se enfrente, puede ser un animal realmente peligroso. Yo le salvé la vida, ¿sabes? Me lo encontré en el bosque luchando contra una serpiente. La serpiente se le había enroscado alrededor del cuerpo y estaba a punto de asfixiarlo. Yo la maté. Desde entonces, para demostrarme su gratitud, me sigue a todas partes. Me tiene cariño.

Lance, que había vuelto a envainar la espada, sonrió con sarcasmo.

—Y ese combate entre la serpiente y el león, ¿lo viste después de cuántas libaciones con gemas prohibidas?

—Ya no hay gemas prohibidas. El negocio de las gemas se ha ido a pique —contestó Yvain, ignorando la ironía de la pregunta—. La serpiente y el león estaban combatiendo de verdad.

—¿No tienes ropa? —preguntó Gwenn—. Deberías vestirte.

Solo en ese instante reparó Yvain en que se hallaba desnudo. El descubrimiento pareció turbarlo ligeramente.

—Tengo ropa —murmuró—. Solo que a veces me olvido de ponérmela. Debe de estar ahí, junto al árbol... Dadme un momento y me visto.

Lance y Gwenn lo observaron alejarse hacia un claro entre dos robles donde se veían, diseminados sobre el musgo, algunas armas, los restos de una hoguera, una manta y otros objetos. El león hizo ademán de seguirle, pero a medio camino se detuvo y se volvió a mirar a los intrusos, como si tuviese intención de vigilarlos.

—Si ese animal se vuelve a acercar a ti, lo mato —susurró Lance, tenso.

—No te preocupes por el león. No es ningún peligro —contestó Gwenn.

Lance la miró curioso.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Porque no existe.

Lance volvió la vista hacia el animal. Podía distinguir con claridad algunas manchas más claras en su sedoso pelaje, el color cobrizo de su melena, su lengua húmeda cuando se deslizaba sobre su hocico.

—No es posible —murmuró.

—No debería serlo, porque viola todas las leyes de Britannia —observó Gwenn en voz baja—. Pero ahí está. Un avatar vacío, una pura visión que se pasea por Broceliande engañando nuestros sentidos.

—¿Crees que Yvain lo sabe?

—No, no creo. Parece bastante confuso. Algo muy grave ha debido de pasarle. A ver si descubrimos qué ha sido.

—Mira, ya vuelve.

Yvain venía a su encuentro vestido con unas sucias calzas oscuras y un jubón de seda roja descolorida y desgarrada a la altura del hombro derecho.

—Siento no tener nada mejor para recibir a la reina —soltó en tono burlón, y se rio de sí mismo—. Quizá debería acercarme a alguna aldea y encargarme de nuevas ropas. Si Laudine se decidiera a perdonarme..., si de repente me dejase llegar hasta ella... No desearía que me encontrase así.

—¿Te has enfadado con Laudine? —preguntó Gwenn.

Yvain se estremeció, como aquejado de un súbito dolor.

—Ella se enfadó conmigo. Envió a Lunete a que me arrebatase el anillo que ella me había dado como prueba de amor. La culpa es mía. Yo incumplí la promesa que le hice. Le dije que me reuniría con ella en un mes. Pero no pude hacerlo. Laudine ya no quiere verme. Llevo aquí más de cuatro meses, esperando, pero ni siquiera me permite acercarme a su fuente. Sus guerreras me disparan pequeños dardos impregnados en venenos que me hacen dormir. Siempre aciertan; están bien entrenadas.

—¿Eso ha ocurrido muchas veces? —preguntó Lance, asombrado.

—Tres veces, hasta ahora. Una de ellas vino a decirme que lo dejara, que su señora ya no estaba en Broceliande y que la fuente se había secado. Pero no la creo. Si la fuente estuviese seca, ¿por qué iban a seguir custodiándola como lo hacen?

—Quizá deberíamos intentar hablar con Laudine —dijo Gwenn—. A nosotros nos escuchará. No puedes seguir aquí, en este estado. Sea cual sea tu falta, no mereces este trato.

—No lo entiendes. Ella confió en mí, y yo la defraudé. Y no quiero que le habléis en mi nombre. No quiero que la veáis. ¿No te das cuenta de que eso no serviría de nada? El único que puede reconquistar su corazón soy yo. Ella sabe que estoy aquí. Si me está haciendo esperar, debe de tener sus razones.

—¿Y si realmente no quiere verte más? —preguntó Lance.

Una sonrisa desamparada danzó por un instante sobre el rostro de Yvain.

—Si no quiere verme, vosotros no le haréis cambiar de opinión. Solo yo puedo lograrlo. Al menos, esa es mi fe.

Gwenn se acercó al joven caballero y le tomó suavemente una mano entre las suyas.

—Yvain, deja este disparate y ven con nosotros a Camelot. No puedes quedarte aquí. Laudine es una mujer inteligente. Cuando se le pase el rencor por lo que ocurrió entre vosotros te escuchará, estoy convencida. Pero no intentes forzar las cosas.

—No voy a ir a Camelot. Arturo ya no me necesita. Ahora tiene más ayuda de la que jamás se atrevió a imaginar. Vienen caballeros de todos los rincones del mundo civilizado para ponerse a sus órdenes. Todos quieren unirse a la Tabla Redonda.

—¿La Tabla Redonda? ¿Qué es eso? —preguntó Gwenn.

Yvain la miró con curiosidad.

—Sí que has debido de estar encerrada en una torre bien alta, para no haberte enterado... La Tabla Redonda es un invento de Arturo para afianzar su dominio de Britannia. Tiene forma de mesa, dicen. Los que se sientan a su alrededor unen su mente a los mecanismos secretos del velo y aumentan su poder. Gracias a eso, Britannia llega ahora hasta más allá de Londres, e incluso dicen que su poder se siente en las costas orientales. La corte sajona de Aellas también disfruta de sus beneficios en Witancester. Todo el que quiere unirse a Britannia encuentra las puertas abiertas. Y el velo aumenta su influencia cada día. Entusiasmo a la gente, les da un motivo para seguir adelante, para hacer cosas. Gracias a la Tabla Redonda, Arturo ha podido emprender obras que hasta hace unos meses se habrían considerado imposibles. Se construyen ciudades nuevas, se restauran las antiguas, se reparan calzadas... Muchos piensan que estamos comenzando una nueva era de esplendor, tan importante como la del Imperio Antiguo.

Lance no apartó los ojos de Gwenn mientras Yvain describía las transformaciones del reino en su ausencia. Quería ver cómo le afectaba el relato de aquella última hazaña de Arturo.

Observó que ella escuchaba con semblante serio, procurando dominar sus emociones. Pero le pareció captar un destello de admiración en sus ojos al oír la descripción de la Tabla Redonda.

—No es posible que no quieras formar parte de esa maravilla —dijo cuando Yvain terminó de hablar.

El caballero cerró los ojos y arqueó levemente las cejas, como si le costase un gran esfuerzo seguir escuchando. Los surcos verticales de su frente se volvieron más profundos, haciéndole parecer mayor de lo que realmente era.

—No es que no quiera —dijo con acento cansado—. Es que no puedo. No puedo pensar en nada ni emprender nada mientras no tenga a Laudine. Ella es lo único que me importa. Ya lo era cuando la dejé venir sola a Broceliande. No sé por qué no me di cuenta, por qué acepté la misión del rey.

—La misión de encontrar a Perceval..., ¿cómo fue? —preguntó Lance.

—Lo encontramos. Supongo que Gawain lo habrá llevado a la corte. No será fácil convertirlo en un caballero. El muchacho tiene muchas virtudes, pero también grandes defectos.

—Todos los tenemos —murmuró Gwenn.

Yvain asintió.

—Es lo que nos hace humanos —dijo—. Saludadlo de mi parte cuando lleguéis a la corte.

—¿Estás seguro de que no quieres venir con nosotros? —insistió Lance—. Yvain,

cuando el rey se entere de tu estado, enviará a buscarte. Arturo no va a permitir que uno de sus mejores caballeros pierda el tiempo y la razón llevando una vida de ermitaño en mitad de la naturaleza.

—Entonces, no le contéis que me habéis visto.

—Eso no puedo prometértelo —dijo Gwenn—. Y antes de partir..., una última cosa: el león. Yvain, no sé cómo decírtelo. Imagino, por la forma en que te sigue y por la complicidad que parece haberse instalado entre los dos, que es importante para ti. Pero quizá deberías intentar apartarte de él.

Yvain desvió los ojos hacia el animal, que se había vuelto a acostar sobre el musgo y parecía dormitar, ajeno a la conversación.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Porque no es real?

Gwenn y Lance se miraron.

—Entonces, lo sabes —dijo Lance.

—Tardé algún tiempo en darme cuenta, pero sí, lo sé. Y no pienso apartarlo de mí, Gwenn, sea lo que sea. Es mi compañero, me ha demostrado su lealtad en todas las ocasiones. Sea un animal o una sombra, forma parte de mi vida.

—Piensa en lo que significa, Yvain. Un avatar vacío... Es un error, una errata de Britannia. Debería desaparecer.

—Tú lo llamas error, yo lo llamo prodigio. No es el único que se ha producido en los últimos tiempos. Dicen por ahí que a Gawain se le apareció un monstruo verde que lo atacó después de muerto. Y que Pelinor y su sobrina Elaine desaparecieron de la noche a la mañana sin dejar rastro. Arturo ha cambiado Britannia, y todas estas maravillas podrían ser efectos de ese cambio. En todo caso, es con él con quien deberías hablarlo, no conmigo. Yo me quedo con mi león. Me hace compañía... Y es lo único que me queda.

—Está bien, lo entiendo —aceptó Gwenn—. Pero no te encariñes demasiado con él. Recuerda que no es real.

—¿Acaso duele menos amar a alguien real? ¿Acaso los seres reales hacen menos daño? Dejadme con mi león y no os preocupéis por mí. Su compañía me consuela, me hace mucho bien..., me está ayudando a recuperar las fuerzas y el valor que necesito para volver a la realidad.

Capítulo 31

Camelot. Lance había olvidado lo espléndido que era. Las siete torres blancas que brillaban como si fueran de plata contra el cielo azul, la fachada de arcos apuntados que se alzaban a una altura imposible, las filigranas de piedra que enmarcaban cada ventana... Todo aquello estaba allí antes de su partida, y, sin embargo, algo había cambiado sutilmente en el conjunto. El edificio ya no era solo imponente, como antes; ahora, su contemplación emocionaba, provocaba una mezcla de admiración y gratitud que solo podía explicarse por la influencia del velo.

Incluso Gwenn parecía hechizada por el influjo de las nuevas mejoras que Arturo había introducido en Britannia. Sonreía de un modo tan sincero como si de verdad sintiera que, al regresar a Camelot, estaba volviendo a su hogar. Lance no dejó de observarla ni un instante desde el momento en que ella se identificó como la reina ante la primera puerta de la muralla, antes del puente. El nerviosismo de los soldados que montaban guardia le hizo tanta gracia que ella misma intentó tranquilizarlos antes de permitir que partiesen a informar de su llegada.

Estaba contenta. ¿Cómo podía estarlo? Volver a Camelot significaba que dejarían de estar juntos. ¿Es que no le importaba?

Pasada la segunda puerta, Lance comprendió que debía dejar de espiar a Gwenn y concentrarse en sus propias reacciones. Un enjambre de cortesanos había rodeado sus caballos, y tanto las damas como los caballeros se empujaban unos a otros para acercarse a Gwenn y tocar el borde de su capa. La estaban recibiendo como a un ser sagrado, con una veneración que a ella misma la tenía perpleja. Lance no recordaba que la reina suscitase sentimientos tan extremos entre las gentes de Britannia. Aquellas reacciones le hacían sentir incómodo y desplazado. El alborozo por la llegada de Gwenn no lo incluía a él, era evidente. Recibió un par de saludos corteses, alguna inclinación de cabeza en señal de respeto..., nada más. Era a la reina a quien querían tener cerca, no a él.

Cuando Arturo hizo por fin su entrada en el patio, la multitud estalló en un aplauso de júbilo. Los cortesanos le iban abriendo camino para que pudiese acercarse al caballo de su esposa. Los aplausos se disolvieron en un silencio expectante en el momento en que Arturo tendió la mano a la reina para ayudarla a apearse de su montura. Gwenn saltó ágilmente al suelo, y el rey la enlazó por la cintura con la pasión de un muchacho enamorado.

La gente volvió a aplaudir. Debían de estar besándose. Lance prefirió clavar los ojos en sus botas polvorientas a contemplar la escena. Nadie podía obligarle a mirar.

Para ayudarse a soportarlo, se repitió una y otra vez que aquellas demostraciones públicas terminarían pronto. Lo único que deseaba era que todo aquello acabase lo antes posible para retirarse a descansar a sus aposentos. Se preguntó si aún le tendrían reservada en Camelot la estancia con vistas al jardín de invierno que solía ocupar... Maquinalmente, aceptó la ayuda de un paje del rey para desmontar del caballo. Seguía perdido en sus

reflexiones, y no volvió a la realidad hasta que se dio cuenta de que el rey en persona le estaba hablando.

—Por mucho que viva, no tendré tiempo de agradecerte el inmenso servicio que me has prestado al devolverme a la reina —le dijo Arturo, tomándolo de ambas manos para subrayar sus palabras—. Siempre tendrás un lugar en mi corazón y un asiento en la Tabla Redonda. Bienvenido, Lance... Bienvenido a tu casa.

Lance balbuceó unas palabras de agradecimiento, se inclinó en una torpe reverencia y se apresuró a apartarse del rey. Todo aquello era tan extraño como uno de esos sueños en los que cobran vida las criaturas de las leyendas. ¡Arturo dándole las gracias a él! Era obvio que ignoraba el medio que había empleado para liberar a Gwenn del Sith. La había amado. La había amado en cuerpo y alma, como el rey nunca sería capaz de amarla.

Después de las palabras de agradecimiento de Arturo, algunas damas se arremolinaron alrededor de Lance para manifestarle su admiración a través de sonrisas y alabanzas que no eran sino repeticiones de lo que acababan de oír minutos antes. Lance las escuchaba con impaciencia y se limitaba a contestar con escuetos monosílabos a sus preguntas. Estaba seguro de que, en el fondo, a ninguna de aquellas mujeres le interesaba conocerle en realidad. Y él, por su parte, lo único que deseaba era retirarse a una habitación tranquila, quitarse las ropas polvorientas después de una jornada entera a caballo y, si era posible, darse un baño de agua tibia. Más allá del baño, prefería no hacer planes. Si algo tenía claro era que no quería apartarse de Gwenn, pero tampoco se sentía capaz de permanecer en la corte para verla sin poder tener jamás un momento de intimidad con ella. Ninguna de las dos alternativas le satisfacía.

—Te veo muy sombrío —dijo una voz familiar a su derecha—. ¿Cómo es posible? Se supone que la nueva versión de Britannia potencia otra clase de sentimientos.

Lance reconoció el tono ligeramente burlón de Merlín incluso antes de girarse para mirarlo.

—¿Britannia también influye en los sentimientos ahora? —preguntó—. No creí que eso fuera posible.

—Todo lo que influye en nuestras percepciones influye en nuestros sentimientos —contestó Merlín sonriendo—. Lo que Arturo ha logrado con Britannia es tan asombroso, que hace unas semanas yo mismo habría afirmado que resultaba imposible. Su talento con el código hace palidecer por comparación el de Uther... y, aunque me cueste admitirlo, también el mío.

Lance lo observó de reojo mientras, a algunos pasos de distancia, Gwenn y Arturo, cogidos de la mano, iniciaban su retirada. El mago parecía haber recuperado algo de su vitalidad perdida. El fuego de antaño animaba sus ojos oscuros, rejuveneciendo su rostro.

—¿Qué ha hecho Arturo con Britannia, exactamente? —le preguntó.

—Bueno..., es difícil de explicar. Después de mucho ensayo y error, parece que ha dado con la manera de convertir Britannia en una simulación capaz de evolucionar y adaptarse a las necesidades de sus ciudadanos aplicando una serie de parámetros que hacen más satisfactoria la experiencia de la realidad.

—Un engaño —murmuró Lance sin ocultar su desdén.

—No, no es un engaño, sino una manera de educar la mente a través de las percepciones —precisó Merlín—. No se trata de algo obvio; no es que Britannia sea capaz ahora de insuflarle a la gente felicidad. Pero sí ayuda a interpretar lo que nos rodea desde una perspectiva desapegada, y no deformada por nuestros traumas, miedos y esperanzas. Al menos, lo consigue en la mayoría de los casos... Es obvio que en el tuyo no.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Lance poniéndose a la defensiva.

—Porque tu llegada a Camelot no te ha hecho sentirte mejor, sino todo lo contrario. No me mires así, no he tenido que emplear mis dotes de mago para darme cuenta. Lo llevas escrito en la cara, y si no intentas controlarte todos van a notarlo.

—Lo intento —murmuró Lance, y desvió sin querer la mirada hacia la puerta por la que acababan de desaparecer el rey y la reina.

—No lo suficiente —susurró el mago.

Lance lo miró.

—Arturo no ha preguntado cómo lo hice. Cómo saqué a Gwenn del Sith. ¿Lo sabe?

—Ni lo sabe, ni debe saberlo —contestó Merlín.

En su mirada había una advertencia que, sin embargo, no se atrevió a expresar con palabras.

—Eso significa que tú sí lo sabes —dedujo Lance.

—Lo imagino. Pero no voy a hacerte preguntas. Ni a ti ni a Gwenn.

—¿La dama del Lago está al corriente de que Gwenn ha logrado regresar de su destierro?

Merlín sonrió.

—Si no lo sabe, pronto lo averiguará. No se puede mantener en secreto el regreso de la reina a Camelot. Y menos ahora, cuando todo el mundo habla sin parar de la Tabla Redonda.

—La Tabla Redonda... Arturo también la mencionó antes. ¿Qué es exactamente?

—Somos todos nosotros: los hombres y mujeres de confianza del rey. La tabla, aparentemente, es una mesa redonda como otra cualquiera, pero en realidad se trata de un dispositivo que permite que nuestras mentes, enlazadas a través del debate y la conversación, influyan directamente en el funcionamiento de Britannia. Podría decirse que la Tabla Redonda se ha convertido en el alma del velo: es el órgano de gobierno de la simulación. Las decisiones que se toman en la Tabla Redonda se trasladan de manera automática al código de Britannia: lo reescriben, ¿comprendes? Lo mejoran. Así, cada vez que llegamos a un acuerdo mejoramos el velo.

—¿Y cuando no hay acuerdo? ¿Eso también se plasma en Britannia?

—También. El velo se vuelve más tenue, su presencia menos visible. Arturo lo ha querido así. Es una forma de obligar a quienes participamos en las tareas de gobierno a pactar y a buscar fórmulas de entendimiento.

—No entiendo por qué ha elegido una forma tan complicada de hacer las cosas.

—Esa es justamente la grandeza de este rey, Lance —explicó Merlín con un destello de orgullo en sus pupilas negras, como si parte de aquella grandeza también le alcanzase—. Podría haber reformulado el código del velo para que solo sus decisiones lo afectasen. Eso le habría dado un poder absoluto sobre Britannia. Habría sido mucho más fácil, desde el punto de vista técnico. Pero no ha querido. En lugar de eso, se ha inventado la Tabla Redonda. Hay que reconocer que es un genio.

—Un genio que dejó a su esposa atrapada en un lugar sin retorno mientras él jugaba con la magia del velo —observó Lance con una sonrisa desdeñosa.

—No, eso no es cierto —replicó Merlín, muy serio—. Lo intentó todo para sacar a Gwenn de su prisión. Se pasó noches y noches sin dormir estudiando el código de Britannia, tratando de encontrar alguna puerta. Por eso ha llegado a dominarlo como lo domina. Lo ha hecho todo por Gwenn.

—Todo, menos ir al Sith él mismo y ayudarla a salir.

Los ojos de Lance se encontraron con los del mago.

—Quizá el único que podía entrar en el Sith y ayudar a Gwenn a regresar eras tú. Pero eso no es culpa de Arturo. Él hizo todo lo que estaba en su mano. Y ahora te necesita a su lado. Os necesita a los dos.

—Estamos a su lado —murmuró Lance, y cerró los ojos un instante, abrumado por el cansancio.

—Tú no lo estás —dijo Merlín en voz baja—. Al menos, ahora mismo no. Pero si eres el hombre que creo, arreglarás eso. Hay cosas más importantes que las pequeñas pasiones de dos seres volubles e imperfectos. Esto que estamos construyendo entre todos, por ejemplo. Si no estuvieras ciego lo verías. Es lo más grande que haremos nunca, Lance. Tenemos que dar lo mejor de nosotros mismos, entregarnos en cuerpo y alma.

—No puedo entregar un cuerpo y un alma que no me pertenecen —contestó Lance sin tratar de esconder su tristeza—. Quizá estoy ciego, como dices; pero, si es así, no me importa. Quiero seguir estándolo. Y ya sabes lo que dice el refrán: «No hay peor ciego que el que no quiere ver».

Capítulo 32

Tumbado en la cama y con la vista clavada en el dosel azul, Lance intentaba imaginar una excusa para ausentarse de Camelot lo antes posible. Solo habían pasado cuatro días desde su llegada, pero ya no podía más. Gwenn no había intentado verlo en todo aquel tiempo, y él... él se las había arreglado para no asistir a ninguna comida ni reunión. Se pasaba las horas muertas recluido en su cuarto y tratando de no pensar en nada.

A veces, cuando ya no podía más y sentía que le faltaba el aire, salía a pasear al pequeño jardín que había justo debajo de la torre en la que se alojaba. Casi siempre estaba desierto, porque los cortesanos preferían el parque frontal del castillo para pasear y organizar sus pequeñas fiestas. Allí podía sentarse debajo de un tilo, cerrar los ojos y dejar que la brisa tibia de la primavera le acariciase el rostro sin temor a que nadie le importunase. Al menos, en aquel rincón se sentía a salvo de miradas indiscretas.

Sin embargo, en la tarde del cuarto día se hallaba descansando bajo aquel árbol que había adoptado como refugio cuando oyó pasos en la arena del camino que conducía hasta la portezuela del jardín. Abrió los ojos, molesto por la intromisión, y se encontró con Arturo frente a él, mirándole cohibido.

Lance se puso en pie tan deprisa como pudo y esbozó una reverencia. Con un gesto y una sonrisa, Arturo le dio a entender que tales formalidades no eran necesarias.

—Perdona que me haya metido en tu jardín —dijo el rey, casi con timidez—. Llevo días esperando a que surja la oportunidad de hablar contigo, pero como no apareces ni en la comida ni en la cena...

—No es mi jardín, sino el vuestro, Majestad —contestó rígidamente Lance—. Y podéis hacerme llamar siempre que tengáis algo que comunicarme, como bien sabéis.

—Deja ese tratamiento de cortesía. Me suena a reproche más que a respeto —replicó Arturo en tono herido—. Somos amigos, ¿no? Espero que no lo hayas olvidado.

—Un rey no tiene amigos, tiene súbditos —contestó Lance con un leve deje de ironía en la voz.

—Yo no soy un rey corriente —dijo Arturo, ignorando la observación—. Lance, no sé por qué tengo la sensación de que estás enfadado conmigo o molesto por alguna razón. Supongo que se debe a la forma en que nos separamos la última vez. Si fui rudo, si te impuse mi voluntad de manera excesivamente áspera, lo lamento de veras, créeme. La única disculpa que te puedo ofrecer es que no era yo mismo... Estaba loco de miedo y rabia por lo que le había pasado a Gwenn.

—Es igual, no tiene importancia. —Lance clavó la vista en la tapia del jardín para evitar que sus ojos se encontrasen con los de Arturo—. Lo único que importa es que todo ha salido bien.

—Sí. Gracias a ti. Gwenn no ha querido contarme los detalles, y yo sé que no debo presionarla. Pero lo que sí me ha dejado muy claro es que no habría podido regresar sin ti. Sé que mis palabras del otro día, delante de la gente, pudieron parecerme forzadas..., por eso

quería repetírtelas sin testigos, para que sepas que soy completamente sincero. Te lo agradeceré toda la vida, y siempre estaré en deuda contigo.

Lance se encogió de hombros, incómodo.

—Solo hice lo que tenía que hacer —murmuró.

—Hiciste mucho más..., pero eso ahora no viene al caso. La verdad es que no he venido aquí solo para reconocer mi deuda..., sino para aumentarla. Quiero que salgas de tu encierro y me ayudes con todo esto, Lance. Para eso creé la Tabla Redonda: para que la gente en la que confío pueda participar directamente en la mejora del velo. Pero nada está saliendo como yo esperaba.

—¿Cómo que no? —preguntó Lance, sorprendido—. Es evidente para cualquiera que Britannia mejora día a día. Y todo el mundo sabe que es por lo que tú hiciste. ¿Qué es lo que no ha salido bien?

Arturo se sentó sobre la hierba debajo del tilo y le invitó, con una señal, a hacer lo mismo. Durante unos instantes, ninguno de los dos habló.

—Cada día llegan a Camelot hombres y mujeres llenos de valor y de talento con el objetivo de unirse a la Tabla Redonda —explicó Arturo por fin, rompiendo el silencio—. El velo tiene su propio sistema para probarlos y decidir si son dignos de entrar a formar parte de la Tabla. Muchos lo son. Tengo ya a más de cincuenta consejeros que participan en las reuniones de la Tabla de forma habitual, más otros tantos que se unen cuando les es posible. Como has visto, funciona. Esa unión de esfuerzos cierra un círculo que influye en el código dinámico de Britannia y lo va optimizando poco a poco. Pero yo decidí construir la Tabla porque quería recrear el círculo de amistad que se forjó cuando me ayudasteis a vencer a Dyenu en el anillo de piedra. Estaba pensando en los que me ayudasteis ese día cuando me la inventé: en ti y en Gwenn, pero también en Yvain, en Laudine, en Gawain y en Perceval. Y a ninguno de vosotros os tengo.

—Gwenn y yo acabamos de llegar. Y me imagino que ella estará deseosa de participar en el nuevo... proyecto.

Arturo miró a Lance pensativo.

—Supongo que sí, aunque de momento parece demasiado cansada para involucrarse activamente. Me imagino que todo está muy reciente aún y que hay que darle tiempo.

—Sobre Yvain, no sé si Gwenn te ha contado el encuentro que tuvimos...

—En Broceliande, sí, me lo ha dicho. Y Laudine está teniendo problemas muy graves con las capas de programación más antiguas de la fuente, no puede abandonarla. En cuanto a Gawain, regresó muy cambiado de la misión que le encomendé. ¿Recuerdas? La de encontrar a Perceval.

—Yvain nos dijo que lo habían encontrado.

—Sí, lo encontraron —confirmó Arturo—. Pero algo ocurrió en Aquae Sulis cuando Gawain llevó a Perceval ante Pelinor para que este lo armase caballero. El caso es que Perceval decidió que quería partir en busca del Grial. Gawain volvió a Camelot para informar de todo lo que había ocurrido. Y después, al cabo de unos días..., dijo que tenía que partir. Por lo visto tuvo un extraño encuentro con un jinete mágico cuando viajaba con Perceval. Dice que está en deuda con él y que debe buscarle para recuperar la paz de su alma. Prometió que volvería pronto..., pero tengo la sensación de que también lo he perdido a él.

Por primera vez desde el comienzo de la conversación, Lance miró a Arturo a los ojos.

—Es como si un conjunto de fuerzas desconocidas se hubiese conjurado para

apartar a tus caballeros de ti —dijo.

—No creas que no lo he pensado. ¿Qué está pasando, Lance? Britannia funciona mejor que nunca. Ayuda a la gente a percibir lo mejor del mundo... y de sí misma. El reino disfruta de un periodo de paz que no se había vivido en los últimos dos siglos. Si es así... ¿por qué mis mejores caballeros no encuentran la paz?

—Porque llevamos la guerra dentro de nosotros —contestó Lance con una sonrisa triste—. Ninguno de nosotros está hecho para sentarse a descansar y a disfrutar sin más de la vida.

—Sí, eso es cierto. —Arturo también sonrió—. Estamos hechos para la aventura.

—Quizá tus enemigos lo saben e intentan aprovecharlo —apuntó Lance con aire reflexivo.

—Quizá. O quizá hay fuerzas dentro de Britannia que se resisten a que las cosas cambien. Y utilizan nuestras flaquezas para separarnos... porque saben que juntos somos más fuertes.

Lance pensó en Dyenu y en las palabras que le había dicho sobre Arturo, sobre su indiferencia respecto a Gwenn. Había conseguido que creciera en él un rencor irracional hacia el rey. Probablemente lo había hecho a propósito. Había utilizado su pasión por Gwenn para intentar alejarlo de Arturo. Y él... Él había caído en la trampa.

—Conmigo puedes contar —aseguró con repentina decisión—. No sé si es mucho o poco lo que puedo aportar a la Tabla Redonda, pero quiero formar parte de ella.

Arturo le tendió la mano. Él se la estrechó con fuerza.

Se pusieron en pie. En silencio, intercambiaron un abrazo breve, de compañeros de armas. De amigos.

De regreso a su cuarto, Lance iba pensando que quizá, si se esforzaba, terminaría adaptándose a la nueva situación. Al fin y al cabo, Gwenn nunca podría ser suya. Era la mujer de Arturo. La reina de Britannia. Había elegido ambas cosas, y nada invitaba a pensar que estuviera dispuesta a renunciar a ellas para construirse un futuro distinto. Incluso si lo deseaba, era demasiado consciente de sus responsabilidades como para olvidarlas. No podía esperar que lo hiciera.

Tenía que aceptar de una vez por todas que él no podía formar parte de la vida de Gwenn, por mucho que le doliera.

Además, Merlín tenía razón al decir que, más allá de las pequeñas pasiones y locuras de los individuos, estaban las empresas por las que merecía la pena luchar y sacrificarse. La Tabla Redonda podía convertirse en una de esas empresas. ¿Por qué no olvidarse de todo lo demás y arrimar el hombro para que funcionase? Después de hablar con Arturo, creía más que nunca en lo que estaba intentando hacer con Britannia, y quería participar en ello.

Decidió que, al menos, probaría. Dedicaría las semanas siguientes a conocer mejor el funcionamiento de la Tabla y a intentar colaborar en el proyecto como fuera. Esa sería su única obsesión en lo sucesivo. Le serviría para ocupar el vacío que había dejado Gwenn. Al menos tendría algo por lo que luchar, por lo que levantarse cada mañana.

Su resolución duró hasta que abrió la puerta de su cuarto y se encontró con la reina en pie frente a su ventana.

Pensó en decirle que se marchara, que no debía estar allí. Quería contarle su encuentro con Arturo, lo que se habían dicho.

Pero cuando ella se aproximó y Lance pudo contemplar de cerca su expresión triste, de derrota, olvidó todos sus buenos propósitos.

Lo habían intentado. Los dos lo habían intentado de buena fe. Habían tratado de mantenerse separados, de cumplir con su deber ignorándose el uno al otro. Pero ella, al final, se había rendido. Y, si Gwenn se rendía, él no iba a apartarse para dejarla caer sola. Caería con ella. Hasta el mismo infierno, si hacía falta.

Capítulo 33

Una ráfaga de aire primaveral entró por la ventana de la biblioteca, agitando las hojas del enorme libro que Gwenn acababa de abrir sobre un atril. Aquella brisa cálida olía a rosas silvestres recién abiertas. Incitaba a abandonar la fresca penumbra del castillo para salir a disfrutar del buen tiempo y del bosque en todo su esplendor.

Gwenn deslizó los dedos entre los frágiles pergaminos blancos que componían las hojas y buscó la página que había perdido. La reconoció por la extraña capitular dorada y azul que daba comienzo al texto. Una vez más, releyó el principio, que explicaba los fundamentos del código en el que estaba escrita Britannia. Y una vez más, al llegar al término de la página tuvo que admitir que estaba demasiado distraída para asimilar lo que acababa de leer.

Se pasó una mano por la frente y volvió a empezar. Necesitaba concentrarse en algo que le impidiera pensar en lo que estaba haciendo con su vida. Y el código del velo era, por su complejidad, la mejor opción. Como reina de Britannia, sentía que debía aprender a leerlo, especialmente después de que Arturo se hubiese convertido en un experto alquimista, mejor que Uther incluso, según Merlín. Arturo había creado la Tabla Redonda en su ausencia..., y lo menos que Gwenn podía hacer era tratar de entender cómo lo había hecho y cuáles eran las claves de su funcionamiento. Se trataba de un deber para ella. Y además, en circunstancias normales habría sido la clase de desafío que habría estimulado su curiosidad.

Solo que sus circunstancias no eran normales. Las cosas que habitualmente le fascinaban o llamaban su atención ahora apenas lograban despertar su interés. No tenía tiempo ni energía más que para pensar en una sola cosa: en Lance... En Lance y en cómo había destrozado su vida.

Ojalá no lo hubiera conocido nunca. Ojalá la hubiese dejado allá atrapada en el Sith y no hubiese acudido a rescatarla. Eso había tejido entre ellos un lazo indestructible del que no podía escapar.

Durante sus primeros días en Camelot había intentado luchar contra aquellos sentimientos. Incluso llegó a convencerse de que, al lado de Arturo, terminaría acostumbrándose a pensar en Lance como en un fragmento de su pasado. Y luego, por un impulso, lo había echado todo al traste. Se había atrevido a colarse en las habitaciones de Lance para esperarlo allí. Y había ocurrido lo que se había prometido a sí misma que no volvería a suceder. Había pasado con él toda la noche. Y las noches siguientes. Hasta entonces habían tenido suerte y nadie sospechaba de ellos, pero si seguían tentando a la suerte de aquella manera, antes o después su secreto se sabría. Estaban jugando con fuego.

Después de leer la página por cuarta vez consecutiva, Gwenn se dio por vencida. Se encontraba demasiado agitada como para prestar atención a las explicaciones del manual.

Frustrada, se levantó del sitio de madera y fue a cerrar la ventana. Tras los vidrios emplomados, que componían una figura de rombos transparentes, distinguió el verde

brillante de las masas de árboles más allá de los muros del castillo. De pronto, se sintió prisionera en Camelot. Lo único que deseaba era cruzar aquellos muros y perderse en el laberinto del bosque. Como había hecho Yvain... Olvidarse de todo y de todos para curarse por dentro llevando una existencia salvaje. ¡Una vida sencilla!

Oyó tres tímidos golpes en la puerta, y antes de que le diera tiempo a responder, la figura rolliza de una de sus damas de compañía más ancianas asomó la cabeza.

—Majestad, perdonad que os moleste en vuestros estudios —dijo—. Es que ha ocurrido algo que quizá queráis saber, aunque lo más probable es que se trate de una tontería. Por si acaso, yo quería avisaros. Si me he equivocado, ruego me perdonéis.

—No necesitáis disculparos, lady Ágatha —aseguró Gwenn en un tono de impaciencia que desmentía sus palabras—. ¿Qué pasa?

La dama se acercó a la ventana con pasos cortos y presurosos. Parecía sofocada, como si hubiese corrido para llegar hasta la biblioteca.

Una vez junto a Gwenn, esbozó una reverencia y comenzó a hablar precipitadamente y en voz baja.

—Majestad, se trata de un muchacho que no tendrá ni siquiera dieciocho años. O quizá sea un poco mayor, ahora que lo pienso. Quizá llegue a los veinte. No sabría decirlo con seguridad...

—Al grano, lady Ágatha.

La mujer aceptó la orden con una grácil inclinación de cabeza.

—Como gustéis, Majestad. El caso es que han encontrado al chico en una de las despensas esta mañana. Estaba dormido. Uno de los pinches lo descubrió y alertó al jefe de cocina, que fue en persona a despertarlo. El muchacho, lejos de asustarse cuando vio tantas caras a su alrededor, pidió hablar a solas con el de mayor rango entre los presentes. Al principio se rieron de él, pero insistió tanto y con tanta seriedad que al final todos salieron, dejando al jefe de cocina con el muchacho a solas.

Lady Ágatha hizo una pausa para aumentar el suspense de su relato.

—No veo la necesidad de que me informéis de algo así —dijo Gwenn—. Si el jefe de cocina ya se ha hecho cargo...

—Justamente. Ahí es adonde quería ir a parar —interrumpió lady Ágatha bajando la voz—. Cuando el muchacho se quedó a solas con él, le dijo que necesitaba entrevistarse con vos en el más absoluto de los secretos.

Gwenn arqueó las cejas.

—¿Y os ha parecido una petición razonable, al jefe de cocina y a vos?

Por primera vez desde su llegada, lady Ágatha pareció perder parte de su aplomo.

—Es que el muchacho es muy extraño, y según Nicholas, el cocinero, no está bromeando. Dijo que solo a vos os podía revelar sus motivos para presentarse en Camelot. Yo solo hago aquí de intermediaria. Transmito lo que Nicholas me ha pedido que os cuente. El muchacho dice llamarse Perceval.

La expresión escéptica de Gwenn se transformó de inmediato en una mirada de interés.

—¿Dónde está ahora mismo el muchacho?

—En el huerto de las cocinas, esperando vuestra respuesta. ¿Queréis que le haga venir?

—No. Iré yo misma a verle. Gracias por avisarme, lady Ágatha... Y antes de que os retiréis, una cosa: no comentéis esto con nadie de la corte. Absolutamente con nadie. ¿Me habéis oído?

—Mis labios están sellados —afirmó teatralmente la dama.

Después, ejecutó una perfecta reverencia y pidió permiso para retirarse.

Gwenn esperó a que el ruido de sus pasos se perdiera en la lejanía del corredor para salir de la biblioteca y encaminarse hacia la zona de servicio del castillo. Raramente bajaba a las cocinas, pero recordaba la entrada del pequeño huerto de hierbas aromáticas, al que se accedía desde la despensa principal.

Antes de entrar en el huerto, decidió asomarse un momento a la cocina para que Nicholas la viese. Al oír su nombre, el cocinero levantó los ojos de la olla de cobre cuyo contenido estaba removiendo con una cuchara de madera. Confuso, se llevó una mano a la frente sudorosa para quitarse el gorro negro que le protegía el cabello.

—Majestad..., es un honor —balbuceó.

Gwenn miró de reojo a las dos muchachas que pelaban verduras junto a la chimenea, y que observaban la escena.

—Ya sabes por lo que estoy aquí —dijo en voz baja—. No envíes a nadie a la despensa ni al huerto hasta que yo te avise. ¿Qué impresión te ha dado el muchacho?

—Me ha parecido que se encuentra en apuros. No lleva armas, me he asegurado de ello.

Gwenn asintió.

—No cuentes esto a nadie por el momento —advirtió.

A continuación, se introdujo en la despensa principal a través de la puerta que comunicaba directamente con la cocina y, desde allí, salió al pequeño huerto.

El muchacho, que estaba sentado sobre un tonel roto a la sombra de un manzano, se puso en pie instantáneamente al verla entrar, pero no se atrevió a ir a su encuentro. Así pues, Gwenn tuvo que caminar hacia él.

—¿Eres Perceval de verdad? —preguntó, decidida a no andarse por las ramas.

El chico asintió.

—Perdonad que me haya metido en el castillo de esta manera —se disculpó, visiblemente azorado—. Sé que el rey me espera. Pero es que no puedo unirme a vuestra corte todavía, Majestad, aunque sea lo que más deseo en este mundo.

—¿Por qué no puedes?

—No sé si sabéis que soy hijo de sir Pelinor. La idea de sir Gawain era que mi padre me armase caballero antes de llegar a Camelot. Pero ni él ni mi prima Elaine estaban interesados en eso. Querían de mí otra cosa.

—Que buscáis el Grial. Mi esposo me lo contó.

—Sí. Que buscase el Grial. Yo me negué, al principio. Después, sir Gawain me convenció de que debía regresar a Aquae Sulis y aceptar el encargo de mi prima. Pero cuando volví, ella y mi padre habían desaparecido. Desde entonces no he hecho más que buscarlos. He dado vueltas por ahí, preguntando a veces, observando en silencio otras... He intentado aprender de mis errores. Me han pasado muchas cosas, pero nada, nada me ha acercado ni una pulgada a mi familia. Estoy como al principio. No sé dónde buscarlos. No sé por dónde empezar a buscar el Grial... Por eso he recurrido a vos.

—¿Y en qué puedo ayudar yo? —preguntó Gwenn, perpleja—. ¿Qué esperáis que haga?

Perceval la miró con los ojos muy abiertos.

—Dicen que sois bruja. Que tenéis poderes. Perdonadme, no pretendía ser descortés. Pero fue Merlín en persona el que me dijo que solo la reina tenía poderes suficientes como para ayudarme en mi búsqueda.

Gwenn no intentó disimular su asombro.

—¿Merlín te dijo que acudieras a mí? ¿Que yo era una bruja?

—Bueno..., eso de la bruja ha sido cosa mía. Por sus explicaciones comprendí que tenáis que ser una hechicera. No os enfadéis. Necesito vuestra ayuda. Decidme al menos que intentaréis ayudarme. No tengo a nadie más a quien recurrir...

—Está bien, Perceval. Te prometo intentarlo, es lo más que puedo hacer. Pero no quiero que te hagas ilusiones. Mis poderes no llegan tan lejos como Merlín te ha dicho, y lo peor es que yo no los conozco lo suficiente como para saber, en cada ocasión, hasta dónde me pueden conducir.

Capítulo 34

Después de la conversación con Perceval, Gwenn le encargó a lady Ágatha que le buscara al muchacho un alojamiento discreto en alguna granja cercana a Camelot y se fue directamente a ver a Merlín. Lo encontró en la humilde torre de piedra y madera que se había hecho construir sobre un viejo molino, justo al otro lado del muro norte del castillo. Era la primera vez que acudía a verlo en su refugio, pero al mago no pareció sorprenderle su visita. Con una sonrisa muda, la invitó a pasar a la fresca cocina que ocupaba toda la parte baja de la construcción. Era un lugar agradable, impregnado por el olor de los manojos de tomillo y salvia que colgaban de las vigas del techo.

—Veo que te has recuperado de la fatiga del viaje. —Fueron las primeras palabras del mago—. Tienes buen aspecto. Aunque yo diría que no duermes lo suficiente. ¿Me permites un consejo? Deberías salir más de tus aposentos y hacerte ver en la corte. La gente está deseosa de hablar contigo. Y Arturo te necesita a su lado. Camelot es una maquinaria muy complicada, y cuesta mantener los engranajes siempre a punto. Tú puedes ayudar mucho con eso. Además, así te distraerás... No te importa que un viejo amigo y consejero te hable de esta manera, ¿verdad?

—Quiero saber por qué has enviado a Perceval a buscarme —exigió Gwenn, ignorando la pregunta—. ¿Por qué le has hecho creer que yo puedo ayudarle a encontrar a su familia? Es absurdo, y lo sabes.

—Yo no lo considero absurdo. Si alguien tiene el poder para encontrar a sir Pelinor y a Elaine, eres tú.

—¿Yo? Ya viste cómo terminó mi última exhibición de poder. Si no fuera por Lance, aún estaría en el Sith.

Merlín se encogió de hombros con una sonrisa.

—El caso es que ya no estás allí —dijo—. Y gracias a lo que hiciste, yo recuperé mi libertad. No sé si te he expresado adecuadamente mi gratitud por ello.

—No, no lo has hecho —afirmó Gwenn con aspereza.

—En ese caso, lo hago ahora. Eres poderosa, Gwenn. Tienes dones que yo no he visto en ningún otro ser humano.

—Nada comparable al poder de las damas de Ávalon.

—Las damas de Ávalon no son humanas —dijo Merlín con gravedad—. No tengas miedo de poner a prueba tus capacidades, muchacha. Es la única manera de llegar a entenderlas... y, con el tiempo, quizá a dominarlas. Intenta ayudar a Perceval. No tienes nada que perder.

Gwenn lo miró con curiosidad.

—¿Por qué no lo ayudas tú? —preguntó—. Estoy segura de que tendrías más posibilidades de encontrar a su familia que yo.

—No creas que no lo he intentado. He estado indagando por ahí, buscando... a mi manera. La única conclusión cierta a la que he llegado es que no se ocultan tras el velo. No

están en Britannia, Gwenn. No están en la simulación.

—Eso hace más difícil encontrarlos en la vida real —observó Gwenn, pensativa—. ¿Qué crees que les ha podido pasar?

—Tengo mis teorías, pero no sé nada con seguridad. Ni siquiera sabría decir si se fueron por voluntad propia o... se los llevaron.

—¿Quiénes? ¿Y adónde?

—Adónde... no tengo ni idea. Y en cuanto a quiénes... Bueno, como te he dicho me he construido mi propia teoría. Está basada en las relaciones de Elaine con la dama del Lago. Sé que se conocen. Y sé que la dama la ha visitado a veces. Como sabes, a Viviana le interesa mucho todo lo relacionado con el Grial. Es lógico que haya estado pendiente de la familia que lo custodia.

—Entonces, ¿tú crees que han sido las damas de Ávalon!

—Creo que son las únicas capaces de hacer desaparecer de la simulación a dos personas sin dejar huella. Ni el mejor alquimista lo lograría de una manera tan limpia.

Gwenn se dejó caer sobre el escaño de madera que había junto al hogar apagado.

—Y aun así, me pides que sea yo quien ayude a Perceval. Sabiendo lo que me hicieron la última vez.

—Sobre eso... he pensado bastante, ¿sabes? Y creo que Nimúe quizá desempeñó un papel diferente del que imaginamos.

—Me traicionó. Me animó a liberarte y luego me denunció ante Viviana.

—Quizá no fue exactamente así. Te dejó caer a ti para cubrirse las espaldas, eso es cierto. Pero no creo que lo hubiese hecho de haber tenido otra alternativa.

Gwenn meneó la cabeza en silencio. Sus ojos estaban fijos en las cenizas apagadas de la chimenea.

—Da igual que lo hiciera para perjudicarme o para salvarse ella —murmuró por fin—. El hecho es que no es de fiar. Intentó matarme, y luego, por su culpa, acabé en el Sith. No pienso exponerme a que me haga daño por tercera vez.

—Pues yo creo que te equivocas temiéndola. Precisamente por lo que te ha hecho, deberías tratar de medirte con ella una vez más. No puedes vivir siempre bajo la sombra de la amenaza de Nimúe. Tantéala con este asunto de Perceval. Demuéstrale que, a pesar de todo lo que te ha hecho, no le tienes miedo. Eso le hará comprender lo poderosa que realmente eres.

—Sí, y quizá le dé nuevas razones para tratar de matarme. Merlín, por favor, inténtalo tú. Yo no me siento con fuerzas.

—Eres joven, tienes dones que ni siquiera alcanzas a comprender... Yo no soy más que un anciano que ya le ha dado al mundo todo lo que le tenía que dar. Es tu decisión, Gwenn. Haz lo que quieras. Yo ya he cumplido con mi deber.

—¿Y qué sugieres, entonces? ¿Que vuelva a Ávalon?

Merlín la miró con una sonrisa serena.

—Por lo que he visto de tus capacidades, creo que no será necesario. Busca otra forma de comunicarte con Nimúe.

—El conjuro de la Mano Vacía —recordó Gwenn de pronto—. La propia Nimúe me enseñó a usarlo. Me dijo que era peligroso, pero que, si alguna vez necesitaba hablar con ella, podía utilizarlo para encontrarla.

—Inténtalo —sugirió Merlín—. Hazlo aquí mismo, ahora. Yo te dejaré sola para que puedas concentrarte, pero estaré muy cerca, por si las cosas se tuercen.

Gwenn alzó los ojos hacia el mago.

—Me da miedo —admitió—. ¿Por qué tengo que arriesgarme? Si Perceval ha sido elegido por su familia para buscar el Grial, seguro que puede hacerlo por sí mismo. No creo que necesite mi ayuda.

Merlín hizo una mueca.

—Es tu decisión, ya te lo he dicho. No tienes que hacerlo ahora, si no quieres.

Piénsalo con calma. Perceval puede esperar.

Gwenn volvió a desviar la mirada hacia las frías cenizas de la chimenea. Recordó los ojos plácidos e inteligentes de Nimúe, y, como siempre que pensaba en ella, sintió una punzada de tristeza. La dama era una de las personas en las que más había confiado. Nunca se recuperaría de aquella herida... a menos que hiciese algo al respecto.

—No, tienes razón, Merlín. Tengo que intentarlo. Quiero hablar con Nimúe, quiero preguntarle por qué hizo lo que hizo. Estoy deseando oír sus explicaciones.

Merlín le tomó la mano derecha entre las suyas y se la estrechó con suavidad.

—Buena suerte. No me iré muy lejos, por si acaso... Llámame si me necesitas.

Gwenn se quedó observando al mago hasta que lo vio desaparecer tras la raída cortina de lana roja que separaba la cocina de las escaleras. Después, se miró la mano que Merlín acababa de estrechar. Durante unos instantes observó el entramado de finísimas líneas en su piel sin pensar en nada. A través de su palidez podían distinguirse sin esfuerzo algunas venas, delicadas y azules.

Lentamente, cerró el puño y se concentró en la sensación de contacto entre el pulgar y la palma de su mano. Aquella calidez... Le habría gustado retenerla, pero debía dejarla ir.

Una vez más, abrió la mano, y al hacerlo permitió que se abriera también aquella puerta de su conciencia que Nimúe le había enseñado a mantener siempre cerrada. Era el umbral entre los pensamientos habituales de su mente y aquellos otros que tenían el poder de conectarse con el velo, de encontrar caminos a través de su tejido que nadie más podía presentir.

En ese mismo instante notó el peso de una jarra de cerámica entre sus dedos. La estaba sosteniendo por el asa. Era un objeto basto, toscamente pintado en blanco y decorado con motivos azules. Pesaba tanto porque estaba lleno de agua.

Intuyó lo que debía hacer y lo hizo. Era el conjuro de la Mano Vacía. Inclínó el jarro hasta que el agua comenzó a verterse en el suelo. Entonces, justo debajo del chorro transparente, surgió una palangana del mismo material que la jarra.

Continuó vaciando el contenido del jarro en la palangana, que se iba llenando poco a poco. Finalmente, cuando ya no quedaba nada en el recipiente que sostenía, observó su reflejo en el agua de la palangana.

Primero se vio a sí misma, pálida y concentrada. Después, sin transición, su rostro se convirtió en el de Nimúe.

Sintió el impulso de hundir la mano en el agua para agitar el reflejo. Y de acercarse más a la palangana, para ver mejor. Sin embargo, algo dentro de ella le hizo comprender que no debía hacer ninguna de las dos cosas.

Era el conjuro de la Mano Vacía.

Con decisión, soltó el asa de la jarra. Observó cómo se estrellaba contra el suelo y se rompía en pedazos.

Sintió una presencia a su lado, y cuando se volvió a mirar se encontró sentada junto a ella a Nimúe.

Capítulo 35

Nimúe alargó una mano y rozó con sus dedos la mejilla de Gwenn. Era un gesto inédito en ella. Y además, había algo en sus ojos que Gwenn jamás había percibido antes: una humildad desconocida..., tal vez arrepentimiento.

—No creí que volvería a verte —dijo con su voz serena y musical de siempre.

Una sonrisa dolida afloró a los labios de Gwenn.

—Hiciste todo lo posible para no verme más, desde luego.

Nimúe tardó un momento en contestar.

—No espero que me perdones —dijo por fin—. No tienes por qué hacerlo. Pero sí querría explicarte lo que ocurrió. Viviana descubrió que habías liberado a Merlín antes de lo que yo esperaba. No pude urdir ningún engaño, no me dio tiempo. Y no podía exponerme. No me quedó otra salida.

—Al menos reconoces tu egoísmo —observó Gwenn en tono mordaz—. Admite que desde el principio sabías lo que me iba a suceder.

—Sabía que era una posibilidad. Esperaba poder evitar que ocurriera, pero no fui capaz. En todo caso, yo siempre he confiado en ti, Gwenn. Tanto, que estaba convencida de que encontrarías el camino de vuelta desde el Sith. Y ya ves que así ha sido.

—No lo encontré sola. Lance me ayudó.

Los ojos de Nimúe se ensombrecieron.

—Lo sé. Ojalá pudiera entenderlo. Todo lo que ha sucedido entre nosotras, todo lo que yo he hecho desde que os conocisteis... tiene que ver con él, Gwenn. Me preocupa Lance. Mucho.

—Y por eso intentaste matarme.

—Fue un error, ya te lo dije. Quería borrararte de su vida, que no torcieras su destino. Estaba equivocada. Lo comprendí después, cuando Merlín me liberó del hechizo en el que yo misma me encerré.

—El conjuro de Broceliande.

—Sí. Supongo que es lo más parecido a la muerte que puede experimentar una dama de Ávalon. Me hizo replantearme muchas cosas. Nuestro papel en este mundo vuestro. Nuestro empeño por descifrar la trama del destino. Se supone que es para lo que estamos aquí: para descubrir y entender los hilos que tejerán el futuro, para ayudar a que ese futuro sea el mejor posible. Pero en nuestro empeño por leer en el tapiz de las vidas humanas hemos terminado cegándonos a la verdad. Los humanos sois las criaturas más extrañas que existen, Gwenn. Habéis sido agraciados con un don extremadamente infrecuente en el universo: el de la libertad. Y eso lo complica todo.

—Hablas como si tú no fueras humana —dijo Gwenn, perpleja.

Nimúe sonrió.

—Llevo tanto tiempo entre vosotros que ya tengo más de humana que de cualquier otra cosa. Pero nosotras venimos de otro tiempo, Gwenn. De otro lugar. De un mundo

anterior a los Antiguos, anterior a la Humanidad misma.

—Me da vértigo escucharte.

—Lo comprendo. Pero necesito que lo hagas. Mi equivocación con Lance ha sido no pedirte ayuda, intentar arreglar las cosas sin contar contigo. Habría sido más fácil revelarte la verdad desde el principio... O, al menos, la parte que yo conozco.

Gwenn se apartó un mechón de pelo de la frente. Le habría gustado poder alejar de la misma forma la intuición de que algo amenazador y oscuro latía en las palabras de Nimúe.

—Yo no te he invocado para pedirte explicaciones —objetó—. Solo quiero que me ayudes a encontrar a sir Pelinor y a su sobrina Elaine. Han desaparecido de Aquae Sulis sin dejar rastro, y Merlín cree que es cosa de Viviana. ¿Tiene razón?

Nimúe desvió sus enigmáticos ojos hacia las cenizas apagadas de la chimenea.

—Entonces, has conocido a Perceval —murmuró.

—¿Cómo lo sabes?

Nimúe volvió una vez más la mirada hacia Gwenn.

—Todo está relacionado, ¿sabes? Perceval, su familia, la búsqueda del Grial... y Lance. Y todo, absolutamente todo, está relacionado contigo.

Gwenn alzó las cejas, asombrada.

—¿Connigo? Ni siquiera sé muy bien lo que es el Grial, ni por qué a todos les interesa tanto.

—No voy a entrar en eso, porque ni nosotras mismas tenemos una respuesta clara a esa pregunta. Lo que sí puedo decirte es que el Grial es algo muy poderoso. Si cae en las manos equivocadas, puede desencadenar una catástrofe. Ya ocurrió una vez. Nosotras queremos impedir que la historia se repita.

—¿Y por qué no vais vosotras mismas a buscarlo?

Nimúe sonrió.

—Porque el Grial no se deja encontrar por aquellos a los que percibe como una amenaza. Es un conjunto de objetos autoconsciente. Muy pocos son capaces de verlo, y más escasos aún son los que pueden interactuar con él. Durante mucho tiempo creímos que solo dos personas tenían la capacidad de hacerlo. Una de ellas es Lance. La otra, Perceval. Y ahora resulta que ha surgido una tercera.

—No lo comprendo. ¿Cómo podéis saber vosotras todo eso?

Nimúe tardó un momento en responder, como si estuviese meditando en lo que iba a decir.

—Nosotras, las damas de Ávalon, tenemos medios para leer, a través de las aguas del Lago, los distintos caminos que puede tomar el futuro. En el caso del Grial, descubrimos que existían dos futuros posibles. En uno, el elegido para encontrarlo lo salva, a costa de la destrucción de Britannia. En el otro, el Grial es destruido, y Britannia perdura. El primero es el camino de Perceval; el segundo, el de Lance. Al menos, así lo creíamos nosotras... hasta que tú apareciste. Tú no estabas en ninguno de los futuros que nosotras habíamos visto. Desde luego, no estabas en el futuro de Lance. Lo enmarañaste todo.

Gwenn sintió que se le formaba un nudo en la garganta.

—Me estás diciendo que yo no debería existir.

—Te estoy diciendo que, en los innumerables hilos del destino que nosotras estudiamos, tú no estabas. En ocasiones aparecían otras mujeres: una hermana de Arturo con dotes de maga y conocida como Morgana. Y una joven caprichosa y bella llamada Ginebra. Pero tú, Gwenn, tú no existías. No existías en ninguno de los relatos posibles.

—Entonces, según vosotras, ¿qué soy? ¿Un error de la naturaleza?

—Un producto de la libertad humana. Al principio, cuando empezaste a mezclarte en la vida de Lance, me asusté. Por razones que no puedo revelarte, para nosotras es de vital importancia que se cumpla el camino de Lance y no el de Perceval. Pero tu aparición borró el camino de Lance, lo desdibujó hasta volverlo imperceptible. Como sabes, intenté arreglarlo eliminándote. Pero después, durante el tiempo que permanecí atrapada en el conjuro de Broceliande, empecé a ver las cosas de otra manera. Me di cuenta de que somos nosotras, las damas de Ávalon, quienes tenemos una visión limitada y pobre del universo. Vosotros, con todas vuestras imperfecciones, abríis vías nuevas e inexploradas en los caminos del futuro. Comprendí que la libertad podía generar, quizá, un futuro más rico y lleno de posibilidades que el que Viviana y yo habíamos imaginado. Y cuando Merlín me liberó del conjuro y me dio la oportunidad de volver a la vida, elegí hacerlo. Quería darle una oportunidad a esa nueva vía peligrosa e inexplorada que también conduce al futuro: la vía de la libertad. La que te incluye a ti.

—¿Y qué dijo Viviana?

—Viviana no lo sabe. Y no debe saberlo. Tu intromisión hizo que el destino de Lance se torciera, y de ahí surgió un tercer camino hacia el Grial que antes no habíamos visto. Es el del hijo de Lance. Galahad.

El corazón de Gwenn comenzó a latir precipitadamente.

—Eso es imposible —acertó a murmurar—. Lance no tiene ningún hijo.

—Lo tendrá. Elaine lo lleva en su vientre. Es el último heredero de la estirpe del Grial, y el elegido para cumplir el destino al que Lance renunció cuando se enamoró de ti. Él destruirá el Grial. Al menos, así lo cree Viviana.

—Pero ¿cuándo sucedió? ¿Cómo?

—Viviana utilizó a Elaine. De común acuerdo, engañaron a Lance. Cuando él la admitió en su cama, creía que eras tú. Tomó tu apariencia. Así fue como engendró a su hijo.

—Entonces, por eso ha desaparecido junto con Pelinor. Viviana intenta protegerla. Proteger a ese niño.

—Sí. Intenta proteger a Galahad.

Gwenn miró a Nimúe con curiosidad.

—¿Y tú no? ¿Por qué? —preguntó—. ¿Ya no quieres la destrucción del Grial?

—No quiero el camino que ya está escrito. Quiero el que aún está por inventarse. Quiero el camino de Lance. Es el camino más humano, porque está sembrado de errores, casualidades, derrotas..., pero también de decisiones libres. Y ese factor, el de la libertad, es extremadamente poderoso a la hora de engendrar futuros que nosotras ni siquiera alcanzamos a imaginar. Eso es lo que por fin he comprendido.

Las dos se quedaron calladas durante unos instantes, cada una abstraída en sus pensamientos.

Gwenn fue la primera en volver a la realidad.

—Entonces, ¿qué le digo a Perceval? Es solo un muchacho. Y está buscando el Grial porque cree que es su deber. Ni siquiera es un camino que él haya escogido.

Nimúe se encogió levemente de hombros.

—Tal vez ese sea su problema. Dile que no has logrado averiguar nada, y que no puedes ayudarlo en su empresa. Si quiere buscar el Grial, es libre de hacerlo. Pero no contará con ninguna ayuda.

—Quizá debería sugerirle que abandonase la búsqueda. Por lo que me has contado, su familia ha tomado otro camino. Ya no lo necesitan para recuperar el Grial.

—Tal vez. Pero, aun así, es mejor que no le digas nada. Todos los caminos del futuro merecen ser explorados. Y el de Perceval también debe tener su oportunidad.

—Si conduce a la destrucción de Britannia, no quiero que la tenga —afirmó Gwenn, mirando a los ojos a Nimúe.

La dama le sostuvo la mirada.

—El mayor peligro para Britannia no reside en lo que haga Perceval, Gwenn, sino en lo que hagáis Lance y tú. No me mires, así; sé de lo que hablo. Hace falta una fuerza muy poderosa para arrancar a alguien del Sith. Y esa fuerza solo puede ser un amor intenso y correspondido.

Gwenn bajó la cabeza.

—No es algo que hayamos elegido nosotros —dijo en voz baja—. Ojalá no hubiera sucedido, pero ocurrió.

—Quizá no podíais elegir si queríais o no enamoraros, pero sí podéis escoger lo que hacéis con esos sentimientos. No es solo por Britannia, Gwenn. Es por vosotros; por ti, y sobre todo por Lance. Ninguno de los dos estáis hechos para traicionar a los que confían en vosotros. Os destruirá por dentro. Y si Lance se destruye a sí mismo, si renuncia a ser el hombre que puede ser, no encontrará el camino. Ese camino es el que yo creo.

—Me estás pidiendo que sacrifique mis sentimientos por esa extraña fe que tú tienes en él. Para que encuentre el Grial.

—No es solo por eso. También te lo pido por ti. Y por Arturo. Es sorprendente lo que está construyendo. En todos los años que llevo viviendo en vuestro mundo, nunca había conocido un caso semejante de creatividad. Hace que parezca posible recuperar todo lo que los Antiguos destruyeron.

—No puedo prometerte que lo nuestro vaya a acabar —dijo Gwenn, mirando a los ojos a su mentora—. No depende de mi voluntad, Nimúe. Es más fuerte que yo.

—No, Gwenn. Es parte de ti. Pero tú eres más que esa locura que os está destrozando. Los dos lo sois. Sois libres. Estáis hechos para la libertad. Por eso he elegido creer en vosotros; porque sé que, cuando llegue el momento, tendréis el valor de escoger.

Capítulo 36

Gwenn observó con aire crítico el vestido de terciopelo y encaje que sus damas acababan de desplegar sobre la cama para ella. Era un atuendo de ceremonia, uno de los muchos que se había encontrado preparados en su guardarropa a su llegada al castillo. Aún no había estrenado ninguno, pero eso iba a cambiar. Había decidido empezar a participar de nuevo en la vida pública de Camelot.

Arturo había anunciado un baile de bienvenida en honor de la reina para esa noche. Lo había hecho con el consentimiento de Gwenn, que en dos ocasiones anteriores le había rogado que lo pospusiera. Después de todo, no tenía sentido seguir postergando lo inevitable. La vida del castillo debía continuar, y la reina no podía mantenerse al margen.

Dejó que sus damas le ayudasen a ajustarse el vestido. La magia de la nueva Britannia lo ceñía automáticamente a su cuerpo y plasmaba los pequeños cambios que ella imaginaba directamente sobre el tejido. Cualquiera podía hacer ahora lo que, en otros tiempos, había sido uno de sus pequeños privilegios cuando se conectaba al velo. Ninguna doncella la miraba ya con envidia al contemplar las transformaciones del encaje y los bordados sobre la tela, porque ellas eran capaces de lograr lo mismo.

Cuando estuvo vestida, una antigua dama de su madre que se había trasladado a Camelot tras la huida de Igraine y que respondía al nombre de lady Carol le presentó un estuche de terciopelo abierto. En su interior brillaban unos pendientes de zafiros, esmeraldas y oro blanco.

—Son un regalo del rey —anunció la dama—. Los guardaba para vos desde hace meses. Se los encargó a un orfebre de Corinium cuando estuvo allí estudiando con los alquimistas.

—Son espléndidos —reconoció Gwenn.

Prendió las dos delicadas joyas en sus orejas y se miró al espejo. Hacía tanto tiempo que no se preocupaba de su aspecto, que le sorprendió el reflejo pálido y serio del cristal. Tenía una expresión triste que, quizá, realizaba su belleza. No era, sin embargo, la cara que debía tener la esposa del hombre que había transformado Britannia de manera maravillosa. Arturo se había esforzado mucho por desterrar de su corte el ambiente lúgubre de Tintagel. Había logrado hacer de Camelot un lugar donde se respiraba alegría. Ella no tenía derecho a empañar aquella atmósfera de júbilo... Debía olvidarse de su angustia y sonreír.

Con la firme resolución de mostrarse feliz durante toda la velada, descendió por fin al salón de baile. Apenas se había retrasado unos minutos conforme al horario previsto, pero, cuando entró en el salón, se encontró con que todos los cortesanos y el rey mismo estaban ya presentes, y que únicamente aguardaban su llegada para dar comienzo a la fiesta.

En el umbral de la sala, Gwenn tomó aire, cerró los ojos un instante para concentrarse en lo que debía hacer y finalmente, abriéndolos, caminó con una gran sonrisa al encuentro del rey, que la aguardaba en pie, delante del trono.

Arturo le besó la mano, como correspondía a los usos de la corte. Estallaron algunos

aplausos a su alrededor.

—Estás preciosa —le susurró el rey al oído—. Sabía que esos pendientes te iban a sentar bien.

—Son muy bonitos. Gracias.

—Reproducen los colores del mar en nuestra travesía a Tintagel, cuando nos conocimos.

—Yo juraría que el mar, en aquellos días, estaba casi siempre gris —recordó Gwenn sonriendo.

Arturo le guiñó un ojo alegremente.

—Se ve que mi memoria funciona como el velo de Britannia: realza los colores y embellece las escenas —admitió—. Aunque mis recuerdos de ti, por mucho que yo los haya embellecido, no pueden rivalizar con este momento.

La sonrisa de Gwenn se volvió más relajada. La voz de Arturo transmitía sinceridad. Estaba realmente contento de verla.

—Tengo una buena noticia —anunció el rey—. Mira quién ha llegado esta misma tarde. ¡Gawain!

El caballero, al oír su nombre, se separó del corrillo de damas que lo rodeaban y fue al encuentro de los reyes con los ojos brillantes.

—¡Prima! Llegué a creer que no volvería a verte. Y cuando me dijeron que habías regresado, decidí que tenía que venir a comprobarlo con mis propios ojos.

—A mí me habían contado que andabas por ahí persiguiendo a un monstruo que te retó a un desafío...

El semblante de Gawain se ensombreció.

—Algo de eso hay. Ya te contaré cómo ocurrió. De todas formas es un asunto que puede esperar; en cambio, lo de los pictos no.

—¿Lo de los pictos? Sé que se han rebelado en la frontera norte, pero ¡eso nos queda muy lejos!

Arturo pasó la mano alrededor de la cintura de su esposa, atrayendo con ese gesto su atención.

—Hace días que quería explicártelo, pero no nos hemos visto mucho desde tu llegada —dijo—. Nos vamos a la guerra contra los pictos, Gwenn. No podemos dejar pasar esa amenaza. Eso animaría a otros a imitar su ejemplo.

—Y además, detrás del levantamiento de los pictos está Dyenu —recordó Gawain—. Y Dyenu siempre es peligroso.

Gwenn miró a Arturo, preocupada.

—Pero entonces, ¿va a haber una expedición militar?

—Los preparativos ya han comenzado, y ahora que Gawain está aquí, creo que ha llegado el momento de hacerlo público. Su participación animará a muchos otros a unirse..., aunque a nadie se le obligará a venir.

Gwenn se fijó en que los ojos de Arturo recorrían rápidamente el salón de baile, como buscando a alguien.

—Todavía no he podido hablar de esto con Lance —añadió, y su mirada se volvió hacia Gwenn—. Quizá deberías explicárselo tú. Sería importante contar con su apoyo.

Gwenn creyó notar una leve quemazón en sus mejillas. Probablemente se habría ruborizado.

Se obligó a sonreír para ocultar su incomodidad.

—Si quieres hablaré con él, aunque no lo veo por aquí ahora.

—No. Parece que la vida cortesana no es lo suyo —observó Gawain—. Pero a la hora de unirse a nosotros contra los pictos no creo que ponga reparos. Bueno, Gwenn..., la gente ya está bailando, y la reina no se puede quedar al margen... ¿Me concedes este baile?

Gwenn miró a Arturo, que asintió con expresión risueña.

—El próximo es mío —dijo—. Y el siguiente también.

Gwenn aceptó la mano que le tendía Gawain y caminó con él hacia el centro de la sala mientras las parejas aplaudían el final de la pieza anterior.

Cuando comenzó la música, dejó que su primo la guiase a través de las baldosas de mármol blanco mientras ella disfrutaba del movimiento y la melodía. Como buen cortesano, Gawain era un excelente bailarín. Podía ejecutar diferentes pasos sin perder el ritmo y sin pisar jamás a su pareja, todo ello mientras mantenía una conversación agradable e interesante.

Una parte de esa conversación, sin embargo, terminó abordando un asunto que Gwenn no esperaba.

—Has visto a Perceval, ¿verdad? —le preguntó de improviso su primo—. ¿Qué opinas de él?

—Vino a verme, sí —confirmó Gwenn, sorprendida de que Gawain estuviese al corriente—. Quería que lo ayudase a encontrar a su familia. Lo intenté; logré conectar con Nimúe, pero ella me dijo que no podía darme ninguna información, así que finalmente no sirvió de nada.

Notó que se le formaba un nudo en la garganta al recordar la conversación con su antigua mentora. Estaba harta de repetirse mentalmente cada fragmento del diálogo, cada frase de Nimúe. En los dos días que habían transcurrido desde entonces, no había podido pensar en ninguna otra cosa.

—Perceval quedó bastante decepcionado después de eso —observó Gawain—. Nos encontramos en una de las paradas de postas de la carretera de Cornualles. Creo que me estaba esperando, seguramente habría oído rumores de que me iba a detener allí.

—Tuve que decirle la verdad, que no podía ayudarlo —dijo Gwenn.

—Lo sé. Pero no puedo evitar que me dé lástima. ¡Lo encontré tan perdido! Me arrepiento un poco de haberle animado a emprender la búsqueda del Grial. Creí que era su destino, que estaba llamado para eso. Pero a lo mejor me equivoqué.

—Intenté convencerle de que se quedara en la corte y de que me permitiese presentarle a Arturo, pero no hubo manera —contó Gwenn, pensativa—. Quizá debí insistir más.

Los músicos concluyeron su pieza en ese instante, y todas las parejas se detuvieron para saludarse y aplaudir. Después, Gawain tomó a su prima de la mano para conducirla adonde los aguardaba Arturo, pero en el camino se les cruzó Lance.

Gwenn sintió que el corazón se le desbocaba al verlo. Concentrada en el baile, no se había fijado en su llegada. ¿Cuánto tiempo llevaría entre los cortesanos, observándola? Lo último que ella esperaba era que le diese por presentarse en la fiesta.

—¿Me concedéis este baile? —preguntó, inclinándose en una forzada reverencia.

—Lo siento, se lo he prometido a mi esposo —contestó Gwenn, enrojeciéndose.

Gawain se echó a reír.

—No seas remilgada, prima —dijo—. Desde aquí estoy viendo la sonrisa de satisfacción de Arturo. Justo hace un momento estábamos hablando de ti, Lance. Te echábamos de menos.

—Yo también me alegro de verte, Gawain —replicó Lance sin apartar los ojos de

Gwenn—. Bueno..., entonces, ¿aceptáis?

Gwenn comprendió que, si no lo hacía, levantaría más revuelo que si aceptaba, de modo que asintió con la cabeza.

En el mismo instante sonaron los primeros acordes de la pieza siguiente. Con cierta torpeza, Lance pasó un brazo alrededor de la cintura de la reina y la arrastró al centro de la pista de baile. Algunas otras parejas se unieron de inmediato a la danza.

—Esto no es muy sensato —murmuró Gwenn, buscando la mirada de Lance.

—Lo sé. Pero no podía más —repuso él en voz baja—. Llevas dos días escondida en tu cuarto. No has respondido a mis notas.

—No era seguro.

Bailaron en silencio durante los siguientes compases. Lance parecía tener un don instintivo para seguir el ritmo, pero desconocía las variaciones habituales de los pasos. Gwenn creyó escuchar algunos murmullos apagados a su paso. Estaban llamando demasiado la atención.

De pronto, Lance se inclinó hacia su oído.

—Quiero verte esta noche —le susurró—. Iré a tus habitaciones.

Ella lo apartó con suavidad. Trató de desplegar una fría sonrisa para que nadie sospechase del gesto del caballero.

—No —dijo, al cabo de un momento—. No puedes venir.

—¿Por qué no? Déjalo, es igual... Dime cuándo, entonces. ¿Mañana?

—No. Mañana tampoco. No quiero que vuelvas, Lance.

Fue la primera vez que él perdió el paso. Se quedó quieto mientras la música seguía sonando. La miraba aturdido.

Gwenn reanudó el movimiento, obligándole a seguirla.

—Dime que no me quieres y haré lo que me pides —murmuró él atropelladamente—. Dime que no sientes nada y no volverás a verme.

—No puedo decirte eso. Sería mentira.

—Entonces, ¿por qué? No pienso aceptar una decisión que nos hace infelices a los dos. Yo no puedo..., no quiero vivir si te pierdo.

—No vas a perderme. —Gwenn notó la humedad cálida de las lágrimas en sus ojos. Tragó saliva para deshacer el nudo que se le había formado en la garganta—. Me tendrás..., pero de otra manera. No quiero engañar a Arturo. Él me necesita. Y también te necesita a ti.

—No me digas que lo haces por mí —replicó Lance con pasión—. No es cierto.

—Lo hago sobre todo por ti —afirmó Gwenn.

Su acento de sinceridad hizo que Lance dejase de argumentar. Durante el resto de la pieza, no hicieron nada más que mirarse el uno al otro.

Al cesar la música, mientras el resto de las parejas aplaudía, Lance se inclinó por última vez hacia Gwenn para hablarle en un susurro.

—Estaré aquí siempre, esperándote. Iré adonde tú vayas. Y cuando cambies de opinión, cuando te des cuenta de que me necesitas, me tendrás a tu lado.

—Haz lo que quieras —murmuró Gwenn—. Pero eso no va a suceder.

LIBRO V
El barco de piedra

Capítulo 37

Desde lo alto de una colina, a caballo, Arturo contempló por primera vez el muro Antonino, que separaba Britannia del país de Alba desde los tiempos antiguos. Visto desde allí, el muro no parecía tan imponente como él se lo había imaginado. Ancho, de piedra negra, se extendía sobre las sinuosidades del terreno hasta donde alcanzaba la vista.

Más que el muro le interesó el contraste entre las tierras a ambos lados de la frontera. En las de Britannia se alternaban los bosques con los campos de cultivo, componiendo un mosaico de verdes brillantes y oscuros que cautivaban la mirada con sus sutiles variaciones. Las tierras de Alba, en comparación, parecían yermas y hostiles. Pastos y roca se entremezclaban formando un paisaje agreste en el que las únicas notas de color las ponía el brezo púrpura que cubría las laderas más favorecidas por el sol. Todo el conjunto ofrecía un aspecto áspero y desvaído. La ausencia del velo se hacía sentir en el país de los pictos.

—No me extraña que quieran pasar a este lado —murmuró.

Sir Lac, el dux de la Marca, que se encontraba a su derecha, resopló al oírle hablar así.

—Eso mismo dice mi hija Enid —replicó—. Como si los pictos fuesen capaces de apreciar las mismas cosas que nosotros. Son salvajes. No les gustan las tierras cultivadas. Solo para incendiarlas y sembrar el miedo y la miseria.

El caballo de Enid cabeceó, nervioso, y la muchacha tuvo que acariciarle las crines para calmarlo, aunque daba la impresión de que el animal no había hecho sino expresar la incomodidad de su dueña. Arturo la observó de reojo. El atuendo de la muchacha, que vestía calzas y jubón de hombre y llevaba los cabellos cobrizos tan cortos que no podía recogerlos en una trenza, le daba un aspecto un tanto singular, que no carecía de atractivo.

—Los pictos cultivaban las tierras antes de que los britanos aprendiesen a hacerlo —dijo Enid, sosteniendo la mirada del rey—. Está en sus leyendas para quien sepa leer entre líneas. No siempre fueron lo que son ahora... La historia de Alba es más complicada de lo que la gente se cree.

—¡Enid! Perdonad a mi hija, Majestad. Nunca ha conocido nada más que estos territorios salvajes de la frontera. Se ha criado con sirvientes pictos, descendientes de los cautivos que se tomaron en las últimas guerras. Aunque parezca increíble, se ha encariñado con ellos. No entiende que son gentes inferiores, que no merecen mejor destino que la esclavitud o la muerte.

—Ningún ser humano merece la esclavitud o la muerte por haber nacido a un lado o a otro de un muro —dijo Arturo con el ceño fruncido—. No presumiré de conocer a los pictos, porque la verdad es que no sé apenas nada sobre ellos. Pero es bueno tener en nuestro bando a personas que sí los conocen, que entienden cómo son. Saber cómo piensa el enemigo nos puede ayudar a derrotarlo.

—Por eso no os preocupéis, hay muy poco que saber —replicó sir Lac—. ¿Queréis conocer cómo piensan? Los pictos no piensan, improvisan. Son incapaces de trazarse un plan y de seguirlo. Al menos, lo eran... hasta que ese demonio de Dyenu se empeñó en organizarlos.

—¿Cuántos ataques habéis sufrido en las últimas semanas? —preguntó Arturo.

—Cuatro, contando con la emboscada que sufrieron mis ojeadores al otro lado del muro. Los otros tres han sido intentos de asaltar la muralla.

—¿Cuántos hombres habéis perdido, en total?

—Treinta y dos. Más los heridos. Unos cincuenta, más o menos.

—¿Y ellos?

Sir Lac se quedó pensando.

—No lo sé. Menos que nosotros. Pero lo importante es que no han conseguido entrar. Ni lo van a conseguir.

—Están tanteando —intervino Enid—. Estudiando cómo nos defendemos. Que no hayan logrado cruzar hasta ahora no quiere decir que no puedan hacerlo.

Arturo se volvió hacia ella con curiosidad.

—¿Por qué pensáis así?

Enid enrojeció ligeramente.

—Han atacado en tres puntos diferentes, a horas distintas. La primera vez usaron un par de escalas de madera. La segunda, asaltaron la única puerta que se conserva en todo el muro aparte de la de la fortaleza, y usaron un ariete para intentar derribarla. La tercera, lanzaron flechas incendiadas y nos quemaron una de las torres de vigilancia. Estoy segura de que la próxima vez probarán con algo nuevo.

—Si tienen algo de sentido común, no habrá próxima vez —razonó su padre—. Ni siquiera los pictos son tan idiotas como para atacar al ejército del rey Arturo, que derrotó al mismísimo rey Aellas.

—No creo que aquel ejército tenga mucho que ver con este que ha venido aquí —contestó su hija, y miró al rey a la cara, como para corroborar sus palabras.

—Es cierto que no hemos traído a demasiados hombres —admitió Arturo—. Unos mil, como mucho. Pero son tropas bien entrenadas, las mejores de mi reino. Para la infantería, cuento con vuestras gentes.

—Labriegos y campesinos sin ninguna instrucción —soltó Enid en tono sarcástico—. ¡Menuda infantería! Vais a tener que utilizar alguno de esos trucos que os han hecho famoso para convertirla en un ejército de verdad.

—¡Enid! —la reprendió su padre—. Esa no es manera de hablarle al rey.

La muchacha volvió a enrojecer.

—Tenéis razón, padre. Perdonadme, Majestad. No he estado nunca en la corte y no conozco bien el protocolo.

—Yo creo que sabéis perfectamente lo que supone un atrevimiento y lo que no, así que no necesitáis escudaros en la ignorancia —replicó Arturo sonriendo—. No os preocupéis: valoro la sinceridad... Aunque he de deciros que estáis bastante equivocada con respecto a «mis trucos». No son ocurrencias ni genialidades improvisadas, sino proyectos a los que les dedico todas mis energías, mi inteligencia y mi tiempo.

—Me he expresado mal —admitió la joven en un tono de humildad que no había empleado hasta entonces—. Yo soy la primera en reconocer vuestros grandes logros, y en admirar lo que habéis hecho con Britannia.

—No buscaba vuestros elogios, creedme —dijo Arturo, visiblemente divertido—.

Sir Lac, os agradezco esta primera aproximación al terreno. Ahora, si no os importa, me gustaría regresar a la fortaleza. La jornada de viaje ha sido larga, y con lo que he visto tengo más que suficiente para hacerme una idea de la situación.

Sir Lac inclinó respetuosamente la cabeza.

—Ha sido un placer servirlos —admitió—. No os podéis hacer una idea del alivio que supone para nosotros vuestra llegada. Enid decía que jamás acudiríais en nuestra ayuda, que teníais otras preocupaciones, pero yo siempre he sabido que vendríais.

—Me equivoqué, es verdad —reconoció Enid, sacudiéndose hacia atrás con orgullo su corta melena cobriza—. Y admito de buen grado mi error.

Regresaron a la fortaleza por el mismo sendero tortuoso por el que habían ascendido, tan estrecho que los obligaba a cabalgar en fila. Eso impidió que hablasen durante todo el trayecto.

En cuanto llegaron, sir Lac se despidió para ir a supervisar los preparativos del banquete de bienvenida. Antes de marcharse, le encargó a su hija que acompañase al rey a sus aposentos.

Enid llamó a un mozo para que se ocupase de los caballos, y cuando el muchacho se alejó miró de frente al rey.

—Seguidme —dijo.

Desde el primer momento, Arturo se dio cuenta de que la muchacha no le estaba guiando hacia sus habitaciones. Apenas había tenido tiempo de verlas, pero no había olvidado que se encontraban ubicadas en la torre principal. Enid, sin embargo, lo condujo por unas escaleras de piedra que descendían hacia lo que parecía una lóbrega bodega.

—Extraños aposentos para un rey —comentó Arturo en tono jocoso.

Sin hacer caso de la observación, Enid tomó una antorcha de la pared, que rezumaba humedad, y continuó descendiendo. Arturo fue tras ella.

Cuando llegaron al segundo nivel de las bodegas, la muchacha sujetó la antorcha en una anilla del muro y se volvió, por fin, a mirar a su huésped.

—Siento haberos traído aquí sin preguntar, pero necesito explicaros algo —dijo en voz baja.

—Debe de ser importante, si requiere tanto secreto —observó Arturo.

—Lo es. —Enid se apoyó en la pared de piedra pulida por el tiempo y se quedó mirando al rey con gesto indeciso.

—Podéis hablar con libertad —la animó Arturo—. Sea lo que sea lo que vais a decirme, estoy dispuesto a oírlo.

—Y si lo que os digo no os agrada... ¿podéis prometerme, al menos, que guardaréis el secreto?

—Os doy mi palabra.

Enid esbozó una sonrisa.

—He notado desde el principio que no sois como mi padre. Estáis abierto a escuchar. A comprender. Erec me dijo que sería así.

—¿Quién es Erec?

Bajo el resplandor de la antorcha, el rostro de Enid se tiñó de un intenso rubor.

—Es uno de los jefes pictos. Conduce a sus propias tribus, y forma parte del Consejo de los Diez. Todos lo respetan.

—¿Y vos lo conocéis? —preguntó Arturo sin ocultar su asombro.

—Lo conozco. Confío en él, y él en mí. Erec no quiere esta guerra. Y no es el único. Muchos pictos están con él. Pero Dyenu ha manipulado a los ancianos del Consejo, les ha

prometido una victoria fácil. Los está utilizando.

—Dices que muchos pictos no quieren la guerra. ¿Qué quieren, entonces?

—Quieren el velo. Ya lo habéis visto antes, desde la colina. Britannia termina en el muro Antonino, los pictos nunca se han beneficiado de ella. Ni siquiera los cambios que vos habéis introducido han alterado esa situación.

—Quieren el velo —repitió Arturo con lentitud—. Quizá yo pueda dárselo... Aunque para eso, antes tendría que comprender por qué nunca los ha alcanzado. ¿Creéis que, si les ofreciese la conexión a Britannia, evitaríamos la guerra?

—Creo que buena parte de los jefes pictos aceptarían un tratado que incluyese la protección del velo. Pero no van a fiarse de vuestras promesas. Para que acepten tendrían que creerlos. Tendríais que demostrarles que estáis dispuesto a cumplir vuestra palabra, que podéis hacer que Britannia llegue hasta Alba.

—¿Y ellos, a cambio, estarían dispuestos a entregarme a Dyenu?

—No lo sé —contestó Enid—. Algunos no se fían de él, entre ellos Erec; pero todo dependerá de cómo se comporte Dyenu en las próximas semanas.

Arturo se mantuvo callado unos instantes mientras trataba de ordenar sus pensamientos.

—Podría intentar extender Britannia hasta el territorio de los pictos —dijo por fin—. Pero necesito tiempo. Si la guerra estalla de inmediato, no podré estudiar a fondo el problema. En todo caso, necesitaría negociar con ellos directamente. ¿Sería posible?

—Sí —contestó Enid sin vacilar—. Si me dais permiso, puedo organizarlo todo para que os encontréis en secreto con Erec. Si llegáis a un acuerdo con él, tendréis buena parte del camino hecho.

—Está bien. Decidle a Erec que me reuniré con él. Y decidle también que es afortunado...

—¿Por qué? —preguntó Enid frunciendo el ceño.

—Por haberse ganado el amor de una mujer valiente, que no teme arriesgar la vida para ayudarlo, y que cree ciegamente en él.

Capítulo 38

Estaba amaneciendo cuando Arturo descendió a la barca que Enid había dispuesto para atravesar el foso de la fortaleza. Habían transcurrido tan solo dos días desde su conversación con la muchacha, pero ella se las había arreglado para fijar un encuentro con Erec aquella misma mañana, al alba.

Al otro lado del foso los esperaba un anciano con aspecto de campesino que les ayudó a encaramarse a la orilla. Tanto Arturo como la hija de sir Lac se cubrían con amplias capas y mantenían la cabeza oculta bajo una capucha para que, si alguien los veía desde lejos, no pudiese identificarlos.

En silencio, se internaron en un bosquecillo que comenzaba justo en el lugar donde habían desembarcado. Jirones de niebla se enredaban en las copas de los robles, velando los tonos rosados de la aurora. De vez en cuando se oía el canto intermitente de un pájaro.

Caminaron durante un buen rato antes de llegar hasta una roca en forma de hacha que sobresalía, grande y solitaria, entre los árboles. Solo cuando se acercaron a ella, descubrió Arturo los montones de ramas secas que yacían a sus pies. El anciano que los acompañaba empezó a apartarlas rápidamente, como si fuese un gesto que tenía memorizado desde hacía años. Bajo las ramas, no tardó en aparecer un agujero.

Era la entrada de un pasadizo.

—Jared nos esperará aquí —dijo Enid—. Tendremos que entrar sin antorchas. Es un corredor muy largo, y el humo nos asfixiaría. ¿Estáis preparado?

Arturo asintió. Enid entonces se quitó la capa, se la tendió a Jared e introdujo su esbelta figura en la oquedad del terreno.

Arturo también se despojó de su manto y, después de un momento, saltó tras la muchacha. Por un instante le pareció que su cuerpo quedaba atrapado en el agujero a la altura del pecho, y que no iba a poder desencajarlo. Enseguida, no obstante, notó un empujón del anciano en sus hombros, y resbaló hacia abajo.

—¿Estáis bien? —preguntó Enid en la oscuridad—. Venid conmigo. Tenéis que agachar la cabeza. Si no, os golpearéis contra el techo.

Demasiado tarde. Al segundo paso, Arturo sintió un golpe en la frente y la humedad de la sangre que brotaba a través de la brecha abierta en su piel.

Ahogando un gemido, inclinó el cuello y avanzó como pudo por el estrecho pasadizo. En algunos lugares tenía que ponerse de lado para pasar, porque no había espacio suficiente. Delante de él oía los pasos regulares y presurosos de Enid, que por su delgadez parecía no tener problemas para deslizarse por aquel lúgubre túnel.

Había recorrido ya un buen trecho, cuando, de pronto, Arturo sintió un aire gélido que se filtraba entre sus ropas.

—Ya estamos al otro lado del muro —explicó Enid—. La protección del velo ha desaparecido. Todo se percibe como realmente es.

Unos pasos más allá, vislumbraron una grieta de luz al final del pasadizo.

Caminaron hacia ella, y en pocos minutos alcanzaron la salida.

La niebla en el país de Alba era más espesa y gris que en Britannia. Bajo su manto, Arturo distinguió una ladera cubierta de pasto y brezo. La silueta de un hombre se recortaba, erguida, entre los arbustos.

—¡Erec! —dijo Enid.

Sin importarle la presencia del rey, corrió hacia el jefe picto, y unos instantes después ambos se fundieron en un intenso abrazo.

Arturo, algo incómodo por la situación, caminó hacia ellos. Enid se separó de Erec, y los dos hombres se estrecharon la mano.

El picto era un joven alto y moreno, de ojos aterciopelados y mandíbula cuadrada. Llevaba el pecho descubierto, lo que permitía apreciar los tatuajes azules que cubrían buena parte de su piel. Arturo se preguntó qué significarían aquellos símbolos geométricos entrelazados con representaciones de plantas y de animales míticos. Parecían contener no una, sino muchas historias.

—Es un honor para mí conocer al rey de Britannia —saludó, pronunciando con lenta perfección cada una de sus palabras—. He oído hablar mucho de vos.

—Espero que lo que hayáis oído os sirva para confiar en mí —contestó Arturo, agradeciendo sus palabras con una inclinación de cabeza—. Y perdonadme si esta situación me plantea, por mi parte, algunas dudas. Siento que mi deber es proteger a lady Enid en ausencia de su padre.

—De mí jamás tendréis que protegerla —aseguró Erec rápidamente—. Nos conocemos desde niños. Yo me colé por el túnel y me perdí al otro lado. Ella me ayudó a regresar aquí. Desde entonces, me prometí que le entregaría mi vida. Y si estoy aquí hablando con vos es, en parte, debido a esa promesa.

—¿No lo hacéis, entonces, por vuestro pueblo?

Erec sonrió.

—También. Por fortuna, no tengo que elegir entre lo mejor para mi pueblo y lo mejor para la mujer que amo, porque las dos cosas coinciden. La guerra no nos conviene, ni a vosotros ni a nosotros.

—¿Son muchos los pictos que piensan como vos? —preguntó Arturo.

El rostro de Erec recuperó la gravedad.

—No muchos, por el momento. Sobre todo, desde que empezaron a escuchar las historias de Dyenu. Él nos ha prometido tierras más allá del muro.

—¿Dentro de Britannia? Eso es una locura.

—Lo sé, pero mi gente cree que es la única manera de conseguir la protección del velo. Y es lo que todos quieren. Lo que han deseado durante generaciones.

—No lo entiendo —murmuró Arturo—. ¿Cómo pueden estar dispuestos a ir a la guerra por algo que ni siquiera han experimentado? No saben lo que es el velo, probablemente ni se lo imaginan.

—Estáis en un error —intervino Enid—. Los pictos fueron los primeros en gozar de los beneficios del velo. Sus maravillas todavía se describen en los viejos cantares épicos, que vienen de los tiempos de los Antiguos.

Arturo arqueó las cejas, sorprendido.

—No sabía que las tradiciones de los pictos se remontasen tan lejos —reconoció—. He viajado por todo el Imperio y nunca he oído hablar de ningún cantar épico de la época antigua.

—Aquí vivimos muy aislados —explicó Erec—. Por eso han pervivido leyendas y

costumbres que en otros lugares se han perdido. Los pictos estamos orgullosos de nuestro pasado. Sabemos que fue mucho más glorioso que el presente. Nuestras leyendas cuentan cómo perdimos la protección del velo, hace siglos. Y por eso, desde niños, aprendemos a soñar con él. Haríamos lo que fuera por recuperarlo.

—Existen varias versiones sobre cómo se perdió la protección del velo, pero todas tienen que ver con la época en la que se construyó el muro. Según una de las versiones más populares, hubo un rey picto, al final de la época antigua, que se rebeló contra el emperador —contó Enid—. De acuerdo con la leyenda, los dos estaban enamorados de una misteriosa mujer que, para algunos, era una dama de Ávalon. El caso es que fueron a la guerra, y los pictos perdieron. Como castigo, el emperador hizo levantar el muro, que a partir de ese momento impidió al país de Alba gozar de la protección del velo.

—Entonces, en estas tierras se ha conservado la memoria de los primeros tiempos del velo, antes de que Uther y Merlín lo resucitaran —dedujo Arturo con la voz vibrante de entusiasmo—. ¡Es apasionante!

Enid sonrió.

—Me alegro de que lo veáis así. Mi padre piensa que solo son historias de viejas.

—No. No pueden ser invenciones. Suena demasiado real. Y de ser cierto lo que cuenta la leyenda, el secreto para devolver el velo a los pictos estaría en ese muro. Habría que estudiarlo.

—Si alguien puede hacerlo, ese sois vos —afirmó Erec con absoluta convicción—. Dicen que sois un gran alquimista. Devolvednos el velo y nos convertiremos en vuestros aliados de por vida.

Arturo lo miró pensativo.

—¿Y Dyenu? —preguntó—. ¿Qué pasaría con él? ¿Me lo entregaríais?

—Eso no puedo prometéroslo, porque no depende solo de mí —contestó el jefe picto—. La decisión tendría que tomarla el Consejo. Lo que sí puedo ofrecer os a cambio del velo es la paz. Conozco a mi pueblo. Sé que no irán a la guerra porque sí. Somos gente práctica, que quiere una vida mejor. Dadnos el velo y renunciaremos a invadir Britannia.

—No puedo hacer lo que me pides de un día para otro. Necesitaré tiempo. ¿Tú puedes contener a los tuyos durante unas semanas?

Erec hizo un gesto dubitativo.

—Lo intentaré, pero no va a ser fácil. Dyenu tiene fascinados a algunos de los jefes más ancianos. Alimenta los rencores heredados de siglos pasados, les cuenta historias sobre la vida de los britanos que les hace desear más que nunca asaltar el muro. Sobre todo, les hace creer que, esta vez, tienen posibilidades de conseguirlo.

—Y además, tiene de su lado a gente muy poderosa —añadió Enid.

Arturo se volvió hacia ella con curiosidad.

—¿A este lado del muro? ¿A quién os referís?

—A Morgause, la viuda del rey de Lothian.

Arturo la miró sin comprender.

—¿No lo sabíais? —continuó Enid—. Cuando su esposo murió, ella regresó aquí, a la fortaleza de sus padres.

—De todos modos, ya no controla el reino de su marido —observó Arturo—. No veo qué peligro puede representar para Britannia.

—No subestiméis nunca a una mujer de su linaje —dijo Erec en tono de advertencia—. Aquí las conocemos bien. Son hechiceras, y su poder llega mucho más allá de lo que normalmente dejan entrever.

Capítulo 39

En la fortaleza de sir Lac el espacio habitable era reducido: por eso, Arturo y Gwenn ocupaban habitaciones contiguas y separadas tan solo por una puerta. El cuarto de Gwenn ni siquiera tenía una entrada independiente, y la reina se veía obligada a pasar por la habitación de Arturo cada vez que quería entrar en la suya.

Gwenn no se había quejado de la situación, pero era evidente que no le resultaba cómoda. A veces, Arturo tenía la sensación de que retrasaba la salida de su cuarto solo para no tener que encontrarse con él. Y cuando no tenía más remedio que atravesar su alcoba, lo saludaba con una sonrisa cohibida. Si él le preguntaba algo, contestaba invariablemente con monosílabos, y aprovechaba la primera oportunidad para despedirse de él.

Arturo procuraba no distraerse pensando en Gwenn, aunque le resultaba muy difícil. Se daba cuenta de que ella trataba de mostrarse cariñosa cada vez que él intentaba un acercamiento; pero también notaba que lo hacía con esfuerzo, como si fuera una obligación que se había impuesto a sí misma. Eso le destrozaba, porque antes las cosas no solían ser así. Recordaba muy bien la primera época de su matrimonio, cuando ella le esperaba ansiosa al término de la jornada, y no se cansaba nunca de su deseo..., de sus caricias. Parecía imposible que sus sentimientos hubiesen cambiado tanto en menos de dos años. El destierro en el Sith la había transformado..., pero ¿quién podía reprochárselo? Bastante afortunada podía sentirse por haber sobrevivido. Era lógico que una experiencia tan dura le hubiese dejado secuelas.

De todas formas, Arturo estaba decidido a seguir intentándolo. Quería recuperar la cercanía hablando con ella, ganándose su confianza. Como al principio, antes de enamorarse, en la época en la que solo eran amigos...

Por eso cuando, a la mañana siguiente de su encuentro con Erec, Gwenn llamó tímidamente a su puerta para atravesar la habitación, él decidió contarle lo que había pasado. Después de todo, era la reina. Tenía derecho a opinar sobre sus planes de guerra y su alianza secreta con el jefe picto.

La invitó a sentarse en un sitial junto a la chimenea, donde brillaban los rescoldos rojizos del fuego que había encendido la noche anterior, y le contó lo ocurrido la víspera. Gwenn le escuchó con atención, sin interrumpirle ni una sola vez durante todo el relato. Cuando concluyó, se quedó mirándolo con ojos inexpresivos.

—¿Puedes hacerlo? ¿Lo de alterar el muro para que el velo cubra también el país de Alba? —preguntó.

—No lo sé. Primero tengo que estudiar en qué consiste esa barrera. Es algo que me llevará algunos días, quizá semanas.

Gwenn sonrió con frialdad.

—Seguro que lo consigues —afirmó—. Siempre consigues todo lo que te propones.

—Haces que suene como un reproche.

Ella se mostró sorprendida.

—No era mi intención, de verdad. Lo he dicho porque creo que es así. Tengo mucha fe en ti, Arturo. Y si hay algo que yo pueda hacer..., no tienes más que decírmelo.

Dando por concluida la conversación, Gwenn esbozó una reverencia rutinaria y se apresuró a abandonar la estancia.

Irritado, Arturo se dirigió a su mesa de trabajo y abrió uno de sus pergaminos de agua. Contenía el código de Britannia para aquella región. Había repasado las líneas de programación una y otra vez durante la tarde anterior, pero no había detectado nada interesante relacionado con el muro.

Había comenzado a revisar el código de nuevo, cuando se le ocurrió una idea. Quizá en la fortaleza se conservase algún documento antiguo que le pudiese dar la clave acerca de lo que ocurría con el velo en la frontera de Alba.

Sin pensárselo dos veces, salió de su cuarto y bajó a los salones comunes del edificio. Al primer sirviente que encontró le ordenó que fuese en busca de sir Lac.

—Acaba de regresar del bosque, salió a cazar muy de mañana —contestó el hombre—. Está en los establos... Le diré que lo esperáis.

En ese instante, Arturo vio pasar a Enid por el corredor de madera que rodeaba la parte superior del vestíbulo. Ella también se fijó en él y le saludó desde arriba con una reverencia.

—Lady Enid, si tenéis un momento, desearía pedir os algo —dijo Arturo.

En respuesta a sus palabras, la joven bajó las escaleras para escucharle. Vestida con ropas de mujer, parecía más joven incluso que con el atuendo de hombre que Arturo siempre le había visto llevar.

—¿Qué necesitáis, Majestad? —preguntó.

—Querría saber si existe en la fortaleza una biblioteca donde se guarden viejos documentos. Necesito investigar... el asunto que ya conocéis.

Enid asintió.

—Venid conmigo. No es un sitio muy frecuentado, así que no lo encontraréis en las mejores condiciones. Yo solía visitarlo a menudo... hasta que mi padre me lo prohibió. Ahora solo entro de vez en cuando, a escondidas.

Enid le hizo atravesar un patio y entraron en una de las torres del castillo que se apoyaban directamente sobre el muro Antonino. Una vez allí, ascendieron por una escalera de caracol hasta la parte más alta de la torre. La madera semipodrida de los últimos peldaños se hundía en algunos lugares.

Al llegar arriba, se encontraron en un desván con una claraboya acristalada entre las dañadas vigas. El suelo estaba cubierto por pilas de libros impresos en distintas épocas, así como varios manuscritos encuadernados en cuero y viejos pergaminos de agua cubiertos de polvo.

Sin reparar en las telarañas, Arturo cogió algunos de aquellos pergaminos y se los llevó a una desportillada mesa para estudiarlos.

—Podéis quedaros aquí todo el tiempo que queráis —dijo Enid—. Intentaré que nadie os moleste.

Arturo se lo agradeció con una sonrisa y se sumió en el estudio de los pergaminos.

Durante las primeras dos horas no encontró nada interesante. La mayor parte de las líneas de programación que consiguió rescatar al activar los pergaminos eran ejercicios de principiante, realizados por alguien que probablemente estaba aprendiendo el lenguaje del velo. En uno de ellos descubrió la programación de media docena de avatares que habían correspondido a antiguos guardianes de la fortaleza. Lo apasionante de aquellos

documentos era que procedían de la última época del Imperio Antiguo, antes de la primera destrucción del velo.

Cansado de buscar en las líneas de código apenas visibles con la activación solar de los pergaminos, Arturo decidió descansar un rato. Para desentumecerse, se levantó de la silla y caminó por todo el desván, estirando las piernas. Pero había tan poco espacio que, al girarse, tropezó con una torre de libros y la derribó.

Cuando se agachó a reordenar los viejos volúmenes, descubrió entre ellos uno que le llamó la atención. Estaba encuadernado en púrpura, y sobre el lomo llevaba grabado en letras doradas un curioso título: *Especificaciones sobre la cúpula de aislamiento de Alba*.

Cuando Arturo abrió al azar el volumen, se dio cuenta de que todo era código. Líneas y líneas de programación se sucedían en apretados párrafos, a veces medio borrados por el tiempo, hasta resultar casi ilegibles.

Empezó a traducir mentalmente. Era un código específico para un intervalo de ubicaciones que coincidía con el recorrido del muro Antonino. Y contaba con instrucciones para mantener activadas lo que parecían unas máquinas autorregulables, de tamaño tan pequeño que resultaban invisibles a simple vista.

No era la primera vez que se encontraba con descripciones semejantes. En algunos textos antiguos, a aquellas máquinas de tamaño minúsculo se las denominaba «hacedores».

Fascinado, continuó leyendo. Necesitaba descubrir cómo funcionaban los «hacedores» situados a lo largo del muro. Sin embargo, las líneas de código únicamente permitían vislumbrar una cascada de activaciones en serie que terminaba influyendo en otras partículas suspendidas sobre el cielo de Alba.

—El rey erudito —dijo una voz bien conocida desde el umbral de la biblioteca.

—¡Merlín!

Arturo alzó los ojos, complacido. Si alguien podía ayudarle con aquel texto que estaba intentando desentrañar, era el mago.

—Tus hombres andan inquietos por tu ausencia —dijo este, mirando con curiosidad el desorden de libros y manuscritos que rodeaba al rey—. Han venido a combatir, y quieren saber qué planes tienes. Tendrás que decirles algo lo antes posible.

—Quizá no haya guerra —dijo Arturo, invitando al mago a acercarse con un gesto—. No, si puedo evitarlo.

Merlín se apoyó en la mesa, que crujió bajo su peso, y sacó de un bolsillo interior de su jubón unas gafas que se ajustó sobre la nariz. Arturo le pasó el volumen que estaba estudiando.

Durante un buen rato, el mago leyó en silencio las líneas de código que se apretaban sobre las páginas de pergamino.

—Hacedores en el muro —dijo finalmente, levantando los ojos del libro—. ¿Quién iba a pensarlo? Me pregunto para qué se usaban.

—Para aislar a Alba. Para impedir que sus habitantes gozasen de la protección del velo. El mecanismo concreto no lo he averiguado todavía, pero estoy seguro de que está ahí, y de que lo encontraremos si buscamos bien.

Merlín arqueó sus pobladas cejas grises.

—¿Y para qué íbamos a buscarlo? —preguntó—. ¿Qué tienes en mente?

Arturo se lo pensó un momento antes de contestar.

—Los pictos quieren atravesar el muro porque anhelan la protección del velo. ¿Por qué no darles lo que buscan? Los convertiríamos en nuestros aliados.

—Y, de paso, le quitarías a Dyenu toda su influencia sobre ellos —concluyó Merlín

con aire pensativo—. No sería mala idea..., si pudiera hacerse.

—Puede hacerse, estoy seguro —insistió Arturo—. Si alguien fue capaz de programar el muro para aislar Alba, alguien podrá también cambiar la programación para volver a unirla con Britannia.

—Te olvidas de lo que pasó cuando la gente empezó a jugar con esas cosas en los tiempos antiguos. El velo colapsó, ¿recuerdas? No solo el velo, toda la tecnología de la época. No se puede jugar con el código, Arturo. Hay líneas de programación que, si se tocan, podrían destruir todo el sistema. Te lo he dicho ya otras veces.

—Hasta ahora eso no ha pasado. Todos los cambios que he introducido en el código han sido para bien.

—Hasta ahora no te habías encontrado con algo tan peligroso como los hacedores. ¿Sabes lo que son? Máquinas que programan y crean otras máquinas. Imagina su poder. Es posible que lleven funcionando siglos, quizá milenios, sin que ningún ser humano sea consciente de ello. Y ahora, tú quieres alterarlas.

—Sí —afirmó Arturo con rotundidad—. Y quiero que tú me ayudes.

Merlín meneó la cabeza con gesto cansado.

—No cuentes conmigo, muchacho. Yo ya he arriesgado demasiado a lo largo de mi vida. Si quieres un consejo..., abandona la idea de regalarles el velo a los pictos y combate con ellos a la manera tradicional. A pesar de la ayuda de Dyenu y de su superioridad numérica, tu ejército está mejor organizado. Puedes ganar esta guerra sin renunciar a lucharla... Ya has demostrado otras veces tu talento para la estrategia militar.

Capítulo 40

Un rumor de golpes, pasos y voces alteradas se coló en el sueño de Arturo. Al principio creyó que se encontraba en la batalla del monte Badón, y que el rey Aellas cargaba contra las tropas que él lideraba. El sajon estaba a punto de derribarle del caballo con su lanza cuando se despertó. Se dio cuenta, entonces, de que los gritos y las imprecaciones estaban sonando de verdad.

Había comenzado a vestirse cuando la puerta de Gwenn se abrió de golpe y ella emergió en camisa, sus cabellos sueltos iluminados por la luz de la vela que sostenía en la mano.

—¿Tú también lo has oído? —preguntó—. Viene de abajo, del vestíbulo.

—Voy a ver qué pasa. Tú puedes quedarte aquí —contestó Arturo.

Ella se miró la ropa de dormir, como si solo en ese instante cayese en la cuenta de que no iba vestida apropiadamente. Con un gesto rápido de la mano, se alisó la camisa, que al instante tomó la apariencia de un sencillo vestido de lana gris.

—Yo también voy —dijo con sequedad.

A las voces masculinas que llevaban oyendo unos minutos se había sumado ahora un llanto de mujer. Oyeron pasos en las escaleras.

Cuando salieron del cuarto de Arturo, vieron a sir Lac, que subía a su encuentro con el rostro demudado.

—Malas noticias —anunció—. Los han descubierto... No debisteis dejar que fueran.

Arturo y Gwenn se miraron sin entender.

—¿A quiénes han descubierto? —preguntó Gwenn—. ¿De qué habláis?

—De la expedición nocturna de sir Gawain y sir Lance. Por lo visto han escapado de milagro. Sir Gawain ha sacado a sir Lance a rastras del campamento enemigo. Está gravemente herido. Mis hombres tuvieron que abrir las puertas del muro para ellos; y los pictos que los siguieron les pisaban los talones..., estuvieron a punto de entrar también. Desde el principio dije que...

—¿Dónde está? —interrumpió Gwenn, que se había puesto muy pálida—. ¿Dónde está sir Lance?

—Lo han acostado en uno de los salones de abajo. Estaba muy mal para subir las escaleras. Sir Gawain se encuentra con él. Han avisado a vuestro médico para que le limpie la herida.

Sir preguntar nada más, Gwenn se lanzó escaleras abajo hacia el lugar de donde procedían las voces. Arturo fue tras ella. Atravesaron el vestíbulo principal de la casa y entraron en el salón adyacente, decorado con los trofeos de caza de sir Lac. Allí, sobre una gruesa alfombra extendida ante la chimenea, se encontraba Lance. Gawain, Enid y algunas otras damas lo rodeaban, entre ellas lady Ágatha. Al ver llegar a los reyes, se apartaron para dejarles paso.

Gwenn ahogó un grito al ver la sangre que manaba a borbotones del costado derecho de Lance. La mirada de sufrimiento del caballero se fijó por un momento en su rostro. A Arturo le pareció que intentaba sonreír.

—Va a desangrarse si no hacemos nada —dijo Gwenn, arrodillándose junto al herido—. ¿Dónde está el médico?

Enid puso una mano en el hombro de la reina. En la otra sostenía un paño blanco y humeante.

—Permitidme, Majestad —dijo—. Acabo de sacar la flecha de la herida. Ahora hay que limpiar y vendar. Con vuestra venia.

Gwenn se hizo a un lado y se quedó observando cómo Enid apretaba el paño sobre la herida de Lance, provocándole un espasmo de dolor. A continuación, con gestos precisos y rápidos, la hija de sir Lac tomó unas gasas de la cesta que había posado en el suelo y comenzó a vendar el abdomen del herido.

En ese momento entró sir Crates, el médico principal de Camelot. Venía con sir Lac y con Merlín.

Sir Lac frunció al ceño al ver lo que estaba haciendo su hija.

—Te dije que esperases —la regañó—. Esa no es tarea para una dama.

—Se habría desangrado si te hubiese obedecido —replicó la muchacha, y se apartó para dejar su lugar al médico.

Este retiró las vendas que acababa de colocar Enid y examinó minuciosamente la herida de Lance.

Cuando terminó, levantó la vista hacia Enid.

—Habéis hecho un magnífico trabajo —valoró, admirado—. No habéis dejado ni una astilla dentro, la herida está perfectamente limpia. Ahora, solo queda coser. Esto os dolerá, sir Lance.

El médico preparó la aguja y el hilo de sutura mientras los demás, más tranquilos, se alejaron de la alfombra para dejarle trabajar.

Arturo observó un instante los ojos aterrados de Gwenn, que no se apartaban del herido. No recordaba haberla visto nunca tan asustada.

Luego se fijó en Gawain, que había ido hacia la ventana y contemplaba el amanecer a través de sus vidrios emplomados. Decidió ir a hablar con él.

Solo cuando estuvo lo bastante cerca percibió la brecha ensangrentada de su frente.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

Gawain intentó sonreír, pero le salió una mueca triste.

—Todo salió al revés. Dyenu no estaba en el campamento. Ni tampoco la espada.

—¿Excalibur?

Gawain asintió.

—Lance pensó que sería buena idea sorprender a los pictos en su terreno y atacar a Dyenu. El plan era hacerlo prisionero. Llevábamos bastantes hombres, casi doscientos. Habría salido bien si Dyenu hubiese estado donde creíamos.

—No tan bien, puesto que os descubrieron.

—Eso fue porque Lance no quería darse por vencido. Debimos abandonar el campamento mucho antes. Entramos solo él y yo..., el resto del destacamento nos esperaba al otro lado del río.

—¿Cómo atravesasteis el muro?

—Convencimos a los guardianes de que nos dejaran salir por la puerta de la fortaleza. Afortunadamente, se mantuvieron vigilantes, y la abrieron cuando nos vieron

regresar. Si no hubiera sido por eso los pictos nos habrían dado caza. Ha sido todo un desastre.

—El plan, entonces, consistía en capturar a Dyenu y recuperar Excalibur... ¿Y para qué necesitabais llevar a tanta gente en el destacamento?

—Por si nos descubrían, como efectivamente ocurrió. Cuando empezaron a llovernos las flechas, nuestros hombres contraatacaron. Si no hubiera sido por ellos nos habrían matado.

Arturo meneó la cabeza, visiblemente contrariado.

—¿A nadie se le ocurrió informarme del plan? —preguntó.

Gawain sonrió con expresión culpable.

—Solo era una pequeña expedición. Había mucho que ganar y nada que perder... O eso pensábamos.

Merlín se acercó a ellos en ese momento.

—Van a trasladarlo a su habitación —informó—. El médico le ha administrado una poción sedante. Le ayudará a dormir.

Arturo y Gawain observaron cómo algunos criados de sir Lac, dirigidos por Enid, cargaban a Lance sobre unas parihuelas y lo sacaban de la estancia.

Gwenn parecía dispuesta a seguirlos, pero, cuando su mirada se cruzó con la de Arturo, cambió de opinión y fue a su encuentro. De inmediato se encaró con Gawain.

—Ha sido una locura —le espetó a su primo en un tono inusitadamente áspero—. Podían haberos matado a los dos.

—Lo peor es que, por culpa de esta temeridad, la negociación con los pictos corre peligro —observó Arturo—. Yo les pedí tiempo, y ellos parecían dispuestos a concedérmelo. Di mi palabra de que intentaría evitar la guerra, y ahora me acusarán de no haberla mantenido.

—Esto no habría pasado si hubieses hablado con tus hombres acerca de ese pacto que tanto te importa —le acusó Gwenn con amargura—. Te cansas de decir que la Tabla Redonda es el alma de Britannia, que el círculo de tus caballeros es el que toma realmente las decisiones... Pero desde que llegamos aquí no los has reunido ni una sola vez. Te pasas el día entero escondido en algún rincón del castillo, estudiando... y no te molestas en dar ninguna explicación. Los hombres que te siguieron hasta aquí se merecen más respeto.

Arturo había escuchado las palabras de Gwenn con creciente irritación. Cuando ella dejó de hablar, había chispas de furia en sus ojos.

—¿Cómo te atreves? —le preguntó—. Todo lo que hago es por el bien de Britannia. Si no he reunido a la Tabla Redonda es porque no he tenido tiempo. Cada hora cuenta. Si quiero tener algo que ofrecerles a los pictos para negociar, no puedo perder ni un segundo. Y tú, en lugar de ayudarme, ¡te dedicas a criticar mis decisiones!

—Gwenn, Arturo... Dejadlo —terció Merlín, tratando de apaciguar a los reyes con su tono sereno—. En momentos como este se necesita unión. Personalmente, me parece que la incursión de esta noche ha sido una tontería, Gawain, pero ya no tiene remedio. Lo hecho, hecho está. Ahora hay que prepararse para la reacción de los pictos. Después de lo que ha pasado no van a quedarse de brazos cruzados. Hay que estar listos para una posible ofensiva, Arturo. Yo que tú, ahora me centraría en eso.

—Me reuniré con sir Lac y diseñaremos una estrategia. Él conoce a los pictos mejor que yo. Si atacan, no nos pillarán desprevenidos. Pero eso no significa que renuncie a mi idea... Seguiré buscando la manera de extender el velo hasta el país de Alba; y, si puedo, evitaré la guerra. Todavía no está todo perdido. Espero que los pictos, o al menos algunos

de sus líderes más prestigiosos, tengan el buen sentido de seguir apostando por la paz.

Capítulo 41

Arturo dedicó la mañana a inspeccionar con sir Lac las defensas de la fortaleza y los posibles puntos de ataque que podían elegir los pictos en caso de que decidiesen vengarse de la incursión britana. El dux conocía bien el terreno y llevaba toda su vida defendiendo el muro de los guerreros de Alba, de modo que tenía muy claro el modo de abordar una posible ofensiva. Arturo decidió delegar en él los preparativos para un posible asalto, y encargó a Gawain que hiciese de mediador entre el señor de la fortaleza y su propio ejército.

Después, sin detenerse a almorzar siquiera, se refugió una vez más en la biblioteca. Tenía la sensación de que la información que necesitaba para desactivar el poder del muro y devolver el velo a los pictos se encontraba al alcance de su mano. Si leía despacio, si comparaba la información del libro que hablaba de los hacedores con los fragmentos de código que quedaban en los pergaminos de agua..., la respuesta debía de estar allí, esperándole. Solo necesitaba concentrarse al máximo para descubrirla.

Durante seis horas, se dedicó a cotejar minuciosamente las dos fuentes y a trazar paralelismos. Encontró una alusión a la cúpula de Alba que le llamó la atención, y, tras repasar una y otra vez los pergaminos que estaba estudiando, halló una secuencia de instrucciones que también contenía la palabra «cúpula». Regresó al libro de los hacedores, tratando de comprender qué era exactamente aquello. Se describía la cúpula como «invisible», y se hablaba de «abrirla» o «cerrarla». Parecía, por la forma en que se describía, que llegaba a cubrir todo el país de los pictos. Quizá se tratara de una barrera que podía aislar toda la región, impidiendo que el velo se manifestase en ella. Según el libro, eran los hacedores los encargados de mantener la cúpula permanentemente cerrada. Pero ¿dónde estaban los hacedores? ¿Continuaban en funcionamiento? Si era así, debía de existir una forma de desprogramarlos.

Cuando la oscuridad se hizo tan espesa en el desván que ni la luz de la vela bastaba para distinguir los objetos más allá de la mesa de estudio, Arturo comprendió que tenía que parar. Probablemente sir Lac y sus invitados ya estarían sentados a la mesa, esperándole. Había dado orden de que no le molestasen, pero no quería llevar su descortesía tan lejos como para eludir la cena. Sosteniendo la vela en la mano, descendió las escaleras de la torre. Antes de entrar en el salón, con un gesto maquinal, hizo que el velo borrara el polvo de sus ropas y las volviese más ricas y brillantes de lo que realmente eran. Después de todo, su deber era mostrarse siempre ante sus súbditos con la apariencia que convenía a un rey.

—¿Cómo está el herido? —Fue lo primero que preguntó después de ocupar su asiento a la derecha de Enid.

—Está mejor. Con dolores, pero consciente —replicó Gwenn con viveza—. Ha manifestado el deseo de veros y de disculparse por el error de ayer.

Era evidente que Gwenn trataba de compensar su aspereza de la víspera con una inusual animación. Arturo se lo agradeció con una sonrisa. En realidad comprendía su

nerviosismo por la inacción a la que su estrategia los había condenado a todos. Y se alegraba de que al menos ella tuviese el valor de expresar lo que sentía. Le infundía seguridad.

La conversación giró hacia el posible contraataque de los pictos y la forma de repelerlo. Sir Lac estuvo exponiendo con detalle las medidas que había tomado durante la tarde para reforzar la protección de las torres del muro. Tanto su hija Enid como la reina y algunos de los hombres de sir Lac hicieron comentarios acerca de lo que les parecía cada una de las disposiciones del dux. Tan solo Gawain permanecía callado.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Arturo al cabo de un rato—. Normalmente no sueles mostrarte tan reservado. ¿No estás de acuerdo con lo que estamos haciendo?

—No me parece mal —contestó Gawain, taciturno—. Pero son solo medidas defensivas. Me estaba preguntando... si habría alguna manera de sorprender a los pictos con un ataque de verdad. Un ataque que no esperen.

—¿Al otro lado del muro? —preguntó sir Lac arqueando las cejas—. ¿Cómo? Gawain tardó unos segundos en contestar.

—Os recuerdo que lady Morgause es mi madre —dijo por fin—. Puedo ir a hablar con ella, convencerla de que nos ceda sus tropas.

—Lady Morgause no cuenta con un ejército numeroso —observó sir Lac meneando la cabeza—. Aunque accediese a ayudarnos, no nos serviría de mucho.

—No tiene tropas, es cierto —coincidió Enid, pensativa—. Pero es posible que tenga... otras cosas.

Arturo la miró con interés.

—¿A qué os referís?

Enid se ruborizó.

—Seguramente os parecerá una tontería, pero me he pasado los últimos dos años recopilando antiguas leyendas de los pictos, y hay una sobre la fortaleza de lady Morgause que..., no sé, da mucho que pensar.

—Fue el lugar donde se crió mi madre —apuntó Gwenn, clavando sus intensos ojos azules en la hija de sir Lac—. Y siempre que lo recordaba, se estremecía. Decía que era un lugar maldito, que solo empezó a respirar tranquila cuando su familia lo abandonó y se mudó a Londres. Decía que tenía mayor poder de destrucción que un ejército entero.

—Hay una vieja historia picta sobre eso —explicó Enid—. Me la contó una anciana que trabajaba en las cocinas. Murió el año pasado... Es la leyenda de las Mujeres Eternas. Hace muchos, muchísimos años, según dicen, llegaron a Alba diez mujeres bellísimas en un barco de piedra. El barco quedó varado en lo alto de una colina y se convirtió en su hogar. Desde allí, pronto empezaron a ayudar a las gentes de la comarca. Curaban enfermedades, protegían las cosechas de las heladas y daban de comer a los hambrientos. La gente les tenía cariño, pero también las temía, porque el tiempo no parecía pasar por ellas. Moría una generación, nacía otra... y ellas se mantenían siempre igual de hermosas y jóvenes.

—Las damas de Ávalon —murmuró Gwenn.

Ella y su primo se miraron. Arturo tuvo la impresión de que aquel relato no les era del todo desconocido.

—¿Qué ocurrió con ellas? —preguntó a su vez.

—Entre los pictos las Mujeres Eternas eran muy veneradas, pero ellas, al parecer, estaban en conflicto con el emperador. Querían que les entregase una copa de gran valor, pero él se negó. Entonces, las Mujeres Eternas desataron una oleada de calamidades sobre Britannia. Se sucedían las plagas, las inundaciones y los incendios. Las ciudades del

Imperio eran asoladas una y otra vez. Nadie sabía cómo lo hacían, porque ellas no salían jamás de su barco de piedra. Aunque se rumoreaba que una de las mujeres había conquistado el amor de Mael, el joven rey picto, quien alentado por ella terminó declarándole la guerra al Imperio. Finalmente el emperador, desesperado, decidió construir el muro. Cuando estuvo terminado, Alba perdió la protección del velo. Y las Mujeres Eternas perdieron su poder.

—¿Las dos cosas sucedieron al mismo tiempo? —preguntó Arturo—. Qué interesante...

—¿Y qué ocurrió con las damas cuando perdieron su poder? —quiso saber Gwenn—. ¿Se fueron en su barco de piedra?

—No. Dejaron el barco en Alba, pero ellas se las arreglaron para cruzar el muro, y se refugiaron en la isla de Ávalon. Desde allí siguieron luchando por arrebatarle su copa mágica al emperador, hasta que llegó la Gran Catástrofe.

—Pero no todas se fueron —murmuró Gawain en tono apenas audible.

Enid lo miró.

—No. No todas se fueron. Una, según dicen, se quedó en el barco de piedra. Se había enamorado de Mael, el rey picto... y, por él, renunció a la inmortalidad. Perdió sus poderes. Tuvo hijos... y se convirtió en la fundadora de vuestro linaje materno, sir Gawain.

—Y del mío —murmuró Gwenn, alzando los ojos hacia Arturo.

—Eso explica muchas cosas —observó él con suavidad.

Durante unos segundos todos permanecieron callados, pensando en todas las implicaciones de aquel viejo relato.

—El barco de piedra —dijo Arturo por fin, rompiendo en silencio— es a lo que os referíais al principio, ¿verdad? El barco es la fortaleza de Morgause.

Enid asintió.

—Entre los pictos circulan muchas historias sobre el poder de ese lugar.

—Son solo cuentos de salvajes —opinó sir Lac con una sonrisa desdeñosa—. Supersticiones de gente crédula que aún hoy mantiene vivas sus bárbaras costumbres. No hay que tomarse sus historias en serio.

—Yo creo que os equivocáis, sir Lac —dijo Arturo—. En esas leyendas puede haber un núcleo de verdades históricas que se olvidaron después de la Gran Catástrofe. Yo no creo que debamos despreciarlas tan a la ligera. Si el muro logró a la vez que el velo dejase de proteger a los pictos y que las damas perdiesen su poder, tiene que existir una relación entre ambas cosas... Ahora nos queda averiguar cuál era esa relación, y quizá la fortaleza de Morgause conserve alguna clave que nos permita reconstruir lo que realmente ocurrió.

Capítulo 42

La conversación de la cena dejó a Arturo desvelado durante las primeras horas de la madrugada. No podía dejar de darle vueltas a lo que Enid había contado acerca de las Mujeres Eternas y su relación con el linaje de Gwenn. Si había algo de verdad en aquella leyenda, significaba que la estirpe de su esposa había sido fundada por una dama de Ávalon... Quizá eso explicase las extrañas capacidades de Gwenn y su don para ver, en ocasiones, más allá del velo.

Por otro lado, resultaba fácil deducir que la copa que había desencadenado la guerra entre el Imperio y las damas era una referencia al Grial. También entre los britanos existían tradiciones que describían el Grial como un cáliz de oro, de marfil o de madera. Pero ¿qué tenían que ver las damas de Ávalon con aquel objeto? ¿Por qué lo habían arriesgado todo para conseguirlo? ¿Y por qué la caída del velo más allá del muro les había arrebatado, de golpe, su poder?

Las preguntas se acumulaban en su mente y no se le ocurría ninguna respuesta satisfactoria. Exasperado, se levantó de la cama y se fue a remover los rescoldos de la chimenea para arrancarles las últimas llamas. En aquellas regiones norteñas, a pesar del verano y de la protección del velo, las noches siempre eran frías...

En ese instante oyó golpes y alaridos procedentes de la muralla. Corrió a la ventana para ver de qué se trataba y vio las primeras flechas de fuego atravesando el cielo nocturno.

El asalto de los pictos había comenzado.

Rápidamente se vistió y bajó al vestíbulo, donde sir Lac, muy agitado, impartía órdenes a sus hombres.

—Son muchos —informó al ver a Arturo—. Muchos más que en los asaltos anteriores. Han venido con todo su ejército... y traen máquinas de guerra.

—Quiero verlo —exigió el rey—. ¿Adónde podemos ir para hacernos una idea general de la situación?

—La torre del homenaje está más resguardada que las otras, y es lo bastante alta como para permitirnos tener una panorámica del muro —dijo sir Lac—. Venid conmigo.

De camino a la torre les salieron al encuentro Merlín y Gawain.

—Están colgando escalas de la muralla —anunció Gawain consternado—. Decenas de ellas.

—Organiza a los hombres para que formen grupos de quince alrededor de cada una —ordenó Arturo—. Que cinco al menos lleven varas y lanzas para empujar al enemigo al vacío cuando llegue arriba. Otros, que intenten cortar los ganchos de las escalas con hachas. Y que al menos haya cinco arqueros por escala, disparando sin cesar a los que suban.

Gawain asintió y se retiró rápidamente para cumplir las instrucciones que Arturo acababa de darle.

—Hay algo peor que las escalas —dijo Merlín—. Traen torres de asedio. Yo he visto ya cuatro, pero probablemente llegarán más.

—Los pictos jamás habían usado torres de asedio —apuntó sir Lac—. Nunca imaginé que fuesen capaces de construirlas.

—Dyenu les habrá enseñado cómo hacerlo —dedujo Arturo—. Dices que las has visto, Merlín. ¿Cómo son? ¿Se pueden incendiar?

—La estructura es de madera, pero está casi enteramente cubierta por cortinajes de cuero. Las flechas incendiadas rebotan en el cuero sin atravesarlo. No va a ser fácil quemarlas.

—¿Qué sugieres, entonces?

—El líquido inflamable que hice traer a Camelot desde los desiertos del sur, ¿lo recuerdas? Podemos verterlo sobre la armazón de madera de las torres y luego prenderle fuego con flechas. Arderá. El único problema es que no sé si tendremos líquido suficiente para todas.

—Organízalo —ordenó Arturo—. Sir Lac, no quiero interferir en vuestra labor... ¿Vuestros guerreros ya saben lo que tienen que hacer?

—Los he distribuido en torres y almenas. Tengo un arquero detrás de cada saetera, y en las cocinas están calentando agua y aceite para arrojarla por los matacanes. El resto de los hombres aguarda dentro. Llevan espadas cortas, por si el enemigo consigue entrar... Pero Dios quiera que eso no ocurra, porque somos muy inferiores en número.

—Lástima que el grueso de mi contingente se halle acampado fuera de la fortaleza. Estoy seguro de que sir Calogrenant, que es el que está al mando, no tardará en enviarnos refuerzos. Pero en estos primeros momentos vamos a tener que arreglárnoslas sin ellos.

Mientras hablaban habían llegado a lo alto de la torre. Arturo escudriñó la línea del muro, salpicada de siluetas negras de arqueros y de penachos de llamas, allí donde los britanos habían logrado incendiar una torre o una escala.

El aire fresco de la noche olía intensamente a madera quemada, y también a aquella sustancia exótica que Merlín iba a emplear para intentar que el fuego actuase más rápido.

—Hay siete torres al menos, que yo vea —dijo, después de contar.

—Probablemente tengan alguna más —observó sir Lac—. Estas fortalezas antiguas ofrecen demasiados ángulos muertos... Son muy difíciles de defender.

—¿Qué hay de las minas? ¿Pueden haber tenido tiempo de excavar agujeros bajo el muro para hacerlo más débil?

—No creo —respondió sir Lac—. Además, eso aquí no funcionaría. El muro Antonino, a diferencia de muchas construcciones modernas, tiene profundos cimientos. Son como raíces que lo anclan a la tierra... Resultaría casi imposible minarlas.

Durante unos minutos contemplaron el asalto en silencio. Pese al gran número de atacantes, casi ninguno alcanzaba la cima del muro, y cuando lo hacía no tardaba en ser atravesado por la espada de uno de los defensores.

—Saldremos de esta, creo —dijo sir Lac, esperanzado.

Se volvió al oír pasos a su espalda. Enid, su hija, se dirigía hacia él con el rostro hinchado por el llanto.

—Páralo ya —exigió, y la voz se le quebró al final en un sollozo—. Páralo, díles que icen la bandera blanca. ¡Que no muera nadie más!

—¿Quieres que nos rindamos, ahora que vamos ganando? —Sir Lac la miró con una mezcla de lástima y desdén—. Tu simpatía hacia esos salvajes te ciega. No sabes lo que estás diciendo, hija.

—Quizá la victoria no esté tan cerca como creíamos —observó Arturo señalando a la única puerta de la fortaleza que se abría en el muro—. Mirad allí. Tienen un ariete

enorme. Y hay más de mil hombres detrás.

El rey tenía razón. Los pictos habían situado frente a la puerta un ariete de grandes dimensiones protegido por un tejadillo de madera y cuero. Los guerreros que lo manejaban quedaban ocultos bajo aquella estructura, y lo único que sobresalía de ella era el remate en forma de carnero con poderosos cuernos, balanceándose adelante y atrás por la oscilación de las cuerdas de las que pendía.

Con cada impulso, el ariete se clavaba en la madera del portón con mayor violencia, arrancándole astillas y chispazos.

Sir Lac se lanzó por el adarve que comunicaba la torre del homenaje con una de las que flanqueaban la puerta. Arturo y Enid lo siguieron.

En la segunda torre encontraron a Merlín dando órdenes a los arqueros que disparaban sus flechas incendiadas sobre el enemigo.

—Hemos consumido toda la poción inflamable —anunció el mago con gravedad—. Y esa máquina es muy poderosa. Por su tamaño y la forma en que oscila, yo diría que no va a tardar en derribar la puerta.

—Si eso pasa, estaremos perdidos —dedujo Arturo con el ceño arrugado de contrariedad—. Son demasiados para contenerlos.

Todos callaron y escucharon los brutales golpes del ariete, que cada vez se estrellaba con más violencia contra el portón.

Arturo observó que sir Lac extraía de una bolsa de terciopelo negro colgada de su cinturón una gran llave oxidada. Vio cómo la besaba con devoción y, sosteniéndola ante sus labios, pronunciaba en voz baja una fervorosa plegaria.

—¿Qué hacéis? —preguntó, asombrado.

—La oración de la Llave —contestó sir Lac, guardándose con expresión avergonzada la llave en la bolsa negra—. Es una vieja tradición de la fortaleza que ha ido pasando de dux en dux. Llamadla superstición, si queréis...

Se interrumpió al oír un impacto atronador en el portón. Todos miraron.

El ariete había logrado su objetivo. Había echado las puertas abajo.

Una avalancha de guerreros pictos se lanzó por la abertura que había quedado entre las dos torres de la muralla. Avanzaban corriendo, con los brazos en alto y profiriendo gritos victoriosos... hasta que, de pronto, los de delante empezaron a detenerse con brusquedad y a extender las manos en el aire, como si estuviesen palpando algo.

Incapaces de moderar su velocidad, los que venían detrás se les echaron encima. Pero eso no hizo que los que formaban la vanguardia del ataque avanzasen ni una pulgada.

Solo en ese instante Arturo lo vio. Era un muro fantasma, que solo se distinguía desde algunos ángulos, y que se alzaba, liso e inexpugnable, alrededor de los pictos que habían logrado entrar en el patio de armas, encarcelándolos por todas partes.

—¿Qué diablos es eso? —preguntó sir Lac, asombrado.

—Es Britannia —murmuró Merlín—. Están viendo y tocando un muro que no existe.

Los pictos que habían logrado colarse en el patio de armas continuaban pisoteándose unos a otros, mientras los que venían detrás retrocedían, desalentados por la alta pared de piedra que de repente se erguía donde antes estaban las puertas, aislándolos de sus compañeros.

Entre los que habían quedado atrapados, Arturo reconoció a Erec. Intentaba tranquilizar a los suyos, pero el pánico se había apoderado de ellos.

Sir Lac se volvió hacia sus arqueros.

—¡Disparad! —ordenó—. ¡Ya son nuestros!

Una lluvia de flechas se abatió sobre los asaltantes y derribó a más de la mitad. Era como disparar a una diana, porque los pictos apenas tenían espacio para moverse... o, al menos, eso creían.

Enid gritó. Su padre estaba a punto de repetir la orden, cuando Arturo alzó un brazo para detenerlo.

—Basta —exclamó—. No quiero más muertes hoy. Ahí abajo no deben de quedar ni cincuenta hombres con vida. Dad orden de que los apresen sin derramar una gota más de sangre.

Sir Lac miró perplejo al rey, pero acató la orden. Unos instantes más tarde, sus soldados habían rodeado a los asaltantes, mientras el resto de las tropas pictas se batía en retirada.

Sir Lac volvió a sacar la llave de su bolsa y la besó una y otra vez.

—Ha sido ella —dijo—. Por algo mis antecesores han confiado siempre en la llave. Nos ha salvado.

Arturo extendió la mano hacia sir Lac con la palma hacia arriba.

—Entregádmela —dijo—. Si es cierto que la llave ha tenido algo que ver en esto, tengo que averiguar cómo funciona, y por qué.

Capítulo 43

—¿Vas a hablar con el jefe picto al que habéis hecho prisionero? —preguntó Gwenn—. Te acompaño.

Había alcanzado a Arturo bajo el arco que comunicaba el vestíbulo de la torre del homenaje con el patio de armas. El sol brillaba cercano a su cénit, y en el suelo arenoso aún quedaban restos de la sangre de los heridos y algunas espadas pisoteadas.

Gwenn debía de haber oído la conversación que Arturo acababa de mantener con Enid en las escaleras del vestíbulo principal. Por eso sabía adónde se dirigía.

—Le he dicho a la hija de sir Lac que no puede venir —contestó Arturo—. Es una conversación delicada, Gwenn.

—Soy la reina. No sé nada de estrategias militares y no he podido aportar nada para derrotar a los pictos, pero de conversaciones delicadas sí sé. Quiero participar.

Arturo se encogió de hombros y le cedió el paso. Ambos se encaminaron hacia la pesada reja que protegía la entrada de las mazmorras.

Los dos jóvenes que montaban guardia los saludaron con profundas reverencias al verlos llegar. Sir Lac ya debía de haberles advertido de que el rey iba a visitar a uno de los prisioneros, porque de inmediato empezaron a girar entre los dos la manivela que permitía subir la reja.

Dentro de la prisión se respiraba una atmósfera húmeda y sofocante. En la mayor parte de las celdas se hacinaban más de una docena de guerreros pictos. Uno de los carceleros los acompañó escaleras abajo hacia otro corredor al final del cual, aislado y a una buena distancia de sus compañeros, para que nadie pudiese oírlo, Arturo había ordenado encerrar a Erec.

El guerrero entrecerró los párpados cuando abrieron su celda, cegado por la luz de la antorcha que portaba el carcelero. Este la enganchó en una anilla de la pared, se apartó para dejar entrar a los reyes y después, con una profunda reverencia, se retiró.

Erec se levantó del suelo y dio un par de pasos hacia Arturo, pero las cadenas que llevaba en las muñecas y que lo unían a la pared le impidieron acercarse más.

Los dos hombres se miraron un instante en silencio con aire desafiante.

—Me traicionasteis —dijo Arturo—. No cumplisteis vuestra promesa.

—Vos me traicionasteis primero —replicó Erec sin arredrarse por el tono amenazante del rey—. Me dijisteis que no habría guerra, que necesitabais tiempo para otorgarnos la protección del velo. Nosotros nos confiamos, y nos atacasteis. Fue una jugada sucia.

—Los caballeros que os atacaron lo hicieron sin mi permiso y sin mi conocimiento. No les había informado de mi acuerdo contigo. Pensé que era preferible la discreción y que lo supiera el menor número posible de personas... No me imaginé que a mi gente se le fuera a ocurrir lanzar un ataque por sorpresa.

Erec le sostuvo la mirada unos instantes. Después, la deslizó hacia Gwenn, que lo

contemplaba con expresión de lástima.

—¿Sois la reina de Britannia? —preguntó—. Es un honor conoceros, Majestad, aunque habría preferido que este encuentro se hubiese dado en otras circunstancias.

—Yo también —contestó Gwenn en tono sereno—. ¿Habéis sufrido algún daño durante el asalto? ¿Estáis herido?

Erec giró el antebrazo para mostrar un desgarró rojo sobre uno de sus tatuajes.

—Me arañó una flecha. Nada grave. Vuestro médico me examinó la herida.

¿Cuántos de mis hombres habéis hecho prisioneros?

—Cuarenta y tres —contestó Arturo—. Ocho están gravemente heridos; los demás se encuentran repartidos en distintas celdas.

Erec frunció el entrecejo como si acabase de recibir un golpe.

—Cuarenta y tres —repitió—. Eso significa que todos los demás están muertos.

¿Cómo lo hicisteis? Sé que ese muro no era real, pero por más que lo empujaba no podía atravesarlo. Creía que Britannia tenía sus reglas, y que no permitía mostrar cosas que no existen..., pero veo que no tenéis ningún reparo en saltaros vuestras propias leyes cuando queréis.

—La pared virtual que apareció ante vosotros no la programé yo ni ninguno de mis alquimistas —explicó Arturo—. Surgió del propio muro..., estaba codificada ahí, desde los tiempos antiguos. Eso explica que no respetase nuestras normas. El velo, en otros tiempos, no se regía por los mismos principios y limitaciones que ahora.

—Pero no es nuestro primer asalto a la fortaleza —observó Erec—. Y nunca antes había ocurrido algo así. Estoy seguro, porque, si hubiera pasado, figuraría en las crónicas de nuestros escribas y en las canciones de nuestros bardos.

—Quizá esta vez coincidieron todas las condiciones necesarias para activar ese protocolo. Es posible que nunca hubiese ocurrido antes. Aún no he estudiado a fondo lo ocurrido, pero creo que tiene que ver con algo que hizo sir Lac durante el asalto. Si mis sospechas se confirman, puede que vuestro ataque haya servido para acercarnos un paso más a nuestro objetivo.

Erec lo miró sin comprender.

—¿Nuestro objetivo? —repitió.

—Extender el velo al país de Alba —aclaró Arturo—. ¿Pensabais que había renunciado a él? A pesar de lo que ha sucedido en las últimas horas, sigo creyendo que es buena idea.

Erec meneó la cabeza con escepticismo.

—Yo también lo creo —murmuró—, pero de poco sirve lo que creamos vos y yo.

—¿Por qué decís eso? —quiso saber Gwenn.

Erec la miró con aire apesadumbrado.

—Yo prometí que no nos atacaríais, pero lo hicisteis —explicó—. Eso me hizo perder toda mi credibilidad. Si ahora estuviera en condiciones de volver a liderar a mi pueblo, no aceptarían mis sugerencias de paz. Han dejado de confiar en mí.

—Lamento oír eso —dijo Arturo—. Aun así, estoy seguro de que, si yo consiguiera reprogramar el muro para que el velo os protegiese a vosotros también, vuestro pueblo cambiaría de opinión. Verían que mi oferta de paz es seria, y firme... ¿No creéis que terminarían aceptando?

—Solo si viesen con sus propios ojos que pueden disfrutar de los beneficios de Britannia y que no se trata de ningún truco —contestó Erec—. No quiero pecar de pesimista, pero imaginaos las historias que habrán ido contando los guerreros que nos

vieron quedar atrapados por una pared mágica. Ahora no solo desean Britannia, también la temen. Tendréis que convencerles de que lo que les ofrecéis es beneficioso para ellos, de que no va a hacerles daño.

—En cuanto lo experimenten comprenderán que no tienen nada que temer. La programación del muro no es la de la actual Britannia. Nosotros tenemos principios, reglas, protocolos que impiden que el poder del velo trastoque la realidad.

—Debéis explicarle eso a vuestra gente, Erec —intervino Gwenn—. Es de vital importancia que lo entiendan.

—¿Y cómo queréis que lo haga desde aquí?

—Os liberaremos —aseguró Gwenn con firmeza—. Ahora mismo, en cuanto termine esta conversación.

Arturo la miró perplejo.

—Gwenn..., esto es algo que deberíamos decidir con calma. Ni siquiera lo hemos hablado.

Ella se volvió a mirar a su esposo.

—Piénsalo bien, Arturo; es la mejor opción. Si no hay alguien capaz de explicarles a los pictos lo que ha ocurrido al asaltar la fortaleza y por qué no volverá a pasar, no aceptarán ningún trato. Tendrán miedo del velo... y Dyenu podría aprovecharse de ese miedo para convencerles de que lo mejor es destruirlo.

—Lo que él siempre ha querido —murmuró Arturo.

Sus ojos se encontraron con los de Erec.

—Pero Dyenu no estaba con vosotros cuando atacasteis —añadió—. ¿Por qué? ¿Dónde estaba?

—Está en la fortaleza de Morgause, la reina viuda —contestó Erec—. Y, si vais a liberarme..., debo ser honesto con vosotros. Aunque intente influir sobre mi pueblo y trate de convencerlos de que no tienen nada que temer de Britannia, probablemente no sirva de nada, porque Dyenu se nos adelantará.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Gwenn.

Erec se volvió hacia ella.

—Dyenu también ha comprendido que el motivo de que el velo no llegue hasta Alba está en la programación del muro. Así lo explicó delante del Consejo de los Diez. Dijo que esa programación podía alterarse justo lo necesario para darle la vuelta. Es decir, que Britannia funcionaría de nuestro lado del muro..., pero no del vuestro.

—Dudo mucho que Dyenu pueda hacer eso —dijo Gwenn.

Arturo la miró.

—Tiene a Excalibur, no lo olvides —apuntó pensativo—. No hay que descartar que lo logre.

—Todo dependerá, entonces, de quién alcance a alterar esa programación primero —razonó Erec—. ¿Creéis que seréis vos? ¿Estáis cerca de conseguirlo?

Arturo tardó un instante en contestar.

—No —dijo finalmente—. Mentiría si dijera otra cosa.

Erec sonrió con tristeza.

—En ese caso, poco puedo hacer para ayudaros —dijo—. Al fin y al cabo, me estáis diciendo que no podéis cumplir la promesa que me hicisteis.

—Sí puede cumplirla —sostuvo Gwenn en un tono casi desafiante—. Y la cumplirá. Os doy mi palabra de honor.

Arturo se volvió a mirarla, asombrado.

—No puedes empeñar tu palabra por algo que no depende de ti —dijo—. Gwenn, yo voy a hacer todo lo posible, pero no sé si...

—Yo sí lo sé —le interrumpió la reina—. Lo vas a lograr, y lo vas a lograr a tiempo. Volved con vuestra gente, Erec. Vos y todos los otros. Explicadles lo que ha ocurrido y por qué deben confiar en el rey Arturo. Creedme cuando os digo que muy pronto vuestro pueblo disfrutará de la protección del velo. Y vos tendréis el orgullo de haberlo hecho posible... Todo saldrá bien, ya lo veréis.

Capítulo 44

Sobre la tosca mesa del desván, Arturo observó la media docena de pequeñas herramientas que Merlín acababa de desplegar. Algunas las había visto en los talleres de los alquimistas de Corinium. Otras eran totalmente nuevas para él.

Le llamaba la atención, sobre todo, una bola de cristal semejante a la que había visto utilizar a las adivinatoras que iban de feria en feria por todas las aldeas del Imperio. También había un tubo dorado montado sobre una placa negra y con lentes en ambos extremos, además de un par de pergaminos de agua y una pieza de metal rosado con un botón en la parte inferior y un vidrio oscuro en el centro.

—¿De verdad crees que estas cosas nos van a servir? —preguntó.

Sin hacerle caso, Merlín siguió hurgando con las pinzas de oro en una ranura de la llave que tanto veneraba sir Lac.

—No puedo sacarlo —gruñó—. Hay que tener cuidado para no dañarlo en la extracción. Ah... Espera. ¡Ya está!

Merlín alzó triunfalmente las pinzas en el aire, y Arturo vio que sujetaban un minúsculo rectángulo metálico. Por su tamaño y brillo parecía la escama de un pez.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Un cofre de memoria —respondió Merlín—. Lo sé, parece imposible, viendo su tamaño. Pero aquí podría caber buena parte de la programación del velo. Espera.

Arturo observó cómo Merlín insertaba la escama metálica en una ranura que había en la base de la bola de cristal. En cuanto lo hizo, la bola comenzó a emitir un suave destello azulado.

—No me lo creo —exclamó el rey, asombrado—. ¡Igual que en las ferias! Dime que es algo más que un truco de falsos adivinos...

—Es mucho más, hijo. Algunas familias de juglares han conservado esferas de estas y recuerdan la manera de activarlas. Consiguen que proyecten imágenes registradas en sus cofres de memoria, pero ni ellos mismos saben lo que significan. En realidad, estas esferas son interfaces holográficas. Mira.

De la luz azul de la esfera comenzaron a surgir letras perfectamente alineadas que se proyectaban en el aire. Las letras formaban palabras, y las palabras líneas. Arturo trató de descifrarlas.

—Es código —murmuró, maravillado—. Pero no coincide exactamente con el código del velo. Muchas palabras y signos son distintos.

—Sí. Es un lenguaje de programación más antiguo. Pero mira, Arturo.

Merlín alargó la mano y la deslizó por algunas de las palabras del texto. Estas, de inmediato, se volvieron de un tono naranja intenso, al igual que las líneas anteriores y posteriores.

El mago repitió la operación con dos palabras de las líneas siguientes. Otro fragmento de texto cambió de color, adquiriendo una llamativa tonalidad verde.

En unos minutos, todo el texto proyectado ante ellos se había tornado de diferentes colores. Los fragmentos del mismo color resaltaban como piezas de un puzle, en contraste con los otros fragmentos.

—Aquí lo tienes —dijo Merlín—. Un sistema muy ingenioso para distinguir las diferentes instrucciones que contiene el código. Y lo mejor de todo es que la interfaz incluye un sistema de traducción visual intuitiva. Mira dentro de la bola.

Merlín tocó un fragmento de texto que se había vuelto amarillo, y dentro de la bola apareció una de las torres secundarias del muro Antonino, seguida de un plano que mostraba los racimos de piezas romboidales insertos en la base de la construcción.

—Ahí lo tienes. Cada fragmento codifica una zona del muro. Esos ramos de espejos diminutos en forma de rombos podrían ser los hacedores.

—O sea, lo que genera la cúpula de interferencias que impide que el velo se extienda al país de los pictos.

—Justamente —convino Merlín—. Desactiva esos artefactos y desactivarás la cúpula.

—El problema es... ¿cómo hacerlo?

Arturo y Merlín se miraron.

—Eso tendrás que averiguarlo tú —dijo el mago frunciendo sus anchas cejas grises—. Yo no sé leer esta versión tan antigua del código. Tendría que ponerme ahora a intentar descifrarlo, comparándolo con el código actual... Y yo ya no tengo cabeza para eso.

—Está bien. Seguiré yo, entonces. Tú puedes irte a descansar, si quieres... Ya me has ayudado bastante.

Merlín vaciló un momento antes de apartarse de la mesa. Finalmente, caminó renqueante hacia la puerta del desván.

—Buena suerte, muchacho —le deseó—. Si necesitas algo, envía a buscarme.

Arturo se despidió del mago con un gesto. Después, arrastró una silla cercana a la mesa y se puso a leer desde el principio las líneas que proyectaba la bola de cristal.

Al principio solo entendía las instrucciones más obvias. La sintaxis de aquel lenguaje se parecía mucho a la del código que él había estudiado, pero algunos símbolos se usaban de manera distinta. Las comillas, por ejemplo, parecían tener una gran importancia en el código antiguo, al igual que el punto y coma y los paréntesis. Se pasó más de dos horas deduciendo la función de cada uno de aquellos signos en el antiguo lenguaje.

Después fue analizando las órdenes. La inmensa mayoría tenían estructuras muy similares a las que él conocía, aunque también había otras que jamás se había encontrado. Después de probar diferentes posibilidades, se dio cuenta de que la mejor forma de averiguar la función de una línea de código desconocida era alterándola y observando a continuación cómo se transformaba la imagen que se veía en el interior de la bola de cristal. De esa forma fue deduciendo uno por uno el significado de cada instrucción desconocida.

Todos sus hallazgos los iba apuntando en un pergamino de agua, por si se le olvidaban. Con cada medio giro de la bola se proyectaban nuevas páginas de instrucciones relacionadas con el muro Antonino. Así, fue recorriendo todo el texto con profunda concentración, y cada vez que se encontraba con un signo nuevo o con una orden cuya función no comprendía se detenía a estudiarla hasta averiguar su utilidad.

Pasadas algunas horas, se dio cuenta de que ya casi podía interpretar el viejo código como el código de Britannia. Eso le permitía ir leyendo cada vez más deprisa. Quería hacerse una idea de conjunto antes de decidir cómo actuar. Hubo una imagen de la esfera,

sin embargo, que le hizo detenerse un buen rato a reflexionar. Se trataba de la llave que le había prestado sir Lac. Las líneas de código relacionadas parecían explicar cómo activar el cofre de memoria cuando se introducía en la llave. Arturo anotó los gestos que debía hacer con ella y las palabras que tenía que pronunciar. Debían de ser las mismas que componían la plegaria recitada por el dux durante el asalto de los pictos a la fortaleza.

Cuando llegó al final del texto levantó la cabeza de la bola y resopló, extenuado. Se dio cuenta de que, más allá de la luz azulada del artefacto, el desván se había sumido casi por completo en las tinieblas nocturnas. A tientas, buscó una lámpara de aceite que recordaba haber dejado sobre una pila de libros y, usando un poco de yesca, la encendió. Después, giró la bola en sentido contrario al de la lectura durante un buen rato, hasta alcanzar de nuevo el principio del texto.

Sus ojos se deslizaron hasta el pergamino de agua donde había ido haciendo sus anotaciones. Casi todo el código estaba relacionado con la posición de los microespejos romboidales en el interior del muro. Los espejos eran las piezas que componían los hacedores. No podía extraerlos del muro con una simple línea de código, pero lo que sí podía era variar su orientación. Eso bastaría para inactivarlos.

Una por una, fue alterando las líneas de programación relacionadas con aquellos espejos. Aquello le llevó todo el resto de la noche. Cuando llegó al último racimo de partículas del muro, su lámpara se había apagado hacía mucho rato, y la primera claridad del alba inundaba el desván.

Estaba hecho. Ahora, solo tenía que activar los cambios en la programación introduciendo el cofre de memoria una vez más en su lugar. Con gran cuidado, extrajo la diminuta escama metálica de la base de la esfera y volvió a meterla en la ranura de la llave oxidada.

A continuación, repasó los apuntes del pergamino. Y, mientras ejecutaba los gestos para activar la llave, pronunció las palabras que iniciaban el protocolo de su memoria interna.

Aparentemente no sucedió nada. Pero Arturo sabía que el pequeño ritual que acababa de realizar tenía que haber cambiado para siempre el destino del país de Alba.

Se preguntó cuánto tiempo tardarían los pictos en darse cuenta de que se hallaban bajo la protección del velo. Quizá no fuese una revelación inmediata. Quizá solo algunos percibirían, al principio, los sutiles cambios que se derivaban de pertenecer a Britannia.

Fuera como fuera, él ya había cumplido la promesa que le había hecho a Erec.

Sonrió al recordar la seguridad de Gwenn cuando le dijo al picto que podía confiar en él. Sin su convicción, quizá habría flaqueado. Gwenn le había obligado a intentarlo hasta el final.

Y lo había conseguido. Casi no podía creérselo.

Iba a guardarse la llave en el bolsillo cuando una idea repentina le hizo detenerse a mirarla. Había alterado el código, sí, pero cualquiera podía reescribir las líneas que él había cambiado, activando de nuevo los hacedores y la cúpula invisible que mantenía aislado el país de Alba. Solo había una manera de impedir que eso ocurriera...

Con decisión, tomó las pinzas de Merlín y extrajo de nuevo el cofre de memoria de la llave. Luego, tomó de la mesa un frasco que contenía un poco de aceite y lo vertió en la lámpara que poco antes se había agotado.

Sacó su caja de yesca y prendió la mecha. Contempló unos instantes la llama anaranjada con expresión ausente.

Después, acercó al fuego las pinzas con el cofre de memoria. Observó cómo la

escama metálica se ponía al rojo y se retorcía hasta fundirse.

Cuando el calor le impidió seguir sosteniendo las pinzas, las dejó caer al suelo.

Cerró con cuidado la puerta del desván y descendió al patio. Eran las primeras horas de la mañana, y en la zona de almacenes que conectaba con las cocinas reinaba ya una gran actividad.

Arturo llamó a uno de los muchachos que estaba ayudando a descargar de un carro varios sacos de harina.

—Busca a una doncella y dile que avise a lady Enid, que el rey la espera —le ordenó.

Aguardó, paseando tranquilamente sobre el empedrado, a que el muchacho regresase. El aire de la mañana veraniega le acariciaba el rostro, tibio y agradable. Olía a pan recién hecho...

El muchacho volvió antes de lo que había pensado, y venía acompañado por la hija del dux.

Antes de llegar hasta donde se encontraba el rey, ella debió de adivinar, por su sonrisa, lo que iba a decirle.

—Lo habéis logrado —afirmó, con los ojos brillantes.

—Sí, Enid. Está hecho —dijo Arturo, y amplió su sonrisa al ver que Enid se ponía a saltar de alegría, como una niña—. Avisa a Erec, si puedes. Averigua qué está pasando al otro lado del muro y regresa en cuanto sea posible para contármelo... Yo ahora solo necesito dormir.

Capítulo 45

Dos semanas más tarde, al rayar el alba, Arturo y Gwenn salieron del crannog donde los pictos los habían alojado para la ceremonia oficial de la coronación. Desde la pasarela de madera que conectaba la construcción con la orilla, Gwenn se detuvo para echarle una última mirada. Arturo imitó su gesto.

Se trataba de un palafito de estructura redonda, edificado en madera y con el techo de paja. Se sostenía sobre pilares anclados en el lecho del lago, y los jefes pictos lo utilizaban para retiros anteriores a la batalla y para rituales de purificación.

—Deberíamos construir uno así en Camelot —dijo Arturo—. Para recordar esta noche.

—Esta noche no se me va a olvidar, aunque no construyamos ningún crannog —contestó Gwenn con una expresiva sonrisa.

En la orilla del lago los aguardaban ya los diez jefes pictos ataviados con túnicas azules y pesadas cadenas de plata en el cuello. Erec se encontraba entre ellos; era el más joven de todos. Alrededor de los jefes, a una prudente distancia, una multitud de hombres, mujeres y niños de todas las edades asistía a la ceremonia en silencio.

El bardo comenzó a arrancar los primeros acordes del arpa. Se trataba de un instrumento tosco y de grandes dimensiones. Sus cuerdas, al ser pulsadas, emitían un sonido grave y mágico que no se parecía a ninguno que Arturo hubiese oído antes. Al son de aquella extraña melodía, el más anciano de los jefes se adelantó para darles la bienvenida.

—Rey Arturo. Reina Gwenn —pronunció en su bárbaro dialecto—. Sois bienvenidos a Alba, el Antiguo País. Mil años sobrevivimos sin la protección del velo, pero nunca lo olvidamos. Está en nuestras costumbres y en nuestras leyendas. Ahora, gracias a vuestro poder, lo hemos recuperado. Los cielos son de un azul más profundo, los pastos de un verde más fresco, la lana de nuestras ovejas más blanca y sedosa. Las sonrisas de nuestros niños son más alegres, el brillo en los ojos de nuestras mujeres más intenso. Nos habéis devuelto la luz que nos faltaba, y por ello os reconocemos como reyes.

Los diez jefes pusieron entonces la rodilla en tierra e inclinaron la cabeza. Permanecieron en aquella actitud hasta que Arturo les rogó que se levantasen.

De entre los espectadores que contemplaban la escena salieron tres muchachas con las trenzas adornadas de brezo y túnicas blancas. Cada una portaba un cojín de terciopelo con un objeto encima. La de la izquierda llevaba una flecha; la de la derecha, un collar de plata; y la del centro, dos guirnaldas hechas de brezo y hojas de roble.

Las muchachas avanzaron hacia los reyes. La que llevaba la flecha se inclinó ante Arturo y se la ofreció. La muchacha que portaba el collar se lo entregó a Gwenn.

Por último, la tercera muchacha colocó las coronas vegetales sobre sus cabezas.

La multitud estalló en alaridos de júbilo, como tenían por costumbre hacer en todas las celebraciones.

—Las coronas de Alba no son de oro ni de piedras preciosas —explicó el anciano—, sino de flores y hojas frescas. Están vivas, como lo está nuestra gratitud hacia vosotros. Así será siempre con los pictos: si queréis que este vínculo que ahora sellamos se mantenga vivo, tendréis que ceñir una nueva corona cada primavera. De ese modo sabremos que vuestro compromiso con el reino de Alba sigue intacto, y renovaremos nuestra alianza un año más.

—Así se hará —concedió Arturo—. La reina y yo os estamos agradecidos por vuestra confianza, y nos comprometemos a mantener vivo este acuerdo por muchos años.

—Alba forma parte ahora de nuestras mentes y de nuestros corazones —afirmó Gwenn—. Haremos honor a la lealtad que hoy nos habéis jurado.

De nuevo estallaron vítores y gritos entre los espectadores. A la música del arpa se unió el grave sonido de los tambores de guerra. En esta ocasión, no anunciaban la entrada de los pictos en la batalla, sino la llegada de la paz.

Algunos de los jefes del Consejo se retiraron, pero Erec y otros dos permanecieron frente a los reyes.

—Ahora llega el momento con el que he soñado toda mi vida —dijo Erec, mirando a Arturo con ojos chispeantes de alegría.

El rey sonrió.

—¿Dónde está Enid? —preguntó, buscando a su alrededor.

—Viene en la barca..., con la sacerdotisa.

Arturo y Gwenn se volvieron hacia el lago. Efectivamente, la silueta de una barca se destacaba sobre la niebla, aproximándose cada vez más.

Cuando estuvo lo bastante cerca, cuatro guerreros pictos se echaron al agua para arrastrar la embarcación hasta la arena. Las dos mujeres que la ocupaban descendieron. En primer lugar lo hizo una anciana vestida con un manto negro y con los largos cabellos entrecanos sueltos sobre los hombros. Después llegó el turno de Enid, que llevaba un sencillo vestido gris y una corona de brezo blanco sobre su corto peinado.

Los guerreros, mientras tanto, habían prendido un círculo de ramas. Las llamas formaron un anillo, pero rápidamente quedaron reducidas a brasas incandescentes. Enid y Erec entraron en el círculo, y la sacerdotisa también lo hizo.

—Él eligió la mano blanca de la extranjera —dijo la sacerdotisa, entonando las palabras como si formasen parte de una melodía antigua—. Ella eligió los brazos tatuados de pájaros azules. Erec eligió a Enid. Enid eligió a Erec. Sus manos quedarán unidas por los lazos del amor y el deseo. Sus vidas permanecerán enlazadas mientras la luna siga recorriendo los caminos de la noche.

La anciana mostró la sencilla cuerda que llevaba en las manos. Enid y Erec se situaron el uno frente al otro y levantaron los brazos hasta juntar las muñecas. La sacerdotisa pasó la cuerda alrededor de las cuatro manos, trenzando el símbolo del infinito sobre las muñecas unidas. Mientras lo hacía, acompañaba sus gestos de un canto salvaje, sin palabras.

Poco a poco, las gentes que contemplaban la ceremonia fueron uniéndose a aquel canto. Su primitiva estructura hacía que sonase extrañamente bello en medio del majestuoso silencio del lago y las colinas.

Cuando la melodía terminó, Erec besó a Enid en la frente, y ella lo besó a él. No pronunciaron ni una sola palabra, pero sus sonrisas lo decían todo.

Aquel gesto marcaba el fin del ritual. Otras parejas entraron en el círculo de brasas, y los tambores comenzaron a sonar con un ritmo frenético, acompañados de flautas y

cítaras. Empezó el baile: una danza en la que los hombres y las mujeres se acercaban y se alejaban, formando complejas figuras al compás de la música.

—Aún no comprendo por qué sir Lac no ha querido presenciar esto —observó Gwenn—. Es su única hija... Debimos obligarle a venir.

Arturo se encogió de hombros.

—Es duro para él que Enid se case con uno de los enemigos tradicionales de su linaje. Obligarle a venir no habría servido de nada. Tiene que ser él quien se convenza de que debe aceptar la elección de Enid.

—¿Crees que ocurrirá? —preguntó Gwenn.

Arturo sonrió.

—Por supuesto. En cuanto se entere de que los dos han decidido venir con nosotros y unirse a la Tabla Redonda.

—Me pregunto si Erec sabrá adaptarse a la vida de Britannia. Aquí gozan de una libertad que nosotros no tenemos.

—Es verdad. Es una vida más sencilla... y más libre. Deberíamos aprender de los pictos.

En un gesto tan natural que ni siquiera parecía pensado, Gwenn cogió a Arturo de la mano.

—Me ha recordado nuestra boda —dijo—. Fue algo más complicada que esta. Y mi madre tampoco asistió. No solo eso..., aprovechó para traicionarnos, para huir con Dyenu.

El rostro de Arturo se oscureció.

—Sí. Fue un curioso regalo de bodas. Alguna vez tendremos que preguntarle por qué eligió ese día, de todos los posibles.

—Es evidente por qué lo escogió: porque nadie esperaba que lo hiciera. Mi madre siempre ha sido una mujer práctica.

—Me pregunto si me la encontraré en el castillo de Morgause, con Dyenu —dijo Arturo.

Notó el estremecimiento de Gwenn al oír sus palabras.

—No vayas —rogó en voz baja—. No tienes nada que ganar allí, y podrían tenderte una trampa. Tu misión en Alba ya ha terminado: has devuelto el velo a los pictos. Has convertido a los enemigos tradicionales de Britannia en aliados. ¿Qué más necesitas?

—Necesito saber.

—¿Saber qué?

Arturo miró a Gwenn.

—Por qué Dyenu nos odia tanto. Por qué se ha refugiado en el castillo de Morgause, y qué está haciendo allí. Si representa una amenaza para Britannia, tengo que comprender exactamente qué es lo que está tramando. Y además, Excalibur sigue en su poder, aunque en los últimos días he probado un cambio en el código de Britannia que quizá afecte a la espada.

—¿De qué manera?

—Aún no lo sé. Una de las funciones avanzadas del código es la de autocompletarse cuando surgen determinadas posibilidades muy claras. Con la unión de Enid y Erec a nuestro círculo, la Tabla ha reforzado su poder, y el nombre de Excalibur surgió espontáneamente en mi última revisión del código. Estudié el contexto y modifiqué algunos parámetros. Creo que lo que hice, de esa forma, fue vincular la espada definitivamente al poder colectivo de la Tabla Redonda.

—En ese caso, Dyenu no sería capaz de utilizarla —dedujo Gwenn—. Y eso

significaría que ya no puede hacernos daño. ¿Lo ves? No es necesario que te arriesgues a ir en su busca.

—Sí es necesario, Gwenn. Mientras Dyenu continúe considerándose nuestro enemigo, seguirá representando una amenaza para Britannia. La única forma de defenderse contra ella es llegar a entender cómo piensa... y lo que quiere conseguir.

Capítulo 46

El castillo de Morgause era una masa de roca gris en la cima de una cresta boscosa del terreno. Arturo lo contempló largo tiempo desde abajo antes de decidirse a subir. Las torres se recortaban como dientes de sierra contra las nubes negras que anunciaban tormenta. Mal lugar para ser sorprendido por los relámpagos y la lluvia... Instintivamente, dio unas palmadas en el cuello a su caballo, que cabeceó una y otra vez, como asintiendo. El animal parecía tan poco ansioso por emprender el ascenso como su dueño.

El camino del castillo serpenteaba entre robles centenarios, ofreciendo a cada recodo una pendiente más pronunciada. Empezó a llover antes de que Arturo hubiese llegado a la mitad. Los truenos hacían retumbar las entrañas del bosque mientras un chaparrón de gotas gruesas se abatía sobre los árboles y la tierra. No hizo falta que Arturo espoleara su caballo para que este apretase el paso. No le gustaba mojarse... Lo mismo que le ocurría al rey.

Apenas era media tarde cuando alcanzaron el puente levadizo, pero las nubes habían oscurecido tanto el cielo que era como si hubiese llegado la noche. A Arturo le extrañó encontrarse el puente bajado. Además, no había nadie custodiando la entrada.

Sin pensárselo dos veces, entró en el patio de armas. Desde allí contempló el anillo de altos muros grises y torres imponentes que lo rodeaban. Se fijó también en la piedra negra y lisa del suelo. En realidad, estaba compuesto de losas de gran superficie unidas por juntas casi invisibles. ¿Sería aquel el zócalo que procedía del legendario «barco de piedra» de las Mujeres Eternas?

Buscó con la mirada a algún criado o mozo de cuadra, pero no vio a nadie. Por si acaso, lanzó un largo silbido y esperó a que acudiese alguien del servicio para hacerse cargo de su caballo. Sin embargo, no se acercó ni un alma. Él mismo tuvo que buscar los establos y dejar allí a su animal. Afortunadamente, los pesebres estaban bien surtidos de avena y agua.

Salió al patio de armas y miró hacia los arcos de entrada de las diferentes dependencias del castillo, preguntándose cuál elegir. Interpretó la ausencia de servidumbre como un mal presagio... Por mucho que hubiese caído Morgause, seguía siendo lo bastante rica como para vivir rodeada de una legión de sirvientes. Que no se dejasen ver solo podía deberse a una orden explícita de la señora del castillo... o de su invitado, Dyenu.

Con la mano en el puño de la espada, Arturo se dirigió hacia la entrada de la torre del homenaje. Estaba casi seguro de que se iba a encontrar con una emboscada. Pero, aunque fuese una locura adentrarse solo en un castillo del enemigo, había llegado demasiado lejos para echarse atrás. Se dijo que si Dyenu o Morgause hubiesen querido matarle, lo habrían tenido muy fácil ordenando que le disparasen una flecha desde las almenas de cualquiera de las torres. Pero eso no había ocurrido, lo que significaba que no le querían muerto. Tal vez tramaban hacerle prisionero y pedir más tarde un rescate a Camelot... Bien. Que lo intentaran.

Subió las escaleras de la torre hasta llegar al vestíbulo principal. Bajo el techo abovedado, sola en medio de los recios muebles tallados por los ebanistas de Lothian, se hallaba Morgause de pie, esperándole.

Arturo fue a su encuentro sin decir nada. La viuda de Lot tenía el mismo aspecto de siempre: piel extremadamente blanca, largos tirabuzones pelirrojos y unos ojos verdes y turbios que daban vértigo cuando te atrevías a mirarlos, como charcas sucias.

—¿Sabías que venía? —preguntó Arturo, deteniéndose a escasos pasos de ella.

—Por supuesto. Soy bruja, ¿recuerdas?

Arturo hizo una mueca.

—Te encanta que la gente piense eso, pero yo no me lo creo —dijo—. ¿Dónde están tus criados?

—Siempre tan escéptico. Así era también Uther. —Morgause se echó a reír—. ¡Pobre Uther!

Arturo sintió un nudo de opresión en la boca del estómago. Nunca había soportado a Morgause. Era vana y cruel, pero su peor defecto consistía en que se creía inteligente sin serlo.

—He venido a ver a Dyenu. Quiero hablar con él —exigió.

Los ojillos de Morgause se clavaron en él con aire de diversión.

—Dyenu. Hay que ver la obsesión que tenéis el uno con el otro. Se pasaba el día entero hablando de ti, intentando imaginar qué te proponías, qué ibas a hacer en cada momento. El chico es listo. Previó lo del velo. Intentó por todos los medios adelantarse y evitar que cometieras la locura de entregarles el velo a los pictos, pero tú querías demostrarles lo poderoso y magnánimo que eres, ¿verdad? Solo espero que tenga remedio. No es bueno que el velo llegue hasta aquí. No es bueno para nadie.

—¡Y yo que creía que me estarías agradecida! A ti te gusta la buena vida, Morgause, y el velo mejora todos los aspectos de la vida cotidiana... Reconócelo.

Una sombra de miedo atravesó los ojos de la viuda de Lot.

—Sería así... en cualquier otro lugar. Pero no aquí. No sabes lo que has hecho, muchacho. El velo aquí ha despertado fuerzas que deberían estar dormidas. Fantasmas. Fantasmas del pasado. ¿Crees en los fantasmas?

—Creo en las anomalías dentro de Britannia —contestó Arturo, con prudencia—. Quizá, si se trata de una construcción antigua, podría haber interferencias... Y eso explicaría que el velo no funcionase bien.

Morgause lo observó con expresión curiosa. Lentamente, una sonrisa estiró sus marchitos labios. Se acercó un par de pasos a Arturo y empezó a caminar a su alrededor mientras lo miraba con absurda coquetería.

—¿Cómo te trata mi sobrina? —preguntó de pronto—. Gwenn no es la clase de mujer que sabe hacer feliz a un hombre. Siempre tiene algo en la cabeza, algo que no desea compartir... Yo era distinta.

Arturo sonrió con frialdad.

—Dyenu —repitió—. Quiero verlo. Cuanto antes.

Morgause resopló, irritada.

—Los jóvenes de hoy en día no sabéis divertirlos —dijo—. A una mujer como yo no se le contesta de esa manera. ¿Quieres ver a Dyenu? Arriba, en la habitación más alta de la torre, hay alguien esperándote.

Sin perder un instante, Arturo se lanzó escaleras arriba. Las palabras de Morgause le habían sonado a estratagema para ganar tiempo. Quizá lo había enviado en la dirección

equivocada mientras ella alertaba a Dyenu de que estaba buscándole... Pero ¿por qué iba a hacer eso? Estaba claro que lo esperaban. Si Dyenu quería huir de él, había tenido tiempo suficiente para hacerlo. Las escaleras de caracol se iban estrechando a medida que subía. En el tramo final de la torre ya no eran de piedra, sino de madera. Con cada pisada crujían como si fuesen a romperse. Arturo apretó el paso, y por fin llegó al final.

La puerta en la que desembocaban las escaleras estaba cerrada con llave. Llamó repetidamente con los nudillos, pero nadie abrió.

Repitió la llamada, esta vez golpeando la puerta con más violencia. Oyó unos pasos torpes que se acercaban y el chirrido de una llave.

Empujó la puerta y, esta vez, cedió.

La habitación a la que daba acceso era una celda redonda, de paredes desnudas y una pequeña ventana enrejada. En el centro, observándole con la inmovilidad de un reptil al acecho, se encontraba Igraine.

Había envejecido desde la última vez que la había visto, en Tintagel. Sus cabellos rubios le caían sobre los hombros en descuidadas guedejas, y dos profundos surcos enmarcaban sus labios.

En cuanto lo vio, se dirigió hacia el camastro que componía el único mobiliario de la habitación y sacó algo de entre las sábanas. Era una espada.

Solo cuando se acercó lo suficiente y se la tendió, reconoció Arturo la empuñadura de Excalibur.

—Aquí tienes —dijo Igraine secamente—. ¿No es esto lo que has venido a buscar? Arturo la miró perplejo, sin decidirse a coger el arma.

—¿Dónde está Dyenu? —preguntó.

—Dyenu ya no la necesita. Tus tejemanejes la han vuelto inservible, pero, de todas formas, él ya lo esperaba. Me lo dijo un día: «Es cuestión de tiempo que Arturo encuentre el modo de quitarme a Excalibur. Pero será lo último que me quite».

Arturo se decidió por fin a coger la espada. No había duda: era la verdadera, y estaba intacta.

—Esta vez no ha intentado romperla —dijo, más para sí que para Igraine.

—No —respondió ella—. Mi hijo aprende rápido. No esperes que cometa dos veces el mismo error. No lo hará.

Arturo alzó los ojos hacia la madre de Gwenn.

—Entonces, no está aquí —murmuró—. Ha huido.

—Digamos que ha emprendido una retirada estratégica. Pero me ha dejado algunos mensajes para ti. El primero es que esto no es el final. No creas que te has librado de él, o que ha renunciado a recuperar lo que es suyo. Seguirá luchando... y reinará sobre Britannia como heredero legítimo mío y de Uther.

—Que lo intente —dijo Arturo, retador—. Estaré esperándole. Y además, no me encontrará solo. Lo que Dyenu parece no entender es que este reinado que tanto odia no es solo mío. También forman parte Gwenn, y Gawain, y Lance, y Laudine... Somos muchos.

Igraine sonrió.

—Muchos, sí. Esa es vuestra principal debilidad.

—Te equivocas. Es nuestra fortaleza.

Igraine dio un paso hacia Arturo y se quedó mirándolo. Después, con un gesto calculadamente teatral, le acarició la mejilla con su mano helada.

—Pobre muchacho. Te crees el héroe, ¿verdad? El gran salvador de Britannia, el sucesor de Uther. Y ellos te dejan que lo creas. Toda la gloria para ti. A ellos no les importa

la gloria.

—No sé de qué estás hablando —dijo Arturo, impaciente—. Intentas incomodarme con insinuaciones estúpidas. ¿Te refieres a Gwenn? ¿A quién más? No sabes ni lo que estás diciendo.

Igraine emitió una suave carcajada.

—Mi hijo tenía razón. Me dijo que ese era tu punto débil. Me encargó que lo utilizara. Es su mensaje para ti. Desde hace tiempo sabía que podía destrozarte con eso, pero es tan sensible... Le repugnaba destruirte de esa forma. Sin embargo, no le has dejado alternativa. Ahora vas a tener que aceptar nuestro pequeño regalo. Vas a tener que oír la verdad.

Arturo ahogó una náusea. Las palabras de Igraine le hacían sentir el mismo malestar que había experimentado la primera vez que había navegado en mar abierto.

—Di lo que tengas que decir —exigió—. La verdad no me asusta.

—Te asustará cuando la conozcas. Eres un ingenuo, Arturo... La has tenido todo este tiempo delante de tus narices y no te has enterado. Te dejan la gloria porque ellos se tienen el uno al otro. Se aman. Se acuestan juntos. ¿Cómo crees, si no, que él la sacó del Sith? Pregunta a Merlín, si quieres. Solo hay una forma: el amor.

En las profundidades del bosque, un pájaro desgranó su solitario canto. Arturo miró hacia la ventana enrejada y solo vio las nubes, un mar de nubes espesas y negras.

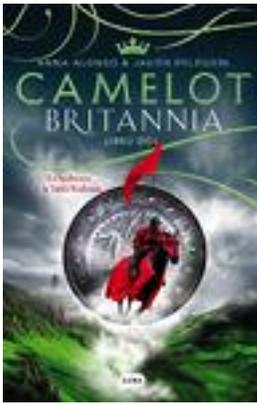
—No —murmuró—. No es cierto.

Igraine sonrió, satisfecha del efecto de sus palabras.

—Ahora vete —le dijo—. Llévate a Excalibur y mira a ver qué puedes hacer con ella. Estás acabado, Arturo. Estás herido de muerte... Una vez ganaste a Dyenu confiando en ellos. Todo lo que has construido se sustenta en tu fe en los demás. Y ahora que sabes que estás solo, ¿qué vas a hacer? Tu Tabla Redonda ya no te servirá de nada, porque es el sueño de un loco, y la verdad va a obligarte a despertar.

Magia, aventura, lucha y una historia de amor que trasciende la leyenda.

***Camelot* es la segunda entrega de «Britannia», la saga que te redescubrirá el mito artúrico como nunca te lo habían contado.**



«El amor... El amor como aventura del alma, como búsqueda misteriosa... Ellos escuchan mis historias y quieren sentirlo. Quieren ser vos, Ginebra. Quieren ser Lancelot. Nunca ha existido una historia de amor como la vuestra. Trágica, sí... ¡pero tan hermosa!»

El poder del velo de Britannia se extiende cada día, pero aún son muchos los que desconfían de él. Desde los pictos de las Tierras Altas hasta las damas de Ávalon, nuevas amenazas se ciernen sobre el reino de Arturo. Y el amor, cuando hay tanto en juego, puede convertirse en el mayor peligro...

Si te enganchaste a «Juego de Tronos», si te encantó «Los juegos del hambre», si «El señor de los anillos» es tu libro de sobremesa...

¡«Britannia» es tu saga!

Embárcate en el relato de una histórica épica, mágica y llena de aventuras que te transportará a épocas y lugares únicos, en los que el valor y el ingenio eran fundamentales para salvar la vida y el honor.

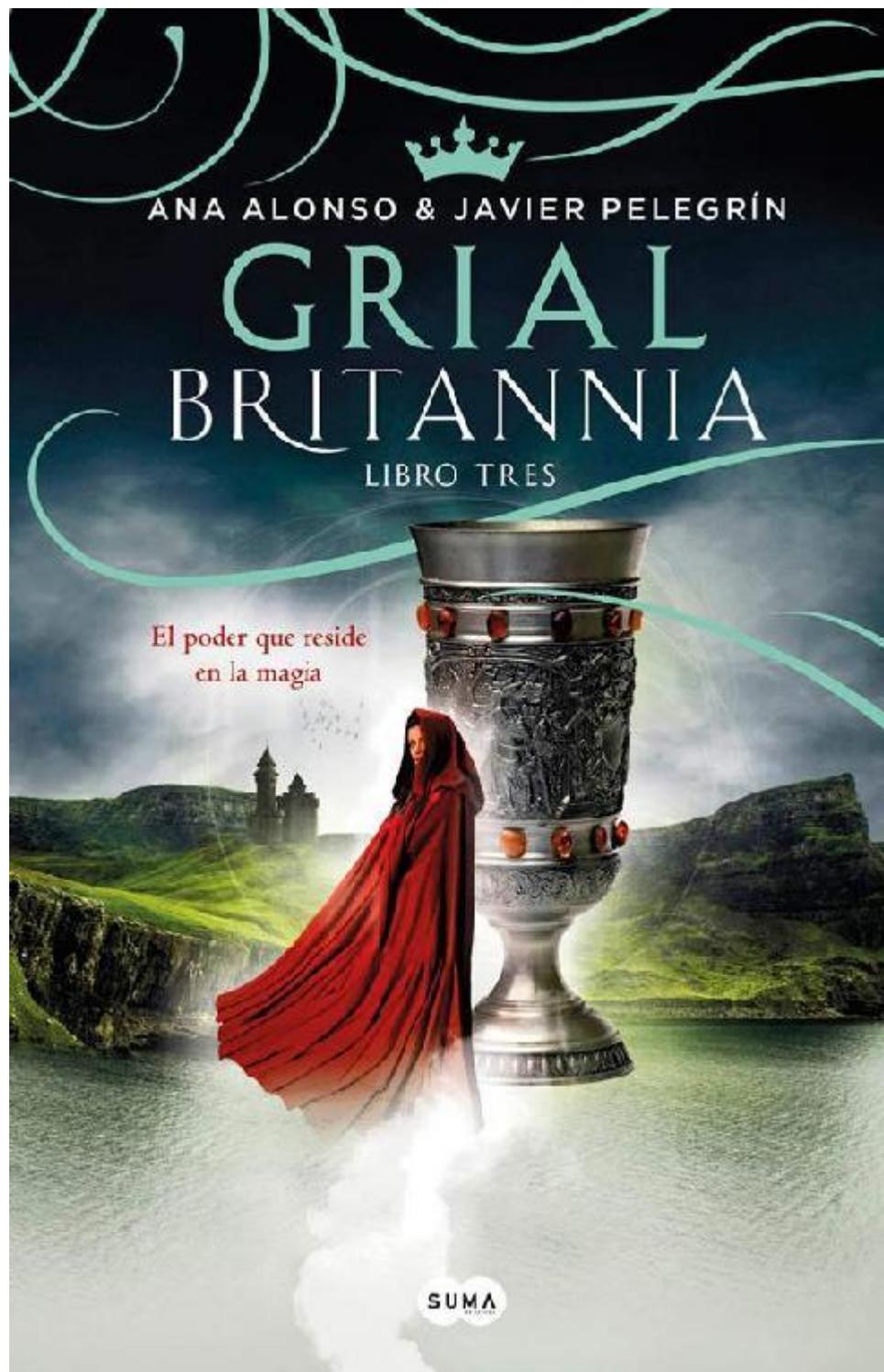
Sobre los autores

Ana Alonso, Tarrasa (Barcelona), 1970. Se licenció en Ciencias Biológicas y amplió sus estudios en Escocia y París. Ha publicado ocho poemarios y, entre otros, ha recibido el Premio de Poesía Hiperión (2005), el Premio Ojo Crítico de Poesía (2006) y, recientemente, el Premio Antonio Machado en Baeza (2007) y el Premio Alfons el Magnànim Valencia de poesía en castellano (2008). Firma su obra poética como Ana Isabel Conejo. Junto con Javier Pelegrín, es coautora de la serie de fantasía *La llave del tiempo* y la novela juvenil *El secreto de If*.

Javier Pelegrín, Madrid, 1967. Se licenció en Filología Hispánica y completó sus estudios en París y Turín. Actualmente trabaja como profesor de Enseñanza Secundaria. En coautoría con Ana Alonso ha publicado ocho títulos juveniles, todos ellos pertenecientes a la serie de fantasía y ciencia ficción *La llave del tiempo*. En el año 2008, junto con Ana Alonso recibió el Premio Barco de Vapor por su obra conjunta *El Secreto de If*.

Magia, aventura, lucha y una historia de amor que trasciende la leyenda.

***Grial* es la tercera entrega de «Britannia», la saga que te redescubrirá el mito artúrico como nunca te lo habían contado.**



Comienza a leer

LIBRO I
La tumba vacía

Capítulo 1

El fuego había convertido la fortaleza de Morgause en un laberinto de ruinas carbonizadas que ni el velo de Britannia lograba disfrazar. O quizá el poder del velo no llegase hasta allí. Arturo habría sabido distinguir con certeza hasta dónde alcanzaba el influjo de Britannia en aquellos remotos páramos del país de Alba.

Arturo...

Instintivamente, Gwenn se llevó la mano a la empuñadura de Excalibur, que colgaba de su cinturón.

—¿Ya han dado aviso a mi tía de que hemos llegado? —preguntó, girando su caballo para acercarlo al de Erec, que comandaba su escolta—. ¿Por qué tarda tanto?

—Majestad, os sugiero que, en lugar de esperar aquí en la muralla, vayamos entrando en el patio de armas y organizando el alojamiento de los hombres. Los caballos necesitan descanso, ha sido una jornada larga. Y nadie se va a oponer a que la reina se instale en la fortaleza de su familia.

—Sobre todo, porque son ellas las que me han llamado —murmuró Gwenn—. Aun así, sabía que sería duro. Sí..., quizá no debí venir.

Pese a sus dudas, espoleó su caballo y lo hizo avanzar bajo el arco ennegrecido de la muralla. Erec y sus hombres la siguieron. Gwenn se volvió para buscar con la mirada a Enid, que cabalgaba en la retaguardia a lomos de una yegua gris. En los últimos meses se había convertido en su dama de confianza, y en ese momento sentía que la necesitaba más que nunca.

La joven captó la señal de la reina y se abrió camino al trote entre los soldados. Cuando llegó a la altura de Gwenn, miró las torres medio derruidas que se alzaban a su alrededor.

—Este lugar ni siquiera parece habitado —observó—. ¿Por qué no lo han reconstruido? Hace ya un año de..., bueno, del incendio.

Se interrumpió abruptamente, consciente de que había hablado con excesivo descuido.

—Lo siento, Majestad —añadió en voz baja—. Me imagino lo que debéis de estar sintiendo en estos momentos.

Gwenn la miró a los ojos.

—No, Enid —contestó—. No puedes imaginártelo. Nadie puede.

Recordaba las horas de espera en el muro Antonino como si todo hubiese ocurrido la víspera. Su creciente inquietud, su decisión de enviar un escuadrón de hombres en busca de su marido, que no regresaba. El acuerdo de paz con los pictos aún estaba muy reciente, y Erec le había confesado que algunas tropas del norte se resistían a aceptar sus términos. Quizá lo hubiesen retenido en contra de su voluntad para forzar una negociación.

Eso, si no se trataba de Mordred.

Lance ya estaba organizando a los caballeros que iban a acompañarlo en su incursión en Alba cuando llegó el mensajero. Era un anciano renqueante que montaba una

mula casi tan vieja como él. Sus ropajes negros de la cabeza a los pies no presagiaban buenas noticias.

Al principio, Gwenn no quiso creerle. Le parecía absurdo. Arturo era demasiado inteligente como para haberse dejado acorralar por Mordred en una fortaleza que le era hostil.

Sin embargo, el anciano aportó numerosos detalles que hacían verosímil su relato. Y, sobre todo, traía algo consigo que confirmaba la veracidad de sus afirmaciones. Traía a Excalibur.

Gwenn deslizó la mirada sobre los ruinosos muros, sobre las piedras negras de la base de las torres. ¿Dónde habría caído Arturo? ¿En qué lugar exacto de aquel nido de ratas que el fuego había devorado sin piedad?

Jamás le perdonaría a Mordred aquella muerte tan innoble. Ni siquiera había dejado un cadáver reconocible al que rendir un último homenaje.

Jamás se perdonaría a sí misma por haberlo dejado partir.

La voz de Erec hizo que volviese a la realidad.

—Creo que es vuestra tía —le susurró—. Por lo visto quiere hablaros.

Gwenn observó a la mujer frágil y esquelética que avanzaba hacia ella con paso inseguro. Lo único reconocible de la antigua Morgause en aquel cuerpo devorado por los años eran algunos mechones cobrizos que aún destacaban entre sus canosos cabellos, arreglados en un recogido de complicadas trenzas.

Gwenn desmontó para ir al encuentro de la viuda de Lot. Al acercarse, descubrió que el brillo malévolo de sus ojos azules no había cambiado, aunque ahora se enmarcaba en unos párpados hinchados que apagaban toda su belleza.

—Aunque te parezca mentira, me alegro de verte. —Fue el saludo de la anciana. Y Gwenn supo, por la expresión de la cara y el tono de la voz, que no estaba mintiendo—. Sé que estarás cansada —continuó—. Pero, ya que has llegado hasta aquí, te aconsejo que hagas un último esfuerzo y que vayas a verla de inmediato. Es muy probable que no pase de esta noche. Y me figuro que querrás despedirte.

—¿Fue ella la que pidió que enviaseis a buscarme?

Morgause asintió.

—Lleva semanas repitiéndolo a todas horas. ¿Qué quieres? Sabe que se está muriendo, y quiere irse en paz.

—Un poco tarde para eso —dijo Gwenn, frunciendo el ceño.

—Sí. Bueno..., qué sé yo, la cercanía de la muerte nos vuelve cobardes, supongo. El caso es que has venido. Y digo yo que será porque estás dispuesta a darle lo que quiere. Ven, te llevaré con ella. Al menos, escúchala.

Gwenn dejó que su tía la condujese hasta un pabellón construido en mitad del patio de armas con los restos de una de las torres y cubierto con un tejado de paja enmohecida por la humedad. Pese al aspecto humilde del exterior, al traspasar el umbral la muchacha se encontró en un salón amplio y lujosamente decorado con tapices antiguos. Lo atravesó, adaptando sus pasos a los lentos movimientos de Morgause, y después de cruzar un arco protegido por una cortina de brocado escarlata, entró en una estancia mucho más pequeña que la anterior e iluminada por el fuego que ardía en la chimenea. Los olores de la enfermedad y los de las hierbas medicinales que se estaban usando para tratarla llenaban el ambiente: romero, lavanda y orines mezclaban sus efluvios en una combinación nauseabunda.

—Os dejo solas —anunció Morgause—. No seas demasiado dura con ella.

Era evidente que la viuda de Lot ansiaba alejarse del lecho de su hermana moribunda lo antes posible. Muy propio de Morgause... Rehuir los aspectos más desagradables de la existencia cuando ya no podía seguir ignorándolos.

Gwenn se aproximó al lecho donde yacía Igraine y contempló unos segundos en silencio el rostro de su madre. Su piel amarillenta seguía exhibiendo la tersura de la seda, excepto en la zona de los ojos, rodeados de finísimas arrugas que se entrelazaban como un delicado encaje.

Tenía la frente perlada de sudor, pero su mirada era lúcida. Gwenn supo que la había reconocido en cuanto aquellos iris claros y fríos se posaron en su rostro.

—Gracias por haber venido —murmuró.

Le costaba trabajo articular cada sonido, pero parecía decidida a hacer el esfuerzo. No le tendió una mano a su hija, y esta tampoco hizo el ademán de ofrecérsela. Se sentó, no obstante, en el lecho, junto a la anciana.

—Mi pobre Gwenn. Nunca fui una madre para ti. Yo no nací para ser madre. Tú al menos no tendrás que arrepentirte de haber traído al mundo hijos a los que no sabes cuidar.

—No ha sido mi elección —contestó Gwenn con un hilo de voz—. Yo habría..., yo habría querido tenerlos.

—¿Sí? Créeme..., así es mejor. Una viuda joven... Aún estás a tiempo de reconstruir tu vida. Yo también enviudé demasiado pronto. Pero, a diferencia de ti, tuve que luchar a brazo partido para mantenerme en el poder. No me querían. A ti, en cambio, te aceptan. Yo creía que era a Arturo al que adoraban, pero el tiempo ha pasado y tú sigues ahí, en el trono, y sin amenazas dignas de tal nombre que se ciernan sobre tu reinado. Lo has hecho bien, hija... Estoy orgullosa de ti.

Las lágrimas se agolparon en los ojos de Gwenn. Hacía mucho tiempo que había perdido la esperanza de escuchar una afirmación semejante en labios de su madre. Aquellos elogios llegaban demasiado tarde..., cuando ya no tenían el menor significado ni podían hacerle ningún bien.

—Tú estabas aquí cuando pasó. Cuéntame cómo fue —exigió abruptamente.

A pesar de su estado, Igraine entendió de inmediato a qué se refería.

—Sí, de eso quería hablarte. Estoy preocupada por Dyenu —contestó despacio, con el aliento entrecortado.

Gwenn emitió una breve carcajada que era, más bien, un quejido.

—¿Me has hecho atravesar el país entero para hablarme del hombre que mató a mi esposo? —preguntó, destilando mordacidad—. Es tan propio de ti, madre.

En los labios resecos de Igraine se dibujó una sonrisa entre irónica y dolorida.

—Siempre tan implacable conmigo. No sé si me lo merezco. No sé qué te hace pensar que eres mejor que yo. Y sobre Dyenu... Su verdadero nombre es Mordred, y es tu hermano, Gwenn. No puedes darle la espalda.

Gwenn sostuvo la mirada de su madre durante unos instantes.

—Si esa era la gran revelación que querías hacerme, llegas tarde —replicó por fin—. Hace tiempo que sé que Dyenu es el hijo legítimo que tuviste con Uther. Y me da igual. Jamás lo veré como a un hermano. Es mi enemigo. Mató a Arturo. ¿Crees que eso se puede perdonar?

—Entonces, querías de verdad a ese bastardo —observó Igraine en un susurro—. Parece que también me equivoqué en eso. En todo caso, no debes culpar a Mordred. Él ya no estaba en la fortaleza cuando Arturo la incendió.

Gwenn se inclinó hacia delante, acercándose un poco más al rostro decrepito de su

madre. No estaba segura de haber entendido bien.

—Pero tú me enviaste un mensajero —murmuró—. Dijo que se habían enfrentado aquí mismo. Y que Dyenu...

—Me entró miedo. Después de todo, eres la reina. Y Morgause me convenció de que debíamos protegernos. Pero ahora que estoy a punto de cruzar al Otro Lado, veo las cosas de diferente manera. Tengo dos hijos, y uno de ellos ha desaparecido. He enviado a cuatro mensajeros en su busca. A cuatro. Y no lo encuentran. No se deja encontrar. Sabe que me estoy muriendo, pero aun así no ha venido. Es porque sabe que tú le culpas de la muerte de Arturo, y contigo todo Camelot. No fue él, Gwenn. Te lo juro.

—Solo quieres que lo perdone para irte de este mundo con la conciencia más tranquila —dijo Gwenn, y aunque no alzó la voz, su acusación sonó como un grito—. Es absurdo que intentes protegerlo a estas alturas.

—No, hija, no lo entiendes. Entonces fue cuando mentí, no ahora. Temía tu reacción cuando supieses la verdad.

—¿Y cuál es la verdad? —preguntó Gwenn con sarcasmo—. ¿Que lo mataste tú? El silencio de Igraine provocó un escalofrío en la muchacha.

—Madre...

—Podría decirse que fui yo, sí. Aunque también podría decirse que fuiste tú —contestó Igraine cerrando los ojos—. Lo hicimos entre las dos.

—Estás desvariando, madre. O eso, o solo quieres hacerme daño.

Igraine volvió a despegar los párpados, y sus iris de hielo azul se clavaron una vez más en el rostro de su hija.

—Lo mató la verdad, Gwenn —murmuró—. Yo se la conté: le conté que le habías engañado... y que tu corazón no le pertenecería nunca, porque ya se lo habías entregado a Lance.

Capítulo 2

Era ya de noche cuando Gwenn abandonó la habitación de su madre. Igraine se había quedado dormida, exhausta de tanto llorar y justificarse. Gwenn había tenido que hacer un gran esfuerzo para permanecer a su lado todo aquel tiempo, venciendo la repugnancia que le inspiraba la cobardía de su madre frente a la muerte. Igraine no había sido una buena persona, pero a su hija le habría gustado recordarla, al menos, con aquella aureola de grandeza que solía exhibir en sus mejores tiempos. ¡Parecía tan segura de sí misma, tan insensible a los sentimientos y las opiniones de los demás! Gwenn nunca la habría imaginado tan débil y asustada en la hora de la muerte. Y tan obsesionada con sus culpas..., tan consciente de todo el mal que había hecho.

Al salir al patio de armas, una bocanada de aire helado y cargado de aguanieve le azotó la cara. Cerró los ojos, agradecida por el repentino frescor. En el cuarto de Igraine el calor, con el paso de las horas, se había vuelto asfixiante.

Antes de atravesar el patio miró por última vez hacia el interior en penumbra del pabellón. No estaba segura de haberse despedido de su madre. Probablemente no volvería a verla con vida.

Se envolvió en su polvorienta capa de viaje y se atrevió por fin a salir al exterior. Ni siquiera sabía dónde estaban sus aposentos. Buscó con la mirada algún centinela a quien preguntar. Cuando sus ojos se habituaron a las sombras, distinguió la figura de un soldado que venía a su encuentro desde el puente levadizo.

Cuando al fin la alcanzó, el hombre se detuvo a recuperar el aliento antes de hablar.

—Mi señora, Morgause me pidió que os llevase hasta ella en cuanto terminaseis —dijo.

Gwenn lo siguió sin hacer preguntas. Estaba demasiado cansada para pensar, pero, al mismo tiempo, deseaba vivamente ver a Morgause. Quizá ella pudiese aclararle algo más respecto a las circunstancias de la muerte de Arturo. Igraine se había mostrado incapaz de concretar o de aportar detalles. Después de su dramática revelación, no había sabido responder a los interrogantes desesperados de su hija. Insistía en que la revelación de la infidelidad de Gwenn había vuelto loco al rey. Había insistido en hablar con su hermana, y ante la negativa de Morgause a recibirle montó en cólera y atacó a sus soldados. Después, el relato se volvía más y más confuso. Igraine no había presenciado la escena, pero Morgause le había contado que Arturo se revolvía como un jabalí furioso. Arremetía contra todo, derribaba muebles, atacaba a muerte a quien intentaba acercarse, y en algún momento provocó la caída al suelo de una antorcha. Después, todo había sido un caos. El fuego se había propagado con una rapidez asombrosa, tal vez debido al viento que soplaba con fuerza aquella tarde. Habían intentado organizar al escaso personal del castillo para contener las llamas, pero todos los esfuerzos habían resultado inútiles. En algún momento, Igraine recordaba haberse desmayado. Al despertarse, el incendio estaba por fin bajo control, pero casi todo el edificio se había perdido.

¡Era tan insatisfactoria, aquella descripción de los hechos! Tan clara y, a la vez, tan

inconsistente, tan llena de vacíos. ¿Cómo era posible que alguien como Arturo se hubiese dejado atrapar en el incendio que él mismo había provocado? Arturo era un superviviente por naturaleza; no tenía sentido que no hubiese logrado escapar con vida. Las dos viejas reinas habían sobrevivido... ¿Por qué no él?

Gwenn sabía que solo existía una respuesta posible: porque no había querido escapar. Había elegido aquella muerte sin gloria para huir de ella..., de todo el dolor que le había infligido.

Morgause la recibió en una exigua alcoba de la única torre que permanecía en pie. Estaba bordando junto al fuego encendido. Gwenn la había visto así muchas veces, solo que en esta ocasión la labor que tenía entre las manos era un triste laberinto de puntadas torpes que no se ceñían a ningún diseño reconocible. El tiempo tampoco la había perdonado a ella, pese a sus intentos por mostrarse tan orgullosa y altiva como de costumbre.

—Bueno, ¿te has despedido? —preguntó—. Tu madre no verá otro atardecer, así que espero que lo hayas hecho.

Gwenn se dejó caer sobre la butaca de cuero claveteado situada junto a la de su tía.

—¿Cómo puedes estar tan segura? —quiso saber—. Se la ve mal, pero no tanto como para morir de inmediato.

Morgause se desperezó con la insolencia felina que solía mostrar de joven, cuando disfrutaba comprobando los efectos de su belleza.

—Estoy segura porque ya debería estar muerta —dijo—. Ya habría muerto si yo no hubiese empleado todos mis recursos para mantenerla con vida hasta que tú llegases.

—Si has podido mantenerla con vida hasta ahora, ¿por qué ha de morir ya?

—Porque su hora ha llegado, Gwenn —contestó Morgause con una gravedad insólita en ella—. No tendría sentido prolongar el sufrimiento. Ya ha hablado contigo. Ya está en paz.

—Aún espera a Mordred.

—Mordred no vendrá, y menos ahora que estás tú aquí. Igraine lo sabe. No se hace ilusiones.

—No estoy segura de haberme despedido como debía —murmuró Gwenn después de un breve silencio.

Morgause encogió sus enjutos hombros, un gesto muy característico de ella.

—Si te dejó marchar, es porque os habéis despedido. No te mortifiques más, has cumplido con tu deber. Tu madre se irá con el corazón lleno de agradecimiento hacia ti. Ha tenido suerte. Más de la que tendré yo, probablemente.

—¿Por qué dices eso?

Morgause disfrazó su amargura con una cínica sonrisa.

—Mi hijo Gawain. ¿Crees que vendrá a verme a mi lecho de muerte si envío a buscarlo? Hace un año, cuando sellasteis la paz con los pictos, ni siquiera contestó a los mensajes que le hice llegar a la fortaleza del muro. ¿Y ahora? Podría haber venido contigo... Forma parte de tu corte, ¿no? El leal consejero de la reina, su mano derecha... Es lo que todos dicen.

—Habría venido de no ser porque tenía una deuda de honor que cumplir —contestó Gwenn—. Hace por ahora un año se comprometió a batirse contra un desconocido a quien encontró en el bosque. Fue muy extraño, porque Gawain consiguió cortarle la cabeza con su propia hacha..., pero el otro la recogió y volvió a colocársela en su lugar.

Morgause la miró asombrada.

—Eso no puede ser. Eso es magia, y la magia hace siglos que fue desterrada de

Britannia.

—No sé —admitió Gwenn—. Arturo pensaba que podía tratarse de una anomalía en la programación del velo. De un ente virtual que incumple las normas de Britannia.

—Hablas como uno de esos malditos alquimistas. Veo que tu marido te contagió su obsesión con esa escoria.

Gwenn buscó en la mirada de su tía un rescoldo de la antigua luz que solía arder en sus ojos claros.

—Hablando de Arturo, hay muchas cosas que me tienes que explicar. Lo primero, por qué consentiste que mi madre me engañase de esa forma respecto a su muerte. Tú sabías la verdad..., ¿por qué no me la dijiste?

Morgause volvió a encoger su escuálido cuerpo de anciana.

—¿Y qué más da? —preguntó—. Tu marido está muerto, eso es lo único que importa. Igraine pensó que su mentira nos protegería a las dos, y a ti no te perjudicaba en nada. Al contrario... Imagino que la verdad te habrá parecido más dolorosa.

—Esa no es razón para habérmela ocultado. No lo entiendo, tía, no lo entiendo... ¿Por qué murió? ¿Cómo es posible que no encontrase la forma de escapar de las llamas?

Morgause tardó un momento en responder.

—Estaba desesperado —murmuró—. La desesperación es mala consejera en situaciones de emergencia como aquella.

Durante unos segundos, las dos contemplaron las llamas de la chimenea en silencio.

—El cuerpo —dijo Gwenn finalmente, volviéndose hacia su tía—. ¿Por qué no me lo devolvisteis? Ni siquiera podíais tomaros esa pequeña molestia, ¿verdad?

—Todos estaban carbonizados, no habríamos sabido cuál entregarte —replicó Morgause con cara de desagrado—. Les dije a mis hombres que buscasen algún distintivo, algo en la ropa, en el cinturón... No encontraron nada. O, si lo encontraron, no quisieron compartirlo. ¿Qué querías que hiciésemos? Ni Igraine ni yo estábamos en condiciones de exigir nada. Bastante era ya que hubieran permanecido con nosotras después del desastre. Podríamos haberte enviado un cuerpo cualquiera para salir del paso, pero no lo hicimos.

—¿Crees que hubieseis podido engañarme? —Gwenn sonrió con desdén—. Da igual lo carbonizado que estuviera. Era mi marido.

Una expresión vagamente parecida a la piedad suavizó los rasgos de Morgause.

—No sabes lo que estás diciendo, niña —observó con suavidad—. El fuego lo destruye todo. Lo devora. No quedaba nada reconocible en esos despojos, créeme.

Demasiado agotada para argumentar, Gwenn dejó que las lágrimas que llevaba un rato intentando contener resbalasen al fin por sus mejillas.—Entonces, lo querías —murmuró Morgause—. Qué extraño.

En su voz había curiosidad y también, quizá, envidia.

—Nunca pensé que diría esto —continuó—, pero incluso yo he llegado a echar de menos a ese advenedizo. Podría haber sido un nuevo Merlín. Tenía talento. Lo que hizo con Britannia... Si le hubiese dado tiempo, quizá habría encontrado la forma de salvarnos.

—No te entiendo. —Gwenn la miró perpleja—. ¿A quiénes?

—A tu madre y a mí. Y a ti, naturalmente. A fin de cuentas, es algo que está en nuestro linaje. Ni Igraine ni yo deberíamos estar envejeciendo de esta forma. Pero ha ocurrido. Tu marido, quizá, podría haber encontrado la manera de frenarlo. Pero ya es tarde. Ya es tarde para todo. El velo ya no nos protege, y todas, tú también, moriremos consumidas por el tiempo y la enfermedad, como cualquier mujer.

Capítulo 3

Gwenn se despertó bien entrada la mañana. El fuego de la chimenea se había apagado hacía rato, y un aire gélido se colaba por las rendijas de los postigos cerrados. Se levantó descalza a abrirlos, notó la aspereza de las tablas de madera de roble en sus plantas. El silencio que la rodeaba le pareció extraño. Estaba acostumbrada a los mil y un rumores del amanecer en la corte, cuando todo se ponía en marcha a la vez: los mozos en las cuadras, el personal de las cocinas, los carreteros que traían a los almacenes los sacos de harina para hacer pan...

Empujó las contraventanas y se quedó mirando el patio a través de los vidrios emplomados. Antes de que le diese tiempo a pensar o a deducir nada, su cuerpo comprendió: se le aceleró el corazón, una oleada de calor le subió al rostro. Entonces, solo entonces se produjo una conexión entre su mente y sus vísceras. Contempló sin parpadear el estandarte rojo y negro a media hasta, el símbolo antiguo de su linaje materno: un lagarto, según algunos...; según otros, una salamandra.

Su madre había muerto.

En el patio de armas se habían congregado grupos de campesinos que hablaban a media voz, o que ni siquiera lo hacían. Esa necesidad de sofocar los ruidos que acompaña a la muerte... Quizá lo había intuido desde el mismo momento en que abrió los ojos.

Igraine, muerta. Tendría que haber sentido algo. ¿Lo sentía?

Un año atrás, durante los primeros días del luto por Arturo, el dolor se volvía tan extremo a veces que terminaba embotándole la mente. Cualquiera que la hubiese visto en uno de esos momentos habría deducido que no sentía nada. Pero era todo lo contrario...; sentía tanto, que no encontraba la forma de expresarlo. Se quedaba todo dentro, mientras su cuerpo se convertía en la fachada indiferente de un edificio abandonado..., sin alma.

Lance, al menos, lo había comprendido. A pesar de todo lo que le había separado de Arturo, él también había sufrido por su muerte. No hablaban nunca de eso, sin embargo. No hablaban nunca del dolor compartido. Ni siquiera hablaban de él. Evitaban deliberadamente mencionarlo, como si fuese una herida demasiado tierna para tocarla.

Enid vino a buscarla antes de que le diera tiempo a decidir qué hacer. La encontró sentada en la cama, sin hacer nada, pensativa.

—Majestad, no traigo buenas noticias —anunció la muchacha.

—Ya lo sé —contestó Gwenn en tono ausente—. He visto el estandarte en el patio. ¿Qué hay que hacer? ¿Qué ha dicho mi tía?

—Todo está dispuesto para el funeral. Se celebrará esta noche. Están llegando aldeanos de toda la comarca, y Erec ha enviado a buscar a los jefes pictos de las tribus más cercanas. La enterrarán en el cementerio del castillo. Eso es todo cuanto sé.

Gwenn dejó que Enid la ayudase a cambiarse. Antes de ponerse el vestido de terciopelo negro, acarició distraída el bordado de perlas de sus mangas. Era uno de los vestidos de luto. Lo había hecho traer pensando justo en aquel momento. Desde antes de salir de Camelot sabía lo que le esperaba. La carta de su madre lo dejaba bien claro: no le

quedaba mucho tiempo.

¿Por qué, a pesar de todo, resultaba tan difícil concebir que Igraine ya no estaba?

El día transcurrió con una lentitud insoportable, en medio de murmullos y silencios, de gestos de condolencia y miradas falsamente apenadas, de frases vacías. En el fondo, ¿a quiénes de aquellas personas les importaba de verdad la muerte de Igraine? Después de su huida de Tintagel, ni siquiera había sido capaz de conservar la lealtad de sus doncellas más íntimas. Había renunciado a las pocas personas que, más por imposición que por elección propia, se habían habituado a ella y la aceptaban tal como era. Lo había dejado todo atrás por Mordred, por ayudar a aquel hijo al que no había podido criar.

Para sorpresa de Gwenn, su tía Morgause sí parecía genuinamente afectada por la muerte de su hermana. Quizá presentía en ella su propia muerte, y eso le daba miedo. O tal vez fuese una extraña manifestación de amor lo que expresaba su rostro marchito, sus ojos hinchados de llorar.

La había protegido, al fin y al cabo. Cuando Igraine lo perdió todo, la acogió en su casa. Probablemente se entendían la una a la otra mucho mejor de lo que nadie había llegado a entenderlas jamás. Las dos habían sido egoístas, manipuladoras y bellísimas. Las dos habían utilizado su hermosura para comprar favores y torcer destinos. Las dos habían estado casadas con hombres poderosos... a los que secretamente despreciaban. Y las dos habían perdido el cariño de sus hijos por anteponer siempre su ambición.

—Presidirás el cortejo —le dijo Morgause—. Eres la reina.

Gwenn habría querido negarse, pero no podía. Sabía que en el fondo toda aquella ceremonia pomposa que su tía había preparado era una última demostración de poder que quería ofrecer a su reducida corte. Su sobrina, la reina, era solo un trofeo más que exhibir en el espectáculo. Pero Gwenn había ido allí sabiendo que tendría que pasar por ello... Y no se sentía con fuerzas para rebelarse.

En algún momento de la tarde llegó a pensar que la angustia que sentía era producto del odio. Porque aquel dolor no podía nacer de ninguna forma de apego filial. Igraine nunca había sido una madre para ella, ni siquiera cuando era niña. La había menospreciado, ridiculizado y amenazado de todas las maneras posibles. Eso, en las escasas ocasiones en que las necesidades del protocolo le imponían su presencia. Porque siempre que podía, la mantenía alejada. Había pasado mucho más tiempo con Nimúe que con ella.

Llegó la hora en que debía dar comienzo la ceremonia, y mientras Gwenn se preparaba para encabezar el cortejo fúnebre, no podía quitarse de encima la sensación de que todo era irreal. Algo semejante debía de ser lo que experimentaban los extranjeros que se exponían por primera vez al influjo del velo: el alejamiento de todo lo que uno percibía, por muy cerca que estuviese; la confusión de la mente, que en algunos instantes se creía inmersa en un sueño, porque todo, de pronto, era demasiado ajeno a lo que uno esperaba, demasiado difícil de interpretar.

Ligeros copos de nieve revoloteaban en el viento mientras la procesión avanzaba de camino a la cripta, situada en un abandonado jardín colgado de la pendiente de la montaña. Hasta allí no había llegado la destrucción provocada por el incendio un año atrás. Los árboles desnudos alzaban hacia el cielo oscuro del atardecer sus ramas cubiertas de muérdago.

El cortejo avanzaba en silencio entre las lápidas de piedra de los antepasados de Gwenn. A ella le habría gustado detenerse a leer los nombres, si es que el tiempo y la intemperie no los habían borrado. Pensó que, antes de irse, regresaría a aquel lugar para darse una vuelta entre las antiguas tumbas. Era, después de todo, el cementerio en el que

descansaban sus raíces.

Delante de ella, solo veía al hombre que portaba el pesado estandarte rojo y negro. Lo observaba ondear en el aire cargado de nieve, oscilando rítmicamente adelante y atrás, adelante y atrás. La repetición de aquel balanceo resultaba hipnótica. Durante un buen rato, no fue consciente de nada más.

Despertó de su letargo cuando el portaestandartes se detuvo ante la cripta. Iba a empezar la ceremonia de despedida, pero justo en ese momento se oyeron murmullos sofocados en la parte de atrás de la procesión. Al principio, Gwenn no entendió el motivo... Solo cuando levantó la cabeza y miró hacia las crestas de las montañas vecinas lo descubrió.

Estaban allí: decenas, cientos de antorchas ardiendo en la oscuridad, rodeando el castillo. Los que habían estado atentos afirmaron más tarde que se habían encendido todas a la vez.

Gwenn se estremeció al verlas. ¿Quién podía haber organizado un homenaje como aquel para Igraine?

Miró hacia atrás, buscando los ojos de su tía. Cuando los encontró, se dio cuenta de que estaba tan perpleja como ella. No, Morgause no había sido.

Entonces, ¿quién?

Solo al final, después de que se entonaran los cantos de despedida y de que las doncellas campesinas arrojasen flores secas sobre la tierra que ya cubría a medias el sarcófago, se atrevió a susurrar la pregunta al oído de Morgause.

La anciana no dudó ni un instante antes de contestar.

—Tú sabes quién ha sido, Gwenn. No sé por qué lo preguntas siquiera. No puede ser idea más que de Mordred.

El nombre de su hermano barrió los últimos restos del aturdimiento que se había adueñado de ella durante todo el día. En cuanto pudo, se separó del cortejo. Hizo llamar a Erec, consiguió que reuniese a los jefes pictos. Un breve conciliábulo de túnicas azules en un rincón del bosque invernal, y la decisión estaba tomada. Cada una de las tres tribus que habían enviado representantes a la ceremonia ofreció diez hombres para el destacamento que la reina pedía. Solo quería información sobre aquellos extraños que habían rodeado la fortaleza. Solo quería saber quién estaba al mando.

Sin embargo, no tuvo que esperar al regreso de sus espías para conocer la respuesta. A la mañana siguiente, Enid acudió a despertarla con la noticia. Sobre la lápida recién colocada de la tumba de Igraine acababan de hallar una máscara dorada.

© 2016, Ana Alonso y Javier Pelegrín
© 2016, de la presente edición en castellano para todo el mundo:
Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-9129-055-1
Diseño de cubierta: Opalworks
Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.
www.mtcolor.es

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

Camelot (Britannia. Libro 2)

Cita

Libro I. La escritura del velo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Libro II. El Otro Lado

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Libro III. El hijo de Pelinor

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Libro IV. La Tabla Redonda

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Libro V. El barco de piedra

Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Sobre este libro
Sobre los autores
Si te ha gustado este libro, no te pierdas...
Créditos

